NADIE EN ESPECIAL



SOPHIE GONZALES



EL PALACIO TIENE UN SECRETO: ELLAS.

Tras un escándalo que destruyó su reputación, la princesa Rosemary de Henland intenta desesperadamente recuperar la confianza de su país y reconstruir su vida. Pero la llegada de Danni al exclusivo Colegio Bramppath se vuelve una distracción tan inesperada como irresistible. Bellísima. Divertida. Un error en potencia

Danni, una becada con un extraordinario talento musical, navega con cautela entre la élite. Cuando comienza a sentirse intrigada por la irónica princesa Rose, tan solo espera rechazo. Sin embargo, la vida la sorprende volviéndola parte de su círculo… cercano.

Y tan pronto como algo más comienza a florecer entre ellas, los rumores no tardan en descontrolarse.

Entonces, una orden real: o ponen fin a las habladurías o se despiden la una de la otra, porque el palacio no va a tolerar otro escándalo.

LA CORONA EXIGE PERFECCIÓN.
SUS CORAZONES, LA VERDAD.



SOPHIE GONZALES

Escribe ficción *queer* contemporánea y juvenil, con personajes memorables de ingenio mordaz y gran corazón. Le gusta patinar sobre hielo, actuar en teatro musical y practicar con el piano.

Actualmente vive en Melbourne, Australia, en donde trabaja como psicóloga.

Foto de la autora: Melbourne Actors' Headshots

NADIE EN ESPECIAL



Traducción:
Marina Andrea
Raimundo

SOPHIE GONZALES

A todos los que creyeron en este libro y en mí.
Necesité a cada uno de ustedes para llegar hasta aquí. Gracias.

NOTA DE LA AUTORA

Querido lector:

Nadie en especial es mi hijo mayor y menor al mismo tiempo. Hace once años conocí a alguien y, en el apogeo del romance, escribí un manuscrito de 94 000 palabras en cincuenta y cuatro días. Sabía con exactitud lo que quería que fuera y el giro *queer* sobre el tropo "miembro de la realeza que se enamora de persona plebeya" emanaba de mí más rápido de lo que mis dedos podían teclear. Lo envié a agencias y recibí una oferta para representarme en cuestión de días, así que me permití a mí misma creer que este sería el que funcionaría. El libro que me convertiría en una autora publicada.

Sin embargo, no sucedió. Durante el año siguiente fue presentado a editoriales una y otra vez, pero todas decían que no había lectores para un romance sobre realeza *queer*. Era un tema de nicho, según se decía en esa época. No importaba cuántas veces lo modificara –y ese año pasó por una buena serie de cambios– las devoluciones continuaban siendo las mismas. Y entonces, lo archivé.

Como cualquier lector voraz –o incluso uno casual– puede decir, con el tiempo se comprobó que sí había, en efecto, lectores para un romance sobre realeza *queer*. Incluso hay muchos. Y como yo no

había olvidado a mi adorado primer libro, mi preocupación en aquel entonces fue que la historia que alguna vez fuera singular, de pronto, hubiera pasado de ser "demasiado de nicho" a "más de lo mismo". Hubo una obra en particular con una trama original tan similar, que temí que, si alguna vez me decidiera publicar mi propia versión –depredada– fueran a acusarme de copiarla. Pero en el 2021, cuando unos amigos me pidieron leerla, la examiné por completo para "pulirla" y me di cuenta de dos cosas. Una: todavía amaba a esta historia con pasión. Dos: la experiencia y los ojos renovados me habían dado la perspicacia para actualizar de algún modo la trama, preservando el corazón original, pero expandiéndolo de tal forma que quedara renovado otra vez.

Entonces, como ya no soy una autora novata, tomé mi manuscrito y lo ayudé a crecer. No creí que fuera posible amarla más, pero aquí estoy. La adoro porque es una historia que escribí cuando conocí al hombre que hoy es mi esposo, y está llena de nostalgia, esperanza y anhelo. Es la historia que escribí cuando apenas había dejado atrás mi adolescencia y la que recreé con la confianza en mí misma que solo se obtiene de reflexionar sobre un manuscrito durante más de una década. No lo digo a menudo, pero estoy orgullosa de mi libro. Estoy orgullosa y muy emocionada de que por fin pase del pequeño grupo de defensores apasionados que encontró hace años y que salga al mundo.

Este libro ha estado junto a mí durante más de un tercio de mi vida. Espero que lo disfrutes. En verdad. Le tomó un esfuerzo descomunal a un sinfín de personas que presionaron durante demasiado tiempo para que hoy llegue a tus manos.

Me hace feliz que el mundo al que sale sea un poco mejor que aquel en el que se concibió.

Con amor,
Sophie

UNO

DANNI

Mientras voy casi a la mitad de mi recorrido por el Colegio Bramppath, tengo la leve sospecha de que me he metido de lleno en un mar infestado de tiburones. Y, como crecí en Boulder, Colorado, jamás aprendí a nadar.

El Bramppath es un internado estúpidamente prestigioso, lleno de niñas estúpidamente ricas que tienen Porsches, o BMW, o lo que sea. Algunas de mis compañeras de clase algún día serán miembros de la realeza –de verdad– y el resto no será *nada*, como mis amigos de Colorado.

Yo pertenezco a una escuela de ladrillos rojos, con escritorios decorados con marcador permanente y pintura desprendiéndose de las paredes. Una donde todos son viejos amigos de todos sus compañeros de clase. Pero ahora me inscribieron en un lugar donde las alumnas estudian rodeadas de rosas y madreselvas, comen en mesas de caoba y no miran a las chicas como yo, a menos que sea desde arriba.

Aunque Hellene, la mujer alegre que trabaja en la tienda de uniformes y quien –de momento– nos guía por el recorrido, es bastante amable. Pero aún no tengo motivos para bajar la guardia con la gente rica. Ella no parece conducir un Porsche hasta su trabajo, precisamente. Sin embargo, o está en extremo obsesionada con la escuela, o le pagan una cantidad decente para fingir que así es, porque no ha dejado de recitar datos sobre los edificios como si estuviera drogada. Y mamá está de lo más entusiasmada. Las dos caminan delante de mí, hablando como si se conocieran desde hace quince años en lugar de quince minutos.

Yo voy unos pasos atrás, admirando mis alrededores. La propiedad es enorme. Mi barrio completo en Boulder podría caber sobre esta escuela, lo juro. Pasamos por debajo de un arco impecable hecho de arbustos, bajamos por una escalera de piedra y luego cruzamos por un jardín lleno de flores. A nuestra izquierda hay otro edificio imponente que, según Hellene, se construyó hace siglos. Yo estiro el cuello para observarlo entero hasta que se me tensa un músculo.

Incluso mi cuerpo sabe que no pertenezco aquí. Que mal que mi cabeza no se haya dado cuenta hasta que fue demasiado tarde.

Hasta hoy, todo esto de mudarme de país fue algo emocionante. Mamá conoció a Dennis Baker en la red hace como dos años y afortunadamente resultó ser alguien real. De hecho, es un tipo bastante grandioso. Mi padre biológico se largó cuando mamá quedó embarazada, y ella estuvo soltera durante la mayor parte de mi niñez, así que jamás tuve ninguna figura paterna con quien comparar a Dennis. Aún así, estoy muy segura de que es uno de los mejores. Cuando la relación entre ambos se volvió seria, él ofreció

mudarse a Boulder, porque creía que yo debía terminar la secundaria en mi país. Pero luego mamá fue a visitarlo a Henland y quedó muy impresionada con el lugar. Un año y medio después, aquí estamos.

Cuando ocurrió todo eso –cuando aún era joven e ingenua– lo primero que pensé fue: "mierda, ¿voy a vivir en Henland?". Puede que sea un país pequeño, pero es despampanante y desde él se puede ir en coche hasta lugares como París o Bruselas. Hablo en serio, podría conducir esa distancia o más hacia el sur desde Boulder y todavía estaría en Colorado. Lo segundo que pensé fue: "un momento, ¿allí no está el Colegio Bramppath?". El Colegio Bramppath (resulta que, en algunos países, se le dice "colegio" a la escuela secundaria) es famoso por ser uno de los mejores del mundo en formar genios musicales. Y pensé que, tal vez, yo podría ser uno de ellos.

No creo que mamá y Dennis estuvieran precisamente entusiasmados por enviarme a un internado, pero de todos modos me permitieron postularme para la beca. En retrospectiva, estoy segura de que creyeron que jamás en mi vida la obtendría.

Luego quedé seleccionada. Y acepté.

Lo cual me trae hasta el día de hoy. Recorriendo Bramppath en persona por primera vez, fuera de lugar, como si fuera un pato de hule en el mar.

–El salón de baile está a la derecha de las canchas de tenis –le dice Hellene a mamá, quien responde con su ruido de "impresionada". Hellene continúa y yo me despabilo–: Allí está el piano principal. Puedes reservar el espacio por internet, pero creo que, por el momento, eres la única en la escuela que está interesada

en piano. Este año, todo gira en torno a los instrumentos de cuerda. Así que deberías tenerlo para ti la mayor parte del tiempo.

Mamá sacude el puño en el aire hacia mí. Yo también sacudo el mío y espero que no se dé cuenta de que estoy entrando en pánico.

El punto es que no tuve el mejor de los comienzos en la secundaria, pero las cosas habían mejorado en el último tiempo gracias a mi mejor amiga, Rachel. Rachel, que vive en Boulder y no estará aquí para apoyarme si las chicas de Bramppath deciden odiarme. Y puede que lo hagan. No sería la primera vez en sucederme.

Al final del recorrido, Hellene nos lleva a un salón pequeño cerca de la oficina principal.

–Aguarden aquí un momento –dice y pasa por la puerta que lleva hacia una escalera negra amenazante–. Te traeré el uniforme.

Mamá y yo intercambiamos una mirada rápida. Me encojo de hombros y tomo asiento en una de las diez sillas de madera que están en fila contra la pared. Hay una persona más aquí, una chica de más o menos mi edad, de labios perfectos y mentón afilado, que parece ser de Asia del este. Me sonríe de forma distraída y, al correrse el flequillo de los ojos, deja ver unas cejas rectas y altas.

No sé cómo darme cuenta si su ropa es costosa sin buscar etiquetas, y no encuentro ninguna, pero, de cualquier modo, hay algo en su vestimenta que luce costoso. Está vestida de pies a cabeza en tonos neutros, su mochila es muy flexible, como cuero real, y sus zapatos están impolutos.

Apuesto a que tiene un Porsche.

Hellene regresa por las escaleras sosteniendo una caja. Gruñe por el peso y yo me levanto de un salto para darle una mano, pero

mamá llega primero. Cuando dejan la caja sobre el escritorio, Hellene da un paso hacia atrás, recobra el aliento y nota la presencia de la otra chica:

–Ay, Molly. La túnica de secundaria superior, ¿cierto? Lo siento, llegamos un poco tarde.

–No estoy apurada. –Molly se encoge de hombros.

Conforme, Hellene comienza a desempacar la caja.

–La beca cubre el uniforme obligatorio –dice, entregándome una montaña de paquetes individuales, todos en distintos tonos de verde oscuro y blanco–. Tengo tus camisas, faldas, chalecos y calcetines… Aquí está la corbata de la escuela, el suéter de la escuela, la toga formal (este es pesado) y la túnica de último año.

–¿Que no hay ropa interior de la escuela? –dice mamá en broma, yo me concentro en derretirme en el suelo. Si Molly, la que seguramente tiene un Porsche, todavía no me había marcado como extranjera, de seguro ya lo hizo.

La pila, que es casi tan alta como yo, comienza a formar una torre inclinada de paquetes mientras Hellene los va dejando sobre mis brazos, así que los apoyo en una silla que está por allí cerca. Por un instante, creo que va a mantener el equilibrio, pero entonces se cae y la ropa empaquetada en plástico queda desparramada por el suelo.

Grandioso.

Con las mejillas ardiendo, comienzo a levantar los paquetes. Molly se cubre con una mano para ocultar la risa. Hago un gesto de dolor y ella se detiene.

Hellene sigue hablándole a mamá:

–También está el suéter de rugby, pero como es una compra opcional, no está cubierto.

–Está bien. ¿Cuánto cuesta?

–Ciento cincuenta.

¿Euros? Levanto la cabeza de golpe.

–No hace falta –le digo a mamá–. En serio. Tengo *demasiados*, no necesito otro suéter.

Ella se muerde el labio y se cruza de brazos. Creo que, al intentar salvarla, sin querer la he avergonzado.

–Está bien, cariño.

–Puedo comprarlo después, ¿verdad? –le pregunto a Hellene con voz débil–. Si al final llego a querer uno.

Algo muy parecido al alivio le ilumina el rostro a mamá.

–Por causalidad, ¿el suéter viene decorado con piedras preciosas? –le pregunta a Hellene, quien suelta una carcajada.

Un movimiento a mi lado me llama la atención. Molly se ha puesto en cuclillas para ayudarme a recoger los paquetes. Le sonrío, mitad agradecida y mitad cautelosa, mientras ella deja la ropa sobre la silla vacía.

–Gracias.

–No hay problema –dice, antes de bajar la voz–. No me estaba riendo de ti. Me reía de Hellene. Estoy casi segura de que está coqueteando con tu mamá.

La susodicha está inclinada sobre el escritorio mientras le explica los formularios a mi madre, justo dentro de su espacio personal. Tal vez mi teoría de "está fingiendo por su trabajo" solo estaba errada a medias. Molly y yo nos sentamos una al lado de la otra.

–¿Tú crees? –le respondo en susurros.

–Estoy noventa y nueve por ciento segura.

No sé si la broma está en la evidente torpeza con la que Hellene se está mostrando, o si a Molly le causa gracia la idea de que sea lesbiana. *Por favor, que sea la opción uno.* Si conozco a una estudiante que de verdad parece ser amable, pero resulta ser homofóbica, me iré caminando por esa puerta y continuaré hasta llegar a Colorado, y al diablo con mis habilidades para nadar.

–Está comprometida –respondo con cautela.

Ella hace un gesto de "maldición" con la mano.

–Hellene se llevará una decepción –dice–. El año pasado se divorció de su esposa y le hemos estado diciendo que vuelva a tener citas. Supongo que por fin nos hizo caso.

Hay algo en el modo en que lo dice que deja ver unas banderas verdes inmensas. Tengo años de experiencia en prestar atención a cómo mis amigos y familiares hablan de las personas *queer* que conocen, con la intención de calcular si sería seguro salir del clóset con ellos algún día, cuando esté lista. Así que, no seré psíquica, pero al menos soy capaz de hacer una buena estimación fundamentada. Esta chica no parece ser horrible *ni* homofóbica. Y aún mejor, no parece encontrarme a mí especialmente insoportable.

El pánico que sentí durante el recorrido se ha aliviado. Mucho.

–Conque túnica de secundaria superior, eh. ¿Eres de quinto o sexto? –pregunta, asintiendo hacia la pila del uniforme.

–Quinto. –También conocido como anteúltimo año.

–Ah, igual que yo –dice–. ¿Este es tu primer año en un internado?

–Sí… En realidad, es mi primera vez en Henland.

Me mira con sorpresa exagerada.

–¿Qué? Jamás me habría dado cuenta.

–¿No hubo nada que me delatara?

–Hasta donde sé, podrías ser de por aquí. –Arruga la nariz al decirlo y yo sonrío.

Mamá nos lanza una mirada y levanta un pulgar alentador. Yo rezo a todos los santos por que Molly no la haya visto.

–¿Es extraño? ¿Mudarse a un país totalmente diferente? –pregunta.

–Un poco. Estaba entusiasmada por ver todo, pero mi mamá y su esp… mi padrastro han estado ocupados con la mudanza y los trámites de inmigración, así que no he tenido a nadie con quien hacer nada. He estado la mayor parte del tiempo refugiada en mi habitación.

Me arrepiento de decir esas palabras en el mismo momento en que las pronuncio, pero no me las puedo volver a tragar. Sueno como una perdedora antisocial sin vida.

Por suerte, Molly no parece desanimarse.

–El sábado voy a hacer una reunión en mi casa después del almuerzo con algunas de las chicas de quinto. Deberías venir si te cansas de estar en tu habitación.

No puedo disimular mi mirada de sorpresa y Molly debe darse cuenta de mi expresión, porque aclara:

–Me harías un favor. Necesito una excusa para pasar menos tiempo con… ciertas personas.

Quiero preguntarle por qué invita a su casa gente que no quiere cerca, pero decido no hacerlo. ¡Que la fiesta diurna de niñas ricas comience!

–Bueno, es obvio que mi agenda social está muy ocupada –digo con frivolidad y Molly sonríe–. Pero, sí… Por muy raro que parezca,

puede que esté libre.

–Genial –responde–. Podrás conocer a algunas de nuestras compañeras.

–¿La princesa Rosemary está en tu clase? –pregunta mamá. Ni siquiera me había dado cuenta de que ha estado escuchando con disimulo–. Quiero decir, ¿acaso va a clases con todas las demás?

–No es que tenga una enfermedad contagiosa, mamá –intervengo, rogándole con la mirada para que se detenga antes de que Molly me quite la invitación.

–Las princesas tienen tutores –replica ella, poniéndose a la defensiva.

–Rose asiste a clases normales –interrumpe Hellene. No parece agradarle quedar fuera de la conversación–. Estoy segura de que Daniela llegará a conocerla.

–Ay, ¿de verdad? –exclama mi madre alargando las palabras y subiendo y bajando las cejas como si aquello implicara que son grandes noticias para mí a nivel personal. Como si yo fuera una trepadora que se mudó a otro país para poder juntarse con la princesa de Henland.

Este ya es el límite más alto de mi tolerancia a la vergüenza. Ahora tendré que desconocer a mi propia madre, lo cual obviamente no es bueno, porque de verdad me agradaba antes de tener esta conversación.

Muriéndome por dentro, le pido disculpas a Molly en silencio. Ella se ve… no enfadada, para ser exacta, pero sin dudas desalentada. Toda la amabilidad se borró de su rostro como con un golpe.

Estoy perdida.

–¿Y la princesa estará en la fiesta? –le pregunta mamá con insistencia, porque todavía no había terminado de humillarme, supongo.

De algún modo, Molly se vuelve aún más sombría.

–Sí… irá –responde de forma cortante. Por fin, mi mamá se da cuenta del descontento y se voltea hacia Hellene.

No sé cómo es crecer con una monarquía, pero da la sensación de que las personas de aquí aprecian mucho a la familia real. En el mercado hay revistas dedicadas a ellos en la zona de cajas, en la parte trasera de los coches llevan calcomanías con el escudo de armas real, y en el vestíbulo de la oficina de inmigraciones hay un retrato del rey y la reina que va del suelo hasta el techo. Pero, si tuviera que apostar, Molly no parece ser una de esas personas.

–Qué bueno, la realeza –digo en voz baja, con tono burlón. Lo siento, mamá. Aquí cada chica está por su lado y si me quitan la invitación a esta fiesta porque no sabes controlarte, alimentaré el rencor hasta que me muera.

Por fortuna, mi apuesta es acertada, porque Molly se deja hundir en el asiento y relaja los hombros.

–Todos vendrán alrededor de la una y media –dice–. ¿Puedes darme tu número? Te enviaré la dirección por mensaje.

Al otro lado de la sala, mamá intercambia una mirada conmigo y levanta los hombros de la emoción.

Y, mientras Molly baja la cabeza para usar su teléfono, yo le devuelvo el gesto de felicidad.

DOS

ROSE

Mis guardias, Theodore y Sidney, permanecen de pie en silencio en el porche de la mansión de Molly Kwon. Uno me mira por la ventana y el otro monitorea el jardín de adelante. Están parados muy juntos, en un intento de mantenerse secos, en lugar de andar patrullando como lo harían usualmente. Desvío la mirada y me entrego a la punzada de culpa que me da por hacer que se queden allí afuera a la deriva. Estarán protegidos de las fuertes lluvias, pero no de este frío impropio de la estación.

Si no fuera inútil, les insistiría en que vigilaran por turnos desde la cocina, con una taza de té. El problema es que no respetan demasiado lo que digo cuando papá les ha dado una orden directa. Y hoy sus órdenes fueron que vigilen el jardín delantero y que se queden allí a menos que yo esté en peligro inminente. Su comodidad no importa y, desde luego, yo no tengo la autoridad para emitir órdenes suplementarias o contradictorias.

Aunque, para ser franca, no espero que estén deseosos de aceptar una taza de té hecha por mí, ni siquiera si tuvieran la

libertad de hacerlo. La última vez que les preparé una, estaba tan drogada que le puse sal en vez de azúcar.

Contemplo la escena sin prestar mucha atención, desde mi punto usual de observación: el sillón de cuero más cerca de la entrada.

Eleanor Kowalczyk, una de mis amigas más cercanas, se acomoda sobre mi reposabrazos y me ofrece un cigarro de hierba a medio fumar, lo pasa por delante de mi rostro como si yo fuera un caballo al que está seduciendo con una zanahoria. Le golpeo la mano, ocultando mi molestia con una risa ligera.

–Ah, entonces, ¿es en serio? –me pregunta, asintiendo en dirección al porro en su mano.

–¿Cuándo me has visto romper una promesa?

En otro de los sofás están sentados unos chicos, hay uno alto con rizos gruesos y oscuros que se inclina sobre sus rodillas y estira una mano hacia Eleanor. Alfie Paget-Harrington. Chasquea los dedos hacia ella, quien le da una bocanada al cigarro antes de entregárselo. Él lo sostiene entre los dedos y vuelve la cabeza en dirección a mí.

–Afortunadamente –dice con voz lenta y profunda–, el resto de nosotros no hizo ninguna de esas promesas.

–El resto de ustedes no tenía ningún incentivo para hacerlo –le recuerdo.

–No hay cámaras aquí, Rosie –dice Alfie–. Y nos conoces a todos.

Le sostengo la mirada hasta que él cede.

–Más para mí –dice, llevándose el porro a los labios.

–Para nosotros –protesta Eleanor y Alfie chilla cuando ella se lanza hacia adelante para quitarle el cigarro.

Al otro lado de la sala, Molly lanza una mirada al oír la risa de Alfie. Pasa su vista por todos lados excepto en mí. Sin embargo, eventualmente se quiebra, me mira por un segundo y descubre que yo la estoy viendo fijo. En el momento en que nuestros ojos se cruzan, enarco una sola ceja. Eso es todo lo necesario. Si ahora continúa ignorándome, ya no tendrá más excusas creíbles y, sin dudas, Molly no es tan conflictiva como parece. Incluso si estuviera intentando demostrar que tiene razón.

Y *sí* está intentando demostrar que tiene razón, estoy bastante segura, porque no me ha dicho una sola palabra desde que llegué más allá de habernos saludado juntas a Eleanor y a mí.

En cambio, se ha pasado la reunión entera al lado de una chica de cabello largo y rubio oscuro que solo puedo describir como peculiar. Tiene puesta una chaqueta inflada que no le queda bien y unos jeans que le quedan peor aún. Tiene los zapatos llenos de lodo, la piel espantosamente pálida y no se ha descruzado de brazos durante la última media hora. Lo sé bien. La he estado observando.

Está claro que no está cómoda, y no es de sorprender. Luce tan fuera de lugar que casi podría creer que apareció en esta fiesta sin querer. No me puedo imaginar de dónde la ha sacado Molly ni por qué, al parecer, mi mejor amiga está tan ocupada con esta extraña torpe que no puede hacerse un minuto para presentarla con Eleanor y conmigo.

Aunque sea solo para convencer a los curiosos de que todo está bien entre nosotras.

Le dice algo a la extraña y las dos caminan hacia mí cuando Alfie se aleja. Molly toma una copa de champaña al pasar por al lado de la mesa de refrigerios y luego me la ofrece.

–Rose –dice mientras yo acepto la copa–. Ella es Danni. También está en quinto año.

–Ah –exclamo–. ¿De qué escuela?

Mi amiga me lanza una mirada como si me estuviera haciendo la tonta a propósito. Puede que me está haciendo la tonta, pero en mi defensa, desde luego no es a propósito.

–Bramppath –dice y yo noto mi traspié demasiado tarde. Esta chica debe tener una de las becas musicales. Son las únicas que ofrecen una matrícula financiada por completo. También son bastante competitivas.

–Un prodigio musical –observo–. Estoy segura de que somos afortunados de tenerte. ¿Qué tocas?

Danni abre la boca para responderme, pero luego titubea.

–Piano –dice por fin–. Pero… ¿cómo sabes que soy música?

Dos errores seguidos. Qué bueno que mamá y mi padre no están aquí para verlo, o me darían un sermón. Señalar la diferencia de clases es no tener clase; esas serían las palabras exactas de mamá.

Molly me mira con curiosidad, al parecer sin intención de salvarme. Así que hago mi mejor esfuerzo para reponerme.

–Tienes manos de pianista –espeto. Echo una mirada a los dedos de Danni. No es mentira, *sí* que son largos–. ¿Así que ya has tenido oportunidad de conocer a todos?

Es una indirecta para Molly y da en el blanco. Ella cruza una mirada conmigo. Aunque no dice nada, le he hecho saber que la vi hablar prácticamente con todos los que están en esta fiesta, *excepto* conmigo.

–Eso creo –responde Danni–. Jamás voy a recordar todos estos nombres.

Habla con un fuerte acento estadounidense que parece no estar contaminado con la cadencia henlandesa. Como mínimo, es una estudiante becada recién llegada al país.

–Bueno, si puedes recordar algo, intenta enfocarte en los apellidos. Para estas personas, por lo general son más importantes. Y si eso tampoco funciona, recuerda Kwon y Kowalczyk y estarás en buenas manos.

Eleanor se pone de pie, se acerca al respaldo del sofá y hace un gesto de cabeza.

–Yo sería Kowalczyk –dice extendiendo una mano hacia Danni.

–Entendido –replica ella con una sonrisa nerviosa–. ¿Y quién es Kwon?

–¿Quién es Kwon? –repito sin poder ocultar la confusión en el tono de mi voz. Apunto con un dedo a Molly para ayudar a la extraña y agrego en susurros exagerados–: Esa es Molly Kwon.

–Rose. –Se molesta la susodicha. Parece estar a la defensiva con su nueva mejor amiga–. Aún no le dije mi apellido.

–Entonces, espero no haber revelado un secreto.

¿Acaso Molly no quiere que Danni sepa que es una pequeña celebridad de internet? ¿O será que no quiere que Danni la busque allí por alguna razón?

Me doy cuenta, demasiado tarde, de que es muy posible que ese sea el caso. Si la nueva amiga de Molly aún no sabe lo que sucedió en Ámsterdam, tal vez tiene la intención de mantenerlo así por ahora. Puede que no haya muchos límites que yo no cruzaría cuando se trata de provocar a alguien, pero bien sé que Ámsterdam está prohibido.

–No es un secreto, solo no surgió. –El tono de Molly suena más tenso de lo que jamás he oído en ella, y no debo ser la única que lo nota, porque Danni interrumpe con un apresurado cambio de tema.

–Así que, ¿todos aquí vienen de una familia megarrica? –pregunta.

Incrédulas, Eleanor y yo intercambiamos una mirada rápida. Hasta Molly sonríe sin querer.

–Casi –respondo vagamente y Eleanor se ahoga con la risa.

Molly se entromete en la respuesta:

–Lo que Rose quiere decir es que descubrimos las conexiones entre todos a través de nuestros apellidos. No todo es esnobismo.

–Solo el noventa por ciento, o casi –agrega Eleanor con una sonrisa traviesa.

–Por ejemplo, Eleanor es una Kowalczyk y la mitad de las familias de la escuela están representadas por Kowalczyk y Nought. La firma de abogados –agrega luego de darse cuenta de que Danni no la está entendiendo–. O Alfie, el que está por allí. Su madre es Helen Paget-Harrington, y los Harrington son una de las familias más antiguas de este país.

–En cambio los Paget no son… nadie en especial –dice Eleanor y me lanza una mirada de culpa (después de todo, está hablando de amigos íntimos de mi familia), pero hago un gesto breve con la cabeza para que continúe–. El padre de Alfie inmigró desde Londres hace muchos años y fue escalando posiciones con mucho esfuerzo.

Danni ríe con incomodidad. Acabo de conocerla, así que es probable que esté malinterpretando su expresión, pero parece estar analizando a Eleanor y Molly como si fueran especies alienígenas.

–Ja –espeta–. Yo ni siquiera sé en qué trabajan los padres de mis amigos.

Molly le toca el hombro con amabilidad.

–No tienes que saber estas cosas. No es que vayan a tomarte un examen ni nada por el estilo.

Danni ladea la cabeza.

–Supongo que yo soy como un Paget. Mi apellido no significa nada.

–Tal vez no –digo, encogiéndome de hombros–. De cualquier modo, será mejor que nos lo digas. De esa manera resaltarás menos.

Intercambia una mirada conmigo con tanta intensidad que me pregunto si acaso se olvidó que yo estaba sentada aquí.

–Bien –dice–. Como sea. Entonces, supongo que soy Daniela Blythe, de los nadie en especial.

–Bueno, ahora eres Daniela de Bramppath –señalo–. Al menos, eso es algo.

Molly me lanza una mirada furiosa. Creo que no está de acuerdo con mi tono burlón. Sin embargo, Danni parece tomarlo en serio, porque sonríe con tantas ganas que se le marcan hoyuelos. De pronto, todos los rastros de nervios han desaparecido. Se ha convertido en una persona diferente.

–Es algo –afirma–. Yo ya sé tu nombre, pero tal vez igual podrías presentarte.

–Rosemary.

–¿Rosemary o Rose?

–Eso depende de cuán bien terminemos llevándonos –respondo.

–Lo tendré en cuenta. No me dijiste tu apellido –señala.

–No tengo apellido.

–¿Así que te gusta destacar? ¿O no eres tan importante como para tener uno?

Apoyo la mejilla sobre un puño, sorprendida por su descaro.

–En realidad, ambos.

Molly interviene antes de que comencemos a divertirnos más.

–Conocí a Danni cuando fui a buscar mi túnica de último año. Es de Estados Unidos.

Mi enfado con ella se me viene a la cabeza otra vez y se cuela por el tono de mi voz. Me aferro a la copa de champaña y me enderezo en mi asiento.

–Ah, eres de los Blythe de *Estados Unidos* –le digo a Danni, fingiendo que la reconozco–. ¿Por qué no comenzaste por allí?

–Rose, no seas una mierda –espeta Molly sin expresión–. Todavía no puede darse cuenta de cuándo estás bromeando.

–¿Así que cuando no tienes apellido puedes hacer pasar tus indirectas por humor? –suelta Danni.

Si antes me sorprendió su descaro, no se compara con lo estupefacta que quedo en este momento. Estoy más acostumbrada a que extraños y conocidos finjan con amabilidad que mis burlas les causan gracia.

–Es una de las tantas ventajas –admito por fin.

Molly se voltea en dirección a Danni.

–Bueno, será mejor que terminemos de pedirles a todos que te digan sus apellidos –dice dejando entrever que me cree inmensamente grosera. Diría que Danni parece muy capaz de devolver los mismos golpes que le tiran, pero me guardo esa discusión para mí misma. Porque es muy evidente que con Molly estoy en una cuerda demasiado floja.

Enarco una ceja como gesto de despedida. Danni se mueve para seguir a Molly, pero luego se detiene y me lanza una mirada.

–Gusto en conocerte, Rose –dice antes de darme la espalda. Yo me quedo mirándola durante varios segundos.

Eleanor vuelve a acomodarse en el sillón y me sigue la mirada. Suelta un sonido de complicidad y yo pego un salto, avergonzada porque me sorprendió mirándolas fijo.

–¿Qué?

–Está actuando raro, no hay dudas –dice. Me toma más de lo que debería darme cuenta de que se está refiriendo a Molly.

–Te lo dije –replico–. Creo que me odia.

–No te odia –asegura Eleanor, pero está muy lejos de ser convincente–. Solo está sufriendo.

Sí, yo también lo había justificado de esa forma.

"Solo está sufriendo", me dije a mí misma cuando evitó hablarme en el funeral. "Necesita espacio", pensé por lógica cuando se pasó la última parte del semestre retraída con sus cosas. "Se está disipando", la justifiqué cuando comenzó a publicar otra vez en sus redes mientras ignoraba mis mensajes sobre las vacaciones de verano.

Creo que en verdad se llega a un punto en el que la negación comienza a parecerse demasiado a la mentira.

–Deberías preguntarle qué está sucediendo –sugiere Eleanor al ver que no respondo. Y yo hago un gesto cortante con la cabeza.

–Lo haré –prometo. A diferencia de Eleanor, tengo mucha práctica en el arte de sonar tan convincente como quiero–. Solo que no lo haré aquí. No hay motivos para arruinarle la fiesta.

Desde luego, muy en el fondo sé cuál es el problema, aunque no quiero hacerlo. Me culpa a mí por lo que sucedió en junio en Ámsterdam y así debería ser. Si yo fuera ella, también me odiaría.

Junto a la ventana, Harriet Tomas se aferra al brazo de Danni cuando ella pasa por allí con Molly, para incluirlas en la conversación del grupo. Harriet estaba allí aquella noche, pero Molly parece ser de lo más amistosa cuando la saluda.

Algo ácido y oscuro brota en mi interior, pero lo empujo hacia adentro antes de que cualquier emoción se haga presente por completo.

Alfie, quien nos ha estado observando a la distancia con bastante curiosidad, se lanza otra vez encima de Eleanor y de mí.

–¿Y esa quién es? –pregunta, sin más indicaciones. Es suficientemente obvio a quién se refiere.

–Se llama Danni –responde Eleanor.

–De acuerdo, pero ¿*quién es*? –insiste él.

Y Molly creyó que mi consejo sobre los apellidos era puro esnobismo. En cierto punto me tienta escribirle más tarde y contarle lo que acaba de decir Alfie, para demostrarle que tengo razón. Solo que no va a responder mi mensaje, ¿verdad?

Danni lanza una mirada hacia nosotros y nos descubre mirándola fijo. Nos quita los ojos de encima mientras que, con sus largos dedos de pianista, juega con el puño de la manga.

–Al parecer, nadie en especial –le respondo a Alfie.

Y como si me oyera por encima del ruido, Danni vuelve a mirar. Esta vez, sus ojos se posan en mí.

Yo le sostengo la mirada hasta que ella la quita solo un segundo después.

Pobre criaturita. Nuestro mundo la va a quebrar.

TRES

DANNI

Cuando mamá y Dennis por fin me dejan en Bramppath, me sorprende el nudo que continúa formándose en mi garganta. He estado tan ocupada pensando en qué me deparará la vida en esta escuela, que me olvidé de las cosas que echaré de menos. La familia.

Ya no voy a tener comidas en familia, o noches de películas en familia o caminatas en familia. Ahora voy a hacer todas esas cosas con un grupo de extrañas. ¿Será que pronto esas mismas extrañas terminarán sintiéndose como familiares? ¿Será que desearé no tener que irme cuando se haya acabado el semestre? ¿O acaso me pasaré contando los días hasta que pueda escaparme de este lugar y de las personas que hay en él?

Intento recordarme a mí misma que ya tengo un buen motivo para creer que todo estará bien. Ahora conozco a Molly. Y a un puñado de apellidos de mis compañeras de clase, como para empezar.

Voy a estar bien.

Solo debo respirar.

Mientras caminamos, Dennis se pone a hablar sobre el tamaño de la escuela. Y continúa con las torrecillas y los arcos del edificio principal y las enredaderas serpenteantes que cubren las ventanas de los salones residenciales, y explica que la mampostería de ladrillos grises solo se usó durante cierto período histórico. Le pregunto si está seguro de no querer mudarse a mi habitación con mamá y ambos se echan a reír. Pero solo es broma.

Arrastro las rueditas de mi maleta por el camino curvado de piedras desniveladas hacia mi edificio. Decenas de chicas con sus padres nos pasan por al lado a toda velocidad como si fueran ardillas preparándose para el invierno. Jalan maletas y decoraciones, cobijas y bolsos. Uno no creería que fueran a notar mi presencia en medio de todo ese caos, pero, ah, sí, me ven. Cada tanto alguna estudiante o algún padre o madre se percata de mí, examina mi vestimenta, mi cabello, mi rostro y decide que no cumplo con los requisitos. Luego arrugan las narices, levantan las cejas y continúan con lo que sea que estuvieran haciendo sin siquiera saludarme con la cabeza.

Bueno, *esto* es lo que me preocupaba sobre Bramppath. Si esta fuera mi primera impresión de las estudiantes, probablemente me encaminaría hacia el coche y me encerraría en el asiento trasero hasta que mamá y Dennis aceptaran llevarme de regreso a casa.

Las chicas de quinto año viven todas en el mismo edificio: Dewitt, llamado así por algún maestro o maestra. Hellene nos contó eso durante el recorrido, pero fue justo cuando yo estaba entrando en modo pánico, así que no recuerdo todos los detalles. Es uno de los edificios del centro, plantado frente a una enorme fuente de mármol.

Cuanto más próximas a graduarse, más cerca se vive de la entrada principal, lo cual nos deja en el segundo mejor edificio.

Yo estoy en el segundo piso, habitación once. Hace un par de semanas, Bramppath me envió la tarjeta magnética de mi habitación por correo. La hacemos pasar por la puerta algunas veces hasta que se acepta el chip y la luz de la cerradura se pone verde. Ingresamos y Dennis vuelve a silbar. Las habitaciones de Bramppath son todas privadas y han logrado hacer caber (casi a la fuerza) una cama grande. Eso, un armario, un escritorio (ambos hechos de madera de cerezo) y una silla de escritorio de cuero. Y ese es todo el mobiliario. Las paredes en tono crema son lisas y la alfombra, gris oscura. Perfecta para ocultar manchas. Intento no pensar en qué habrá camuflado bajo mis pies en este momento.

Es sencilla, apretada y huele a desinfectante.

Me encanta.

Después de un par de horas, logramos hacer que se parezca menos a una celda de prisión elegante y más como una habitación de muestra de Ikea. Luego, mamá me da un rígido sermón para que me mantenga al día con las lecciones de piano, y lo sigue una larga despedida que tenemos que repetir varias veces, porque no quiere dejar el cuarto. Entonces, los dos se marchan. Y quedo sola.

Estoy totalmente sola. Paseo por el espacio durante un instante, con los brazos cruzados sobre el pecho. Básicamente, no hay nada familiar aquí. Cuando mamá se ofreció a llevarme de compras compulsivas a Target para que tuviera todas cosas nuevas en Bramppath pegué un salto. Me imaginé que cuantas más cosas nuevas y brillantes llevara, mejor, porque así destacaría menos. Pero ahora me estoy arrepintiendo. Cambiaría todo esto nuevo y brillante

por mis viejas sábanas de rayas, descoloridas y cubiertas de pelos de gato.

Además, las cosas de supermercado no impresionarían a las estudiantes. Me estaba engañando a mí misma.

Antes de que la nostalgia pueda comenzar a manifestarse, le envío un mensaje a Molly para avisarle que ya he llegado.

Resulta que su habitación está en el piso de arriba, el B, así que baja en menos de un minuto. Le dedica unos instantes a admirar con amabilidad todas las cosas de Target antes de zambullirse sobre mi cama y rebotar en ella, con los brazos y piernas desplegados como si fuera una estrella de mar.

–No tienes idea de lo bueno que es estar en los cuartos de secundaria superior –dice, dándole unos golpecitos a la cama–. Las dobles pequeñas que teníamos el año pasado no estaban bien.

Me siento a horcajadas en la silla del escritorio y apoyo el mentón en el respaldo.

–¿Acaso esas no son como las matrimoniales? Porque, a decir verdad, eso habría sido subir de categoría para mí.

Ella se incorpora y me mira con lástima. El tipo de mirada por la que me habría ofendido si no supiera que Molly tiene buenas intenciones.

–¿Cómo sobreviviste?

–La gente sobrevive durmiendo en camas individuales todos los días, Molly.

Creo que en ese momento se da cuenta de cómo suena, porque agacha la cabeza.

–Lo siento. Eso fue muy "Rose" de mi parte.

Suelto una risa al pensar en la conversación que tuve con la princesa Rosemary en la fiesta de Molly. Está lejos de ser la persona más cruel que jamás haya conocido, pero tampoco fue acogedora, para ser exacta.

Todavía no estoy segura de qué creo acerca de nuestra interacción en la fiesta. Por un lado, fue la primera vez en ese día que hice algo más aparte de sonreír y responder preguntas con amabilidad y entrar en pánico por dar una primera impresión de mierda. Por el otro, creo que Rosemary pudo haber detonado una respuesta de "pelea o huye" en mí, lo cual está claro que no es lo mismo que perder la timidez.

Así que ¿qué fue todo eso? ¿Habrá sido mi instinto que la reconoció como el tipo de bravucona que me intimidaba el año pasado? Después de todo, ese es el modo en que operaban Maddison y su pandilla. Solían hacer pequeños comentarios que sonaban amigables e inocentes, como pedir mi opinión o algo así, o hacerme cumplidos por mi apariencia. Pero luego, si las tomaba por sinceras y les respondía con normalidad, ella y sus amigas se echaban a reír, como si les pareciera gracioso que yo pudiera haber creído que estaban siendo amables conmigo. El único modo seguro de responderles a esas chicas era con silencio o frialdad. No podían reírse de ello.

Sin embargo, eso me hacía ver como la persona más desagradable del lugar. Jamás podía ganar y ellas así lo querían.

Pero eso fue el año pasado y no había ningún grupo de chicas riéndose de mí en la fiesta de Molly. Así que, por ahora, tengo que darle el beneficio de la duda a Rosemary, ¿verdad? Solo porque tiene

un sentido del humor irritable no significa necesariamente que he conocido a mi nueva futura bravucona. Espero que no.

Mientras tanto, Molly ha cambiado. Su mandíbula y sus puños parecen estar compitiendo por cuál puede apretar más fuerte. Para que conste, los puños van ganando.

Noté el mismo lenguaje corporal cuando habló con la princesa aquel día. Así que, ya que estamos hablando de ella, decido hacerle la pregunta que me ha estado carcomiendo desde la fiesta.

–Oye, em, cuando estuvimos en tu casa, todos se la pasaban preguntándote acerca de Rosemary.

Ella asiente y echa los hombros hacia atrás. Al hacerlo, estira el cuello.

–Sonaba como si todos creyeran que ustedes son amigas –añado–. Quiero decir, buenas amigas. Pero no capté la misma sensación de tu parte.

–Ah, *¿no?* –Se hace la sorprendida.

–Lo sé, no te asustes, soy *super*observadora –digo sin emoción. Sonrío al bromear, pero también por el alivio. Si al final Rose resulta ser toda una joyita, no querré entrometerme en su camino, lo cual puede que sea difícil si es la mejor amiga de mi única amiga.

–Sí… Es una larga historia. Rose y yo éramos las mejores amigas, pero ahora somos… No lo sé.

–¿Ocurrió algo? –pregunto–. ¿O es solo una mala persona, o algo por el estilo?

Me doy cuenta mientras hago la pregunta de que puede ser demasiado personal, y Molly me muestra que tengo razón cuando niega con la cabeza.

–Sí… Mira, sucedieron algunas cosas, pero es… mucho. Te contaré en otra ocasión. Si no encuentras… Da igual. No es una persona de mierda. Solo es… Mira, lo que tienes que saber de Rose es que es la princesa y todo lo demás viene después de eso. Y con todo me refiero a todo. ¿Te das cuenta de lo tóxico que puede volverse?

–Claro.

–Tenemos muchos amigos en común, así que no quiero comenzar una guerra sin cuartel. Solo estoy intentando mantener un poco de distancia por unos días, ¿sabes?

Entonces, cuando dijo que yo le daría una buena excusa para evitar a cierta gente en su fiesta, no se refería a personas crueles. Se refería a Rosemary.

–Como sea. –Molly se reanima–. ¿Tomamos una foto rápida de tu mudanza para una historia?

Se arrodilla a mi lado, yo poso para la cámara y ella se pone a editar la imagen.

–¿Cuál es tu usuario? Te etiquetaré –anuncia.

Unos segundos después, mi teléfono vibra por la notificación. Toco su perfil, lista para añadirla como amiga, pero descubro el número de seguidores y me quedo tan sorprendida que me olvido por completo de lo que estoy haciendo. Por un instante, juro que no me funcionan bien los ojos. Hay demasiados dígitos.

–Esa es la razón por la que prefiero enviar mensajes –dice al darse cuenta de mi expresión–. Mis MD están un poco saturados.

–Aguarda. ¿Qué eres? ¿Una *influencer*? –pregunto mientras examino su perfil. No parece ser nada especial. Es solo una mezcla común y corriente de selfis, paisajes y fotografías de actividades. Todo parece bastante descontracturado y casual. O tal vez está

curado a la perfección para parecer de esa manera. Es difícil darse cuenta.

–Odio esa palabra –exclama–. Si alguna vez me refiero a mí misma como influencer sin ser sarcástica, tienes mi permiso para criticarme hasta que se me vuelva a encender el cerebro.

–Pero *sí* eres una influencer –digo, moviendo el teléfono como si necesitara evidencia o algo así.

Molly se encoge de hombros de mala gana y se pone roja.

–Cuando era niña, mi papá era el primer ministro y solía llevarme a las conferencias de prensa y esas cosas. Falleció antes de terminar su mandato… No, fue años atrás, Danni, no te pongas triste por mí y, *por favor*, no me digas que lo sientes. Como sea, los medios se obsesionaron por mí después de todo aquello. Supongo que las personas me conocen por eso. Yo no tengo talentos, ni nada.

Bueno, *sí* me da pena la historia del padre de Molly, pero ella me pidió que no lo dijera, así que lo dejo pasar.

–Es obvio que le dedicas mucho esfuerzo –digo, en cambio–. Yo he hecho como veinte publicaciones en toda mi vida. Me impresiona.

–En realidad no. La mayoría de lo que publico son videos acerca de mi día u opino sobre lo que sea que esté pensando. Jamás voy a ser el tipo de persona que tiene una organización como corresponde, o una marca, ni nada. Para ser honesta, solo lo hago porque la paga es buena, y no me dan una gran mesada.

Después de pasar casi una hora en mi cuarto, Molly se ofrece a darme un recorrido por Dewitt. Me cuenta acerca de qué ducha usar en el baño (“la del medio siempre se calienta más rápido”), sobre la regla extraoficial de las puertas (“si dejas la puerta entreabierta, significa que estás dispuesta a que alguien entre para una

conversación casual") y de la pizarra de noticias que está en la entrada ("tocas el piano, ¿cierto? Puedes inscribirte para las noches de función aquí").

Examino la pizarra, que ya está repleta de notas sobre clubes y campamentos. En el centro hay un póster gigante del consejo de padres sobre el uso de drogas. Dice "NO NECESITAS SUSTANCIAS QUÍMICAS PARA SENTIRTE VIVO" con una ilustración que da vergüenza ajena de un grupo de adolescentes huyendo de un cigarrillo de marihuana en un campo.

–Recuerdo haber visto algo sobre viajes a la nieve –digo con esperanzas, buscando alguna lista para inscribirse. Después de todo, se acerca el invierno.

–Por desgracia, eso es solo para cuarto y sexto año. Rose intentó llevarme a rastras con ella el año pasado, pero esas cosas no son para mí –dice Molly con una risa, pero esta se desvanece tan pronto como recuerda de quién está hablando. Entonces, se lleva un mechón de su lustroso cabello negro detrás de la oreja y cambia de tema–. Por la mañana pasaré por ti para ir a desayunar. Tendrás que estar lista a las siete y diez, como máximo. El que llega primero gana, así que, si llegamos muy tarde, no podremos conseguir asiento con el resto de las chicas.

Le doy las gracias, pero las palabras no son lo suficientemente grandes para mostrarle lo mucho que agradezco. ¿Qué haría mañana por la mañana si no la hubiera conocido? ¿Llegar a las 7:13 y quedarme en el final de una mesa llena de chicas que han crecido juntas, jamás me han visto y no me quieren allí?

Pero sí la conocí. Y si la razón por la que, desde un inicio, Molly quiso conocerme fue para cubrir el espacio libre que dejó la princesa

Rosemary, entonces le debo una.

Lo que sea que haya hecho para perder a Molly como amiga, su pérdida es mi ganancia.

CUATRO

DANNI

A la mañana siguiente, Molly viene a mi habitación a las 7:10 a. m. para llevarme a desayunar, tal como lo prometió. El único problema es que descubrí demasiado tarde que no tengo idea de cómo hacer un nudo de corbata de verdad, y no es tan fácil de hacer siguiendo tutoriales en internet como creí que sería. De hecho, me enfoqué tanto en intentar hacerlo que perdí por completo la noción del tiempo, así que, cuando Molly llega, me encuentra con la camisa de la escuela y los pantalones del pijama, con la corbata apretándome como un nudo de horca. Para el momento en que por fin dejamos mi habitación, a las 7:16, tartamudeo las gracias y pido disculpas una y otra vez, como si fueran las únicas palabras que conozco. La única cosa que me pidió hacer –estar lista a las 7:10– y lo arruino. Por supuesto que sí.

La fila para el desayuno llega hasta afuera, serpentea por todo el jardín y llega hasta el salón comedor. Para cuando Molly y yo llegamos, quedamos bien atrás, al lado de la fuente, y vuelvo a

susurrarle que me disculpe unas veces más, con las mejillas sonrojadas.

–Está bien, de verdad –dice con la convicción suficiente para darme un poco de alivio–. Tuve en cuenta el tiempo extra porque es la primera mañana. No estamos retrasadas.

La fila se mueve rápidamente y no nos toma tanto tiempo entrar al comedor. Adelante y hacia la izquierda hay decenas de largas mesas de madera y, hacia la derecha, la ventanilla por donde sirven la comida. Detrás de ella, hay un grupo de seis empleados de cocina con sus redecillas para el cabello sirviendo tocino, huevos y champiñones fritos. Es en ese entonces, cuando que me golpea el aroma a grasa, sal y pan con mantequilla, que me doy cuenta de lo hambrienta que estoy.

Mientras nos acercamos a la ventanilla, mi atención se dirige hacia una torre altísima de tostadas que una mujer con expresión de fastidio apila con la mano izquierda mientras que, con la derecha, coloca rebanadas de pan por las ranuras de una tostadora enorme. Tomo más tostadas de las que probablemente necesito porque puedo, porque, maldita sea, esta es mi vida ahora. Una vida de desayunos perfectos. La última vez que comí uno ilimitado fue cuando fuimos de vacaciones a visitar a mis abuelos en Florida, cuando tenía como nueve años. Y no se asemejaba ni por lejos a la calidad de todo este despliegue.

Con nuestros platos repletos –por decir a la ligera–, Molly y yo nos acercamos a una mesa donde hay algunos asientos libres que parecen reservados para nosotras. Ella deja caer su plato y salta para abrazar a algunas de las chicas, a quienes supongo que no tuvo oportunidad de ver ayer. Yo me quedo de pie por un segundo,

incómoda, y luego dejo mi plato en el espacio vacío al lado de Molly. Todavía no hay nadie sentado allí, así que me quedo detrás de la silla como el resto de las chicas, tamborileando los dedos sobre la madera, con la esperanza de no verme ni la mitad de lo cohibida que me siento.

Por fin, un silencio cae en el salón y echo un vistazo a mi alrededor para ver a qué se debe. En un desfile de zapatos lustrados, chaquetas y trajes, aparece el director, un hombre moreno con cabello gris casi rasurado y arrugas marcadas, que marcha por el comedor seguido por una fila de casi veinte alumnas.

Identifico a Eleanor –la esnob de piel bronceada y rizos largos que estaba en la fiesta de Molly y que no paraba de hablar sobre familias donnadies– en el frente de la fila y me imagino que todas son prefectas. Y en cuanto percibo eso, de pronto me encuentro contemplando a la princesa Rosemary.

Ella examina rápidamente a las chicas que están en mi mesa y luego intercambia una mirada conmigo. Solo dura un instante, pero se siente como un extraño momento de peso. Como si todo se volviera lento y esa milésima de segundo se sintiera más como un minuto.

Es bonita. El tipo de chica linda que te hace olvidar de que estás en una sala llena de personas que no saben que existes, porque por un momento tú también te has olvidado de que ellas existen. Creo que hay cierta injusticia en nacer con tanto dinero y estatus y también ser hermosa. No es que esté celosa porque fracasé en al menos dos de esas categorías, si no en tres. O tal vez sí lo estoy, quién sabe. Pero sí. Es hermosa.

Su cabello no es café, sino un brillante chocolate, grueso, con ondas bien definidas que le llegan hasta debajo de los hombros. Sus ojos no son solo verdes, son penetrantes y tan expresivos que delatan cuando algo le parece gracioso antes de que su boca siquiera alcance a sonreír. Y me gusta su porte. Sentada o de pie, se ve segura de sí misma, erguida y alta, de modo en que te obliga a mirarla. De pronto, me vuelvo consciente de mi propia postura e intento enderezarme.

Y aparece esta pregunta insistente otra vez. En la fiesta, ¿se estaba riendo conmigo o de mí? Lo he estado pensando una y otra vez desde ayer, cuando hablamos de ella con Molly. Me pregunto si lo hace a propósito. Eso de transformarse a sí misma en una respuesta cambiante.

El director y las prefectas se ponen en fila a lo largo de la mesa principal que está en la otra punta del comedor. Desde su lugar, en el centro, él se acomoda las gafas de marcos dorados y comienza a hablarnos con lentitud.

–Buenos días y bienvenidas al primer día en Bramppath. Veo una mayoría de rostros familiares, pero también hay muchos nuevos. A las estudiantes que ya han estado aquí, bienvenidas a casa. A las estudiantes que hoy están comenzando con nosotros…, bienvenidas a casa. Para aquellas con quienes aún no me he presentado, mi nombre es Alistair Unley y espero poder conocerlas pronto.

Hace una pausa para que todas aplaudan.

–Antes de comenzar con el desayuno, me gustaría presentarles a nuestras prefectas y a la delegada. Con suerte llegarán a conocerlas a todas a nivel personal para cuando acabe el año. Todas son respetables y confiables. Y si tienen algún problema o alguna

pregunta, siéntanse libres de acercarse a ellas si las ven por la escuela. Sin dudas, podrán darles la mejor ayuda posible.

Rose lanza una mirada de costado a Eleanor mientras el director recita los nombres de las prefectas. Estoy muy segura de que están teniendo algún tipo de conversación en silencio. Y Molly se burla en voz tan, pero tan baja que, si no estuviera al lado de ella, no la habría oído en absoluto.

–Finalmente, las invito a rezar la oración matutina. *Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto.*

Supongo que es latín, aunque no tengo la certeza, porque no sé hablarlo. En mi defensa, estoy segura de que esta es la primera vez en mi vida que oigo a un ser humano vivo hablar en latín. Por lo general, en mi experiencia se reserva para los villanos de las películas. Supongo que es una cuestión de católicos. Henland es supercatólica. Cuando le conté a Rachel que me mudaría aquí, una vez que acabó de ponerse como loca por abandonarla, se puso muy seria y me dijo: "Tal vez sea mejor que no le cuentes a nadie allí que eres bi. Puede que no sea legal". Lo he corroborado, por cierto, y sí es legal, pero eso no significa que esté aceptado. No sé si confiaría en que, en un país donde las personas hablan latín en cualquier situación, se tomen la bisexualidad con naturalidad. Es una mala señal.

–Sicut erat in principio, et nunc, et semper, et in saecula saeculorum.

Al pronunciar la última palabra, todos se apresuran para tomar asiento y, gracias a Dios, porque estoy tan hambrienta que de verdad me duele el estómago. Justo después de que acabe el revuelo y el chirrido de sillas, explota un alboroto. Doy un salto para

mirar a mi alrededor y ver qué demonios está sucediendo. Todavía no estamos comiendo: eso sí que es obvio. Todo el mundo patea el suelo con toda la fuerza posible, gritan y vociferan a todo pulmón. La mayoría voltea sus asientos en dirección a la entrada, donde entra corriendo una chica de trece o catorce, con las mejillas rojas como un tomate. Tiene la camisa mal abotonada y el nudo de la corbata suelto.

–Si llegas tarde, te señalan –explica Molly cuando el ruido por fin se calma. La chica logra conseguir una silla y se sienta mientras el resto ríe a coro–. Es una idiota por hacer esto el primer día. Ahora el director se la tendrá jurada, ya verás.

Finalmente es hora de comer y casi que lloro de la felicidad. Luego, casi que vuelvo a llorar porque los huevos son perfectos, el tocino es perfecto y las tostadas… Bueno, les hubiera dado unos segundos más, pero están aceptables. Si el desayuno es siempre así, puedo soportar cualquier cosa que esta escuela me haga pasar y aun así no me arrepentiré de haber venido.

Lo positivo de la mañana continúa cuando me entero de que Molly está en mi clase de Cultura Clásica y nos sentamos juntas en la parte de atrás del aula. En la segunda hora (Historia Contemporánea), me la paso sola, intentando ignorar las largas miradas fijas que no dejan de lanzarme. En serio, creería que jamás han visto a una chica becada. Molly dijo que el uniforme me integraría, pero siento que me disparan miradas de desprecio desde todos los flancos. ¿Acaso me estoy delatando de alguna forma? ¿Porque mi cabello rubio oscuro no tiene reflejos claros, o porque mi brazalete es de acero inoxidable en lugar de oro blanco?

¿O será que ven en mí lo que fuera que hacía que la gente me odiara el año pasado en la escuela?

En Biología, llego temprano así puedo esconderme bien al fondo del aula. Me cubro la boca con las manos y apoyo los codos sobre el escritorio mientras observo cómo van ingresando las demás estudiantes y posan sus miradas en mí, durante demasiado tiempo. Siempre.

Entonces, encuentro un rostro familiar entre la multitud. Rosemary entra con los ojos hinchados y distraídos. Como todas las demás –porque, al parecer, tengo un reflector dirigido a mí–, me ve. Luego duda, durante el tiempo suficiente como para hacerme creer por un segundo que va a sentarse a mi lado. Le gusto. No le gusto.

Creo que *ni ella* lo sabe.

Si estoy esperando obtener alguna aclaración, tengo una suerte de mierda, porque en ese momento Eleanor aparece saltando detrás de ella y toma dos sillas vacías que están lejos, del lado derecho del salón. Se sientan juntas y Rose apoya la cabeza de inmediato en el escritorio para dormir, usando los brazos de cojín. Entonces, el reflector que estaba sobre mí se apaga.

Y ahora no sé qué es peor. Ser ridiculizada o ser nada.

CINCO

ROSE

Cada gramo de mi energía está enfocado en reprimir la necesidad de apoyar la cabeza sobre el escritorio del director mientras espero que entre a su oficina. Es bastante más difícil de lo que suena. Hablo del resultado inevitable de estar despierta durante casi treinta y cuatro horas, menos una breve siesta devastadora. No hay mucho más que se pueda hacer alimentada a cafeína y autopreservación.

Anoche fue la Gala Real Renacentista que se lleva a cabo todos los años en el aniversario de mi tatarabuela, la reina Alarice. Tal como su nombre lo indica, es una gala de beneficencia con temática del Renacimiento, en la que la crema de la crema viste alta costura inspirada en la época y holgazanea mientras admira obras de arte conservadas del período y bailes elegantes. Todo mientras un coro madrigal suena de fondo sin cesar.

Se supone que el objetivo principal es recaudar dinero para restaurar monumentos históricos y promocionar el legado cultural –causas que, al parecer, mi tatarabuela apreciaba mucho–, pero a mí no se me escapa que la mayoría de los invitados, si no es que son

todos, la tomen como una oportunidad para socializar y deducir impuestos.

Este año cayó un domingo –el domingo en el que iba a mudarme a mi habitación de Bramppath, como no podía ser de otra manera–, pero, según mis padres, esa no fue una buena excusa para eludir el compromiso. Después de todo, no se puede organizar la Gala Real Renacentista sin miembros de la realeza, ¿verdad? De seguro reinaría la anarquía. *Vive la révolution!*

Por desgracia, las celebraciones continuaron hasta bien entrada la noche y para cuando llegué a Bramppath, apenas tuve tiempo de apoyar la cabeza en la almohada antes de que se hiciera la hora de encontrarme con el director y las prefectas. De alguna manera, logré pasar por toda la jornada de clases –aunque no podría repetir una sola palabra de lo que dijeron los profesores en todo el día– y *casi* llego a mi habitación hacia el final. De hecho, estaba solo a metros de distancia de Dewitt y de entregarme al dulce sueño cuando el director me detuvo en medio del patio y me pidió que lo viera en su oficina. Me hubiera encantado recitarle una lista gráfica de las cosas que preferiría hacer (por ejemplo, clavarme un hierro caliente en el ojo), pero creo que lo mejor es comenzar el año escolar con el pie derecho, así que me tragué las palabras y giré sobre los talones.

Y aquí he estado sentada durante casi cinco minutos. Cinco minutos dolorosamente silenciosos.

En este momento, la refinada madera de castaño me resulta tan atractiva como una almohada de plumas de ganso. Estoy en medio de un debate sobre si tengo tiempo suficiente para echarme una siesta cuando el director entra corriendo, haciendo malabares con una pila de papeles y cuadernos.

–Mis disculpas, Rosemary. Hay mucho que hacer el primer día.

Deja caer los papeles sobre el escritorio con un golpe seco, lo suficientemente fuerte como para sacarme del sopor, y me enderezo enseguida.

–Está bien, señor. ¿Puedo preguntar…?

–Ah, no está en problemas –me asegura mientras toma asiento y se cruza de brazos–. Solo quería saber cómo estaba. Saber cómo está manejando todo.

Tomo el resguardo de calcular mi expresión.

–¿Todo?

–Su nuevo rol, el edificio nuevo…

El director es una de esas personas que pueden comunicar con exactitud y certeza qué quieren decir solo a través del brillo de sus ojos, sin importar que el mensaje que envía su lenguaje corporal sea el contrario. Ahora mismo, está haciendo eso. Su labio inferior sobresale, tiene un hombro encogido y ha levantado una huesuda mano de un modo que claramente habla de despreocupación. Pero sus ojos… Sus ojos están diciendo que está seguro de que yo sé muy bien por qué está preguntando por mí.

Y por supuesto que lo sé.

–Diría que todo está tan bien como podría esperarse –respondo–. Dadas…

Yo también muevo una mano, copiando su gesto.

–Las circunstancias –termina de decir por mí.

–Sí.

Las circunstancias. Me parece una forma eficiente de resumir los eventos de la última mitad del año. La noche en Ámsterdam: sus consecuencias, las repercusiones, la reacción negativa de la policía,

la decepción de mis padres; las miradas acusadoras que siento caer sobre mí en cada conversación de cada evento familiar. Molly.

Oscar.

En el momento en que su nombre aparece en mi cabeza, lo elimino. Hago mi mayor esfuerzo por pensar en él lo menos posible. No hay nada bueno en eso. Lo que pasó, pasó. Aunque, si pensar en él pudiera de algún modo recomponer lo que sucedió en junio, lo haría. Lo pensaría a cada segundo. Si tuviera que hacerlo, reviviría cada momento con lujo de detalles, una y otra vez hasta que lo que hice por fin se deshiciera. Pero la realidad es que no se consigue nada importante con mortificarse.

Una vez lo intenté. Me permití pensar en su nombre y, en lugar de alejarlo, dejé que mi mente siguiera por el camino al que el nombre llevaba. Durante tal vez diez segundos, me permití entender –en verdad *capté*– lo que ocurrió esa noche.

Sentí como si me ahogara.

Desde entonces, no lo he permitido.

–Debo admitir –continúo–, que me sorprendió recibir la propuesta para ser prefecta.

El director me analiza durante un largo rato. Por ahora, sus ojos y su lenguaje corporal están alineados a la perfección con su franqueza.

–¿Sabe por qué la escogí para el puesto, Rose? –pregunta por fin.

–Espero que no haya sido por lástima, señor.

No es de buena educación de mi parte, lo sé, pero las palabras salen de mi boca antes de que pueda censurarlas. Eso es lo que logra la falta de sueño.

Él enarca una espesa ceja y aprieta los labios.

–No fue por lástima –replica, con un sorpresivo tono amable–. ¿Sabe quién creo que es la última persona que podría hacer algo imprudente y poco aconsejable?

–¿Quién, señor? –Lo miro a los ojos.

–Alguien que recientemente ha hecho algo imprudente y poco aconsejable y que está pagando un alto precio por ello.

Aparto la mirada de la suya y me quedo mirando fijo al escritorio. Se me seca la boca y el labio superior me tiembla en contra de mi voluntad. Sus palabras pesan. Me he hecho una promesa a mí misma (a decir verdad, muchas) para cumplir las reglas a la perfección este año. Y, si puedo manejarlo, también por el resto de mi vida. Pero este año parece ser un punto de partida razonable.

Mi intención es no volver a experimentar jamás nada de lo que sucedió en estos últimos tres meses.

Como no respondo, el director continúa, con más amabilidad todavía.

–Me pregunto si podría reconsiderar mi oferta de terapia de duelo.

–No, gracias –replico.

–Nuestra psicóloga, la señorita Billows, está bien preparada para ayudarla.

–Estoy segura de que es fabulosa en lo que hace. Pero no estoy afligida.

–Rose…

–He cumplido con todos mis compromisos –continúo hablando por encima de él. Otra vez, una grosera–. Completé todas las lecturas preparatorias de vacaciones. No estoy recluida, no soy antisocial, no estoy hecha un mar de lágrimas. Me siento bien.

Lo que sí siento es que, si no me permite irme a dormir dentro de los próximos dos minutos, puede que se me desprendan los ojos, que se metan para adentro del cráneo y se me caigan por la garganta. Pero divago.

El director tiene esa mirada. Esa que ponen los adultos cuando tienen la certeza de conocer tu mundo interno mucho mejor de lo que tú podrías.

–Pero ¿es feliz?

Estaría más feliz si estuviera durmiendo.

–Por supuesto que sí.

Se queda mirándome fijo, estudiando mi expresión. Si pensara que una sonrisa me ayudaría a probar que hablo en serio, forzaría una, pero en cierto punto creo que se vería un tanto falsa.

–Lo que sea que necesite, Rose –dice por fin–. Si quiere aceptar la oferta, o si hay algo que pueda hacer…

–Gracias, señor –replico.

Apenas me atrevo a pensar que la reunión ha terminado. Pero, entonces, gloriosamente me despide. Atravieso la puerta a los tumbos antes de que pueda cambiar de opinión y salgo corriendo hacia Dewitt. Sidney, que estuvo posicionado afuera de la oficina del director todo ese tiempo, me sigue y luego se dirige a su propia habitación al otro lado del pasillo. Es probable que para estas alturas él también necesite una siesta. Su turno comenzó a mitad de la noche, cuando me escoltó desde el palacio hasta la escuela.

Unos empleados del palacio acondicionaron mi cuarto mientras yo estaba en la gala. Cuando llegué, por la noche, estaba demasiado cansada para asimilar cómo quedó. Para ser justa, todavía lo estoy,

pero ahora, con la luz de la tarde que se cuela por las cortinas entreabiertas, es difícil no detenerse en los detalles.

Las sábanas color carbón son nuevas y están arrugadas por el breve uso que les di antes. En la mesa de noche está la misma lámpara de vitral que tenía el año pasado y por encima de la cama cuelga alegremente el collage de fotografías que hizo Eleanor por mi cumpleaños. Para que las veinticinco sonrisas, sin saberlo, se burlen de mí desde arriba mientras duermo. Justo lo que recomendó el decorador. Las fotografías son familiares: Molly y yo, una al lado de la otra en el autobús de camino a un partido de fútbol. Eleanor, Molly y yo en el baile del año pasado. Alfie, Florence y Harriet riéndose de algo; con bebidas en las manos. Oscar, Molly y yo sentados a la mesa en la cena de cumpleaños de ella.

Me quito la camisa de botones por encima de la cabeza, me deshago de la falda, me paro sobre la cama y descuelgo el collage. Al deslizarlo por un costado del mueble, raspa la pared mientras cae, hasta chocar contra la alfombra con un golpe seco. Entonces, colapso en la almohada, boca abajo.

Y me duermo antes de que siquiera pueda cubrirme con las mantas.

SEIS

ROSE

Después de unos diez minutos, me despierta un estruendo. Abro los ojos adormilados y observo la penumbra a mi alrededor, confundida, casi convencida de que todavía estoy en casa. Entonces, lo recuerdo. Estoy en Bramppath, en mi nueva habitación y Eleanor me está gritando desde el otro lado de la puerta.

–¡Baja la voz! –exclamo con lentitud mientras intento incorporarme y busco una camiseta a tientas en la oscuridad. No encuentro ninguna. ¿Por qué es tan difícil despertar?

Hablando de eso, ¿por qué demonios Eleanor ya está intentando despertarme? No puede ser posible que sea la hora de la cena, ¿verdad?

La susodicha no hace ningún esfuerzo por bajar el volumen:

–¡He estado tocando durante cinco minutos!

Me late la cabeza, tengo el estómago revuelto y, de alguna forma, puedo oír a mis ojos cuando los obligo a abrirse. Siento como si tuviera una resaca infernal y ni siquiera tuve el placer de haberme

emborrachado antes. En este momento, si no fuera prefecta, simplemente me saltearía la cena y seguiría durmiendo. Qué lástima.

Suspiro lo más fuerte que puedo y logro llegar hasta la puerta para abrirla. Del otro lado, están Eleanor y Danni, con Molly, que merodea de mal humor a unos metros detrás de ellas. Todas están vestidas con la toga formal de cena, que es parecida a una de graduación, solo que suelta en el centro y cae como una cortina abierta.

Por debajo, debemos vestir al menos elegante casual. Al ser nueva, Danni ha hecho el esfuerzo y se puso un vestido repleto de volados, un cárdigan con botones y un par de zapatos de tacón arañados. Pero Eleanor y Molly están de pantalón deportivo y camiseta, como lo estará el resto, así que la yuxtaposición entre todas hace que Danni luzca en cierta forma ridícula. Como una bibliotecaria que va a una primera cita importante.

De seguro yo no ayudo al contraste, dado que solo llevo puesto el sostén y unas pantimedias negras. Danni hace contacto visual conmigo y luego sus ojos van desde mis hombros hasta mis pies, antes de que el marco de la puerta capte su interés.

–Bien, estás viva –chilla Eleanor.

–Es debatible.

–¿Vendrás así vestida? –pregunta–. Al menos, deberías ponerte la toga.

Danni me mira otra vez el pecho. Yo me quedo mirándola fijo hasta que ella lo nota y luego enarco una ceja. De inmediato, devuelve la vista hacia la puerta y se sonroja con furia. Podría pensar que jamás ha visto a una chica sin camiseta.

–Danni –exclamo, estirando su nombre hasta que no se oye–. No hay dudas de que tú sí captaste a la perfección el código de vestimenta. ¿Crees que necesite cambiarme?

Ella abre tanto los ojos que puedo ver la circunferencia completa de los iris.

–Yo… –balbucea.

–Tienes que cambiarte –dice Eleanor, que parece tenerle lástima a Danni. Eso no es para nada divertido.

–Tienes una mancha en la camisa, Eleanor –digo sin mirarla–. No me interesa tu opinión sobre moda. Danni, por otro lado, podría tener una audiencia con el primer ministro en este momento.

Ella me examina y creo que puedo ver un aire de desconfianza.

–No quería dar una mala primera impresión –dice por fin–. Sé que no… Es que el manual decía que tenemos que ponernos elegantes.

–Bueno, desde luego lo hiciste –digo sin emoción, reprimiendo una sonrisa. Su desconfianza se mezcla con cautela. Molly luce como si estuviera lista para estrangularme; entonces, me doy cuenta de que mi broma ha ido demasiado lejos–. Por supuesto que me voy a cambiar, Eleanor, no te enojes.

Me aparto para cerrar la puerta y, en ese momento, mi consciencia le gana a mi humor cascarrabias, así que me detengo y miro a Danni a los ojos.

–Te ves bien, no te preocupes.

Tomo los pantalones de algodón más cómodos (mi uniforme de cena) y un suéter suave. Le echo un vistazo al espejo y me doy cuenta de que luzco del modo en que me siento. Y es que me siento como una babosa cubierta de sal.

–Rose, ¡más te vale que no hayas regresado a la cama! ¡Vamos a llegar tarde!

Me peino el cabello con los dedos, un intento de alisar los mechones rebeldes que se formaron durante la siesta. Es un esfuerzo categóricamente fallido, pero ahora no hay mucho que hacer al respecto. Me pongo un poco de desodorante, me cuelgo la toga del brazo y abro la puerta con fuerza, justo a tiempo para ver que Molly ha comenzado a caminar hacia las escaleras. Eleanor y Danni la miran partir. Al parecer, ya se le terminó de acabar la paciencia conmigo.

Dejo que la puerta se cierre de golpe a mis espaldas y troto detrás de Molly. Mientras me muevo, me voy poniendo la toga.

–Vámonos –exclamo por encima del hombro a Eleanor y a Danni, que se apresuran a caminar para alcanzar mi paso ligero.

Las cuatro –los cinco, contando a Sidney, que recién se despierta– caminamos por el fresco de la noche hacia el salón comedor y, a pesar del temor de Eleanor, llegamos justo a tiempo.

En el comedor, acabo sentada entre Harriet Tomas y Molly, con Danni y Eleanor directamente frente a mí. Sin dudas, ni Molly ni yo lo hicimos adrede: creo que ella pretendía sentarse donde está Florence Chan, a varios asientos de distancia de mí. Pero en el revuelo por los lugares, de algún modo terminó a mi lado. Mientras el director guía la oración, hago un gesto con la cabeza en dirección a ella y, por un breve y erróneo segundo, me pregunto si al menos planea conversar de cualquier cosa conmigo, por el bien de las apariencias. Pero finge no haber notado mi gesto y fija la mirada en la mesa.

No siempre ha sido así. Incluso hasta en la fiesta que dio recientemente, al menos todavía me hablaba. Es como si desde aquella noche en Ámsterdam su opinión sobre mí se hubiera deteriorado poco a poco, día tras día. Comenzó por dejar de responder mis mensajes. Y luego dejó de devolverme las llamadas. De algún modo misterioso desaparecía cuando yo me sumaba al chat de grupo, y solo reaparecía cuando yo había dejado la conversación. Cuando yo intentaba hacer planes, ella estaba muy ocupada.

Lo peor es que no entiendo del todo por qué. Si se hubiera apartado de mí de una vez después de lo de Ámsterdam, no me habría sorprendido en lo más mínimo. Pero ¿y esta caída gradual hacia la nada? Es desconcertante. No parece importar si la presiono para que me dé una explicación, o si le hablo con amabilidad como si no me hubiera dado cuenta de su distanciamiento, o si le doy espacio para que venga a mí –y lo he intentado con cada cosa–, el resultado es el mismo.

Está mutando nuestra amistad como la piel de una serpiente y no parece haber nada que yo pueda hacer para evitarlo.

Por un segundo, algo similar a la desesperación me retuerce la boca del estómago; inhalo con lentitud y me concentro en mantener la expresión tranquila para que nadie a mi alrededor lo note. Entonces, me abalanzo sobre ese sentimiento con violencia y lo aprieto, más y más fuerte, hasta que la emoción queda compactada en una piedrita tan pero tan pequeña que ni siquiera puedo sentirla. Y para mi alivio, ya no estoy fingiendo no estar devastada. Simplemente no lo estoy. Por ahora, es como si jamás hubiera tenido una amiga llamada Molly.

Mientras nos sirven el plato de hoy –sopa espesa y suave de calabaza– y colocan la sopera de acero en el centro de la mesa, tomo un cuenco de la pila que están pasando y dirijo mi atención a Danni. Sus ojos saltan de un lado a otro, con nervios, para confirmar lo que están haciendo las demás.

A cada lado de mí, Molly y Harriet le hablan en el mismo momento.

–¿Vas a comer sopa?

–¿Y en qué se diferencia Bramppath con tu vieja escuela?

La última pregunta, por parte de Harriet, se oye más alto, así que Danni le responde a ella. Harriet se inclina hacia adelante y a un costado; por poco me empuja y me deja de lado. Yo gruño, molesta ante la invasión de espacio personal, pero ella no se percata. O al menos finge no hacerlo.

Me sirvo una ración de sopa en el cuenco y le paso el cucharón a Molly. Ella lo toma en silencio y yo no siento nada.

–Es distinta –dice Danni a Harriet–. Tendré que acostumbrarme a todas las cosas religiosas. Como los rezos. La mayor parte del tiempo no sé qué decir.

–Ah, lo aprenderás –le asegura la otra, con la boca llena de sopa–. Es como una canción publicitaria. Oyes lo mismo todos los santos días y pronto comienzas a escucharlo en tus sueños.

Suena como si Harriet y yo tuviéramos sueños muy diferentes. Cualquier rezo en los míos suele ser de un tipo claramente distinto.

–Como sea –continúa–. ¿Estás echando de menos tu antigua escuela?

Por un instante, me pregunto por su insistencia en hablar con Danni. Entonces, recuerdo que las vi a ambas conversando a gusto

en la fiesta de Molly. Harriet es amiga mía, pero más por proximidad que por cualquier compatibilidad genuina. Hace años, en algún momento, Molly, Eleanor y yo comenzamos a acercarnos a Harriet y a Florence durante las comidas. Aunque ellas están un año más adelantadas que nosotras, nos fuimos vinculando de a poco por el alcohol y la hierba que Florence, por lo general, metía de contrabando. Aunque me pone contenta hablar de cualquier cosa con Harriet, que es bastante agradable, está muy lejos de ser alguien a quien escoja para pasar tiempo a solas. A decir verdad, la encuentro bastante aburrida.

Sin embargo, Danni no parece compartir mi opinión.

–Sí… –responde–. Extraño a mis amigos, desde luego. En especial, a mi mejor amiga.

Bueno, si estas dos se llevan de mil maravillas, ¿qué dice eso sobre Danni? En la fiesta de Molly creí tal vez haber visto una chispa de humor ingenioso en ella. O tal vez, tristemente lo imaginé. Después de todo, estaba demasiado sobria y aburrida.

–Debe de ser raro. Pero pronto mejorará. Te irás olvidando de tus viejos amigos.

–Espero que no –exclama Danni, con una ceja levantada, perpleja.

Harriet se mueve en su asiento.

–No, no me refiero a que los olvidarás *de verdad*. Solo que no los echarás tanto de menos.

–Claro.

–Es obvio que no vas a *olvidarte* de ellos. Dios, ¿te imaginas?

Por mucho que quiera distraerme de la frialdad de Molly, me causa dolor físico escuchar con disimulo esta conversación en particular, así que, cuando Eleanor capta mi atención, el alivio es monumental.

–¿Cómo estuvo anoche? –me pregunta. Y me doy cuenta enseguida de que no lo está preguntando en un sentido general.

–Igual que siempre –respondo, con la voz tan baja como puedo–. Hubo comentarios pasivo-agresivos por parte de la mitad de las personas con las que hablé y pena por parte de la otra.

–No sé cuál es peor –señala con un gesto de dolor.

–Al menos la pena viene de un sitio bueno –añado–. Es el *regodeo* lo que no soporto. Cuando te das cuenta con facilidad que los pone muy felices que yo haya tenido un traspié, porque es lo que han estado esperando desde que era una niña.

–Es interesante que lo llames "traspié" –dice Molly en voz muy baja. Y yo me arrepiento de inmediato de haber elegido esa palabra.

–Tienes razón. Lo siento –replico con calma.

–No pidas perdón por ser honesta sobre la forma en que ves las cosas.

Bueno, si alguna vez he oído un comentario malintencionado, ese es uno. Aun así, al menos me está aceptando.

–Ese no es para nada el modo en que las veo –digo–. Para ser honesta, estoy cansada. No he dormido mucho.

–Lo sé –dice Molly–. Estuviste toda la noche despierta, sufriendo de agresión pasiva. No sé cómo sobreviviste.

–A lo que me refería –continúo, veo su mirada por el rabillo del ojo–, es que estoy perdiendo la paciencia con las personas que no dicen simplemente lo que quieren decir. Puedo soportar las críticas. Hasta me las merezco. Así que ¿para qué disimularlas?

Molly se voltea hacia mí con frialdad.

–Supongo que el problema es que no puedes elegir qué consecuencias acarrea tu comportamiento. Por esa razón son

consecuencias.

Eleanor lanza una mirada a mí y luego a Molly, con una expresión similar al pánico.

–Saben –dice en voz bien alta, moviendo la cuchara en dirección a las dos–, todo el mundo está tan obsesionado con la sopa de calabaza, pero en verdad no entiendo el entusiasmo. Prefiero patatas y puerro, sin dudar.

Molly y yo la miramos fijo, inexpresivas.

–¿Verdad? –insiste–. ¿Molly?

La susodicha se encoge de hombros y empuja su plato medio vacío al centro de la mesa.

Eleanor cambia la mirada suplicante hacia mí. Tiene razón, por supuesto. Este no es ni el momento ni el sitio adecuado para que Molly y yo resolvamos nuestro asunto.

Mañana, procuraré sentarme al lado de Eleanor. Aunque tenga que encadenarla a mí.

SIETE

DANNI

Mi instructora de piano, Caroline Al Sarraj, sabe de lo suyo. O debería, supongo; solía tocar para la Orquesta Sinfónica Real antes de convertirse en profesora particular. No solo trabaja para Bramppath: al parecer no hay suficientes estudiantes que toquen el piano y el arpa (sus especialidades) como para que solo trabaje aquí. Así que viene los martes y los viernes.

Me pongo supernerviosa cuando toco para ella. Es, literalmente, una pianista de orquesta, así que claro que me da nervios. Pero ella ni siquiera trata de mezclar las críticas con cumplidos. Durante la primera parte de nuestra clase con Caroline, al menos, son puras críticas, sin anestesia. "Ve más lento, acelera, más emoción, menos fuerza en el pedal". Hasta me dice que suavice las ligaduras cuando la señorita Fitch, mi antigua profesora, siempre me decía que tenía un don natural para las ligaduras.

Para ser clara, es la primera vez en mucho tiempo que me siento desafiada con el piano y vivo para eso, maldita sea. Estoy muy entusiasmada. A decir verdad, todavía me vuela la cabeza que

pueda trabajar con alguien que ha conseguido todo lo que podría imaginar con una carrera como pianista y hasta más. Me recuerda por qué me enamoré del piano en un principio. Saber que, si le dedico tiempo y esfuerzo, puedo crear algo hermoso. Puedo hacer que otras personas sientan lo que estoy sintiendo.

Es como que te den un libro de hechizos y una varita. La música es lo más cercano que tenemos a la magia y por fin estoy a punto de subir de nivel después de pasar un año bloqueada y estancada.

Creo que me encanta estar aquí.

Y por mucho que aprecie un buen halago, admito que es diez veces más agradable cuando, al finalizar la clase, Caroline se reclina hacia atrás para poder verme mejor y decir:

–Veo por qué Bramppath quería tenerte. Tienes mucho talento. Creo que, con un poco de esfuerzo, podrías llegar muy lejos.

Estoy segura de que, si sonriera más, Caroline estaría tentada de lanzarme otra crítica para volver a bajarme los humos. Entonces, me mira de arriba hacia abajo con dureza, como si estuviera tratando de evaluarme. Y supongo que me aprueba, porque recoge sus cosas para la próxima clase y me acompaña hacia la puerta del salón de baile.

–¿Te estás sintiendo cómoda? –me pregunta mientras caminamos. Se va toqueteando los bordes del hiyab rosa y dorado que le enmarca el rostro. Sabes que la sala es enorme cuando tienes que sacar conversación para llenar el tiempo que toma atravesarla.

–Muy bien, gracias.

–¿Has tenido oportunidad de conocer a alguien ya?

–Sí…, tengo algunas amigas.

Al menos eso creo. Está Molly, desde luego, y Harriet y, en la cena de anoche, Eleanor estuvo bien conmigo, para mi sorpresa. Aunque cabe la posibilidad de que solo fuera amable porque yo estaba con Molly. Y Harriet en realidad es mi asistente de residencia (la estudiante mayor asignada para cuidar de las chicas del mismo piso y ocuparse de cosas por las que no se puede fastidiar a los profesores). Leí en el sitio web de Bramppath que los A. R. tienen un descuento en las cuotas a cambio de las molestias que supone ese rol, así que podríamos decir que a Harriet le pagan por ser amable conmigo.

–¿Tan pronto?

–Principalmente, Molly Kwon.

–Ah, ¿eres amiga de Molly? ¿Cómo lo está llevando?

Me confunde la pregunta. ¿Conmigo o con quinto año?

–Bien, supongo. Solo han sido un par de días.

Caroline suelta una risa y hasta eso parece música. Me pregunto si la mía también lo parece. Estoy segura de que no. En realidad, estoy muy segura de que mi risa es como la de un burro.

–No, me refiero a todo lo que sucedió en Ámsterdam hace unos meses –aclara. Creo que mi expresión de desconcierto me delata, porque antes de que pueda responder algo, Caroline continúa–: Lo siento, supuse que lo sabías. Aquí salió en las noticias. Imagino que no llegaron hasta Estados Unidos.

Me está mirando como si acabara de decirle que no sabía que los árboles tenían hojas, o algo así. Es extraño que no conozca las noticias nacionales que involucran a un grupo de chicas con las que acabo de decirle que somos amigas, ¿verdad? Pero si es algo que sucedió hace meses, ¿cómo podría saberlo? No es que las haya

stalkeado en cuanto las conocí. ¿Acaso es normal buscar información de tus nuevas amigas? Tal vez lo sea cuando son influencers o miembros de la realeza.

–A propósito. –Caroline me interrumpe el pensamiento–. Hazme saber cuando quieras preparar una pieza para las noches de función.

Hago un gesto de dolor. Todos los viernes, después de la cena, una estudiante de Bramppath se para frente a toda la escuela y presenta algo. Una poesía, un monólogo, una pieza musical, un baile. Es mi peor pesadilla. ¿Pararme frente a mis pares y exponerme? ¿Darles algo para que me juzguen y se rían de mí? Paso. Pero todavía no se lo diré a Caroline. Puede pasar un poco más de tiempo ignorando felizmente que su estudiante de piano más reciente tiene un futuro limitado en la música, como mucho.

Cuando regreso a mi habitación, abro la computadora con la rara sensación de estar haciendo algo ilegal. Con la piel erizada, cierro la puerta y corro las cortinas. No estoy muy segura de cuán difícil sea descifrar qué estoy buscando; después de todo, ¿qué sucede si aparece una historia que parece ser una gran noticia, pero en realidad no es el tema del que todos están hablando?

Creo que solo escribiré lo que sí sé y espero que funcione. ¿Y qué sé? "Molly Kwon. Ámsterdam".

Y allí va.

No debí haberme preocupado por tal vez no saber qué historia fuera la correcta. Es inmediatamente obvio. Saltan como un millón de resultados de cada periódico nacional. Leo la lista por encima con el corazón en la mano.

ADOLESCENTE MUERE DE SOBREDOSIS MIENTRAS ESTABA DE FIESTA CON LA PRINCESA. ROSEMARY.

LA PRINCESA. ROSEMARY, UNA DE LAS ÚLTIMAS PERSONAS VISTAS CON EL CHICO ANTES DE LA SOBREDOSIS MORTAL.

ENCUENTRAN MUERTO AL AMIGO DE LA INFLUENCER MOLLY KWON EN UNA FIESTA EN ÁMSTERDAM.

NO SE PRESENTARÁN CARGOS CONTRA LA PRINCESA. ROSEMARY A RAÍZ DE LA MUERTE POR SOBREDOSIS DEL JOVEN. EL PUEBLO EXIGE RESPUESTAS.

EL PALACIO ABORDA LA MUERTE DEL ADOLESCENTE QUE FALLECIÓ DURANTE UNA "BORRACHERA SALVAJE POTENCIADA CON DROGAS" CON LA PRINCESA HEREDERA,. ROSEMARY.

Abro un artículo tras otro hasta que se forma una fila de pestañas tan angostas que apenas puedo hacer clic en ellas. Y entonces, me pongo a leer.

Un rato después, me quedo sentada cubriéndome la boca con una mano, con la mirada fija en la pantalla de la computadora. No sé qué esperaba exactamente, pero no era esto. ¿Cómo es posible que algo así de jodido ocurriera hace unos meses y que Rose y Molly (más Eleanor y Harriet) sigan con sus cosas habituales como si la vida fuera normal? Quiero decir, si no fuera por la guerra fría entre Rose y Molly, no habría sabido que algo andaba mal.

Cuando por fin me recompongo, enseguida le envío un mensaje a Molly. Tal vez sea raro escribirle a tu amiga así de la nada para decirle que sabes acerca de su trauma reciente, pero, a fin de cuentas, me parece que más raro es saber sobre su trauma y fingir que no. Así que hago de tripas corazón.

En la respuesta, Molly me pide que suba a su habitación, así que allí voy. En el camino, paso por la puerta de Rose, que está cerrada, y camino un poco más lento. Me pregunto si estará adentro.

Lo que acabo de leer… Uno y otro artículo arremetiendo contra ella, culpándola por todo, poniendo en duda su reputación, su personalidad, su inteligencia, diseccionando su vida para usarla como evidencia de que no es idónea, de que no es de fiar, de que no se puede controlar… Fue horrible. En serio, fue algo realmente espantoso de leer. No puedo imaginarme cómo debió haber sido para ella que la gente dijera esas cosas de su persona todos los santos días.

Pero todavía no estoy ni cerca de saber si le agrado siquiera, así que ella no es mi problema. Es Molly por quien me tengo que preocupar en este momento.

Ella está tranquila, hasta sonríe un poco. Cierra la puerta tras de sí y nos acomodamos, ella sobre su cama, yo en la silla del escritorio. Mientras habla, me quito los zapatos de una patada y levanto las rodillas hasta el pecho.

–Se llamaba Oscar –dice Molly. No me está mirando. Le habla al cielorraso, con las manos cruzadas sobre el pecho. Luce como si estuviera en el diván de un terapeuta–. Era nuestro amigo. En realidad, era uno de mis mejores amigos. Y sí… En pocas palabras, tuvo una sobredosis y murió. Rose y yo estábamos en la habitación con él cuando sucedió.

No le contesto porque no creo que deba hacerlo todavía. Como lo sospeché, al quedarme en silencio, ella continúa:

–Rose es la razón por la que fuimos a esa fiesta, para empezar. Estábamos todos en su cabaña por las vacaciones de invierno y

alguien que ella conocía iba a dar una fiesta en un pueblo por allí cerca. Oscar no era de beber ni usar drogas ni nada por el estilo. Esas eran Rose y Eleanor. Pero luego me enteré de que Rose prácticamente le dijo que tomara unas píldoras que tenía un chico y nadie me lo contó. Yo… Nosotras lo encontramos en el dormitorio. Para ese entonces no hubo nada que yo pudiera hacer.

Aprieta la mandíbula con furia y fija la mirada en la pared mientras se calma. No puedo evitarlo: se me inundan los ojos. Soy una llorona. Lloro cuando veo una publicidad de albergues para animales, con videos virales alegres, con las noticias de desconocidos que sufren. Pero esto es peor aún porque conozco a Molly y me agrada y me rompe el corazón saber que pasó por algo así. Me limpio los ojos con el puño y espero que ella no se dé cuenta. Lo último que quiero es que sienta que debe callarse solo porque yo no puedo controlar mis emociones.

–Como sea –dice–, ese no es el punto. Quiero decir, no culpo a Rose por lo que ocurrió. No es que estuviera intentando hacerle daño. Pero después de eso, fijó toda su atención en rehabilitar su reputación. Lo único de lo que quiere hablar es sobre cómo hacer para que las personas cambien la mala imagen que tienen de ella por lo que sucedió. Mientras que vio a su amigo morir y es como si… nada. ¿A qué clase de persona le interesa más cómo se ve que el hecho de que su amigo muriera frente a ella?

Yo todavía no digo nada, a la espera de que Molly continúe, pero entonces su expresión se vuelve suplicante y me doy cuenta de que el silencio ya no es lo que necesita.

–No es normal, ¿verdad? –insiste.

–No puedo imaginarme lo difícil que debe de ser para ti –digo. Parece aliviada y eso me hace preguntarme si no habrá estado dudando de su enojo hacia Rose.

–Es cierto –exclama–. Así que, bueno. Esa es la historia. Y si así es la verdadera Rose cuando estallan los problemas, entonces probablemente no sea una gran pérdida.

Lo dice de manera casual, pero su mandíbula está demasiado tensa como para creérmelo. Intento imaginar lo que habría sido pasar por algo así con Rachel y no puedo. Quisiera creer que, sin importar cuán feas se pusieran las cosas, podría confiar en que ella mínimamente se preocuparía.

Pero ¿y si así es como Molly solía sentirse con respecto a Rose?

–Entonces, ¿en verdad solo le importa lo que dice la gente? –pregunto. De algún modo extraño, casi deseo que Molly se retracte o que lo suavice. No quiero creer que Rose sea así.

–Sí… Y para ser justa, la gente está diciendo muchas cosas.

–Lo sé. Vi algo de eso –digo con pesar.

¿Que unas personas que jamás conociste se vuelvan en tu contra públicamente, de forma masiva, como parece estar sucediéndole a Rose en este momento? Yo creo que no podría con eso. Me desmoronaría, y con justa razón.

–¿Se metieron en muchos problemas? –pregunto–. Quiero decir, menores de edad, alcohol, píldoras…

Por la mirada de Molly, podría pensar que es el mejor chiste que jamás ha oído.

–Cuando tu familia tiene el dinero suficiente, estas cosas suelen desaparecer. En realidad, Rose se ha llevado la peor parte de todas.

Incluso aunque la ley la deje libre sin castigo, los periódicos jamás lo harán.

Por la expresión de su rostro, no parece pensar que el juicio mediático por el que está pasando Rose cuenta realmente como castigo. Y aunque yo sí me siento mal por ella después de haber leído algunos de esos artículos, no estoy del todo en desacuerdo. Porque sé muy bien que, si yo o alguno de mis antiguos compañeros de escuela nos metiéramos en un problema por drogas como ese, probablemente terminaríamos en un centro para menores.

Molly se muerde el interior de la mejilla hasta que se le hacen arrugas en la boca. Se concentra en el teléfono durante unos segundos y, entonces, me lo pasa.

–Este era Oscar –dice; y yo me doy cuenta de que estoy mirando su página personal privada.

Oscar, un chico delgado, de piel pálida, mejillas rojas y cabello rubio brillante. No era un gran usuario de redes sociales. Solo hay como veinte fotografías, pero en todas ellas está sonriendo de oreja a oreja. Hay una en la que aparece Molly con el cabello más corto y él sostiene un gato de trapo todo estirado. En otra está acariciando el cuello de un caballo.

–Adoraba a los animales –dice Molly, mirando la pantalla por encima de mi hombro–. Esa era su yegua, Avellana. La verdad es que no sé qué fue de ella. Podría preguntarle a la madre de Oscar.

Algo en su mirada –tristeza, amargura, alegría, cariño, todo revuelto– me dice que quiere hablar de él. Es decir, no lo ha mencionado antes, pero tal vez ella y sus amigas evitan hablar de Oscar. Tal vez Molly no está segura de poder hacerlo.

Entonces, continúo mirando las fotografías y digo:

–Parece ser una gran persona.

–Lo era.

–Cuéntame más de él –digo y, de un plumazo, la tristeza y la amargura se reducen a la mitad y Molly sonríe tanto como lo hacía Oscar en las fotografías.

Y así, comienza a hablarme de su amigo.

OCHO

ROSE

En cualquier evento real hay varios aspectos con los que tengo que lidiar. No soy una gran fanática de las conversaciones casuales, aunque me las apaño para forzarlas (solo de manera pasable), las interacciones sociales constantes me drenan y es completamente imposible para mi mente mantenerse enfocada durante los discursos. Pero la parte que más temo en estos días, por lejos, son las salidas al balcón.

En apariencia, las visitas al balcón son una ocasión para que la familia real interactúe con nuestro pueblo; todo el tiempo ofrecemos la maravillosa oportunidad para tomarnos fotografías. Sin embargo, mi padre siempre la ha usado como un barómetro extraoficial para medir la popularidad de la familia. Toma nota con cuidado de cuán grande es la multitud congregada, cuán fuerte gritan, y hasta cuánto movimiento capta a través del gentío. En nuestra primera salida al balcón después de aquella noche en Ámsterdam, la gente se quedó en silencio al verme salir. Jamás olvidaré la expresión tensa de mi padre aquel día.

Por un segundo, me pregunté si deseaba poder arrojarme por el balcón.

Ahora, mientras espero en el área anexada antes de salir, me la paso ajustando el cuerpo de mi vestido. No logro acomodarlo en la posición adecuada. Mamá me toca el brazo con calma y sacude la cabeza en dirección a mí, así que yo paso a mordisquearme la mejilla interna.

Si es un evento real, salgo después de mamá, quien lo sigue a mi padre. Mas, si hay un invitado de honor al evento, sale junto al rey. Y esta noche es el banquete de Estado por la visita del primer ministro.

Así que mi padre sale primero junto al primer ministro del Reino Unido y la primera ministra de Henland. Los gritos de la multitud erupcionan. Mamá los sigue y la algarabía aumenta. Yo suelto mi mejilla, que seguía entre mis dientes, y salgo última. La muchedumbre se calma. Se me desploma el pecho y me muerdo la lengua con fuerza para recordarme mantener la decepción y la vergüenza lejos de mi expresión.

Al menos no me están abucheando.

Me pregunto qué haría mi padre si alguna vez hicieran eso.

Obligándome a levantar el mentón y a estamparme una sonrisa, me pongo a saludar junto a mis padres. Entre el gentío de allí abajo, cientos de luces parpadean hacia nosotros. Es como si las estrellas del cielo nocturno hubieran caído al suelo.

Siguiendo el ejemplo de mi padre, y no por primera vez, cuento en silencio el número de letreros antimonarquía que veo entre la gente. NO ES MI REY. ABOLICIÓN. EL PAÍS LE PERTENECE AL PUEBLO. Etcétera. Es mi modo de verificar nuestra posición este mes. Cuán bien hemos

hecho las cosas y en qué medida han afectado nuestros errores a la imagen que tenemos frente al pueblo que se supone debemos servir. Hoy, como ha estado sucediendo a menudo últimamente, pierdo la cuenta.

Hace casi diez años, cuando yo tenía siete, en el país se votó un referéndum sobre la abolición completa de la monarquía. Aunque está claro que se mantuvo, la votación estuvo demasiado pareja como para quedarnos cómodos, según mis padres. En especial cuando las cifras dejaron en evidencia que muchos distritos de Henland son marcadamente antimonárquicas. Por más que el tema de mi vida haya sido siempre la importancia de mantener la línea sucesoria, la urgencia incrementó de forma descomunal después del referéndum.

Bueno, tengo la maldita suerte de poseer un don natural para no pasarme de la raya y ganarme al público, ¿verdad? Sería bastante inconveniente que tuviera una fuerte tendencia a estropearlo todo y que, sin ayuda de nadie, propiciara la abolición de una línea sucesoria de reyes de seiscientos años, ¿no?

Sí, gracias al cielo, ser perfecta se me da con facilidad. Si no fuera así, estaría en este momento bajo una gran presión capaz de quebrar a cualquiera.

La primera ministra henlandesa, Urmila Kapoor, me alcanza cuando dejamos el balcón. Es una mujer baja, con una explosión de rizos color avellana y un lunar justo por debajo del ojo izquierdo.

–Rose, ¿cómo has estado? –me pregunta–. Manteniéndote fuera de los problemas; espero.

Urmila no es el tipo de persona que critica a otras, al menos, hasta donde sé. Así que es probable que haya hecho la pregunta de

manera inocente. Aunque es difícil tomarla así, cuando es prácticamente la vigésima vez en el día que alguien me pregunta algo de esa índole.

–Hago lo mejor que puedo –respondo con una sonrisa de dientes apretados.

–Eso es todo lo que podemos hacer –replica ella.

Ya adentro, los casi ciento cincuenta invitados deambulan en vestimenta formal mientras que un cuarteto de cuerdas ambienta el salón. Diviso a Alfie, que está con sus padres, pero todavía no me aproximo a él. Si no socializo un poco con el gentío, mi padre pedirá mi cabeza. En especial, después de otra salida al balcón fallida.

Así que busco al señor Cloughton, cuyo padre era amigo cercano de mi abuelo, y le pregunto sobre su familia. Él me pregunta si la bebida que tengo en la mano es sin alcohol. Luego, me reporto con la embajadora de Portugal y ella me recomienda a un terapeuta, porque dice haber ayudado inmensamente a su hijo cuando estaba pasando por una fase complicada. Y el gran lord Oliphant y su esposa me preguntan si mis padres ya han vuelto a hablarme (en broma, desde luego, solo por diversión, desde luego). Y yo me río y ellos se ríen y Alfie me rescata antes de que haga añicos la copa de champaña que estoy apretando en el puño.

–Tienes la sonrisa *tensa* –me dice, tomándome del brazo mientras caminamos. Tiene puesto un traje de sastrería, de color azul marino, sobre una camisa de un tono lavanda de lo más suave y una corbata violeta tan oscura que casi parece borgoña. Me pregunto si tiene que esforzarse tanto como yo para estar tan impecable.

–Todos están arremetiendo contra mí. Una y otra vez.

–Les encanta –dice él–. La oportunidad de sentirse moralmente superiores a la realeza no es algo que suceda todos los días. Déjalos disfrutar de su momento de altanería y no les demuestres que eso te molesta. En este instante, se nota en tu cara.

Me pellizca la mejilla, yo le aparto la mano y las comisuras de mis labios se levantan sin querer.

Alfie siempre está de humor alegre en eventos como estos. Tiene la disposición que, imagino, mi padre desea con amargura que yo tuviera: encanto, adoración por los reflectores y comodidad natural para estar entre extraños.

Yo haría cualquier cosa por sentarme junto a él durante la comida. Por desgracia, se ubica junto a su familia en la lejana otra punta de la mesa más larga del país y yo, con la mía. Se supone que pasaré toda la comida de cuatro pasos hablando con los primeros ministros. Así que mejor me calmo mientras aún puedo, porque, en el mejor de los casos, una hora y media de las charlas triviales pondrán a prueba mi paciencia.

Con todo el ajetreo del regreso a clases, ni siquiera he preparado temas de conversación, y temo que se dé un silencio incómodo. Lo mejor que se me puede ocurrir en este momento es: "¿sabía que estos cubiertos han estado en mi familia desde el 1800?", lo cual puede llenar quince segundos como mucho. Y eso solo si el primer ministro resulta mostrarse particularmente interesado en los cuchillos y tenedores.

Si a Alfie le permitieran sentarse a mi lado, este no sería un problema, ya que siempre parece saber qué pregunta personal pero adecuada hacer para impulsar una conversación. Él sería una persona muchísimo más apta para este rol que yo, en más de un

aspecto. Si a los miembros de la realeza se los eligiera, no tendría ni una maldita probabilidad de ganarle. Ni en general, para ser honesta.

–¿Cómo está Molly? –me pregunta él mientras saludamos con la mano a los invitados.

–Está furiosa conmigo por lo de Ámsterdam –respondo y, al hacerlo, sus ojos pierden el brillo, sus labios se tensan cuando menciono aquella noche–. Apenas he hablado con ella desde que regresamos a clases. Pasa la mayor parte del tiempo con Danni Blythe.

Alfie carraspea y se concentra en regresar a la conversación.

–¿Quién?

–La conociste en la fiesta de Molly. Tenía la… –Me arremango el vestido y sus ojos se agrandan al reconocer el gesto.

–¡Ah! ¿La chica con la chaqueta inflada?

–Y cabello rubio –agrego. Diría rubio caramelo. Con un extraño mechón en tono miel tostada.

–La recuerdo. Guau. ¿Molly ha estado pasando tiempo con… ella? ¿Acaso no es la estudiante becada?

Me detengo y le lanzo una mirada inquisitiva.

–¿La estás juzgando, Alfie? ¿Qué diría tu padre al respecto?

Parece bastante ofendido por mi comentario. Lo dije como recordatorio de los propios orígenes de clase media de su padre, no como insulto, y me sorprende que lo haya tomado así.

–Tienes razón –admite, pero hay cierta irritación en su voz.

–Por favor, no hagas comentarios sobre su beca. Estoy segura de que está más que consciente de su situación.

–Okey, okey. Como sea, como si fuera a hacerlo. Creí que este era un espacio seguro. –Luego se suaviza y continúa–: Y ¿cómo es?

Me encojo de hombros sin pensarlo.

–Como dije. Es la amiga de Molly. Apenas la conozco.

Entre la multitud, capta mi atención William Montgomery, uno de los publicistas de la familia. Él hace un gesto con la cabeza para que me acerque, con una expresión imposible de interpretar.

–Hablaremos de eso más tarde –le digo a Alfie, que me mira con empatía.

He llegado a conocer a William a un nivel bastante íntimo durante los últimos varios meses. Aunque siempre he sabido de su existencia en general, ha tomado mi reputación destrozada como un trabajo personal. O tal vez, así se lo indicaron. No estoy segura. Lo que puedo decir con certeza es que hoy está aquí para vigilar mi comportamiento de cerca: es una ocasión muy poco habitual que lo hagan asistir a un banquete de Estado junto a nosotros.

–He estado hablando con otras personas también –le digo antes de que pueda pronunciar una palabra.

Él me mira con exasperación.

–No te he visto conversar con un solo invitado, Rose.

–Hablé con tres de ellos –insisto–. Tal vez estabas distraído. Y pensar que me esforcé en vano.

–Tres es un comienzo, pero puedes mejorarlo. Aquí tienes una oportunidad única de recordarles a algunos invitados importantes lo encantadora y madura que eres –dice William.

Me pregunto a quién está describiendo. Desde luego que esa no podría ser yo.

–Lo estoy intentando. Todo lo que parecen querer hacer es regodearse.

–¡Déjalos que se regodeen! Ríete con ellos. A estas personas les encanta un toque de autocrítica.

–Casi tanto como les encanta que los otros se autocritiquen.

William aparta la mirada de mí a propósito. Creo que está haciendo su mejor esfuerzo por no reírse.

–¿Has hablado con el diácono? –pregunta, con la vista aun apuntando hacia los invitados.

–Todavía no.

–Habla con el diácono. Si te pregunta cómo has estado, actúa con arrepentimiento.

–¿Acaso es esta una cena o un confesionario?

–No hay motivo por el cual no pueda ser ambos. Ah, y tu padre quiere que te recuerde el cumpleaños de Alfie.

–El cumpleaños de… –repito y luego me quedo en blanco.

Mañana es 7 de septiembre, cumple diecisiete. Aunque está en el mismo año que yo en la escuela, su cumpleaños cae justo después del corte, así que él es el mayor de su clase. ¿Cómo pude haberlo olvidado?

–No te aflijas. –William se echa a reír. Extrae una caja de terciopelo del bolsillo y me la entrega–. Tu padre organizó algo para que tú se lo des. Solo finge haber estado creando suspenso. Jamás lo sabrá. Pero bueno, por el amor de Dios, socializa con los invitados, Rose. ¿O quieres que pierda mi empleo?

Jamás en mi vida mi padre le ha comprado un regalo a alguien de parte mía. Pero estoy tan agradecida que ni siquiera me detengo a preguntarme por qué demonios estaba tan al pendiente del

cumpleaños de Alfie, o por qué simplemente no me lo recordó él mismo para que yo me organizara y le comprara el regalo.

Encuentro a mi amigo tomando una copa de champaña de la mesa (claro, a él nadie lo está regañando por beber la versión con alcohol) y, acercándome con sigilo, le entrego la caja.

–A propósito, feliz cumpleaños.

Por favor, que sea algo bonito. No quiero tener que explicar por qué le doy un atado de puros o un par de gemelos baratos.

Cuando levanta la tapa y revela el contenido de la caja, ambos nos quedamos desconcertados. Adentro, sobre un revestimiento de seda, yace un inmaculado reloj pulsera suizo Vacheron Constantin.

Bueno. Quedó claro que no es un par de gemelos baratos.

Con la boca abierta y los ojos como platos, Alfie busca qué decirme.

–Guau –exclama–. Esto es…, digo, es hermoso.

Sí que lo es. Y también es escandalosamente costoso. No es algo que yo le hubiera comprado ni en un millón de años. ¿Por qué demonios lo hizo mi padre? ¿En qué estaba pensando? ¿Será posible que sea un regalo que le hayan dado a él y de algún modo no haya notado su valor? Eso debe de ser, aunque no me puedo imaginar cómo pasaría. Eso, o se golpeó la cabeza y yo no me enteré.

Este no es un obsequio desinteresado. Sería demasiado incluso para un regalo de aniversario. Es como un anillo de compromiso.

–¿Me ayudas a ponérmelo? –me pregunta Alfie.

Sin saber qué decir, manipulo el broche hasta que logro amarrar la cosa esta a su muñeca. Por mi visión periférica, descubro a mamá y padre junto a los Paget-Harrington; los cuatro adultos nos observan en señal de aprobación.

Esto no fue accidental.

Alfie nota la atención de sus padres y levanta la muñeca hacia ellos, sonriendo de oreja a oreja. Ellos le hacen un gesto para que se les una y así poder contemplarlo de cerca y, mientras Alfie camina, los invitados curiosos que están por allí estiran los cuellos para ver mejor la *baratija* nueva que lleva en la muñeca.

Supongo que creen que esto es bastante significativo. Tal vez, se imaginan que son los primeros en descubrir un vínculo romántico entre Alfie y yo. Que hay una probabilidad, por más mínima que sea, de que estén mirando al joven que un día se convertirá en su rey.

Descubro que William me está observando; intercambiamos miradas. Por supuesto que mi padre no recordaba el cumpleaños de mi amigo, ni tampoco esperaba que tal vez yo lo olvidara. Al menos no por sí solo. Su trabajo no es preocuparse por los aspectos triviales de mi vida. De eso se encarga alguien más.

Reprimo un suspiro y me encojo de hombros con sutileza en dirección a William, quien me devuelve el gesto como preguntándome si estoy molesta. Y supongo que, ahora que ya pasó la sorpresa, no lo estoy.

Él, al parecer, por fin ha descubierto cómo desviar la atención de algunos de nuestros distinguidos invitados del hecho de que la futura reina causó la muerte de un chico inocente.

Y todo lo que costó fue un reloj de treinta mil euros.

NUEVE

DANNI

En una escuela solo de chicas, no hay día más asombroso que aquel en que viene de visita la escuela hermana para chicos. Al menos eso es lo que todo el mundo se la pasa diciéndome.

Los chicos de Ashford llegan al aparcadero de autobuses después del almuerzo y se dirigen directamente hacia el campo de deportes. Hoy hay un partido intraescolar de rugby contra una escuela llamada San Benedicto y, aunque sea opcional asistir, nos han liberado los horarios de la tarde a todas. Parece que "opcional" es una forma de decir, porque, mientras caminamos hacia allí, le pregunto a Molly si puedo escabullirme para practicar un poco con el piano y ella se ahoga con la respiración.

–No puedes perderte el partido –dice. Caminamos resguardándonos del viento gélido; ha estado lloviendo toda la mañana. Durante buen rato, todas temían que se llegara a suspender el partido debido al mal tiempo; por fortuna, la tormenta pasó alrededor de la tercera hora.

A mi otro lado, Eleanor asiente con ahínco mientras se amarra el cabello en una coleta.

–Hay chicos. Jugando en el lodo. En shorts bien cortos.

–Bueno, claro –comenta Molly–. Pero también es algo social. Todas asisten. No quieres ser la que no va a los partidos.

–Podrías conocer al amor de tu vida –agrega Eleanor–. Yo vi por primera vez a Santi en un partido de rugby.

–Ah, ¿ahora Santi es el amor de tu vida? –pregunta Rose.

–Sí, de hecho, creo que podría serlo.

–¿Ya se lo has mencionado?

–No, todavía no.

–¿Le has hablado al respecto? –se entromete Molly.

Eleanor se cruza de brazos y encoge los hombros.

–De a poco. He estado esperando una señal del universo.

Rose ríe por la nariz.

–Ah. Gran plan. Impecable.

Eleanor la mira de reojo y no le responde.

Cuando llegamos al salón de actos, Rose y Eleanor se separan de nosotras para dirigirse al podio, donde ya están de pie las otras prefectas. Molly me guía entre los asientos hasta que encontramos a Florence y Harriet y nos sentamos en los espacios vacíos que guardaron para nosotras. Todo el mundo me mira y se me encoge el estómago al darme cuenta de por qué. Soy, literalmente, la única persona sin el suéter opcional y es como si hubiera escupido sobre la bandera de la escuela o algo así. Una chica le susurra algo a su amiga y esta se gira para mirarme de arriba abajo. Otra frunce la nariz y sacude un poco la cabeza. Otro grupo se echa a reír y se turnan para decirse cosas entre ellas y mirarme sin ningún disimulo.

Yo me guardo las manos en los bolsillos y finjo no verlas, aunque sé que mis mejillas encendidas deben estar delatándome.

Arriba del escenario, las prefectas se reúnen formando una fila y se hace un silencio entre la multitud.

La delegada, una alumna de último año llamada Clara, da un paso por delante de la fila, blandiendo sobre su cabeza una tabla de madera con el escudo de armas. En cada mitad se ve el diseño de un animal en negro y dorado: en un lado hay un venado y en el otro, un lobo. En el fondo, una rosa negra envuelve el emblema, rodeando a los animales con una llave de estrangulamiento. Clara avanza hacia el frente del grupo para asegurarse de que todas puedan verlo bien.

–Es momento de hacer el juramento –anuncia y todas en el público se enderezan–. De pie.

Sin entender, le echo un vistazo a Molly.

–Solo imítanos. Es simple –me susurra.

Clara levanta una mano como si estuviera dirigiendo una orquesta. Al unísono, las chicas a mi alrededor corean:

–¡Juro!

Levantando el emblema más alto, Clara grita:

–Jamás romper las reglas de la escuela en un sitio donde me *puedan descubrir*.

Detrás de ella, las otras prefectas se mueven en una hilera ensayada. Una pelirroja da un paso adelante para tomar el escudo de armas de Clara. Ahora ella lo sostiene y se oye otro clamoroso:

–¡Juro!

–Estudiar mucho, pero solo cuando no sea fácil hacer trampa –dice la chica con expresión solemne.

Otra, de trenzas hasta los hombros, toma su lugar. Ahora voy entendiendo.

–No pasar de unos besos hasta que pueda hacer entrar a hurtadillas a mi pareja sin que la asistente de residencia se dé cuenta.

–¡Juro!

–Que, si oigo por casualidad a una chica Bram contándole una mentira a un extraño, sin demorarme, corroboraré su historia.

–¡Juro!

Ahora es el turno de Rose. Cuando toma el escudo sonríe con altivez y otra vez toma esa postura despampanante. Se conduce como alguien que ha estado desde que aprendió a caminar frente a multitudes más grandes de las que yo he visto jamás. Como alguien que, muy en el fondo, cree que tiene el derecho de acaparar toda la atención.

Mataría por ser así.

–Juro –susurro, incapaz de quitar la mirada de Rose.

–Representar y mantener los valores de las chicas Bram en todo lo que haga –dice. Ahora, es Eleanor quien sigue. En lugar de quitarle el escudo, toma la mitad para compartirlo con Rose.

–Por consiguiente –dice levantando una mano.

–¡Si me encuentro con un benedictino… –La multitud a mi alrededor casi gruñe.

–… me aseguraré de tratarlo con el respeto que se merece! –grita ella, alzando un puño.

–¡*Lo masacraré* en cada hazaña deportiva que escoja realizar! –agrega Rose, pisando fuerte con un pie.

–¡Lo superaré, lo venceré con fuerza!

–¡Lo superaré con astucia en cada encuentro! –dice Rose.

Ahora las dos gritan juntas y levantan el escudo que queda en medio de ambas:

–¡Y le mostraré cuál es su lugar!

–¡Y EL MÍO! –ruge la multitud a mi alrededor antes de estallar en vítores y aplausos. Me siento perdida, pero me uno al clamor emitiendo ruidos imprecisos.

Sobre la plataforma, las prefectas se separan y la mayoría se dirige hacia la salida. Rose y Eleanor se alejan del grupo para buscarnos a Molly y a mí entre el gentío, mientras que Florence y Harriet se adelantan.

Cuando llegamos al campo, la muchedumbre se aglomera a nuestro alrededor y nos empujan hacia adelante y atrás como si fuéramos pinos de bolos, mientras que todos intentan apresurarse a llegar a la tribuna para ocupar los mejores asientos. Tengo que estirar el cuello para poder contemplar entera la tarima para espectadores. Supongo que tienen que caber cuatro escuelas. Es fácil identificar a las estudiantes de Bramppath y a los de Ashford: cada uno de ellos lleva puesto el maldito suéter de la escuela; es un mar de verde y dorado que inunda el lado derecho de la tribuna. En el lado opuesto del campo están los estudiantes de Benedicto, junto con su escuela hermana para chicas, todos vestidos a rayas marrones y violetas.

Mientras subimos por las gradas, Molly se apresura a adelantarse unos peldaños para poder filmarnos en vivo. Me hace un gesto alegre con la mano y yo se lo devuelvo con timidez.

–El primer partido del año. –La oigo decir a su teléfono–. Las chicas de Bram lo tenemos ganado, puedo sentirlo.

–Dice eso en cada partido –murmura Rose a Eleanor.

–Sí…, pero para ser justa, por lo general tiene razón –le contesta la otra, volviéndose hacia atrás para mirarla por encima del hombro.

No hay nadie en el peldaño que está directamente por encima de mí. Así que, cuando el estudiante que está dos más arriba se resbala por la humedad de la superficie, se arquea hacia atrás y no hay nadie entre nosotros que evite su caída.

Pasan varias cosas al mismo tiempo: en un coro de chillidos, él cae sobre mí con todo su peso, revoleando los brazos, mientras que un amigo lo sujeta con desesperación. Y aunque logra atraparlo, para mí es demasiado tarde. Yo ya estoy cayendo y solo me puedo aferrar del aire.

En una milésima de segundo, es como si el tiempo se detuviera y me imagino a mí misma chocando contra los estudiantes que están detrás de mí, o peor aún, contra los peldaños de metal. Entonces, alguien me toma del brazo y me jala hacia un costado. La fuerza de la caída me hace tambalear hasta dar una vuelta y me preparo para caer sobre la grada mientras el mundo gira sin control, pero todo se detiene. Quien sea que me haya atrapado me toma con ambos brazos y me sostiene con fuerza hasta que puedo poner los dos pies otra vez en el suelo.

–¿Estás bien? –dice la voz de Rose en mi oreja y en ese momento descubro que son sus brazos los que me contienen. Y siento que se me sale todo el aire de los pulmones, así que no puedo responderle. Aunque sí asiento y, al hacerlo, Rose se dirige enfadada al muchacho que se cayó–. ¿Acaso nunca te enseñaron a no correr en la lluvia? ¿Quieres matar a alguien?

El chico, que está apoyado contra la valla para poder frotarse la pierna, comienza a disculparse conmigo una y otra vez. Y aunque me habla a mí, se dirige a Rose, como si creyera que ella va a mandarlo a la cárcel o algo así.

Eleanor se acerca a nosotras desde unos peldaños más arriba.

–Fue solo un accidente, Rose –le dice, extendiéndole una mano para ayudarla a levantarse–. Nadie salió lastimado.

Yo inhalo, temblorosa. No me molesto en señalar que alguien podría haberse lastimado bastante feo si no hubiera sido porque Rose me atrapó.

–Gracias –le digo mientras me levanto y ella asiente una vez. Quizás la incomodó tener que salvarme el pellejo.

Molly se apresura a bajar hasta nosotras, luchando contra la horda de estudiantes que pululan alrededor del área del accidente para llegar a sus asientos.

–Mierda, eso estuvo cerca –dice. Creo que es su forma de preguntarme si estoy bien. Comienzo a subir otra vez por las escaleras, pero ahora me aferro con todas mis fuerzas del barandal.

Molly revolotea el teléfono en el aire y se vuelve para mirar a Rose.

–Te pondrá feliz saber que tengo todo el rescate grabado. En vivo –dice en un tono mordaz–. Te hizo quedar como una heroína. Tus padres deberían estar emocionados.

–Bueno, bien. De otra forma no me hubiera molestado –responde Rose con sarcasmo.

Justo en el medio de la tribuna hay dos filas con una buena parte de espacio libre. Al principio, creo que debe de haber algo malo en ese lugar, pero cuando comenzamos a subir, unos estudiantes que

ya están sentados nos dejan pasar para llegar al área vacía y me doy cuenta que está reservada para nosotras. Florence y Harriet ya están sentadas allí junto con un grupo de chicos de Ashford.

–¿Cuál es Santi? –le pregunto a Eleanor mientras todavía estamos lo suficientemente apartadas como para que sea una conversación privada.

–Ah, es el de allí –responde apuntando hacia la base de la tribuna.

–¿Vas a acercarte a hablarle?

–No. Voy a mirarle el cabello –dice con una sonrisa radiante–. Toda una tarde mirando su cabello. Pellízcame.

No lo hago.

Entre Alfie (otra de las personas que conocí por un segundo en la fiesta de Molly) y Harriet hay un espacio vacío. Ella nota mi presencia, se endereza y sacude el brazo para captar mi atención. Sospechaba que en verdad solo estaba siendo amable conmigo porque es mi A. R., pero tal vez, después de todo, me considera su amiga. Señala el espacio, pero en ese momento exacto Alfie hace señas a Rose y apunta hacia el mismo lugar. Estoy a punto de decirle a la princesa que ella puede quedarse allí (supongo que le debo una) cuando Alfie se mueve a un costado y, de pronto, se hace el espacio suficiente para que ambas nos sentemos una al lado de la otra. La banca está salpicada de lluvia y Harriet usa la mano para limpiarla un poco para mí.

–¿Se cayó alguien? –me pregunta ella mientras tomo asiento–. Así fue como sonó.

–Rupert Mathers –Rose responde por mí, frunciendo el ceño–. Prácticamente nos tumbó a nosotras también con su caída.

Ahora se voltea hacia Alfie y los dos se ponen a hablar en voz tan baja que al principio no puedo escuchar con disimulo. Entonces, Alfie dice, con un volumen suficientemente alto como para que pueda entender:

–Lo siento, creo que estoy de mal humor. Es extraño estar aquí sin *él*, ¿no?

Él. ¿Oscar? Supongo que hoy habría estado con los chicos de Ashford si aún estuviera vivo. Es probable que en este mismo grupo.

Rose aprieta tanto los labios que casi desaparecen. Luego inhala con fuerza y yo me concentro a la espera de poder escuchar lo que tiene que decir sobre Oscar.

–No puedo imaginarme por qué alguien se uniría al equipo de rugby, sabiendo que las prácticas comienzan durante las vacaciones –dice–. No sé por qué no pueden comenzar la temporada un poco más tarde.

Es una respuesta tan insólita para darle a alguien que obviamente está buscando una conexión, que casi me pregunto si he oído mal o si es un código secreto. Pero no, no lo creo, porque Alfie la mira con decepción.

–Sí… Es pedirle mucho al equipo –dice él por fin y ese es el final del tema.

Me pregunto si esto es a lo que se refería Molly. Si Alfie echa de menos a Oscar, ella también. ¿Habrá algo que pueda hacer para ayudarla? La miro, pero está absorta por completo hablándole a la cámara. Tal vez sea la distracción que necesita en este momento.

Cuando comienza el juego, me concentro en mirar durante los primeros diez minutos. Al menos, hasta darme cuenta de que no tengo la más pálida idea de qué está ocurriendo. No parece haber

ninguna regla, excepto que todos atacan al chico que tiene la pelota antes de que pueda hacer más de dos pasos.

–¿Entiendes cómo es el juego? –me pregunta Harriet, como si me hubiera leído la mente. Yo me sobresalto y niego con la cabeza–. Okey, bueno, es simple. Hay cuatro formas diferentes en que se pueden anotar puntos y todas valen distintas cantidades. Primero, está lo que se llama *try*…

Resulta que lo menos divertido de mirar un partido que no entiendo es mirar un partido que no entiendo mientras alguien me recita sin parar el libro de reglas entero. Pero no soy tan cruel como para implorarle a Harriet que no siga (en especial, después de que se tomara la molestia de ser amable conmigo), así que dejo que continúe con su monólogo y asiento de cuando en cuando mientras, en silencio, deseo que el tiempo pase rápido.

Salgo de la hipnosis de golpe cuando creo que anotan el primer punto, aunque desconozco de cuál de los cuatro tipos fue. Todo lo que sé es que la multitud estalla en vítores y todos se ponen a pisar fuerte, con tanto entusiasmo que los asientos vibran.

–¡Eso, Oliver! –exclama Molly detrás de mí, que ha comenzado a transmitir en vivo otra vez y agita el teléfono–. ¡Siempre estás para ayudarnos!

Todo el mundo está de pie y se ha puesto a cantar (es una especie de cántico de animadoras sobre el equipo contrario "punteando los puntos", que jamás he oído). Me levanto para unirme a ellos, pero me siento demasiado fuera de lugar tanto parada como sentada.

A mi izquierda, Harriet vocifera el canto fuerte y claro mientras me mira; entiendo que es su modo de enseñarme la letra. A mi derecha,

Rose está en silencio. Cuando se da cuenta de que la estoy observando, levanta la banderita verde y dorada que le dio Alfie cuando nos sentamos y apenas la sacude, haciendo su mejor esfuerzo por parecer lo menos entusiasmada posible. No puedo evitar soltar una risita y ella comienza a levantar las comisuras de los labios sin quererlo.

Es la primera vez que puedo recordar en la que me ha mirado como si estuviéramos al mismo nivel. No se está burlando de mí, no está siendo condescendiente conmigo ni me está desafiando. Genera algo en su rostro: su belleza pasa de ser intimidante a accesible en un instante. En realidad, me atrevería a decir que esa sonrisa en particular es adorable. Tanto que me da un sorpresivo vuelco en el estómago.

–¿No estás entretenida? –me pregunta cuando volvemos a sentarnos.

–Me caigo de la emoción –respondo en susurros.

–Bueno, no querría tener que levantarte. Otra vez.

Okey, conque volvimos a las bromas. Aun así, conseguí que Rose mostrara su lado humano. Es un logro y así lo voy a tomar.

Media hora después, en verdad estoy casi deseando que estuviéramos en clase. Harriet ha dejado de explicarme el juego y está demasiado ruidoso para tener una conversación normal. Molly todavía está hablándole a la cámara, Alfie tiene la mirada fija en el partido y Eleanor le está hablando a un chico que no parece ser del cual está flechada. En cuanto a Rose, está de un malhumor absoluto. Prácticamente fulmina con la mirada a los jugadores, con la mandíbula apretada y empuñando con fuerza la banderita que

sostiene. ¿Qué es lo que la tiene de este humor de mierda? ¿Estará tan aburrida como yo o será más profundo que eso?

No es mi intención quedarme mirándola, pero supongo que eso es justo lo que estoy haciendo, lo cual hace que sea un poco humillante cuando Rose gira la cabeza de golpe y me descubre concentrada en ella. Es demasiado tarde para mí fingir que estaba mirando otra cosa, así que intercambiamos miradas.

–Danni –susurra con una voz extraña, lo suficientemente alto para que pueda oírla.

Dios, me va a regañar por mirarla, ¿verdad? ¿Puedo inventar una buena excusa a tiempo? ¿Y si le digo que tenía un insecto en el cabello, o que estaba a punto de preguntarle algo, o…?

–¿Quieres ir a caminar conmigo? –pregunta.

Ah.

Esa es una de las últimas cosas que esperaba que dijera. Ya estoy nerviosa otra vez. Pero, aunque me haya dejado desconcertada, también estoy tremendamente aburrida y tengo mucha curiosidad por saber qué demonios quiere de mí. Así que me deshago de mi ansiedad lo mejor que puedo y asiento.

Y Rose sonríe.

DIEZ

ROSE

Cuando le pregunto a Danni Blythe si quiere caminar conmigo, asiente con complicidad. No sé si es porque sospecha de mis intenciones –interrogarla sobre Molly, en mayor parte– o si simplemente está agradecida por escapar de las explicaciones de Harriet de cada jugada que hacen en el partido. La comentarista menos carismática del mundo.

Harriet y Florence observan de cerca mientras Danni y yo nos ponemos de pie, pero procuro no mirar a ninguna a los ojos, no sea que les dé la impresión de que las estoy invitando a venir conmigo. Solíamos tener la vieja tradición de escabullirnos de los partidos escolares, con Eleanor y Molly incluidas, y encontrarnos en el bosque que está por aquí cerca para fumar.

Harriet y Florence, en particular, se ofendieron cuando le dije al grupo que ya no sería parte de esas actividades en el futuro. Aunque este año tanto Bramppath como Ashford hayan implementado la política de tolerancia cero con respecto al uso de drogas y alcohol, como respuesta a la muerte de Oscar, está claro que la nueva

medida no fue suficiente para desalentar a mis amigas. Por eso culpé a la prensa y les dije que, si me atrapan consumiendo en la escuela, mi situación se volverá más precaria que nunca, pero la verdad es que esa es solo una razón. La otra es que, en el funeral de Oscar, le prometí a Molly que cambiaría.

Aunque sea una promesa que temo no podré cumplir por mucho tiempo.

Con Sidney detrás de nosotras, bajamos las escaleras. Me complace notar que Danni se aferra con todas sus fuerzas del barandal. Todavía me duele la espalda de haberle salvado la vida.

–¿Qué es lo que hacemos, con exactitud? –me pregunta mientras nos dirigimos hacia el bosque. Técnicamente, todavía son propiedad de la escuela, aunque rara vez se utilizan.

–Escaparnos del partido.

–Entiendo –dice luego de reír por la nariz.

Por fortuna, no hay nadie a la vista. Aun así, no se supone que estemos deambulando por ahí durante los partidos, por más que asistir sea opcional, lo mejor va a ser que tengamos una excusa. Me volteo hacia Danni.

–¿Se te ocurre qué podríamos decir en caso de que nos pregunten qué estamos haciendo?

Ella lo piensa durante un momento.

–Me estás llevando a la enfermería. Resulta que me caí por las escaleras.

–Te caíste de un peldaño –la corrijo y ella lucha por no sonreír. Entonces agrego en susurros–: No tienes que cojear. Sería exagerado.

–No estoy fingiendo. Me golpeé la pierna.

–¿Qué? ¿En serio? ¿Los vas a demandar?

–¿Qué? No. ¿Por qué los demandaría?

–¿Acaso no es eso lo que hacen los estadounidenses? Demandar a todos todo el tiempo.

–Eso es ofensivo –dice sin emoción–. Es un estereotipo dañino.

–¿Lo es? Discúlpame.

–En realidad, es bastante problemático que lo digas tú. ¿No se supone que te enseñan sobre relaciones internacionales?

Recuerdo esta versión de Danni. Esta es la que conocí en la fiesta de Molly, antes de que el agobio de Bramppath la obligara a retirarse por nervios. Y de pronto, recuerdo cómo captó mi interés aquel día. Casi lo había olvidado.

El suelo del bosque está resbaladizo por el lodo y las hojas empapadas. El aire se siente fresco y denso, y huele a lluvia. No es el tiempo ideal para dar un paseo –tengo que aferrarme con todas mis fuerzas para no resbalarme con el fango por el que camino–, pero al menos es un lugar aislado. Bueno, si descontamos a Sidney, pero él se mantiene a distancia.

Carraspeo y me doy cuenta de repente de que soy un manojo de nervios. No sé si Danni está causando ese efecto en mí, o si es el temor de cómo pueda responder a la pregunta que está a punto de salir de mi boca. Pero antes de que pueda verbalizarla, ella rompe el silencio incómodo.

–Así que –dice–, Molly me contó que te gustan los deportes de nieve.

Por desgracia, la adrenalina que mencioné antes se ha apoderado por completo de mi habla y tengo que hacer mi pregunta inicial. Esa que vine decidida a hacer.

–¿Cómo se encuentra, Molly? ¿Está bien?

Danni parece sorprendida.

–Eh, bueno, ya no hablaremos más sobre deportes de nieve –dice–. Ella está bien, supongo. –Yo asiento y la chica continúa–: Quiero decir, lo bien que se puede esperar que esté.

Entonces, sabe acerca de Ámsterdam. Sobre la muerte. Esperaba que lo hiciera, pero no me habría sorprendido descubrir que no. Jamás mencionamos su nombre, ni siquiera en susurros. Aunque en Ashford de cuando en cuando deben notar su ausencia, en Bramppath –quitando la asamblea en la que se mencionó su muerte a finales del semestre pasado– todo ha continuado como si nuestra escuela hermana tuviera la misma cantidad de estudiantes de siempre. Y, en cierta manera, se siente como si todas en nuestro pequeño grupo se hubieran olvidado ya de él.

–¿Podrías echarle un vistazo cada tanto? –le pregunto–. Si no lo haces ya, desde luego. Es evidente que necesita mucho apoyo en este momento y no es el tipo de persona que lo pida. Y ha dejado bien en claro que no necesita el mío.

–Sí…, seguro –responde. Sus ojos se agrandan–. Estaré atenta.

El alivio me recorre la espalda y me relaja los hombros.

–Me sentaría con ella, pero…

–No eres su persona favorita en este momento. Lo entendí.

Levanto las cejas y Danni lo nota.

–Lo siento –dice, apenada–. Pero no del todo. Estaré al pendiente de ella. Gracias por el aviso.

–Desde luego.

Ya con esto me siento mucho mejor. Estoy a punto de sugerirle que regresemos al partido cuando Danni me mira minuciosamente.

–¿Qué hay de ti? –pregunta–. ¿Hay alguien que cuide de ti?

Sacudo una mano con desdén.

–No hay nada de qué preocuparse. Estoy perfectamente bien.

Las comisuras de sus labios se levantan de forma irónica.

–Me parece que es una señal de alarma que te sientas perfectamente bien después de haber pasado por algo así. ¿No crees?

¿Señal de alarma? No lo creo. Jamás he entendido la obsesión que tienen las personas de mortificarse por sus emociones negativas. Como si, de algún modo, autocompadecerse y sufrir durante semanas o meses fuera un signo de fortaleza. ¿A quién ayuda eso? Sin dudas, a la persona que sufre no. Aunque comprendo que sea distinto para mí. Me han criado para ser consciente de que mi vida está al servicio de mi país. Lo que yo necesite o deje de necesitar no está a la altura de las necesidades de las masas, y jamás podría estarlo. Y qué privilegio es estar en la posición de ayudar a tantos.

Una señal de alerta es que un futuro monarca se desmorone ante la mínima adversidad. Henland no puede prescindir de mí cada vez que un amigo o un familiar muere, o algún ser querido me expulsa de su vida, o cometo un error que me deja expuesta al mundo. Me necesitan enfocada en las cosas que son más importantes que yo y que lleve a cabo mis deberes sin fallar. Cada día que no puedo lograrlo es un día que les fallé a todos, incluyéndome a mí misma. Y ya he fallado lo suficiente como para una vida entera.

–Soy resiliente –digo simplemente. Danni no parece convencida.

Algo me cae en la mejilla. Al principio, creo que son gotas de agua del follaje sobre nosotras, pero luego me doy cuenta de que es la llovizna. Es tan liviana que casi no pesa y, mientras cae, las gotas

captan destellos de la luz blanca y dorada del sol. Danni se coloca la capucha de la chaqueta por encima del cabello, pero yo no tengo esa opción. Me apresuro a resguardarme debajo de un árbol que hay cerca.

–No sé cómo lo haces –dice Danni, refugiándose a mi lado. Las ramas no hacen demasiado para proteger a ninguna de nosotras y su chaqueta ya está salpicada de lluvia–. Todos esos artículos. Creo que a mí me destruiría.

–Ah… ¿Viste algunos? –pregunto rápidamente–. Lecturas alegres, ¿verdad?

–Son duros. ¿Y no sientes nada al respecto?

Supongo que depende de a qué artículos se refiere. Los medios han estado escribiendo sobre mí sin cesar desde seis meses después de mi nacimiento. La cobertura fue lo suficientemente positiva hasta que a mis cuatro años comencé a llorar durante las exhibiciones aéreas militares, momento en el cual decidieron que me portaba bastante mal. Mi delincuencia solo continuó creciendo desde allí. Cuando tenía siete, las fuentes internas informaban a los periódicos sobre lo maleducada que era en la escuela. A los nueve, mis fotografías bostezando sin cubrirme la boca en la misa navideña de medianoche habían llegado a las portadas. A los doce, la gran noticia fue que me habían dejado en detención por reírme con Molly en la clase de Historia.

Mis padres jamás se preocuparon demasiado por estos artículos y tampoco yo. Me dijeron que era común que examinaran a los príncipes y a las princesas. Y mucho más en mi caso, dado que no tengo hermanos que resten la atención que recae sobre mí. Cuando comencé a poner a prueba las reglas de Bramppath de verdad, en

parte esperaba que los periódicos conocieran cada detalle de inmediato. Que me escapaba en medio de la noche, que salía a beber y fumar al bosque, que faltaba a los eventos escolares. En cierta forma, jamás se enteraron. Hasta que sucedió lo de Ámsterdam, por supuesto.

Me encojo de hombros.

–No puedo esperar que el asunto de Ámsterdam pase al olvido, ¿verdad?

–Supongo que no, pero ellos expresaron sus ideas y más. Con suerte, pronto dejarán de molestarte.

Le muestro una sonrisa apretada.

–Para ser honesta, no estoy segura de que eso vaya a pasar. Si soy perfecta, lo ignoran. Si no, me condenan. Por el momento, no parece que haya mucho que pueda hacer.

Al decirlo, siento que me sonrojo de un modo extraño. Es algo tan íntimo e inapropiado de mi parte. De seguro, Danni no quiere oír mis quejas sobre mi imagen pública. Solo me estaba preguntando para ser amable. Tal vez es por la forma en que me ve, sosteniendo la mirada y con intensidad, como si viera algo que yo me he empeñado en mantener oculto. Es difícil no sucumbir ante una falsa sensación de comodidad cuando le estás hablando a alguien que te mira como si te conociera internamente.

Pero ella no me conoce.

La llovizna se detiene y comenzamos a caminar juntas de regreso al campo de deportes.

–Bueno. –Reflexiona mientras andamos–. El año pasado, hubo unas chicas que la tenían en mi contra. En especial, una que solía hacerme *bullying* todos los días; me decía fea, tonta y cualquier otra

cosa que se le ocurriera. Se reía de mí cuando tenía que hacer presentaciones, o si era mi turno para correr en Gimnasia, o si respondía una pregunta en clase. Entonces, un día, les dijo a mis compañeros que yo le estaba haciendo *bullying* a ella y todos se volvieron contra mí y, de pronto, todo lo que hacía estaba mal. Era como si todos me odiaran. Todos creyeron en ella, aunque yo no hacía nada; lo juro.

Me parece que se está abriendo para equiparar mi nivel de intimidad. Una anécdota vulnerable a cambio de una declaración vulnerable. Si está intentando hacerme sentir menos expuesta, lo ha logrado. Tal vez sea más perceptiva de lo que la he creído capaz.

–¿Y qué hiciste? –le pregunto–. ¿Aclaraste lo que ocurrió?

–Cuando traté de hacerlo, nadie me creyó. Supongo que solo esperé a que se calmaran. La gente se aburrió y siguió con su vida y, luego, lo olvidó.

De pronto, me doy cuenta de que hay una capa extra de por qué me está contando esto.

–Gracias. Aunque no es lo mismo.

Danni luce horrorizada.

–Oh, totalmente. Fue una analogía ridícula. Lo mío solo fue una pequeña… Como sea, a quién le importa. Lo tuyo es enorme. Ni siquiera sé… ni puedo imaginarme. No debí haberlo dicho.

Por Dios. Jamás la he puesto así de nerviosa y ni siquiera estaba intentando burlarme de ella.

–Lo que quise decir –repongo cuando ella termina–, es que tu situación fue distinta porque no te lo merecías.

Ella me lanza una mirada aguda de soslayo.

–¿Y tú sí?

Acaricio un fresno al pasarle por al lado.

–Bueno, todo lo que están diciendo es la verdad. Debí haberlo sabido. No debí haber estado bebiendo ni tomando drogas. Debí haber estado protegiendo a mis amigos. Les fallé en todos los sentidos posibles. La gente esperaba más de la futura líder de su país. Y así debería ser.

–Sí… Pero todavía no eres la reina.

–Soy la princesa heredera.

–Sí… Quiero decir, lo sé. Pero también eres una adolescente. A veces, vas a meter la pata y, con suerte, aprenderás de tus errores y resolverás tus problemas sobre la marcha como el resto de nosotros. Es normal cometer errores, aun así eres una buena persona.

La risa me borbotea por la garganta antes de que la pueda reprimir. ¿Buena persona? Claro, Molly no le contó todo acerca de Ámsterdam, o jamás me habría dicho algo tan errado con tanta osadía. Supongo que uno podría discutir que soy buena si se ignora, además de mi agresividad, el desinterés sobre las vidas de mis conocidos por fuera de mi círculo de amigos, y que bebo y que tomo drogas. Junto con la lista interminable de fallas menores que a los periódicos les agrada recordarle al país todos los días.

Como dije, Danni no me conoce para nada.

Cuando me repongo, levanto el mentón y la miro de frente.

–No, no lo soy –digo en voz baja pero firme.

Ella me sostiene la mirada.

–Bueno, podrías serlo –replica–. Si lo intentas.

Quiero aferrarme a sus palabras y abrazarlas con fuerza. Hay una promesa en ellas. Que el futuro está bajo mi control. Que hay una versión de mí (una que en verdad le agrada a sí misma) en la que

me puedo convertir si simplemente tomo las decisiones correctas de aquí en adelante.

–Deberíamos regresar al partido antes de que mi ausencia salga en las portadas –digo.

–Muy bien –añade ella con un suspiro–. Hora de regresar y ser juzgada.

–Sí, bastante –murmuro, pero luego me detengo–. Aguarda, ¿a ti? Yo sé por qué me están juzgando, pero ¿tú le has hecho algo a alguien?

Danni toma la cremallera de su chaqueta y la sacude.

–¿No notas nada?

–Bonita parka.

Ella sonríe de repente.

–Así que puedes ser discreta. Sabía que en alguna parte tenías el talento.

Cierto. Las estudiantes se estaban riendo de la chaqueta de Danni, ¿verdad? No lo permitiré. Cuando Molly se hizo amiga de ella, Danni se convirtió en una de nosotras. Y nadie se ríe de nosotras. Tomo un trozo de la tela entre el pulgar y otro dedo y la examino. De la sorpresa, ella se queda sin respirar por tenerme tan cerca.

–Es verde –señalo–. Casi.

–Sí…, verde militar.

–Excelentes costuras, bonita… Material sólido.

–Ajá –añade ella sin emoción.

–Bueno, si no la quieres, me la quedo –digo animadamente.

Al principio, no me toma en serio.

–Ah, claro, y yo me congelaré.

–No, puedes quedarte con mi suéter. Diría que tenemos casi el mismo talle.

Danni ríe por un momento y comienza a avanzar.

–Sí, okey…

Me apresuro para quedar por delante de ella y camino hacia atrás, frente a frente.

–En serio. Déjame usarla.

–¿Por qué? –me pregunta. Suena cansada–. ¿Para que puedas disfrazarte de clase media?

Después de la cantidad de provocaciones y molestias que le estuve dando durante los últimos quince días, supongo que me merezco su desconfianza. Así que, cuando le respondo, procuro hablarle con seriedad.

–Porque me encantaría ver a esos pedantes atreverse a juzgarme. Los desafío. De hecho, los desafío a que vuelvan a juzgarte a ti. Si alguien te dice algo, me lo harás saber. ¿Okey?

Danni sonríe, dudosa, y yo levanto una mano.

–Además –agrego, luchando por no sonreír–. Como dije, es una bonita parka.

Me visto mientras caminamos.

–Hago esquí –explico, después de un largo rato de estar en silencio.

–¿Qué?

–Me preguntaste acerca de los deportes de nieve. Yo hago esquí. Y patino, un poco.

–Ah. –A Danni parece complacerle el comentario–. Me encanta esquiar.

–El curso que viene hay un viaje de último año a la nieve. Pero no esperes que Molly vaya; es su peor pesadilla.

–Entendido.

–Aunque yo sí iré –agrego. ¿Por qué le digo esto? ¿Para contarle un hecho? ¿O para insinuar que, si va al viaje, tendrá a alguien conocido?

Ella me mira a los ojos. Tengo la sensación de que está intentando buscar la respuesta a esa pregunta en mi mirada.

–Entendido –dice otra vez, de algún modo inquisitiva.

Cuando regresamos al partido, Danni, que ahora está usando el mismo suéter que todos los demás, me lanza una mirada de agradecimiento antes de llegar al lado de Molly. Yo parezco estar atrayendo varias miradas curiosas y confundidas con mi nuevo atuendo y es bastante difícil no echarme a reír. En especial cuando comienzo a hacer contacto visual con quienes me miran y, uno a uno, bajan las miradas al suelo. En serio.

Molly gira la cámara hacia Danni.

–Y Danni ha regresado de dondequiera que haya ido –alardea como si yo no estuviera aquí–. Justo a tiempo para perderse por completo del increíble *try* final.

Baja el teléfono, le sonríe a Danni.

–Ganamos, por cierto –agrega.

–¿Qué tienes puesto? –me pregunta Alfie cuando tomo asiento.

–¿Te gusta? –le pregunto.

–Es…

Parece no saber qué decir. Me pregunto si está recordando nuestra discusión del banquete de Estado con respecto a su ataque de criticón.

–Una bonita parka –completo por él con intención.

–Una bonita parka –repite, sacudiendo la cabeza y sonriendo.

Ahora que ya no me preocupa el bienestar de Molly, descubro que es mucho más fácil poner atención al partido de las chicas. Cuando este se acerca al final y las jugadoras se estrechan las manos, se me cruza un pensamiento. Desbloqueo el teléfono y lo paso hacia atrás para Danni, llevando la mirada desde la suya hacia el aparato.

Ella lo toma y, sin demorarse, guarda su número. Creo que hoy hemos llegado a un acuerdo. A las dos nos importa Molly y, al parecer, cuidarla será mucho mejor si estamos en contacto.

Además, estoy comenzando a comprender lo que mi amiga ve en Danni. Creo que no me molestaría verla de cuando en cuando después de clases si ella también quiere. Cuando me devuelve el teléfono, me lo guardo en el bolsillo y dejo una mano sobre él.

Es bastante obvio que Molly y Harriet notan nuestro mudo intercambio.

A ninguna parece agradarle.

ONCE

ROSE

DB
14 de septiembre

¡Hay artículos sobre nosotras!

Intenta no leerlos.

¿Por qué no?

Son buenos.

Dicen que me salvaste.

Deberían decir que tú me aplastaste.

Pero jamás aspiran a decir la verdad.

No seas modesta, en verdad me rescataste.

Ni siquiera estabas en el área del aplastamiento.

¿Al menos son bonitas las fotografías?

Son capturas de pantalla.

Saliste bien.

Yo parezco.

Em…

¿Una topadora?

Eres cruel por mensaje.

Soy cruel en la vida real.

Sí…

Pero en la vida real sonríes y así me doy cuenta si estás bromeando.

😀

Gracias

20 de septiembre

Pon atención.

Están hablando de mi tatarabuelo.

Son cosas fascinantes.

Aunque dicen que era un aburrido.

Estoy poniendo atención.

Y ¿cómo hiciste eso?

¿Hacer qué?

Enviar mensajes sin tocar el teléfono

¡Acabas de hacerlo otra vez!

Es obvio que estoy tocando el teléfono, Danni.

Francamente, ¿jamás has visto un juego de manos?

Estoy impresionada.

¿Siempre eres así de fácil de impresionar?

Tal vez eres más impresionante de lo que crees.

Poco probable.

Estoy bastante enamorada de mí misma.

Creí que querías que pusiera atención.

Me estás molestando.

Idealmente, lo que quiero es que te vuelvas más competente para hacer varias cosas al mismo tiempo.

Cuento contigo para que me diviertas.

Me sé este tema de memoria.

Bueno, yo no.

¿Quieres que te dé clases?

Necesito que me dejes concentrar.

Contrapunto: si quisieras concentrarte, podrías solo dejar de responder.

¡Rose!

Ay, linda.

Lamento haber hecho que te confiscaran el teléfono.

Aunque, en mi defensa, cuanto más lo pienso, más creo que tú hiciste que te lo quitaran.

Era bastante obvio que no estabas hurgando en tu cartera.

Por favor, toma captura de pantalla de esto y envíaselo a tu yo del futuro para que no vuelvas a perder los privilegios de tener el teléfono.

Ahora estoy aburrida.

Deja de sonreírme.

26 de septiembre

¿Cómo se llamaba aquel lugar?

¿Aquel…

… lugar?

El sitio que mencionaste. El burgués.

¿Estaba despierta en esa conversación?

Sí, Rose, por Dios.

¡Fue ayer!

El francés con el paté y esas cosas.

Ah, *Mon Cœur.*

Aclaro que ese es el nombre del restaurante.

No es que esté coqueteando contigo.

No pensaba que lo estuvieras haciendo.

En realidad, no sé francés.

¿No sabes?

¿Te gustaría que te enseñara?

Ya me has inscripto en tus clases de juegos de manos.

Patinaje sobre hielo.

Y la historia de toda tu familia.

Admítelo. Quieres pasar el rato conmigo.

Ni aunque estuviera bajo amenaza de muerte.

Y aun así, no sé cómo puedes decir que te encantan los deportes de

nieve si no sabes patinar.

¡¡¡Hay UN deporte de nieve que no puedo hacer!!!

¡¡¡¡Demándame!!!!

Me gustaría verte jugarme una carrera de esquí.

Así cerrarías la boca enseguida.

Claro que jugaré una carrera contigo, pero yo no me pondría tan arrogante antes de verme.

Como sea.

¿Para qué necesitas saber del restaurante?

¿Tienes una cita?

Sí…

Una cita supersensual.

Con mi mamá y su esposo.

Es su aniversario.

Adoraaaaable, ¿verdad?

Pero mucho menos interesante.

¿Qué tipo de presupuesto para citas crees que tengo?

Tengo razones para no especular con las finanzas de las otras personas.

Bueno, ahora quiero saber. Sígueme el juego.

¿Cuánto crees que yo

una desempleada de 16 años con una beca escolar

podría gastar en una cena para mí y mi cita imaginaria?

No lo sé. ¿€200?

Ah, Dios MÍO.

1 de octubre

Hola.

¡Hola!

Ah, bien, estás despierta.

Claro que no lo estaba.

¿Por qué tú sí?

Rose, son las 2 de la mañana.

No puedo dormir. Lo he intentado todo.

Excepto molestarme a mí.

Bueno, ahora he intentado todo, incluyendo molestarte a ti.

Y aun así no está funcionando.

Cómo puedo ayudarla,

su majestad.

No seas así.

Lamento haberte despertado.

Eleanor no se despertó.

¿Por qué no tienes el teléfono en silencio?

En caso de emergencia.

¿Como esta?

Rose.

Bueno, bueno, vuelve a dormirte.

Déjame a mí sufrir en silencio.

Este es mi destino.

Gracias, buenas noches.

Hola.

¿Sí? 😀

Ahora yo tampoco puedo dormir.

Ay, no.

Qué horrible.

Voy a mirar un episodio de algo mientras intento dormirme.

Puedes venir si quieres.

¿Otro drama de médicos?

¿O aquel programa de citas que te encanta?

Estaré allí en un segundo.

2 de octubre

Ni siquiera recuerdo haberme quedado dormida.

Fue fastidiosamente rápido.

Uf.

Lo siento.

Quería pincharte para que te despertaras.

Pero te ves tierna cuando estás inconsciente.

No podría obligarme a hacerlo.

Pero ¿te gusta molestarme cuando estoy consciente?

Mucho.

¿Lista para el desayuno?

Sep.

Ven cuando quieras.

En un segundo.

DOCE

ROSE

El profesor de Historia, el señor Sheffield, decide que no es necesario avisarnos con tiempo antes de anunciar que las presentaciones de las próximas dos semanas sobre el rol de Henland en la Segunda Guerra Mundial serán en parejas.

Nos da dos minutos para buscar una. Molly, Eleanor, Danni y yo nos miramos con incomodidad. Esta es la primera vez en el semestre que nos piden hacer equipo de a dos. El arreglo más lógico sería que Eleanor esté conmigo y Molly con Danni. Para mí sería adecuado; sin embargo, he llegado a conocer mejor a Danni últimamente. Y cuanto más tiempo paso con ella, más quiero hacerlo.

Entonces, como nadie dice nada, lo hago yo:

–¿Te gustaría que hagamos equipo? –le pregunto sin rodeos–. Puede que tenga una opinión sesgada de la historia, pero sí tengo acceso a una gran cantidad de fuentes primarias, así que al final todo cuadra.

Es muy notorio que Danni queda resplandeciendo ante la invitación.

–¿Has pasado de ofrecerte a enseñarme a querer que trabaje contigo? –pregunta–. Sabes que no sé nada de la historia local.

–¿Te estás ofreciendo a ser la cara visible de la operación? ¿Cómo te llevas con hablar en público?

–Horrible.

–Algo se nos va a ocurrir –exclamo; y así llegamos a un trato.

Molly mira fijo a Danni de un modo que solo puede describirse como traición. No había pensado que le molestaría, dado que ella y Eleanor se llevan a la perfección. Aunque, ahora que lo pienso, tal vez no es que le importe estar con Eleanor, sino que le molesta que Danni esté conmigo.

–Somos tú y yo, corazón –le dice Eleanor, o bien ignorando el disgusto de Molly, o bien tomando la sabia decisión de ignorarlo–. El equipo soñado. Nos va a salir perfecto.

Molly le lanza una mirada mordaz de soslayo.

–Más te vale que hagas tu parte.

–¿Desde cuándo no hago mi parte?

–Entonces, ¿comenzarás a trabajar conmigo esta noche?

Eleanor se echa atrás.

–Bueno… Esta noche estoy ocupada. En realidad, hay algo para lo que necesito la ayuda de todas ustedes. ¿Pueden venir a mi habitación después de clase?

Molly comienza a guardar sus cosas en la mochila.

–Yo iré. Y comenzaré a hacer mi parte de la presentación mientras esté allí.

Después de la última hora y de la oración del final del día, las cuatro nos encontramos en el corredor y nos dirigimos hacia Dewitt. El cuarto de Eleanor está al fondo del piso C. Desde su ventana hay

una vista extensa del patio del colegio. Mientras subimos, nos encontramos con Harriet. Ella se ilumina de inmediato al ver a Danni. Siempre lo hace.

–Hola –le dice, como si el resto de nosotras no estuviéramos allí–. ¿A dónde vas?

–Al cuarto de Eleanor –responde Danni–. Haremos algo misterioso.

–Ah…, ¿un misterio? –Harriet nos mira al resto, subiendo y bajando las cejas–. Suena intrigante.

–En realidad no lo es –exclamo con aspereza. Parece que se me pegó la irritación de Molly, porque mi tono sale bastante injustificado. Aunque, al mismo tiempo, por alguna razón se siente bien. En especial porque Harriet entiende la indirecta y retoma su camino escaleras abajo.

–Entonces, las dejo –dice–. Pero prométeme que me contarás cuál era el misterio cuando regreses, ¿okey?

–Si puedo. –Danni le sonríe–. Deja la puerta abierta y pasaré. Claro que si todavía estás disponible.

–Ah, lo estaré.

De pronto y de un modo inexplicable, desearía haber sido todavía más grosera con Harriet. ¿Qué están haciendo? *¿Coqueteando?* No me sorprendería en lo más mínimo por parte de Harriet, porque a leguas se nota que ha estado obsesionada con Danni desde el primer día y porque en segundo año hubo un rumor de que ella y Nellie Henry se besaron detrás de un árbol en el campamento escolar. Jamás se probó y, con el tiempo, se apagó, pero yo nunca lo olvidé, porque fue la primera vez que oí que alguien más era potencialmente como yo.

Pero si esto es un coqueteo y Danni está participando, ¿qué significa? ¿Que le gustan las chicas? Si es así, ¿le gusta Harriet? ¿Por qué?

Decido que no. Es más que probable que no le gusten las chicas, para nada. Danni es solo una de esas personas que se llevan bien con todos porque es amable, y dulce, y está un poco ansiosa por agradar a todos. No puedo identificarme ni con un ápice de eso, aunque a regañadientes lo admire.

En el cuarto de Eleanor, arrojo mi túnica al suelo. Mientras tanto, Molly prepara su computadora sobre el escritorio y Danni extrae su teléfono y se sienta en la cama. Yo considero sentarme a su lado, pero antes de poder hacerlo, nuestra anfitriona ocupa el espacio libre. Así que me siento de piernas cruzadas sobre la alfombra, justo en frente de Danni.

–A propósito –digo después de que cada una está en sus lugares–. Están todas invitadas al cumpleaños de mi mamá. Este año es en el palacio, así que no está tan lejos para viajar.

Eleanor asiente sin prestar atención mientras toquetea el control remoto del televisor. Ha venido cada año a las reuniones de cumpleaños de mamá desde que tengo memoria; al igual que Molly. Danni, en cambio, luce muerta de miedo ante la propuesta.

–Aguarda, ¿es en serio? –pregunta. Ahora que lo pienso, me imagino que debe de ser una idea bastante intimidante para ella. El palacio, mis padres, la lista de invitados distinguidos.

–Es en serio –repito–. Si quieres ir, desde luego.

–Ay, Dios mío. No, por supuesto. Claro que sí. Me encantaría.

Molly no emite una sola palabra. Bien podría haber invitado a las cortinas, a juzgar por la reacción que recibo.

Eleanor deja el control remoto y pone un episodio de su serie de fantasía preferida, *Espinas de bayas y rosas salvajes*, en el volumen más bajo posible. Esta es la situación habitual cuando pasamos el rato en su habitación. Debe de haber visto la serie más de diez veces, de principio a fin, y más si contamos las veces que la usa como ruido blanco.

–Okey. ¿Cómo suena? –pregunta. Se pone de pie y deja vacío el espacio junto a Danni (entonces, ¿para qué se sentó ahí en primer lugar?), se para en el centro de la habitación y levanta la barbilla somo si hubiera un reflector apuntando a ella. Luego, hace un bollo con su túnica, se la lleva al pecho y ruge–: *"… en la lengua, en las manos, y presentaos como una flor de inocencia; pero sed la serpiente que se esconde bajo esa flor…"*.

–Sería bueno un poco de contexto –dice Molly con sarcasmo y la cabeza gacha.

Eleanor suelta la túnica, bastante desanimada. Temo que hubiera esperado una ovación de pie.

–Voy a hacer una audición para la obra.

–¿Por qué? –le pregunta Molly, mirándola por encima de la computadora y con el ceño fruncido.

–Porque papá dice que necesito fortalecer mi currículum antes de enviar solicitudes a las universidades el año próximo. Ya no es suficiente con sacar puros dieces.

–Punto muy importante para ti, ya que sacas puros ochos –señalo, enarcando una sola ceja.

–Em, tengo dieces en Matemática, para tu información –espeta–. Molly, defiéndeme.

La susodicha no lo hace. Porque supongo que, para hacerlo, tendría que reconocer mi presencia.

–¿Santi está en la obra? –interrumpe Danni.

No había pensado en eso hasta que las palabras salieron de su boca, pero por supuesto que esto es por Santi. Así es con todo para Eleanor últimamente. En lo que respecta a los planes de cortejar y casarse con el pobre muchacho, este al menos es más prometedor que su intento previo de mirarlo fijo a través de una sala llena de personas y esperar que funcione. Los ojos de Danni parpadean hacia mí y ambas intercambiamos una mirada divertida.

–No estoy segura –responde Eleanor con ligereza–. No podría decirte qué va a hacer Santi. Ni siquiera hemos tenido audiciones aún. Podría ocurrir cualquier cosa.

No le creo una sola palabra.

–Rose, tengo una propuesta –dice entonces, extendiendo el guion en dirección a mí.

Lanzo una mirada hacia arriba y levanto las cejas.

–Eleanor, somos demasiado jóvenes para casarnos. Con todo respeto, debo rechazarla.

Ella sabe ignorarme.

–Te propongo que, cuando seas reina, impulses una ley por la que, si una enamorada necesita que ocurra algo razonable para ganarse potencialmente a su alma gemela, pueda exigir que suceda. Por ejemplo, según la Ley de Enamorados, si necesitas un papel en la obra de la escuela…, solo la citas con discreción y, *bum*, lo obtienes.

–¿La "Ley de Enamorados"? –reflexiona Danni, mirándome para ver mi reacción.

Yo finjo considerarlo.

–Bien. La agregaré a la lista de futuros cambios legales.

Danni se sobresalta al oírme.

–¿Puedes hacer eso? –dice–. ¿También puedes cambiar la semana laboral a cuatro días?

–Por ti, Danni, la haré de tres días y medio.

Al parecer Molly pierde la paciencia ante la cantidad de alegría y frivolidad que hay aquí, porque se digna a reconocer mi existencia a raíz de mi comentario.

–Rose no puede cambiar ninguna ley –explica, dejando caer el teléfono en su regazo–. Ni ahora, ni nunca. Somos una monarquía parlamentaria.

Quiero indignarme porque destruyó la diversión, pero estoy demasiado ocupada en deleitarme con el hecho de que, resulta ser, no soy invisible para ella.

–Aguarda, ¿en serio? –pregunta Danni, desanimándose. Ay, pobre, ¿creyó que la reina podría cambiar una ley por capricho? Ya debería haber aprendido a no creer ni en una sola palabra que sale de mi boca. Aunque es muy tierno–. Entonces, ¿qué hacen los miembros de la realeza?

–No mucho, Danni. –Me encojo de hombros–. No mucho.

La mitad es broma. Está claro que no podemos cambiar las leyes a nuestro antojo, pero eso no significa que no tenga planes para mi vida laboral, la cual comienza tan pronto como acabe la escuela. De seguro habrá tareas reales (apariciones, discursos, asistir a eventos en general). Pero en menos de dos años, podré comenzar a trabajar en mis propias causas. Ya he discutido con mis padres sobre mis

deseos de abrir una fundación que brinde varios servicios para víctimas de abuso doméstico.

Aunque, hace poco tiempo decidí expandir mis planes para incluir servicios de apoyo y vivienda para jóvenes sin hogar. Es claro que estoy interesada en ayudar a la juventud en general, pero admito que tengo especial entusiasmo por hacer lo que pueda para defender a jóvenes *queer* que atraviesan violencia familiar. No podría manejar una fundación específica para esa causa, dado que se supone que la familia real se debe mantener en una posición política neutra, sin embargo, la abarcaría.

Dejando de lado la ironía de ser "políticamente neutral", cuando en realidad mi existencia en sí sería considerada por muchos un asunto político.

–Eso no es cierto –interviene Eleanor–. Eres un ícono.

–La otra noche vi un artículo que te llamaba ícono sexual –dice Danni, al parecer sin pensar, porque en el momento en que pronuncia las palabras, se pone de color escarlata y se le agrandan tanto los ojos que parecen platos. Eleanor se echa a reír, y hasta Molly lucha por mantener los labios quietos.

Y yo, que jamás permito que se me escape una oportunidad para burlarme, dejo las manos sobre mi regazo y mi inclino hacia adelante, mostrando interés.

–Lo *hiciste*, ¿cierto? ¿Puedo preguntar qué estabas buscando para encontrarte con *ese* resultado?

–Yo, em… No…, yo no…

–¿Buscas información de mí a menudo? –le pregunto inocentemente, mirándola a los ojos–. ¿O solo lo haces por la noche?

Por fin, Danni se recupera lo suficiente como para responder bien, aunque todavía tiene un interesante tono color malva.

–Estoy segura de que solo fue una noticia de ese día. Ya sabes, las que hablan mal de ti…, em…, sobre…

Logra retener las palabras en su boca. La mira a Molly, afligida.

–Ya sé cuáles –digo con amabilidad.

Molly continúa enfocada en su video de la red social, fingiendo con discreción estar tan absorta en su quehacer que ni siquiera oyó el tema acercarse peligrosamente al de aquella noche en Ámsterdam. Y Eleanor, la eterna pacifista, interrumpe justo antes de que el silencio se vuelva demasiado fuerte.

–Danni, tú haces presentaciones y esas cosas, ¿verdad? –dice–. Como dijo Rose.

–Eh, *toco* el piano. No diría que hago presentaciones.

–Casi. Me ayudarías a repasar mis líneas, ¿por favor?

Para darles espacio para practicar, tengo que pasar del suelo a la cama, sobre el espacio tibio que dejó Danni. Desde esta posición puedo ver el televisor. Todavía está *Espinas de bayas y rosas salvajes.* De hecho, es una escena que recuerdo bien. El rey Aelorin está en pleno arrebato de pasión en la bodega con su caballero real, Aric. Para ser más específica, están en un avanzado estado de desnudez, usando un barril de vino de una manera muy creativa.

La primera vez que vi este episodio también fue en el cuarto de Eleanor, cuando estábamos en tercer año. Ella, Molly y yo nos habíamos apiñado en la pequeña cama de nuestra anfitriona para mirar el episodio más reciente en cuanto salió. Mientras que las otras dos hacían sonidos de sorpresa (y, si somos honestas, de incomodidad) ante el giro inesperado y muy *queer*, yo estaba

cautivada. Me intrigó la idea de tener un romance secreto, a escondidas en los confines de una bodega.

Hasta ese entonces, me había resignado a la idea de que mi futuro no iba a parecerse en nada a lo que había imaginado de pequeña. A los catorce, llegué a la conclusión de que no estaba, ni podría estar, interesada en chicos de un modo romántico. No del modo en que me interesaban las chicas. En ese entonces, me enamoraba como una loca de una chica nueva del colegio cada cierto tiempo. Ellas me sonreían de una forma especial, o la luz se reflejaba en su cabello, o daban alguna respuesta audaz en clase y yo quedaba perdida. Ni una vez me había pasado eso con un chico. Ni una.

Y, de esa manera, había llegado a la conclusión de que jamás conocería el amor del modo que había esperado. ¿Amor platónico? Por supuesto que sí. ¿Romántico, no correspondido, doloroso? No sería un problema. Pero uno romántico, correspondido, íntimo, ¿cómo podría pasarme a mí? Yo no lo tenía permitido. Ni siquiera estaba contemplado. Simplemente no se puede. La princesa se casa con un hombre, tienen hijos, se convierten en rey y reina. Generación tras generación. Simple, predecible, dictado.

En cierta forma, la idea de la bodega no se me había cruzado por la cabeza. Y con eso me refiero, obviamente, que la idea de un romance clandestino sí se me había ocurrido, pero ¿que una reina pudiera tener una amante comprometida a lo largo de los años y mantenerla de cerca, solo con la colaboración del palacio sin que el público general lo supiera? Fue la primera vez que me di cuenta de que, tal vez, yo no era la única en la historia de la realeza en desviarse del destino dictado. Que tal vez, como el rey Aelorin,

podría enamorarme de alguien y mantener a esa persona conmigo, mientras que llevaba a cabo mis tareas reales acorde a lo planeado.

Ese mes, salí del clóset con mis padres. Y ellos confirmaron las que, en ese momento, eran mis mayores esperanzas. Mi percepción pública era lo único que importaba, y lo que fuera que ocurriera a puertas cerradas era asunto mío, siempre y cuando me asegurara de que así fuera.

Sentí como si se abriera una grieta para que entrara un rayo de luz al centro del calabozo donde había estado sentada durante el último año. Se sintió como esperanza.

Se me forma una sonrisa ausente mientras vuelvo a observar a Danni y Eleanor practicando *Macbeth*. Resulta que Danni tiene talento. Recita los versos con facilidad; apenas espía el guion mientras habla. Se conduce con un aire de seguridad y hay un encanto perceptible en su forma de enunciar. Una vez que pierde la timidez, habla con la confianza de una líder.

Me lanza una mirada y debe notar la sonrisa latente que todavía tengo estampada, porque cuando se voltea hacia Eleanor, también se le levantan las comisuras y se le arrugan los ojos, y es obvio que su risa guionada se queda sin aliento.

Por algún motivo, eso me hace pensar en cómo le sonrió a Harriet más temprano, y mi sonrisa se transforma en un ceño fruncido hasta que me recupero y lucho para volverlo neutral.

Qué cosa enfadarme por ese tema. Danni puede tener otras amigas además de mí. Y Dios sabe que no me importa que sea amiga de Eleanor, o incluso de Molly. ¿Por qué tengo clavada su amistad con Harriet como si fuera la lanza sagrada?

La próxima vez que Danni voltea a mí, no cruzamos miradas en absoluto. Solo puedo verla por el rabillo del ojo, porque tengo la vista decididamente fija en la pared.

En el fondo de mi mente, me vuelvo apenas consciente de que el ceño fruncido ha regresado. Esta vez, no tengo los recursos para corregirlo.

TRECE

ROSE

Eleanor nos tiene como rehenes en su habitación para que le demos una devolución de su monólogo de *Macbeth*, hasta que se hace peligrosamente casi la hora de la cena. Lo único que nos rescata es la alarma de advertencia de quince minutos que pone Danni, que se dispara en un estallido justo cuando Eleanor está en medio de la cuadrigentésima vez que repasa las líneas. Las tres nos apresuramos a ponernos de pie antes de que la anfitriona nos suplique que nos quedemos para una escena más.

Cuando llegamos al descanso del piso B, detengo a Danni poniéndole una mano en el hombro. Ella se voltea a verme y estoy a punto de hablar, pero me distraigo. Por primera vez, noto que sus ojos son de un extraordinario tono avellana. ¿Cómo es que jamás había notado el color de sus ojos?

–Tienes una etiqueta hacia afuera –digo, haciendo un gesto hacia el cuello de su camisa. Ella asiente y se levanta el cabello, dando por sentado de manera automática que mi intención es ayudarla a meterla hacia adentro. No es lo que quería, pero sin dudas ahora no

puedo negarme, ¿verdad? Después de todo, ¿qué clase de chica duda tocar otra de un modo tan inocente? No hay nada de íntimo en un gesto como este, ¿o sí? Aun así, cuando mis dedos rozan su nuca mientras acomodo la etiqueta, me horrorizo al darme cuenta de que tengo el rostro acalorado. Me giro enseguida en dirección a mi cuarto, con la esperanza de que Danni no se haya dado cuenta del color de mis mejillas.

–¿Venimos a buscarte para la cena? –pregunto, mirando a la pared, la cual es una forma completamente normal de hablarle a alguien.

–Sí, las veo en unos minutos… –responde ella.

No dice nada acerca de encontrarla en la habitación de Harriet, así que estimo que ya no tiene tiempo para visitarla. De pronto, el ensayo espontáneo de Eleanor se siente como la mejor forma de haber pasado la tarde. Por un segundo, observo a Danni partir –aunque todo lo que tenga para ver sea su cabello caramelo mientras desciende–, antes de darme cuenta de que estoy a solas con Molly.

Por primera vez en mucho tiempo.

Ella sale disparada para adelantarse a su habitación, pero yo acelero el paso y la alcanzo.

–Entonces –digo en voz baja, consciente de que estamos en el corredor–, ¿vendrás al cumpleaños de mamá?

Jamás se ha perdido uno. Nunca. Pero pese a eso, presiento la respuesta antes de que la pronuncie.

–Me temo que esa noche no puedo. Lo siento.

Tiene que hacer una pausa para abrir la puerta, lo que me da la oportunidad de acercarme más.

–¿Qué noche?

–La noche de la fiesta. –Sujeta con torpeza la tarjeta magnética y se enciende la luz roja de la cerradura. Se pasa la túnica, que estaba sosteniendo con el pliegue del brazo derecho, al izquierdo.

–¿Y qué noche es esa? –pregunto. No les dije la fecha.

Molly intenta abrir la puerta otra vez, se enciende la luz roja una vez más y golpea la tarjeta contra el sensor con frustración.

–Todas. Estoy muy ocupada últimamente, ¿okey?

–Lo he notado –digo sin emoción. Por fin, logra abrir la cerradura–. Molly, espera.

Se le tensan los hombros y se detiene, de frente a la habitación, dejando la puerta entreabierta.

–Rose, no quiero hablar de esto.

–Bueno, yo sí.

–Por más difícil que te pueda resultar creerlo, el mundo no gira alrededor de cómo te sientas *tú*.

Sin embargo, no cierra la puerta. Yo me aferro de sus dudas como si fueran un bote salvavidas.

–Solo dime qué hice –susurro deprisa–. Si fuera… por esa noche, lo entendería, pero en ese entonces no estabas molesta conmigo. Esto es más reciente. Está claro que he hecho algo y quiero corregirlo, pero no puedo, porque no sé por qué me estoy disculpando. He estado tratando de darte espacio…

–Ah, sí… En verdad estoy apreciando la cantidad de *espacio* que tengo en este momento –dice enfadada. Yo doy un paso hacia atrás, aunque claro que eso no es a lo que se refiere.

–Te *di* espacio –repongo–. Pero a mí me parece que tú has decidido que nuestra amistad se terminó. No puedes terminar una

amistad de diez años sin al menos decirme por qué, Molly. Me lo debes.

–En realidad, no te debo nada. –Se da vuelta y me mira con frialdad, de una manera que me hace arrepentir de haberla confrontado. Pensé que nada podría ser peor que la distancia creciente, pero ¿y esto? ¿El desprecio con el que me está escudriñando en este momento? Esto es sin dudas peor.

–Por favor –le pido.

Ella se queda muy quieta y a mí me choca la marcada sensación de que se está preparando para huir o atacar. ¿Acaso me tiene miedo? ¿O soy yo la que debería temerle?

–Entra –dice por fin; yo la sigo y cierra la puerta para que podamos conversar en privado. Es la primera vez en meses que estamos juntas y solas (en verdad solas). Solía ser algo de casi todos los días.

Cuando se voltea a verme, el desprecio ha desaparecido y ahora hay una determinación de acero.

–Mira –dice–, no te he dicho lo que hiciste, porque no hay nada que hayas hecho, para ser exactas. Eres tú.

–¿Yo? –repito. Hasta hace poco, ella parecía admirarme tal y como soy. No hubo nada que cambiara en mí (al menos nada significativo que pueda precisar). Así que ¿por qué demonios de pronto ha decidido que yo soy el problema? ¿Algo digno de deshacerse sin ceremonias?

Cuelga la túnica en su armario, con movimientos lentos y metódicos.

–Siento que en estos últimos meses he aprendido mucho acerca de ti y no me agrada.

–¿Por ejemplo?

–Como… que… tú eres prioridad, ¿okey? Obviamente eres prioridad. En todo. Y en la mayoría de las cosas, el resto de nosotras solo lo aceptamos. Pero tú no tienes la capacidad de preocuparte por tus amigas, o priorizarlas, como hace una persona normal. Es como que tienes este… rol que cumplir, y eso es lo único que importa. Y, cuando tienes que escoger entre él y nosotras, te conviertes en una *cosa*… vacía, sin alma.

Entiendo sus palabras, pero estoy confundida.

–Por supuesto que tengo un rol –replico–. Eso no es nada nuevo, ¿o sí?

Molly se encoge de hombros.

–No recuerdo que soliera sentirse tan tóxico. O tal vez jamás lo noté, no lo sé.

–¿Qué hice exactamente para que fuera tan tóxico?

–¿Cuánto tiempo tienes? –me pregunta. Quiero responderle "toda la noche", pero entiendo que es una pregunta retórica–. Como dije, no fue una cosa. Es todo, cada oportunidad que tienes. No te importa nada… más. No te importamos ninguna de nosotras, eso definitivamente. Si algo no tiene nada que ver con la corona, o es una burla o no existe. Es como si no tuvieras una maldita emoción real. Nada te importa.

–Por supuesto que me importan –respondo–. En especial tú.

–Eso es lo que piensas. Pero tus ojos están vacíos. Y una vez que lo notas, ya no puedes ignorarlo.

Y con ese comentario, me quedo muda. Sus palabras se clavan en mi pecho, me aprietan y me ahogan hasta que mi centro se siente hueco. Sabía que Molly estaba furiosa conmigo (claro que sí), pero

pensé –en realidad, supuse– que, si le daba el espacio que necesitaba, se calmaría y discutiríamos lo que fuera que le molestara. No se me había ocurrido, ni por un segundo, que la persona a la que consideraba mi mejor amiga pudiera odiarme, sin exagerar.

Me odia. Incluso ahora mismo, apenas puede tolerar verme. Y de repente me estoy desmoronando, pedacito a pedacito.

Pero solo por un momento. Luego, contraigo los puños, la mandíbula y respiro profundo varias veces, hasta que vuelvo a sentir el suelo bajo los pies. Los latidos del corazón se desaceleran y los bordes de mi visión dejan de nublarse.

Así que Molly me odia. Es una pérdida, pero supongo que también es su derecho. A veces, las amistades se acaban, ¿verdad? A menudo, incluso. Evolucionamos, crecemos, forjamos nuevos vínculos y dejamos ir a los viejos. Si en verdad Molly cree que soy tan terrible (que soy tan insalvable), entonces ¿qué sentido tiene discutir? Está claro que no quiere una disculpa de mi parte y, lo que es más, siente que mis defectos están tan anclados que ni siquiera puedo intentar remediarlos.

Entonces, ¿qué queda?

–Comprendo –digo con suavidad y moderación–. Está bien. ¿Qué deberíamos hacer con nuestros amigos en común? ¿Puedes tolerar tenerme cerca por ellos?

Otra vez me mira de esa forma. Con desprecio. Asco. Hasta sacude un poco la cabeza para dar énfasis.

Si incluso *esta* versión de mí, la más calmada, mesurada y racional para ella es reprobable, no hay sentido alguno de intentar volver a pegar las esquirlas.

–Se suponía que Danni era mi amiga –dice con cierta irritación–. Yo la conocí primero.

Me niego a discutir eso. Al ver que solo espero, con las cejas un poco levantadas, Molly tiene la decencia de avergonzarse de sí misma.

–Lo pensaré –repone.

Me desconcierta la imagen inesperada de una pareja dividiendo sus bienes al separarse. A quién le corresponde qué. ¿Quién se asegurará tener nuestra mesa del almuerzo? ¿Los escritorios de la segunda hilera en el aula? La idea es tan absurda que casi me provoca risa. Molly frunce el ceño al ver mi expresión menos seria.

–Tengo cosas que hacer –dice a modo de despido. Y, de pronto, me doy cuenta de que he estado aquí más tiempo del que su escasa tolerancia me había concedido.

Entonces, supongo que todo terminó. Así como si nada. Toda una vida con ella, acabada.

Cuando me voy, ni siquiera levanta la mirada.

CATORCE

DANNI

RG

Rach.

¿Alguna vez te quedas mirando fijo a tus amigos sin razón aparente?

A propósito, no.

¿Por qué?

Bueno, si estuvieras accidentalmente mirando fijo y sonriendo.

Y tu amigo te descubriera.

¿No te quedarías mirando de todos modos?

Em, no.

No lo creo.

¿Y si fuera el chico del que estás enamorada?

Yo no lo haría porque soy tímida.

Pero, si alguien que me gusta me lo hiciera a mí, comenzaría a planear nuestra boda.

Bah.

¿Por qué estás despierta todavía? ¿Acaso no son las 2 allí?

No puedo dormir. Voy a intentarlo de nuevo.

¡Buenas noches!

QUINCE

DANNI

Voy sentada en el asiento trasero del Mercedes-Benz de los Kowalczyk. Llevo puesto el vestido de color durazno claro que me compró mamá para la boda de mi prima el año pasado. Estoy tan aterrada que corro el riesgo de vomitarme encima. Vamos de camino al palacio para la celebración de cumpleaños de la reina y hay una gran variedad de cosas aterradoras que me aguardan. Para empezar, el rey y la reina. Además, hay un túnel de fotógrafos por el que tenemos que atravesar cuando lleguemos; algo sobre lo que Eleanor se pasó la mitad del viaje advirtiéndome, así que sé que será duro.

Pero al menos las tengo a ella y a Rose. En especial, a Rose.

He estado leyendo un poco estas últimas semanas. Y he aprendido muchas cosas. Por ejemplo, descubrí que Henland formó parte del Imperio británico hasta el siglo XVIII, cuando el país obtuvo su independencia y coronaron a los tátara, tátara… tatarabuelos de Rose como rey y reina. Lo cual significa que Henland es una antigua colonia y jamás colonizó otras tierras por sí misma. Lo cual, admitiré, hace que la familia de Rose me agrade más.

Paso una mano sobre el asiento de cuero marrón y miro fijo a través de las ventanas de cristal polarizado; los apartamentos y las casas se convierten en fincas al aproximarnos al área pudiente de la ciudad. He visto fotografías del palacio muchas veces mientras investigaba, pero cuando lo veo alzarse frente a nosotros, igual me vuela un poco la cabeza. Es una imponente edificación gigantesca color crema con un millón de enormes ventanas abovedadas y balcones, todo iluminado con luces radiantes. Y también hay un jardín. Siempre hay un jardín. Es vasto y descomunal y está repleto de gente. Es como si allí afuera hubiera un estadio lleno a la máxima capacidad.

–¿Tenemos que caminar entre todas esas personas? –le pregunto a Eleanor, sintiendo que el corazón se me sube a la boca.

–No, hay una entrada trasera… Esa gente solo está aquí para ver a la familia real en el balcón. –Mira la hora y agrega–: Es probable que recién hayan terminado de hacer la salida.

Nos unimos a una fila de coches muy elegantes que, supongo, también están buscando la entrada trasera. Eleanor le envía un mensaje a Rose para decirle que casi llegamos, luego levanta la cabeza para verme y guarda el teléfono en el bolsillo.

–Okey, hora de prepararnos para los fotógrafos –dice–. Será solo un minuto, mientras estamos en el vestíbulo. No les permiten entrar a la fiesta.

No estoy segura de si se la pasa diciéndome que me prepare porque luzco aterrada o si solo es porque ha llegado a conocerme en lo que va del semestre. De cualquier modo, lo aprecio. Me mantengo cerca de ella mientras caminamos por la entrada hacia una sala de suelo de mármol. Hay una alfombra larga que se extiende frente a

nosotras con sirvientes a un lado y al otro. Y detrás de ellos hay decenas y decenas de fotógrafos que hablan entre ellos y manipulan sus cámaras. Cuando notan nuestra presencia, dudan. Me miran sin mucha atención como si yo fuera invisible. Pero entonces la ven a Eleanor, quien definitivamente no lo es. A ella, al igual que a Molly, la han fotografiado con Rose millones de veces durante los últimos años. Comienzo a descubrir que los medios están obsesionados con la familia real y todas las personas que se relacionan con ella.

Nos rodean en un instante. Aunque haya una cuerda que nos separa, de algún modo nos envuelven.

Pocas veces en mi vida alguien me ha tomado una fotografía con flash tan de cerca. O yo misma, recostada en la cama en la oscuridad, he intentado tomarme una selfi y, de pronto, me golpeó la luz blanca. Esto es eso, multiplicado por cien. Por mil. Es como si yo no existiera, y los fotógrafos no existieran, y como si no estuviéramos parados en una sala. Lo único real son las luces estroboscópicas. Un universo de flashes. Y gritos; todos gritan al mismo tiempo, en mayor parte para atraer la atención de Eleanor. Otros gritan para preguntarme cómo me llamo. "Eleanor, ¿quién es ella? Hola, tú. Oye. Rubia. ¿Quién eres? ¿Cómo conoces a la familia real?".

"¿Por qué estás aquí?".

¿Por qué *estoy* aquí?

Se me acelera el corazón y siento un rugido en los oídos. Creo que Eleanor me está diciendo algo, pero no puedo oír más nada (ni siquiera mis propios pensamientos). Solo que me quedo de pie, con la mirada fija, mientras que la respiración se me dificulta y precipita.

De repente, la multitud de fotógrafos gira la atención hacia un lado. Apenas lo registro. Hay alguien junto a mí.

No es Eleanor. Es Rose.

Ella me pone una mano en la espalda y les sonríe a los paparazzi como de costumbre.

–Está bien –me dice; y yo apenas puedo oírla por sobre el rugido que, de pronto, quedó enmudecido. Enfoco la mirada en sus labios mientras me habla para ayudarme a descifrar qué me está diciendo–. Esto es demasiado, hasta para mí.

Entonces, su expresión cambia. Me toma un segundo darme cuenta de que ha notado que le estoy viendo los labios. Enarca una ceja, como si me preguntara qué estoy mirando. Con las mejillas encendidas, aparto los ojos. Por favor, díganme que nadie me fotografió así.

Hablando de eso, por fin me recompongo y sonrío para las cámaras. Más me vale sonreír. Puede que no sea nadie importante, pero en este momento tengo la mano de Rose en la espalda, lo cual puede hacer a alguien lo suficientemente especial como para terminar en otro artículo. Y si eso sucede conmigo luciendo pasmada y aturdida (luego de que la fotografía en la que salí como una topadora circulara por internet hace unas semanas), puede que jamás me recupere de la vergüenza.

Aunque Rose haría que la imagen fuera grandiosa. Si por lo general está bonita, esta noche luce increíblemente hermosa con su vestido largo hasta la pantorrilla y mangas caídas al hombro. Es del mismo tono suave de sus ojos verdes.

–¿Entramos? –pregunta, llevándonos a las dos por la alfombra.

De pronto, me doy cuenta de que todavía siento su mano cálida contra mi espalda. Lleva muchísimo tiempo sosteniendo el contacto físico. En especial para Rose, quien, para empezar, no es justamente ese tipo de persona.

–Luces adorable –me dice, lo que seguramente le ha dicho a todos esta noche–. Aunque me decepciona que no hayas traído la chaqueta.

Quiero responderle, pero todavía estoy confundida por la adrenalina. La única oración que se me ocurre es: "eres tan jodidamente bonita". Y, aunque ella me hizo un cumplido, no hay modo de que vaya a decirle eso en voz alta.

Como no respondo nada, ella parece preocupada.

–¿Necesitas un poco de aire antes de que entremos?

Concéntrate, Danni.

–No, nop, estoy bien.

–¿Estás segura? Porque…

Me volteo hacia ella y me estampo una sonrisa.

–Estoy bien. Vamos.

El ruido del gentío aumenta a medida que pasamos por el corredor y llegamos a las puertas de entrada. Entonces, los sirvientes que están a cada lado las abren y nos chocamos contra un muro de ruido: es una mezcla estruendosa de risas, conversaciones y música. Al entrar, noto que suena Debussy; lejos, a mi izquierda, veo una orquesta completa sobre un escenario. Debe de haber cientos de personas aquí adentro. Todas elegantes, con trajes, vestidos de gala y tiaras. Se mezclan como si se conocieran de toda la vida. Hay esculturas de hielo de la imagen de la reina y del escudo real, que aparece por todas partes. Una fuente de champaña por allí

cerca y cada rincón del salón está cubierto con arreglos florales gigantes en tonos rosados, azules y blancos.

–Puta madre –exclamo y Rose se ilumina ante mi reacción.

–Espera a que veas el espectáculo de ballet aéreo –dice–. Será en, más o menos, una hora.

–¿Santi está aquí? –pregunta Eleanor antes de que yo pueda responder. Tengo la sensación de que ha estado pensando en eso desde que Rose apareció. Así que esa es la razón por la que se puso un vestido que Marilyn Monroe hubiera llamado "excesivamente ajustado".

–Anda por aquí –responde Rose–. ¿Planeas hablarle de verdad esta noche?

–Así es. –Eleanor suena bastante a la defensiva.

Rose levanta las cejas, pero antes de que pueda burlarse de nuestra amiga, un tipo en esmoquin la toma del brazo y desaparece con ella entre la multitud.

Bien, adiós, entonces.

–¿Qué hace Santi aquí? –le pregunto a Eleanor–. ¿Rose lo invitó por ti?

–Nop. Su madre es la embajadora portuguesa –responde mientras echa un vistazo entre la gente (en busca del chico, supongo), pero luego asiente entre el mar de personas y dice–: Ey, esos son los padres de Rose. ¿Quieres conocerlos?

Me quedo pálida y bajo la mirada.

–Ay, no, está bien.

–¿En serio? ¿Ni siquiera para saludar por el cumpleaños?

Literalmente no se me ocurre algo menos interesante que molestar a la reina de Henland para desearle un feliz cumpleaños, ya

que es muy probable que no tenga idea de quién demonios soy. Sin ningún lugar a dudas puede sobrevivir sin conocerme. Además, todo lo que Molly me hizo repetir hoy (una lista de reglas confusas sobre cómo hay que llamar a cada uno, a quién se me permite hablarle y cómo debo hacer las reverencias) ya se me olvidó.

–Tal vez podemos ir a buscar algo para comer –digo sin fuerzas.

–La mejor idea que has tenido en toda la noche. Vamos.

Los meseros que llevan bandejas con aperitivos serpentean entre la gente; y nosotras tomamos un par de piezas de bocados calientes, pero nos ganamos la lotería al encontrar una mesa enorme de buffet repleta de pasteles, masas y una fuente de chocolate.

–Molly se va a enfadar tanto por habérselo perdido –exclama Eleanor–. El año pasado dijo que lo único que faltaba eran macarons y, mira, una torre entera. Voy a robar algunos para llevarle.

–Sabes que no quería venir, ¿verdad? –pregunto, solo para corroborar.

Eleanor deja de sonreír.

–Sí… Lo sé.

Me doy cuenta demasiado tarde de que se suponía que siguiera la corriente y fingiera que no sucede nada. Porque si no reconocemos que hay un problema, este desaparece, o algo así.

No muy lejos de nosotras, está Rose con Alfie, conversando con una pareja de mediana edad que no reconozco. Alfie luce más o menos como un modelo, con su mandíbula definida y cabello arreglado a la perfección. Muestra una sonrisa radiante y conversa y los hace reír como si hubiera nacido para esto. Yo haría cualquier

cosa por ser así de segura. Rose está parada muy cerca de él. Casi como dentro de su espacio personal.

Lucen como una pareja. Pero *no* lo son, ¿verdad? De seguro lo sabría si lo fueran.

Estoy tan ocupada contemplando a Rose que ni siquiera noto al principio que el rey y la reina se han aproximado a ella.

Me sorprende que el rey Edward sea bajo en comparación a cómo se ve en las fotografías, con el cabello ralo y gafas sobre la nariz prominente. Parece estar de humor alegre y, mientras sonríe, apoya una mano en el hombro de su hija. Pero si el rey luce feliz, no se compara en nada con la luz en la expresión de la reina Maisy. Está vestida en tonos de azul profundo y lleva el brillante cabello castaño recogido en un moño sencillo, debajo de una tiara. De ella es de quien Rose ha heredado los rasgos. Son una tan hermosa como la otra. Son como la realeza de los cuentos de hadas, como la que romantizas de pequeña, antes de crecer y entender que las familias reales se componen de seres humanos bastante normales, solo que con estilos de vida sofisticados.

Pero este no es el caso. "Normal" es la última palabra que usaría para describir a Rose.

Eleanor se inclina sobre mí para susurrarme a modo de emergencia:

–Danni, Santi va a comer un macaron. *Va a comer un macaron.*

Esta es la primera vez que lo veo. Resulta que Santi luce como cualquier chico que ves en la calle, con rostro largo, delgado y cabello castaño corto. ¿Ese es el cabello que Eleanor se pasó todo el día contemplando? Debe estar desesperada.

–¿No es increíble? –exclama.

Yo asiento con todo el entusiasmo que puedo.

–¿Qué hago? –me pregunta, tomándome del brazo. Antes de que siquiera pueda responderle, se arma de valor y lo hace por mí–. Voy a hablarle.

–Tú puedes. Creo en ti.

Inhala rápido tres veces, da un salto en el lugar y, entonces, camina casualmente al puesto de macarrones. Yo me acerco para escuchar con disimulo y mientras tanto escojo uno de los dulces.

–*Olá* –dice Eleanor en un volumen alarmante–. *Meu… nome me chamo-me* Eleanor.

Mi portugués es precario, así que solo tengo una vaga idea de lo que acaba de decir. Pero a juzgar por la mirada en el rostro de Santi, a él le ocurre lo mismo y estoy bastante segura de que él sí habla portugués.

–¿Hola? –le responde.

Eleanor duda y yo comienzo a devanarme los sesos para buscar una excusa y rescatarla antes de que meta la pata. Bueno, que la entierre más pronfundo.

–Aguarda, no. *Meu chamo… Meu…* Soy Eleanor. –Sonríe con ganas y extiende una mano.

Santi la observa y yo aguanto la respiración. Pero entonces, él toma su mano con ambas. *Ay, gracias al cielo.*

–Soy Santi. Tú eres amiga de la princesa, ¿verdad?

Lo tomo como una señal para retirarme. El único problema es que no sé a dónde ir, para ser exacta. No conozco a nadie y la idea de presentarme al azar con personas ricas (muchas de las cuales parecen ser de la realeza literal), francamente, es aterrador.

Así que recorro el salón durante un rato. Y con eso me refiero a que doy vueltas sin rumbo. ¿Cuándo iba a comenzar el show aéreo? Al menos eso me dará algo en qué enfocarme, para no parecer tan perdida y fuera de lugar.

Mientras camino, pienso en Molly, que debe de estar sintiéndose rara por estar en Bramppath esta noche. Sin importar qué opine de Rose.

Desearía que estuvieras aquí

Le escribo.

Eleanor va a contrabandear unos macarons para ti.

Ella me responde rápido:

Ay, las adoro a las dos. Gracias. ¡Y diviértanse por mí!

En algún punto, termino en el inicio de un extenso corredor. Aquí está vacío. Más tranquilo. Sin nadie que me mire, preguntándose quién demonios soy y por qué estoy aquí. Así que comienzo a recorrerlo.

El suelo de mármol por el que camino es de un suave dorado, rojo y verde bosque. Estoy rodeada de columnas decoradas con diseños que parecen hechos de oro legítimo. Cada pocos metros hay unos nichos con estatuas y vasijas invaluables. Más me vale que me aleje. No querría meterme en una deuda de por vida por romper uno de esos, así que gracias.

Paso junto a un millón de puertas amplias y espío por ellas mientras camino. Es como un museo; una y otra habitación llena de

tapices lujosos y vasijas y estatuas. Sillones antiguos, escritorios de madera robusta, chimeneas, sofá camas, violines… ¿Violines?

Me detengo para ver mejor y me rechinan los zapatos. No son violines, en plural. Hay un violín exhibido junto a un violonchelo; ambos se alzan contra unas ventanas que van del suelo hasta el techo. Más adentro hay un arpa enorme con molduras de oro. Y contra una pared negra veo el piano de cola más deslumbrante que haya visto en la vida entera (y eso incluye las imágenes que puse en la tabla de manifestaciones de "cuando sea rica" que hice el año pasado).

Claro que no debería andar metiéndome en cualquier habitación y tocando cosas, pero es como si estuviera hipnotizada. No puedes ver un instrumento como este y continuar caminando como si jamás hubiera ocurrido nada. Contengo la respiración y acaricio el frío de la superficie negra. Es un piano de gran cola, una antigüedad restaurada a la perfección. Está decorado con joyas y tiene bordes de nácar. Si tuviera que adivinar cuánto cuesta, diría que más que mi casa.

Para que conste, he leído *Ricitos de oro y los tres osos* y sé muy bien que no hay que meterse en habitaciones ajenas sin que a uno lo inviten, ni sentarse en sillas, ni dormir en camas ajenas ni tocar pianos ajenos escandalosamente costosos.

Y, por supuesto, lo toco de todos modos. Solo una tecla. Para probar.

Es hermoso.

Me quedo mirándolo fijo durante un rato, luchando conmigo misma. Entonces, voy de una corrida al pasillo para cerciorarme. Está desértico. Todos están en el salón de baile, que está como a un

kilómetro y medio de distancia. Apenas yo puedo oírlos, así que no hay modo de que alguien me pueda oír por sobre la orquesta. Conque nadie se enterará jamás, ¿verdad?

Regreso al piano, extiendo los dedos sobre las teclas blancas y me pongo a tocar de memoria.

La melodía comienza a sonar lenta, delicadamente. La música resuena fuerte, profunda y la acústica de la sala le da un eco como el que jamás he oído antes. No podría pedir un sonido mejor. De forma gradual, los latidos de mi corazón se ralentizan con el compás; y yo me fundo. Ya no existo fuera de la música. Tal vez jamás lo hice. El sentido de mi existencia yace en las yemas de los dedos y lo que puedo traducir sobre estas teclas. Ellas saben lo que hacen sin que yo tenga que pensar. Observo mis manos deslizarse sobre las teclas; van ganando ímpetu. Más y más.

Lo que la música tiene de especial, creo yo, es cómo conecta a las personas. Aunque no hablemos el mismo idioma o no nos gusten las mismas cosas. Incluso si no nos agradamos entre sí. Puedo sentarme al piano, sentir mis sentimientos, tocar una canción y trasplantar esas sensaciones en alguien más sin decir una palabra. E incluso cuando se trata de tristeza o angustia, hay una suerte de belleza en su melancolía que hace que la sensación en común sea bien recibida.

Detesto saber todo esto acerca de la música y aun así no poder usarlo para su propósito por tenerle tanto terror a dicha conexión. Porque *no puedo* abrirme ante extraños y ponerme en bandeja para que me analicen y me critiquen. Pero, muy en el fondo de mi alma, desearía poder. Una parte de mí sabe que, si tan solo pudiera aprender a confiar en el mundo, podría usar la música para hacerle

tanto bien. Me dieron un don y trabajo muy duro para cultivarlo; y aquí estoy, en el obstáculo final, desperdiciándolo por completo porque no puedo creer que, si permito que todos me vean, les agradaré. No cuando tantas personas en el pasado sintieron lo contrario. Y, para ser honesta, siento que cada vez que he intentado explicarle esto a alguien (a mis profesores de piano, a mi mamá, a Rachel), no lo entendieron. ¿Por qué gastaría *todo* este tiempo y esfuerzo practicando piano si no quiero tocar en público?

Dios, el punto es que sí quiero. Es solo que no sé cómo convertirme en el tipo de persona que *puede* hacerlo.

Solía serlo. Tomo clases desde los cinco años y mamá me hacía tocar para mis familiares y amigos incluso antes de esa edad. Pero eso fue hasta el año pasado, cuando interpreté una canción en el show de talentos de la escuela y Maddison y su pandilla (las chicas que hacían de mi vida un infierno en ese entonces) se pasaron todo el tiempo riendo en voz alta. Luego, después del show, Maddison se acercó y me dijo: "Buen trabajo", con una sonrisita presumida. De esas que en realidad quieren decir: "eso fue penoso de ver".

Lo mismo ocurrió cuando toqué como parte de la orquesta en la producción de teatro local. Maddison me buscó por toda la escuela y, otra vez riéndose, me dijo que me había visto tocar en el musical. Luego, la gota que colmó el vaso fue cuando encontró un video viejo mío tocando que yo había publicado y etiquetó a varias de sus amigas en los comentarios, que también siguieron etiquetando a otras personas. Obviamente, había algún chat grupal en paralelo. Jamás descubrí qué decían, pero mi mente pudo imaginar muy bien el resto.

Desde ese momento, jamás he podido pensar siquiera en tocar para otras personas sin sentir náuseas. Todos aquellos años de práctica se fueron por el retrete.

Pero cuando Rose y yo conversamos en el partido de rugby, me contó algunas cosas sobre su vida que me hicieron sentir comprendida de un modo extraño. Ella sabe –mucho más que yo– lo que se siente ser odiada por personas a las que jamás les hiciste daño personalmente. Pero es más que eso. Ella siente como si la vida le hubiera dado una oportunidad increíble y no sabe cómo convertirse en la persona que quiere ser. Si alguien puede sentirse identificado con la frustración de no estar a la altura de todo el potencial que tenías, esa soy yo.

De pronto, algo anda mal. Salgo de mis pensamientos, alejo las manos del piano enseguida y me volteo de golpe.

Sabía que había alguien detrás de mí. Es Rose, que está recostada contra el marco de la puerta, sobre su lado izquierdo, y tiene una mirada extraña.

Quiero morirme aquí mismo mientras intento encontrar una explicación para darle. No se me viene nada a la mente.

–No te detengas por mí –dice con tono alegre–. Lo estaba disfrutando.

Su voz retumba en lo alto del cielorraso con la misma vibración intensa del piano; y en este momento, hay algo en su postura, en el modo en que apoya su peso contra la puerta, casual y descuidada, que me nubla la mente otra vez. Se está burlando de mí de la manera en que siempre lo hace, con su voz cálida y ojos risueños, con un pequeño rastro de burla legítima que evita que caiga en lo cursi.

En este momento, me doy cuenta de que estamos completamente solas. Hemos estado a solas algunas veces ya –en mi habitación, para dejar los libros antes de la cena, o para mirar una película, o para pasar el rato y conversar–, pero jamás lo he sentido extraño como ahora.

–Lo siento –exclamo como una idiota.

–¿Por qué? Está aquí como un adorno. Es un desperdicio, ¿no lo crees? –Se despega de la pared y atraviesa la sala con la misma despreocupación con la que estaba de pie–. Adquirir un objeto que se hizo para producir música solo para tenerlo. Para guardarlo en una sala en silencio, donde nadie entra jamás, donde no le hará ningún bien a nadie.

Se acerca hasta mí y se alza imponente a mi lado. Toca el Do central. Está muy muy cerca de mí.

–Bueno –digo y trago en seco–, no creo que ni siquiera los músicos más prestigiosos del mundo ganen la cantidad de dinero para comprar algo como esto.

–¿Y no te parece que ese es el problema? –murmura Rose, casi para ella misma–. Como sea, probablemente seas lo mejor que le ocurrió en años. No te detengas.

Ni siquiera el mismo rey podría pagarme lo suficiente como para que continúe tocando solo con Rose en la sala. No de esta manera. Así que finjo no haberla oído.

–¿Y tú aprendiste alguna vez? –le pregunto.

–Ah, sí. Llegué a ser bastante competente.

–¿De verdad?

Ella asiente y hace un gesto hacia el asiento.

–¿Puedo?

Debería levantarme ahora mismo. No hay espacio suficiente para las dos en el taburete. Pero al parecer, pierdo la noción de la realidad, porque en lugar de ponerme de pie, me corro. Y en lugar de pedirme que me mueva, ella se apretuja a mi lado; queda ejerciendo una firme presión contra mí, desde los hombros hasta las caderas. En lugar de alejarme un poco, inhalo profundo y me pongo firme. Ella también, pero cuando exhala por la nariz, se siente un temblor que me hace preguntar si esta será demasiada cercanía para ella. Tal vez la incomodé al no ponerme de pie. Pero luego noto que probablemente solo esté nerviosa por tocar. Si alguien puede sentirse identificada con eso, esa soy yo.

Rose carraspea, levanta el dedo índice y comienza a clavárselo al piano. Luego de algunas notas, me doy cuenta de dónde reconozco la melodía. Es *Heart and Soul.* Una versión simplificada de la canción. Claro que no se lo está tomando en serio. Jamás lo hace.

Cuando me mira, lucho por mantenerme seria.

–¿No la conoces? –me pregunta. *Ah, claro. Es un dúo.*

–Estoy familiarizada –respondo sin emoción y me incorporo en la línea de bajo.

Ella me lanza una mirada de indignación y me quita la mano izquierda con un golpecito. Su piel roza la mía.

–Oye, con un solo dedo, por favor –exclama–. Me estás haciendo pasar vergüenza.

Hay algo en la pura ridiculez de tocar con un solo dedo sobre este piano en particular que pronto se vuelve demasiado para mí y no puedo evitar echarme a reír.

–No veo qué es tan gracioso –dice Rose–. Estamos creando algo hermoso entre las dos.

–Lo siento, ¿arruiné el momento?

–Menos disculpas, más majestuosidad.

–Es difícil ser majestuosa con solo un dedo, Rose.

–A mí se me da bien.

De pronto, deja de tocar. Yo me voy apagando y la miro con curiosidad.

–No puedo recordar el resto –dice con pesar–. Han pasado como cinco años.

–Eh, con un breve curso de repaso, pronto estarás tocando conciertos.

Rose levanta una rodilla y se acomoda de modo que queda en diagonal a mí sobre la banca.

–¿Podrías enseñarme?

–¿A tocar conciertos? –pregunto–. Ah, seguro. Dame una hora.

Ella extiende una mano para que yo la estreche.

–Y a cambio, yo te enseñaré a hacer un triple Axel en patinaje.

Me quedo mirándole la mano durante demasiado tiempo antes de aceptarla.

–Trato hecho. ¿Es difícil?

–Creo que sí.

–¿Para ti lo fue?

Lanza una risotada, con mi mano aún entre la suya. Mueve el pulgar contra mi palma y yo parpadeo en dirección a nuestras manos antes de poder detenerme.

–Ni siquiera puedo hacer un Axel simple. Dios no quiso darme demasiados poderes. Creí que estábamos haciendo promesas un tanto exageradas.

–Así es, pero yo sí puedo tocar conciertos.

–Bueno, ahora estoy más impresionada. Y eso que yo soy mucho más difícil de impresionar que tú.

Levanto nuestras manos entrelazadas para completar el apretón. Rose se tarda en soltarme y no hay modo en que me esté imaginando el largo rato que llevamos mirándonos una a la otra. De la misma manera que no me estaba imaginando cuando no dejábamos de mirarnos en la habitación de Eleanor hace unas semanas.

El silencio se ha instalado por demasiado tiempo y siento que necesito llenarlo, pero no se me ocurre qué decir. La sonrisa de confianza de Rose ha decaído un poco y me está examinando la expresión como si estuviera buscando algo. Se muerde el labio y yo debo perder toda la noción de la realidad porque, por un momento delirante, en verdad creo que la energía es como la que antecede a un primer beso. Cuando las yemas de los dedos te hormiguean y el corazón te comienza a latir desbocado, como si cayera cuesta abajo. Y no puedes quitar la mirada de la otra persona hasta que, de pronto, el espacio entre tú y ella ya no existe y ni siquiera sabes quién lo cerró.

Como dije, es delirante. Porque no nos besamos. Por supuesto que no nos besamos. ¿En qué universo ocurriría eso? En cambio, Rose se pone de pie de un salto y extiende una mano para ayudarme a levantarme.

–De todos modos, con toda seriedad, siéntete libre de visitarnos en las vacaciones para venir a tocarlo. Le darás una razón para vivir.

Cierro la tapa del piano y me apresuro a responderle.

–Gracias.

Dios, en verdad estoy delirando. ¿Qué clase de ego tengo? *Claro que no me estoy imaginando esto*, dice la chica que proyecta su fantasía demencial en una situación normal, inocente. Gracias al cielo que los pensamientos son privados, porque creo que me moriría aquí mismo si alguna vez Rose llegara a enterarse de la idea que me estaba pasando por la cabeza. Pasaría de "solo burlarse" a morirse de risa.

Siempre y cuando me asegure de mantener los pies bien plantados en la tierra, estaré bien. Lo último que necesito es hacer que una de mis amistades más recientes se ponga rara antes de que siquiera haya terminado el semestre.

En especial, con una amistad que en verdad está comenzando a importarme. Mucho.

DIECISÉIS

ROSE

Cuando era más joven, mi tía Belinda, la esposa del hermano de mi padre, Albert, me contó un cuento de hadas. Se trataba de un apuesto príncipe que conocía a una hermosa doncella. Ella era todo lo que buscaba en una esposa. Era dulce, inteligente y tenía el mismo sentido del humor sarcástico que él tanto valoraba. Solo que la doncella estaba cubierta de cicatrices. No eran visibles, pero, de todos modos, allí estaban, delatando la historia de una futura reina indigna. La tía Belinda nunca me contó cuáles fueron exactamente los crímenes de la doncella, pero me aseguró que fue suficiente para que el rey y la reina la despreciaran.

Al principio, el príncipe ignoró los deseos de sus padres y, sin importarle, cortejó a la doncella. Pero todos los días, el rey y la reina se enfadaban más y más. Finalmente, el príncipe les dijo a sus padres que el amor conquistaba todo y que planeaba convertir a la doncella en su esposa. Estaba seguro de que una vez que llegaran a conocerla, la amarían igual que él lo hacía.

El rey y la reina sabían que no había nada que pudieran decir que lo hiciera cambiar de opinión. Entonces, enviaron a la doncella en un barco hacia la tierra donde había nacido. Jamás se le permitiría regresar al país. El apuesto príncipe tendría que buscar a alguien más para casarse.

–Comprende, entonces, Rose –me dijo la tía Belinda al finalizar el cuento–, que debes tener cuidado de a quién le entregas tu corazón. Escoge con sabiduría, o pondrás en riesgo tu corazón y el de la persona que elijas.

–Mis padres jamás me harían eso –dije yo.

–Mmm, alguna vez tu padre creyó lo mismo –respondió ella–. Pero aprendió.

Y así fue que entendí que la historia de la tía Belinda no era un cuento de hadas.

Cuando la congregación se levanta de las bancas en la catedral, diviso a la tía Belinda entre la multitud y me pregunto si, de haber terminado siendo reina, habría hecho lo mismo a sus propios hijos. Su hija Sukey es la tercera en línea después de mí y del tío Albert. Augustus, el hijo de Sukey de tres meses de edad, cuyo bautismo acaba de concluir, es el cuarto. Los terceros en la línea no enfrentan tantas restricciones en cuanto a con quiénes casarse. No cuando la primera persona en línea está preparada para asumir el trono sin complicaciones obvias. Así que es más que probable que los padres de Augustus se hayan casado por amor.

Qué lujo. Me pregunto si Sukey aprecia su suerte.

Me vibra el teléfono en el bolsillo con la notificación de un mensaje. Lo miro de manera subrepticia y suelto una sonrisa al ver el nombre de Danni. Por desgracia, tendré que responderle más

tarde. Sería una grosería imperdonable de mi parte que me atraparan usando el teléfono en un evento como este.

Fue complicado para mí ver a Augustus durante el bautismo. Aunque la familia real tenga asientos en primera fila para una ocasión así, la Catedral de Santa Mariana es notoriamente grande y el altar está a unos veinte metros de distancia. Ahora, sin embargo, logro ver mejor a la criatura mientras los invitados enfilan hacia la salida de la catedral para pasearse por los jardines contiguos en este día deprimente. El bebé Augustus lleva los labios apretados, la frente fruncida y no tiene cabello. Agita los pequeños puños en el aire y arruga la nariz; es todo ceño fruncido regordete y mullido. "Ánimo", quiero decirle. "Tienes todos los beneficios de ser un principito, pero sin ninguna de las presiones. Es un buen trato".

No es mi intención que se me curve el labio. Lo hace por cuenta propia. Por fortuna, el enjambre de paparazzi que bordea los jardines no me ve, ya que estoy fuera de su alcance visual. Por desgracia, Alfie, quien asistió al bautismo con sus padres, sí lo hace.

–¿Por qué mirabas al bebé de ese modo? –me pregunta en voz baja.

–Ah –exclamo antes de soltar un resoplido a modo de evasión–. Es un poco…

Alfie espera con paciencia a que yo elabore. Me contengo hasta alejarnos lo suficiente de cualquiera que pueda oírnos antes de responder. Sidney y Theodore se separan de mis padres y nos siguen a Alfie y a mí por el sendero de tierra.

–Bueno, es un poco feo, ¿no crees?

–Rosie.

–¡Parece un abuelo! –digo, indignada por su indignación–. Está lleno de arrugas, tiene el ceño fruncido, como si estuviera escandalizado por un artículo del periódico. Ese es un hombre viejo que han encogido y le han puesto un enterito de felpa.

–Rosie.

–Pero a mí no me engaña.

Alfie se cruza de brazos y me lanza una mirada severa, pero, en cierta forma, divertida.

–Rosie –repite, y yo imito su pose en silencio–. ¿Dónde has dejado tu alma?

–La cambié por belleza.

Al llegar a un conjunto de árboles podados en forma de conos, caminamos más lento y nos quedamos detrás de uno, espiando a la multitud de invitados. Los árboles nos cubren de los paparazzi. Es instintivo en nosotros tratar de encontrar obstáculos para evitar que nos fotografíen, aunque estoy segura de que a mis padres los enfurecería si se dieran cuenta. Después de todo, es la oportunidad perfecta para que me vean comportándome de la mejor manera.

–No pensarás de ese modo cuando tengas uno propio, sabes –dice Alfie, todavía oteando hacia adelante–. Arrugas, ceños fruncidos, todo. Una vez que haya vivido en tu estómago durante nueve meses, se verá como modelo de pañales.

Esta vez, cuando se me curva el labio, no hago ningún esfuerzo por ocultarlo.

–Los bebés no crecen en el estómago, Alfie. Hay ácidos allí. Además, ¿por qué demonios querría dar a luz a un bebé? Qué espanto.

–¿Alguna vez puedes hablar en serio?

–Estoy hablando perfectamente en serio.

–Por solo *un minuto.*

–No comprendo qué parte te confunde, Alfie.

Él me lanza una mirada sufrida de soslayo.

–La parte en la que tu trabajo es asegurar un heredero.

–Ah… Sí. Ahora que lo señalas, puedo entender la incongruencia. –Claramente está esperando que continúe, así que, a regañadientes, le doy la respuesta más sincera, aunque suena menos honesta y más malhumorada de lo que me hubiera gustado–. Dije que no quiero dar a luz a un bebé, no que no vaya a hacerlo.

No es que tenga muchas opciones. La familia real henlandesa es, como la mayoría, un linaje sanguíneo. A pesar de que yo pueda tener una gran variedad de funciones y responsabilidades, la más dominante, la más urgente, es preservarnos. Eso significa proteger a la institución en el presente y asegurar su continuación. Casi no necesito preguntar qué sucedería si yo llegara a anunciar mi rechazo a parir hijos. Mi padre haría cualquier cosa que estuviera en su poder para hacerme cambiar de opinión y, si eso llegara a fallar, tendría la libertad de consultar al parlamento para continuar con la línea sucesoria hacia el tío Albert. Una futura monarca que prioriza sus propios deseos egoístas sobre sus obligaciones no tiene ningún derecho a reinar. No cuando está ampliamente aceptado que el símbolo de una familia real fuerte es, en cierto modo, análogo a la fuerza del mismo país.

Claro que no sería la primera vez que un rey o reina en ejercicio se salteara un príncipe o una princesa al pasar la corona; aunque históricamente ha sido a favor de un hermano o hermana más joven, de los cuales no tengo ninguno. Pero mi padre sí.

Aunque estoy segura de que quitarme de la línea sucesoria lo destrozaría, de todos modos, sería mejor que el posible resultado de que fuera yo quien asumiera el trono y eludiera mis funciones. Si bien no es un requisito legal que tenga hijos, y la corona simplemente pasaría a la línea del tío Albert si, por alguna razón, yo no pudiera hacerlo –como habría sucedido si no hubiera nacido–, no creo que pudiera soportar la vergüenza que caería sobre mí por el resto de mi vida por rehusarme obstinadamente.

Sin mencionar que nuestra familia ya se encuentra en una posición inestable. Correrse de los límites mientras que se rige un país en mayor parte católico ya es una actividad bastante peligrosa. Hacerlo a solo una década después de aquel referéndum terrible es prácticamente suplicar que vuelvan a votar.

A decir verdad, no es que me oponga a la idea de tener un hijo. Es la idea del embarazo en sí la que me da escalofríos. Cada vez que lo imagino, pienso en mamá en la cama del hospital, con la piel tan traslúcida que podría trazar un mapa perfecto de sus venas. Pienso en la poca información que obtuve al escuchar conversaciones a escondidas, hasta que reuní los fragmentos y logré entender algo. Había perdido a otro hermano que no nació y casi pierdo a mi madre en el proceso. Y aunque nadie lo habló conmigo de manera directa, aprendí una seria lección. Una nueva vida no puede formarse sin apostar una ya existente. Y estoy bastante apegada a la idea de continuar con mi existencia. Supongo que en ese sentido soy egoísta.

Si dejo de lado el problema del embarazo, no me molesta la idea de tener un hijo. En otra vida, una en la que mis decisiones no acarrearan con todo un linaje de presión por detrás, puede que

hubiera querido tener hijos por voluntad propia. Solo que, en esa vida, habría querido que mi esposa los tuviera.

–Gracias a Dios –dice Alfie con suavidad–. No querría oír lo que tu padre diría si le decías que planeabas no tener hijos.

–Los planes no son siempre el factor más grande –señalo–. Mi madre luchó mucho para tenerme y lo intentó mucho más de lo que imagino que yo lo haré. La suerte podría estar de mi lado.

–Eso no es gracioso, Rosie.

–Ah, no te preocupes –exclamo, a punto de perder la paciencia–. Estoy segura de que me pasaré la mitad de mi vida adulta creando una horda de herederos. El universo se encargará de eso solo para fastidiarme.

–¿Por qué dirías eso? –me pregunta.

–Es un patrón que estoy notando.

–Ah, sí. –Alfie ríe por la nariz–. Eres increíblemente hermosa, increíblemente rica e increíblemente poderosa; todo por derecho natural. ¿Cuándo acabarán las injusticias?

–Cierra la boca –exclamo, luchando por no sonreír.

Y entonces, se cae el cielo. No hay gotas de advertencia. Sino que nos cae encima una cortina de agua que ruge. La multitud chilla y corre para guarecerse adentro de la catedral. Alfie se mueve para seguirlos, pero yo lo tomo del brazo y apunto con la cabeza hacia una glorieta de madera que está a unos metros detrás de nosotros. Tomados del brazo, corremos debajo de la lluvia y nos refugiamos allí debajo, jadeando y riendo. Los guardias hacen lo mismo y mantienen sus posiciones no muy lejos de nosotros.

–*Dios* –gimo, levantando los brazos tanto como puedo. Los siento cargados por el peso del piloto empapado; y me chorrea tanta agua

que hasta rebota en el suelo de concreto.

Alfie está casi como yo. Se pasa las manos por el rostro para absorber toda el agua que puede, luego me mira y suelta una carcajada.

–Pareces una rata ahogada.

–Mm. Muchas gracias. –Lo fulmino con la mirada mientras se aproxima y hace su mejor intento para quitarme el cabello encrespado que tengo pegado en la frente.

Él suelta otra risa, pero ahora más suave. Más incómoda. Me mira de un modo extraño y luego da un paso hacia atrás para verme bien.

–Mucho mejor –dice, creo que refiriéndose a mi cabello. Vuelve a acercarse y toquetea el cuello de mi abrigo–. Solo déjame… Listo.

Está extremadamente cerca. Tanto que me toma por sorpresa. Cuando su mano está solo a centímetros de mí, noto que tiene puesto el reloj que "yo" le regalé.

–Gracias –digo, pero es un poco difícil hablar en un volumen normal a alguien que está tan cerca, así que la voz me sale bastante suave. Algo en eso dispara la alarma en el fondo de mi mente, pero soy lenta en darme cuenta de dónde yace el peligro.

Los paparazzi todavía están donde los dejamos. La mayoría se ha puesto las capuchas de sus chaquetas impermeables y tienen paraguas. Algunos han comenzado a aproximarse a la glorieta.

Alfie luce pensativo.

–Desearía que nos viéramos más seguido, Rosie.

–Ah. Nos vimos en el cumpleaños de mamá… y en el partido de rugby…

Baja las pestañas y me mira.

–Pero no es suficiente, ¿verdad?

La idea no se me había ocurrido, en realidad. Pero me parece grosero continuar disintiendo, hasta para mí. Así que, en cambio, no digo nada. Solo lo miro, con la esperanza de que cambie de tema hacia algo que tenga un poco más de sentido.

Me doy cuenta, demasiado tarde, de que me quedo mirándolo a los ojos durante demasiado tiempo. Demasiado, dado lo cerca que está de mí. Demasiado, dado que todavía tiene las manos en el cuello de mi abrigo, de cuando lo estaba arreglando.

Demasiado tarde para echarme hacia atrás antes de que se incline para besarme.

Al principio, apenas proceso lo que está sucediendo.

Lo único de lo que soy consciente es del nombre de Danni que, de un modo inexplicable, hace eco en el fondo de mi mente.

Cuando vuelvo en mí, me quedo helada. No le devuelvo el beso, pero tampoco me alejo. La primera idea que se me viene a la cabeza es que, si lo hago, sería un rechazo evidente. En frente de todas esas cámaras. No puedo hacerle eso.

Supongo que mi quietud en cierta forma le da la impresión de que no me opongo al beso, porque me envuelve el cuello con los brazos y enreda los dedos entre las hebras empapadas de mi cabello. Como respuesta, yo apoyo una mano en su brazo con incomodidad; por un lado, para aparentar y por otro, para poder darle un sutil empujón. Estoy terriblemente consciente de sus labios sobre los míos, de su cercanía. Se siente antinatural, incorrecto.

Cuando por fin se aleja, yo me quedo mirándolo de un modo que espero no se parezca demasiado al horror.

Él no parece avergonzado. Tímido, tal vez, pero nada más.

–Lo siento –dice, pero no es en serio–. He estado queriendo hacer eso desde hace un tiempo.

Carraspeo y el flash de la cámara parpadea a la distancia. Tengo que sonreírle. Si no lo hago, inventarán una historia al respecto. De cualquier forma, escribirán notas. Ay, mi padre me va a matar. A este punto, literalmente acabará conmigo. Una cosa. Hoy tenía que hacer una cosa: comportarme de la mejor manera frente a las cámaras.

Obligo a mis labios a estirarse para fingir sonrisa.

–Em, solo para que sepas, no se supone que hagamos eso en público –digo. Por todos los cielos, mis padres ni siquiera se toman de la mano cuando hay testigos, mucho menos se andan besando en el medio de una glorieta de jardín.

Ay, ahora Alfie por fin luce consternado.

–Lo siento tanto. No pensé.

–Está bien. No hay nada de qué preocuparse –le aseguro.

Hay muchísimo de qué preocuparse. Una infinidad de preocupaciones. Preocupaciones por aquí, por allá, por todas partes.

–La próxima vez, en privado –dice, sonriendo, aliviado por mi comentario–. Entendido.

Tengo una necesidad casi abrumadora de limpiarme mi primer beso de los labios. De algún modo, logro mantener las manos fijas a los costados, en puños. Quiero decirle que no habrá una próxima vez. Quiero explicarle con amabilidad que no quise darle la impresión de que quería besarlo (que a veces siento que la conciencia se separa de mi cuerpo y me quedo mirando fijo y en silencio, de un modo que para nada intenta ser romántico). Que no

es personal, solo que no me gustan los chicos; aunque estoy segura de que, si así fuera, me gustaría que él me besara. Probablemente.

Que en el último tiempo he estado imaginando mucho mi primer beso y jamás quise dárselo a él.

Pero no digo ni puedo decirle nada de eso. Así que lo entierro hasta que mi respiración ya no tiembla, el corazón ya no me late con fuerza y ya no puedo sentir mucho de nada. Entonces y solo entonces, sé que puedo sonreír (ahora, de un modo mucho más convincente).

–¿Regresamos dentro? –digo.

Al menos la lluvia se ha detenido, así que puedo caminar tranquila y con calma, con la cabeza en alto, mientras toman mi fotografía cien veces por segundo durante todo el camino de regreso por los jardines hasta la catedral.

DIECISIETE

DANNI

Me paso la mayor parte de la noche mirando las fotografías de Rose y Alfie.

En verdad parece estar enamorada. Estoy tan feliz por ella. Estoy tan malditamente feliz por ella que tengo que morderme el puño con mucha fuerza para evitar derramar lágrimas de felicidad.

Una vez que me aseguro de haber leído cada artículo que se publicó hoy, donde se menciona el beso entre Rose y Alfie –lo cual es superdivertido para mí, en especial cuando se trata de notas que incluyen fotografías de cuando los dos eran pequeños, para señalar que básicamente son almas gemelas y que el país entero esperaba que un día terminaran juntos–, intento consolarme con un episodio nuevo de la serie de médicos con la que estoy obsesionada. Cuando incluso *eso* no funciona –lo que es un poco loco, dado que en el último episodio mi personaje favorito terminó en un accidente de automóvil–, decido que es hora de practicar un poco con el piano. Así que tomo mis cosas, me encamino hacia el salón de baile,

levanto la tapa del piano y comienzo a golpear las manos sobre las teclas. El salón se llena con un estallido de notas disonantes.

Estoy TAN. EMOCIONADA. MALDITA. SEA.

Una parte de mí espera que Caroline entre hecha una furia al salón para regañarme por maltratar al piano. Pero nadie lo hace. Estoy completamente sola. Tan completamente sola, carajo, que toco lo primero que se me viene a la mente. Es una canción de consuelo, una que aprendí cuando tenía quince, después de mi primera –y única– gran ruptura con mi novio de tres meses, Matt. Él me dejó, si acaso importa. Me dijo que se había vuelto cercano a una chica que había conocido en el autobús, pero claro que no me había engañado, así que yo no tenía que preocuparme. Con engaño, sin engaño, como sea…, aun así sufrí y me hizo sentir fea, poco interesante y desesperada.

De todos modos, ese día aprendí esta canción de memoria. No es la más triste que conozco, ni la más lenta, pero tiene una letra hermosa. Compara la muerte del amor con recostarse en medio de un jardín de rosas, hasta que los tallos te cubren y… Como sea, tocarla siempre me hace sentir mejor.

Hoy, tocarla no parece estar ayudándome demasiado. Así que vuelvo a comenzar desde el inicio y espero a que el sentimiento se desvanezca.

No puedes no notar cuándo alguien entra al salón de baile porque la puerta es enorme y pesada y, al cerrarse, el salón tiembla, como sucede ahora. Me detengo en medio de un acorde y me volteo a ver a Molly, que está cruzando la sala.

–¿Has estado llorando? –me pregunta, mirándome a los ojos.

Sonrío como una maniática.

–No…, es alergia al polen.

–Ah, claro. –Se detiene junto al piano y me mira–. ¿Vas a venir a cenar?

¿Cómo es que ya es hora de la cena? ¿Acaso he estado tocando la misma canción una y otra vez durante media hora? Qué extraño.

–Em, no tengo mucha hambre.

Ella no se mueve aún. Es domingo y las comidas son más casuales los fines de semana. No hay que vestirse con las túnicas negras, hacer fila en la puerta ni rezar en latín. Es solo una hora en la que puedes aparecer con la ropa que quieras y tomar comida.

–Es una linda canción –dice Molly, dándole unos golpecitos al piano, como si hubiera hecho algo bien.

–Gracias. Me gusta mucho.

–Me di cuenta –señala con una risa. Recuerdo que el salón de baile no está hecho precisamente a prueba de sonido, lo cual significa que es probable que cualquiera que pasó por el patio oyó tocar mi interpretación de media hora de *Rosas y él.* El día se pone cada vez mejor.

–¿Viste las noticias? –pregunto de manera muy casual.

–Así es. En lo personal, no me parece que necesitemos otro estadio, pero oí que algún día no muy lejano esperan ser anfitriones de los Juegos Olímpicos.

La miro sin expresión. Ella se queda observándome y luego finge darse cuenta de qué estaba hablando.

–Ah, te refieres a Rose y Alfie.

De algún modo logro evitar poner los ojos en blanco. Solo porque estoy de un humor de mierda no significa que tenga que agarrármelas con ella.

–Sí, Molly, me refería a eso.

–Sí, lo vi…

–¿Te sorprende? Quiero decir, no sabía que siquiera fuera algo. Aunque hay tanto sobre lo que no estoy enterada, así que supongo que tal vez no lo noté.

Ella apoya un codo sobre el piano y echa la cabeza hacia atrás.

–Em, supongo que sabía que algún día ocurriría. Alfie ha gustado de ella durante años.

–Sí…, claro –exclamo, como si estas no fueran noticias para mí–. Pero no lo sé, Rose jamás habló así de él. Al menos, no conmigo.

Molly inspira profundo, lento. Me recuerda a mamá cuando estoy en graves problemas e intenta calmarse antes de arrancarme la cabeza.

–Mira –dice–. Por favor, no te ofendas. Te prometo que no estoy enfadada contigo. Pero, realmente, no me interesa la vida amorosa de Rose y no quiero hablar de eso, si te parece bien.

–Oh, desde luego, claro que sí. Lo entiendo.

–En realidad… –Se interrumpe a sí misma, como si hubiera pensado mejor qué iba a decir. Luego me mira con decisión–. He estado pensado que me vendría bien un poco de distancia de Rose. No sabía cómo decírtelo de una manera que no sonara como si quisiera que escojas entre ella y yo, porque no es eso. Solo creo que me gustaría pasar menos tiempo con ella si es posible.

Supongo que no me sorprende oírlo. En todo caso, me había dado cuenta de que alguna de las dos iba a tener que ceder eventualmente, de un modo u otro. ¿Por cuánto tiempo puedes ignorar a una persona si compartes todas las comidas con ella, pasas tiempo después de clase con el mismo grupo que ella? Pero

jamás he visto a Molly estar con alguien más por fuera de nuestro grupo. Al parecer, ser famosa en internet no se traduce en tener cientos de amigos en la vida real. Y si su intención no es que repudiemos a Rose o que escojamos bandos, ¿en qué lugar la deja a ella? ¿Tendrá que sentarse sola y transmitirá en vivo su almuerzo?

La idea hace que se me retuerza el estómago. Después de todo lo que Molly hizo por mí cuando comencé aquí. Ella es la razón por la que jamás pasé un solo segundo sola en las comidas ni en clase. No puedo tolerar la idea de que eso le suceda a ella.

Vuelvo a pensar en Rose. En el partido de rugby. En el palacio. Nuestros intercambios de mensajes, cómo pasaron de ser semanales a diarios.

Pero no me ha escrito desde esta mañana. Me dejó en visto. Para ir a besarse con Alfie.

Por más que no quiera perderla a ella ni a Eleanor como amigas, no puedo evitar sentir que un poco de distancia de Rose puede que sea bueno para mí también. Tal vez, si me tomo más tiempo para pasar con Molly durante unas semanas, eso le dará a ella la oportunidad para calmarse y yo podré deshacerme de este enamoramiento estúpido. Sé por experiencias pasadas que no es fácil suprimir los sentimientos si pasas tiempo con esa persona todos los días. Y lo último que necesito es estar languideciendo por una chica comprometida durante el próximo año.

Hay que cortar desde la raíz, ¿cierto?

–Si quieres que solo seamos tú y yo durante un tiempo, por mí está bien –digo.

Molly luce como si fuera a besarme. Ella también, no. En verdad lo estoy viendo por todas partes

–¿En serio?

–Claro. Dijiste que no querías que yo escogiera un bando, ¿no es así? Quiero decir, ¿no es que esto sea una declaración de guerra o algo por el estilo?

–No –responde con firmeza–. Claro que no. Tú eres libre de hacer lo que quieras. Si quieres hablar con Rose o pasar el rato con ella, hazlo. Pero yo no seré parte durante un tiempo. Y me gustaría… Honestamente me gustaría poder continuar haciendo cosas solo contigo si estás de acuerdo.

Cuanto más lo pienso, más me convenzo de que es la mejor idea que he oído en mucho tiempo.

–Por supuesto –exclamo–. Hagámoslo. Cuenta conmigo.

Molly aplaude. Esta situación debió haber estado consumiéndola. Debió haber esperado que le dijera que la echaría de menos y que le desearía buena suerte. Y creo que puedo entenderlo. Si me hubiera preguntado esto hace dos días, no sé si habría podido ofrecerle abandonar al grupo juntas así de rápido.

Pero eso fue hace dos días y esto es ahora.

–¿Estás segura de que no quieres comer nada? –me pregunta. Me alegra que lo haya hecho otra vez, porque hace un par de minutos comenzó a rugirme el estómago. Tal vez, todo lo que necesitaba era distraerme de las noticias del día.

–Bien, iré –exclamo, cerrando el piano. Atravesamos el salón de baile juntas y luego salimos hacia la noche helada. En el camino, pregunto–: ¿Y qué hay de Eleanor?

–¿Qué cosa?

–¿Necesitas tomar distancia de ella? ¿O puede estar con nosotras?

Molly se echa a reír, pero es una risa amarga.

–Puede estar con nosotras. Pero no lo hará.

–¿No?

–Se quedará con Rose sin importar qué suceda.

–¿En serio? –pregunto–. Pensé que era amiga de las dos.

–Lo es. Pero las cosas son diferentes entre ella y Rose.

–¿Cómo? –pregunto mientras entramos al patio y pasamos junto a la fuente. El agua helada nos rocía y me limpio la mejilla.

Ella ralentiza el paso antes de que entremos al salón comedor. Está claro que no quiere decir lo que sea que esté a punto de decir mientras esté rodeada de decenas de estudiantes.

–Rose y Eleanor eran amigas en preescolar, pero Rose y yo fuimos a una escuela primaria distinta a la que fue ella. Vino a Bramppath con nosotras, pero no teníamos nada que ver con ella. Luego, en tercer año, su madre engaño a su padre con el de Millicent Roper y todo el mundo se enteró; así que toda la clase excluyó a Eleanor. Entonces, Rose mandó a todas al demonio. Estaban demasiado asustadas de sacar su peor costado por ser unas imbéciles con Eleanor, por lo que todo volvió a la normalidad. Y así fue cómo llegamos a conocerla.

Pienso en Rose y en lo que me dijo, que no es una buena persona. No seré psicóloga, pero en mi opinión parece ser una persona bastante buena. A mí me suena como que ella es la Rachel de Eleanor; y Rachel es una de las mejores personas que conozco.

Alfie tiene mucha suerte.

Al entrar al comedor, me da la extraña sensación de que llamamos la atención. Como si todo el mundo estuviera mirándonos, aunque sé que en realidad nadie ha notado que entramos. Rose ha regresado de besarse con Alfie y está sentada con Eleanor, Florence

y Harriet en nuestra mesa. Al principio, ninguna nota ni a Molly ni a mí.

No hasta que tomamos nuestra comida y nos sentamos juntas en el lado vacío de una mesa que está en la otra punta del comedor. Molly se sienta frente a mí, dándoles la espalda a ellas, lo cual significa que no puedo evitar notar cuando Rose nos ve. No puedo evitar ver el dolor que le atraviesa el rostro y la confusión en sus ojos cuando intercambiamos miradas. No puedo evitar observar cuando les cuenta a las chicas sobre nosotras y todas estiran los cuellos para corroborarlo por sí mismas.

La expresión de Rose me apuñala el pecho y la culpa se esparce como tinta hasta mi estómago. Por más que hoy haya sido un día horrible para mí, no quería lastimarla a ella. En especial, porque no fue su intención lastimarme. Es probable que ni siquiera tenga idea de que lo hizo.

Se lo explicaré tan pronto como termine la cena, para que no piense que estoy molesta con ella ni nada por el estilo.

Pero bueno, si aun así se enfada, de seguro Alfie estará allí para consolarla.

DIECIOCHO

ROSE

Mientras espero de piernas cruzadas sobre la cama a que comience la videollamada que preparó William entre mis padres y yo, Danni me envía un mensaje:

> Ey, solo quería avisarte que Molly me pidió si podíamos estar a solas por un tiempo. Creo que necesita un poco de espacio. Voy a estar aquí para ella por ahora, pero quería que supieras que no estoy enfadada contigo y que aún te considero mi amiga. ¿Está bien?

Todavía sigo mirando el teléfono, consternada, cuando el recuadro negro de la pantalla de mi computadora se convierte en video. Mamá, mi padre y William están reunidos apretujados en el sofá de terciopelo color crema de la sala de estar. Tengo la mente tan en blanco que todo lo que puedo hacer es levantar ausente la mirada y esperar en silencio hasta que uno de ellos inicie la charla que con tanta desesperación querían tener.

Mi padre es quien lo hace:

–Supongo que deberíamos ir al grano –dice–. Les tomaron demasiadas fotos a Alfie y a ti hoy, Rose.

¿A qué se refiere Danni con "un tiempo"? ¿Una semana? ¿Un mes? ¿Es una forma amable de decir "por ahora"?

–Con eso quiere decir que habrá especulaciones –interrumpe mamá–. Especulaciones desenfrenadas.

–Ya han comenzado –la corrige William y ella asiente con el ceño fruncido.

Desde luego, si Molly quiere alejarse de mí, eso no es culpa de nadie más que mía. Y no se me pasó por alto el hecho de que le molestara que Danni y yo estuviéramos volviéndonos más cercanas, debe sentir que su única salida terminó anclándola más a mí. Y a pesar del hecho de yo ya no le importo, no puedo evitar preocuparme por ella. *No quiero* que sienta que no tiene a nadie; y si Danni tiene la intención de cuidarla, puedo quedarme tranquila sabiendo que no está sola.

–Desde luego –ahora es mi padre quien habla–, discutimos la posibilidad de un embargo de noticias, pero…

A pesar de que comprendo por qué Danni puede necesitar espacio, es algo completamente distinto a estar de acuerdo con la idea. Entonces, ¿ya no pasaré a buscarla por su habitación mañana por la mañana para ir a desayunar? ¿Ya no estará a mi lado en las comidas, ni nos acompañaremos a clase ni veremos películas juntas? Me siento como si estuviera cayendo en picada.

–Para ser franco –dice William–, creo que las especulaciones de esta índole son noticias preferibles a los titulares que hemos estado viendo durante los últimos meses. Así que he desaconsejado el embargo.

Me parece ridículo que me preocupe tanto ya no tener a Danni en mi vida cuando llegó hace tan poco tiempo.

–Sabes que Alfie tiene una reputación maravillosa –dice mamá.

Pero a mí sí me importa.

–Intachable –añade William–. Hasta se las apañó para no aparecer en las fotografías durante la debacle de Ámsterdam. Y tiene un talento natural para ser el centro de atención.

–Por mucho que creamos que estas noticias serán para bien, pensamos que te gustaría tener la oportunidad de controlar la narrativa –me explica mi padre–. Por así decirlo.

Y si Danni tiene tantas ganas de marcharse de mi vida con la misma facilidad con la que entró, ¿qué dice eso sobre su concepto de mí? Supongo que, si soy completamente honesta, me había preguntado si quizá… Tal vez ella… Pero entonces, no, no puede. Es evidente que no. Si yo le importara más allá de una amistad, se acercaría a mí, no se alejaría. Independientemente de lo que Molly le pidiera hacer. Al parecer, sobreestimé la fuerza de nuestro vínculo en más de una forma.

William asiente.

–Hoy podemos brindarle un dato "de fuentes internas" a *El Heraldo* si quieres. Podría informarles que tú y Alfie son pareja oficial. ¿O preferirías continuar con la idea de "sentimientos fuertes que están explorando"?

¿Por qué todas las personas que me importan de pronto quieren dejarme?

–¿Rose? –insiste mi padre y vuelvo a prestar atención. Repaso todo lo que acabo de oír (esta vez, lo proceso) y de cierta forma me resisto a la necesidad de masajearme las sienes.

–Miren –afirmo–, ni siquiera he tenido la oportunidad de hablar con Alfie todavía, pero no hay sentimientos fuertes y no estamos saliendo. No tengo idea de por qué me besó.

William y mi padre intercambian una mirada con demasiada alegría para mi gusto.

–Y pese a eso, eres la única persona aquí que se sorprende –dice mi padre, riendo–. Rose, en serio. No finjas que esto ocurrió de la nada.

Lo miro a los ojos y me vuelvo sombría.

–¿Esto era lo que esperabas que ocurriera cuando le diste aquel reloj? –pregunto.

–*Tú* le diste ese reloj –me recuerda William.

–Ustedes dos *lo compraron* –me quejo.

–Ya cálmense, por favor –interrumpe mamá con un tono de regaño.

No puedo creer que me dejé manipular con tanta facilidad. ¿En verdad estaba tan distraída que no me di cuenta de sus intenciones? ¿Podría haber detenido las cosas antes de que fueran tan lejos si lo hubiera notado?

–Rose –dice mamá con voz amable–. Eres joven. Es perfectamente normal que estés soltera a esta edad y, si prefieres mantener esa narrativa, entonces esa es tu decisión.

Mi padre le lanza una mirada de soslayo que habla de lo mucho que disiente con esa idea.

–¿Acaso *eres* soltera? –me pregunta William.

Abro la boca para responder, pero la expresión evidente de horror de mi padre me detiene.

–No necesitamos saber los detalles de lo que Rose hace en privado –dice, en tono firme y final. Incluso si William quisiera protestar, no creo que se atreviera. Mi padre está bastante acostumbrado a repartir órdenes y tiene el tono distintivo que usa cuando las opiniones contrarias no son para nada aceptadas.

Es difícil para mí percibir si su evidente incomodidad sobre el tema de mi verdadera vida amorosa (eso es, la que no está fabricada por mis padres y mi publicista para los periódicos) tiene base en la homofobia o en la mera represión. Él y mamá ni siquiera pueden tomarse de la mano en público, según las reglas tácitas pero estrictas del decoro real que se han transmitido de generación en generación, como pasa la corona, de cabeza en cabeza. El afecto físico dentro de la familia real debe mantenerse firmemente puertas adentro.

Razón por la cual me divierte un poco que a nadie lo escandalice que la noticia de moda contenga fotografías mías a mitad de un beso. La hipocresía abunda. O tal vez, un beso a regañadientes es, en cierta forma, menos ofensivo que uno con pasión real.

–Independientemente de eso –dice William–, en los próximos años habrá suposiciones sobre por qué no has salido con nadie aún. Si confirmas una relación con Alfie ahora, puede que nos ayude a adelantarnos a posibles especulaciones menos… amables que puedan surgir.

–Pero… no siento nada hacia él –exclamo.

Los tres me miran como si fuera estúpida. Me ofende.

–Rose –dice mamá–. ¿No eres…? ¿No nos dijiste una vez que eres gay?

Ah, es verdad. Lo soy.

–¿Todavía lo eres? –pregunta mi padre, un poco demasiado esperanzado para mi gusto.

–Sí, todavía lo soy –respondo–. Estimo que será un estado para toda la vida.

–Sí, bueno –dice él, quitándose una pelusa del pantalón–. Entonces, bien.

Entonces, bien. Jamás sentiré nada por nadie con quien salga en público, así que ¿por qué debería importarme?

Tiene completo sentido. El problema es que, cuando acepté esto, no había tenido en cuenta lo extraordinariamente odioso que sería fingir que siento algo por alguien que jamás podré amar. Es un nivel de crueldad que no puedo ni siquiera imaginar infligírselo a otro. Y mucho menos a alguien como Alfie, a quien en verdad quiero…, aunque no lo *ame*.

–Es mi amigo –digo por fin–. No puedo mentirle.

–Entonces, no le mientas –dice mi padre. Al principio, creo que se refiere a que le mienta por omisión, un punto por el que estoy dispuesta a discutir. Sin embargo, luego me doy cuenta de que se refiere a que salga del clóset con Alfie.

No he salido del clóset con nadie por fuera de la familia. Y de los empleados, desde luego, pero ellos tienen la necesidad de saberlo. No creo que esté lista para contarle a nadie más todavía. Y en especial, no creo que esté lista para que al primer amigo al que le cuente, sea el que obviamente siente algo por mí y pueda llegar a molestarse. No quiero que nadie se altere con la noticia de mi sexualidad y temo que eso sea un impedimento para abrirme.

–Que los periódicos digan lo que quieran –exclamo, aburrida–. Pero no voy a comenzar una relación con él, lo desilusionaré

enseguida.

Sé que algún día tendré que resolver qué hacer con mi imagen pública. Pero ese es un problema para la Rose del futuro. Y Rose del futuro será más vieja, más sabia y mucho más segura de sí misma para manejar situaciones incómodas como esta. La Rose del presente solo hará un desastre. Será mejor no arriesgarme.

Mamá, papá y William intercambian una mirada.

Una que no puedo interpretar sin importar cuánto lo intente.

DIECINUEVE

ROSE

Meses.

Han pasado años desde la última vez que Danni me habló.

La década más larga que jamás haya soportado.

Empeorado mucho más por el hecho de que, en realidad, apenas han pasado quince días.

Tuve la horrible sensación, cuando leí por primera vez su mensaje, de que sería difícil adaptarme a no tener su amistad, pero estaba subestimando lo duro que sería. La desaparición abrupta de Danni de mi vida cotidiana es como un hoyo en arena húmeda. Tal vez un día las paredes se sequen y colapsen hacia adentro para cubrir el abismo, pero mientras tanto, se está abriendo.

No había reparado por completo en lo mucho que mi felicidad empezaba a ser correlativa a la cantidad de tiempo que pasaba junto a ella.

Y no me puedo quitar el miedo de que, si toma la distancia suficiente de mí, ella también pueda llegar a darse cuenta de que mis ojos están vacíos.

Al menos, por ahora ese no parece ser el caso. Aunque se esté sentando todos los días con Molly al fondo del aula, sonríe y me saluda al comienzo de cada clase que compartimos. Y, aunque al terminar vaya directamente a la habitación de Molly, asiente en mi dirección siempre que nos cruzamos en el corredor.

Pero, aun así, hemos dejado de escribirnos. Y no creo que eso fuera necesario para que pudiera apoyar a Molly.

–Lo detesto –se queja Eleanor cuando pasamos por al lado de las susodichas, que están filmando un video para las redes de la influencer junto al óvalo. Se están riendo, tanto que Molly se inclina hacia adelante para respirar. Me pregunto cuál será el chiste–. Es como si, de la nada, estuviéramos muertas para ellas.

Nosotras vamos de camino hacia el auditorio de Artes Escénicas donde, en aproximadamente cinco minutos, van a publicar la lista del elenco de *Macbeth*. Eleanor ha estado hecha una bola de nervios todo el día. Jamás la he visto querer *algo* con tanta desesperación, excepto, tal vez, la atención de Santi. La cual, ahora que lo pienso, es parte de esto.

–No es tan de la nada –admito–. Molly me dejó bien en claro hace unas semanas que ya no quería continuar con nuestra amistad. Supongo que esto forma parte de… no continuarla.

Eleanor enarca una ceja.

–¿Habló contigo?

–Así es.

–No me contaste eso.

Bueno, no, no lo hice. Siempre que puedo, hago mi mejor esfuerzo por olvidar que esa conversación ocurrió.

–Los detalles no importan. Además, pensé que estaba claro que esto es por mí. Tú eres una víctima desafortunada.

–Lo imaginé. Pero ¿qué tiene Danni en tu contra?

–Nada –respondo–. Espero.

–Tal vez deberías pedirle una disculpa a Molly.

–Espera… –exclamo con entusiasmo fingido–. ¡Eres una genia!

–Ah. Ya lo has hecho, ¿eh?

–No, en verdad *jamás* se me ocurrió decirle que lo sentía por matar a su mejor amigo. Eleanor, creo que acabas de resolver todo.

Ella me mira con sarcasmo.

–Tú no mataste a nadie, al igual que yo.

A modo de respuesta, me encojo de hombros con despreocupación.

–Si fuera por eso, estaría igual de enfadada conmigo, ¿verdad? –continúa Eleanor–. Así que tal vez haya algo más.

No puedo contarle lo que Molly dijo sobre mí. No sé exactamente por qué. Tal vez tengo miedo de que, si lo digo en voz alta, Eleanor verá también todo lo que vio Molly. ¿Cómo fue que dijo? ¿Una vez que lo notas ya no puedes ignorarlo?

Por favor, que Eleanor no se dé cuenta de lo que sea que "notó" Molly. Ella es lo único que me queda.

Llegamos al auditorio, donde hay una pequeña multitud de estudiantes reunidas en la entrada. Una chica está llorando, otras lucen emocionadas y otra le da palmadas en la espalda a su amiga. Ya deben haber publicado la lista. Nos abrimos paso hasta el frente y yo echo un vistazo al papel pegado a la pared.

Muchos, muchos renglones más abajo:

ELEANOR KOWALCZYK–SOLDADO NRO. 3

Estudiamos *Macbeth* en Literatura el año pasado y estoy bastante segura de que no hay ningún personaje que se llame soldado número tres. Lo cual implica que la escuela ha creado varios roles de apoyo sin diálogo para incluir a más estudiantes. Todo el trabajo para la audición de lady Macbeth quedó desperdiciado. Me volteo hacia Eleanor para ofrecerle mis condolencias, pero me doy cuenta justo a tiempo de que brilla desde adentro.

Se lleva una mano a la boca y exclama:

–Quedé. ¡Quedé! ¡Voy a pasar tiempo con Santi dos veces por semana! ¡Cuatro horas por *semana*, Rose! –Me abraza, extasiada, y comienza a saltar de arriba hacia abajo en el lugar. Yo dejo los pies firmes en el suelo para mantenernos ancladas y espero a que se calme–. Este es el comienzo de algo enorme. Puedo *sentirlo*.

–Estoy emocionada por ti, Eleanor. Serás la mejor soldado número tres que jamás se haya visto en el mundo del teatro.

Ella está tan exultante que no se fija en el aire sarcástico de mi voz. O tal vez, solo lo acepta.

De regreso a Dewitt, tenemos que pasar junto al óvalo. Aprieto los puños a cada lado mientras nos aproximamos, por la anticipación de ver a Molly y a Danni que, como sospeché, todavía están allí. Ya han terminado de filmar y están sentadas en el césped, con las piernas extendidas por delante. Molly está de espaldas a mí, pero Danni nos

ve casi tan pronto como doblamos la esquina. Recorre con la mirada a Eleanor y la aterriza directa, intensamente sobre mí.

Yo sostengo el contacto visual y mantengo la expresión en blanco con cuidado. No es una tristeza devastadora la que siento. Ya ni siquiera estoy segura de tener la capacidad de entusiasmarme de esa manera; para bien o para mal. En cambio, solo lo siento como si hubiera mucho menos de mí de lo que solía haber. Y jamás fui tan sólida, para empezar. Si las almas fueran corpóreas, sospecho que la mía sería muy parecida a un panal de abejas.

Esta nueva ausencia me duele. Y no puedo quitarme la sensación de que, si yo pudiera acortar la distancia entre las dos –treinta metros que bien podrían ser un abismo–, el dolor desaparecería. Pero no puedo, ¿verdad? Para respetar sus límites, tengo que pagar el precio de mi propio consuelo. Ella viene primero, porque así debe ser.

Pero, de todas formas, eso no me impide querer y desear y guardar la esperanza, desde mi alma agujereada, de que ella acorte esa distancia por mí.

***

Días más tarde, después de otra cena en la que Molly y Danni se sientan a mesas y mesas de distancia del resto de nosotras, gracias a una rebanada de tarta crujiente de manzana con crema, descubro dónde yace mi punto álgido.

Danni dijo que quería estar para Molly; y yo no intento impedirles que pasen tiempo de calidad juntas. Pero eso no significa que yo no puedo buscar a Danni mientras está sola, ¿verdad? Si no se la estoy robando a Molly, ¿qué importa? No debería importar.

Soy consciente de que podría poner a Danni en una postura incómoda, pero creo que, en este punto, es necesario tener claridad. Y si ella *en efecto* rechaza la oferta de pasar tiempo conmigo, entonces sabré que, cuando dijo que Molly quería tomar distancia, en realidad se refería a que *ella* quería alejarse de mí. Y yo podré actuar de acuerdo a eso.

El único problema es elaborar una excusa para pasar tiempo juntas que no *parezca* una excusa. Después de la cena, regreso a Dewitt entre el malón de estudiantes, a varios metros detrás de Molly y Danni. Ellas se despiden, Danni se queda en su piso y Molly continúa subiendo. Al parecer van a pasar la noche separadas. Así que es una presa fácil, ¿no?

Me siento en el borde de la cama y trato de confeccionar la frase inicial perfecta; ensayo las adversidades potenciales en voz alta y las derribo una a una. Finalmente, abro los mensajes con Danni para recordarme dónde habíamos quedado y la respuesta me viene a la mente. Una vez, yo le prometí que le daría una clase de patinaje sobre hielo. Bueno, ¿qué mejor momento que esta noche?

Con paso acelerado, me dirijo al piso de abajo, hacia su habitación, pero no responde a mi toquido. Eso significa que, o ha ido a visitar a Molly después de todo, o está practicando piano. Con un poco de suerte, será la segunda opción. Salgo del edificio –después de una corta visita a Theodore–, me dirijo al aire frío de la noche y el sonido distante de música rítmica responde mi pregunta.

La melodía es lenta, suave e inquietante. Cuanto más me aproximo, más noto cómo el piano pareciera colgar en el aire, aunque cada nota disminuya. Es como si las vibraciones me reverberaran en la sangre, alterando los latidos de mi corazón. Me

pregunto distraída si estarán en sincronía con los de Danni. Le pido a Theodore que me espere afuera del edificio y él accede. Theodore siempre ha sido mi escolta favorito por esta misma razón. No le incomoda darme espacio, a diferencia de Sidney. Tal vez sea porque él me conoce desde hace más tiempo. A Sidney lo contrataron hace unos meses para reemplazar a Elizabeth, a quien despidieron tras lo que sucedió en Ámsterdam durante su turno.

La escalera hacia el salón de baile está envuelta en la melodía, tiene un tono desgarrador. Parece estar contando una historia sin palabras sobre angustia y pérdida. Me gusta la música, pero no podría decir que soy una experta. Sin embargo, hasta yo puedo darme cuenta de que el mérito se lo lleva la pianista, no las notas. En manos menos hábiles –como las mías, por ejemplo–, dudo que esta canción tuviera el mismo poder de conmover.

No estoy segura de si es por cómo se ven mis pies subiendo por estas escaleras en penumbras, por el tono tenebroso de la música o por la combinación de ambos, pero, de repente, me recuerda a la vez que subí por unas escaleras parecidas, meses atrás. Recuerdo a Molly caminando por delante de mí, con la voz tensa, llamando el nombre de *él*. Recuerdo el tamborileo de la música de la fiesta, el olor ácido a cerveza derramada y la oscuridad del corredor por encima de nosotras. Recuerdo a Molly que abrió la puerta. Recuerdo…

Dejo de recordar y me siento en el descanso de la escalera, tomándome con fuerza de las manos, hasta que la canción termina. Lo que sigue es una serie desconectada de notas y acordes, interrumpida por períodos de silencio, lo cual quiere decir que Danni

ha continuado con una pieza que todavía tiene que aprender. O tal vez la está componiendo.

Inhalo profundo para calmarme y me pongo de pie; me estampo una sonrisa en el rostro y entro al salón de baile donde, de manera instantánea, el volumen de la música se triplica. Ella me oye entrar y se voltea sobre el asiento. En el momento en que me ve, se ilumina. *Se ilumina por verme* de forma inesperada. Estoy tan aliviada que yo también le devuelvo ese brillo.

–Rose, ¡hola! –dice–. ¿Qué haces?

–Ah, nada –respondo de la manera más casual posible, como si no hubiera estado sumida en la incertidumbre durante semanas–. Tengo un cargamento de tarea, una infinidad de responsabilidades y estoy buscando una excusa para procrastinar y no hacer ninguna de ellas.

Danni me mira, divertida.

–¿Eso es bueno?

–Sí, bastante, y luego recordé que te debía una lección de patinaje.

–¿Así que se te ocurrió venir a interrumpir mi práctica de piano para ver si ahora estaba disponible?

–Sí, exacto. Pensé que no costaba nada preguntar.

–¿Aunque fuera obvio que estaba ocupada con algo? –dice en tono burlón, con una sonrisa amplia. Bueno, en mi defensa, siempre parece estar ocupada con algo y, al menos, no le ha prometido al piano excluirme para pasar tiempo juntos.

Me cruzo de brazos.

–¿Me estás diciendo que no vas a cumplir con nuestro trato? Si mal no recuerdo, me prometiste que me convertirías en una pianista

brillante si yo te enseñaba a patinar.

–Ah –exclama con una sonrisa burlona–. Entonces, cuando dices que quieres enseñarme, en realidad quieres que yo esté en deuda contigo.

–Sabes que te pido muy poco.

Todavía estoy sonriendo, pero tras mi comentario su expresión pierde la alegría. Me examina durante un instante demasiado largo. Lo suficiente para confirmar que captó el doble sentido de mis palabras. Claro que sí. Jamás parecen escapársele las capas sobreentendidas que están detrás de mis palabras.

–Lo sé –dice. Hay culpa allí. Estoy segura–. Pero le prometí a Caroline que practicaría todas las noches este fin de semana.

Me quedo merodeando cerca de su asiento hasta que se mueve a un costado y hace espacio para que me siente con ella. Juntas. Apoyo la cabeza en su hombro y hablo en mi tono más persuasivo, justo como lo hacía hace semanas, antes de que ella se desapareciera:

–Contrapunto: yo te agrado más que Caroline, así que ¿no quieres cumplir tu promesa conmigo?

–¿Quién dijo que tú me agradas más que Caroline?

–¿Acaso no? –exclamo con la cabeza en alto, indignada.

–Bueno, sí… Pero ese no es el problema.

–¿Cuál es el problema?

Estamos una apretada contra la otra, más que cuando nos sentamos lado a lado en el palacio, porque el taburete del piano de la escuela es bastante más angosto. Así que cuando Danni se voltea para mirarme, su rostro está tan cerca del mío como jamás lo ha estado. Casi tan cerca como lo estuvo Alfie, justo antes de besarme.

Pero aquel nivel de cercanía con él me había estrujado el estómago por la incomodidad, en cambio, con Danni me genera una sensación placentera, vertiginosa.

–No lo recuerdo –dice con voz suave mientras su mirada va de mis ojos hasta mis labios.

–¿Entonces? –pregunto y trago en seco. Son mil preguntas en una.

Ella me mira durante un instante más y el tiempo comienza a sentirse asfixiante.

–Al diablo, hagámoslo –dice Danni y, en un momento aislado de confusión, no sé a qué se está refiriendo. Pero entonces recoge los libros de música, cierra el piano y yo recuerdo el motivo por el que estoy aquí. Patinaje sobre hielo. Por supuesto.

Con las mejillas encendidas, ya estoy a mitad de camino hacia la puerta antes de que ella termine de recoger sus cosas.

–Apresúrate –exclamo por encima del hombro–. Hay mucho que hacer.

Ella me sonríe, arrepentida, y se apura a alcanzarme.

VEINTE

DANNI

Mi corazón es un maldito traidor. Lo sé porque, aunque mi cabeza sabe muy bien que tomar distancia de Rose es una jugada astuta, jamás me había sentido tan emocionada en mi vida como esta noche, que ha venido a buscarme.

Es aún peor, mi corazón está intentando convencer a mi cerebro de que la situación es menos compleja de lo que el cerebro se imaginó. Porque, aunque esta mañana parecía muy obvio que la distancia me ha estado resultando de maravillas (por ejemplo, ya han pasado cuarenta y nueve horas desde la última vez que visité el perfil de Alfie para mirar sus fotografías y contar en cuántas cosas es mejor que yo), que debería decirle que tengo una cita con la serie dramática de médicos y que estoy demasiado ocupada para verla, no puedo. Porque ahora que Rose está aquí y recuerdo la gravedad de su voz, la forma en que se le arrugan los ojos cuando me mira, el timbre de su risa, estoy condenada. Haré lo que ella quiera. Haré cualquier cosa para sentirme así de feliz. En especial, después de unas de las semanas más tristes que jamás he vivido.

La pista de patinaje de la escuela queda justo al borde del bosque, tan alejada del edificio más cercano que es algo escalofriante ir hacia allí en medio de la oscuridad. Es difícil asustarse demasiado cuando el guardaespaldas de Rose –el más bajo, el favorito de ella, según me contó una vez– camina a una corta distancia de nosotras. Él se detiene afuera de la entrada para vigilar. Rose y yo ingresamos; ella enciende un interruptor y la pequeña pista queda bañada de luz.

–Me sorprende que nos permitan estar aquí –digo mientras ella me pasa un par de patines de mi talla. Están hechos de cuero y se ven muchísimo más arruinados y baratos que los suyos, pero, pese a eso, están mejores que los de plástico de alquiler que usé las dos veces que intenté patinar sobre hielo cuando era pequeña. De pronto, me da desconfianza y pregunto–: Nos permiten estar aquí, ¿verdad?

Rose levanta la mirada mientras se ata los cordones.

–Sí, Danni. La regla es que haya un mínimo de tres estudiantes si no hay supervisión de un adulto.

Sé que dije que estoy bien. Y juro que así es. Pero mi estúpido corazón se detiene por un instante cuando dice mi nombre.

–¿Tres? –repito.

–Sí. Presuntamente una para recolectar las extremidades cercenadas del hipotético accidente de patinaje, otra para que corra a buscar ayuda mientras la tercera permanece inconsciente.

–Eso no es a lo que me refería –digo–. Es que solo estamos nosotras dos.

Rose hace un gesto por detrás de ella, hacia la puerta, donde está su escolta del otro lado.

–Pero él no está aquí –exclamo–, así que estamos rompiendo las reglas. ¿Qué pasa si ocurre algo y él no nos oye?

–Danni, no está ni siquiera a quince metros de distancia.

–Pero podría pasar. Las reglas existen por un motivo.

Ella me mira de manera triunfante y se lleva una mano al bolsillo.

–Para eso tengo mi botón de pánico.

–¿Tienes un botón de pánico?

–Por supuesto que sí.

Claro, tiene un botón de pánico. Obvio. Qué tonta soy.

Me dejo caer sobre la banca a su lado y comienzo a ponerme los patines. Ella me observa mientras los ato durante un minuto antes de arrodillarse frente a mí y mirarme a través de aquellas pestañas.

–Déjame ayudarte –dice–. Deberías atarlos hacia atrás, así.

Creo que tal vez estaba sobreestimando mi habilidad de actuar normal frente a Rose. Me obligo a mirar el techo, las paredes y la pista: a cualquier parte menos a ella. Y cuando apoya con suavidad la mano a un costado de mi pantorrilla, me digo a mí misma que no es para preocuparme ni para notar siquiera que la deja allí por más tiempo del que creo necesario. Fracaso de inmediato en seguir ambas órdenes. Aprieto los dientes con tanta fuerza que me duelen.

Ella se detiene hasta que yo bajo la mirada.

–¿Quieres que Theodore entre? –me pregunta. Supongo que notó mi lenguaje corporal y está tratando de entender por qué estoy tan nerviosa.

Si él entra, no habrá ningún tipo de tensión, ¿verdad? Es imposible imaginar la química que no existe mientras un tipo desconocido te mira fijo. Una idea increíble.

–No, está bien –respondo.

El cerebro me gruñe.

Cuando ingresa a la pista, Rose ni siquiera va más lento, es como si para ella no hubiera diferencia entre caminar y deslizarse. Mientras patina, se le revuelve el cabello y, cuando se voltea a verme, está en llamas. Me pregunto si sabe lo hermosa que se ve así. Si, tal vez, quiso traerme aquí no para enseñarme, sino para que alguien fuera testigo de su completa y total perfección.

En cuanto a mí, casi que me arrastro aferrándome al barandal con todas mis fuerzas. Me las arreglo para enderezarme durante unos diez segundos, pero entonces, así como si nada, las piernas se disparan en direcciones opuestas y me caigo al suelo.

Rose se dobla de la risa al verme; y yo la odiaría un poquito por eso, pero los codos y el coxis me duelen demasiado como para enfocarme en algo más. Al menos se disculpa cuando me ayuda a levantarme.

–Voy a hacer que aprendas a hacer snowboard –gruño mientras intento estirar las piernas temblorosas–. Y me voy a reír de ti todo el tiempo.

–Deberías; me lo merezco. Pero te advierto que aprendo rápido.

–Encontraré algo de qué reírme –le prometo. Ahora tengo la espalda erguida y ambas manos entre las de Rose. Ella tiene puestos un par de guantes de lana que se siente peluda contra mi piel desnuda. Mantiene el contacto visual conmigo y es como cuando me tocó la pierna: un poco demasiado suave y un poco por demasiado tiempo. Y quema, un poco demasiado.

–Me aseguraré de darte algo –dice–. Solo para ser justa.

Tengo los nervios exaltados. Maldita sea. Espero, por Dios, que no se dé cuenta.

–Pero, en serio –vuelve a hablar–. De verdad quiero llevarte a esa carrera de esquí algún día. Si puedes tolerar la idea de estar enclaustrada conmigo en una cabaña.

–¡Por supuesto! Súmame a la lista la próxima vez que todas organicen un viaje.

Algo extraño le cruza por el rostro y me toma un segundo darme cuenta de que dije algo incorrecto. Solo que no sé qué fue.

–Nuestras amigas no son grandes esquiadoras –explica y ahora comprendo. No me estaba invitando a un viaje grupal a la nieve. Me estaba pidiendo que vaya con ella algún día. Solas. En una cabaña. Juntas.

No confío en que pueda responder a eso sin tartamudear, así que opto por quedarme callada.

Ella comienza a moverse hacia atrás y me hace recorrer la pista en círculos. Poco a poco, paso de resbalarme y deslizarme a algo parecido a patinar. Ella me suelta las manos algunas veces para ver cómo lo hago, pero duro apenas unos segundos antes de comenzar a perder el equilibrio. Cada vez que lo hago, ella se apresura para atraparme con sus manos firmes. Al principio, me preocupa que se vaya a caer conmigo, pero no creo que en realidad pueda hacerlo. Es más fuerte de lo que parece. Si quisiera, creo que en este momento podría levantarme desde la cintura.

Al final, con su apoyo, logro patinar más de algunos pasos sin ella. Gracias al cielo, porque estaba comenzando a sentirme cohibida por lo sorprendentemente espantoso que estaba patinando. Sin dudas, todo lo que aprendí de niña, lo perdí. Pero ahora estoy comenzando a recordar. Hasta es divertido.

–Próxima parada, los Juegos Olímpicos –alardea Rose cuando encuentro el ritmo–. ¿Puedes imaginarte al público alentando?

–Preferiría que no –admito–. Es como mi pesadilla.

–¿Qué, que te alienten?

–Ser el centro de atención. –Me doy cuenta de que estoy por caer unos segundos antes de que ocurra, pero es demasiado tarde para evitarlo y Rose está demasiado lejos para interferir. Choco contra el hielo y me deslizo, gruñendo por el dolor. ¿Por qué demonios este deporte no se hace con almohadillas? En cualquier otro en el que la gente cae al suelo con fuerza se usan cascos, y con buenas razones.

–Ya llego, ya llego –dice Rose en voz baja mientras se pone de cuclillas para revisar cómo estoy. Cuando se asegura de que todavía tengo todas las extremidades puestas, me ayuda a levantarme, pero esta vez se queda más cerca de mí. Supongo que soy una carga. Dios no permita que tenga que usar el botón de pánico. Me moriría de la vergüenza.

Me sonríe de costado mientras patinamos.

–Un momento, eres una pianista talentosa, ¿y aun así no te gusta ser el centro de las miradas? ¿Cómo haces para tocar frente al público?

–Haciéndolo lo menos posible –explico. Ella me mira confundida, entonces continúo–: Quiero decir, lo hago para las personas en quienes confío, o para una audición o lo que sea. Pero tengo un *terrible* pánico escénico.

–Ah. Entonces, ¿cómo te dedicarás a la música si no puedes tocar en público? ¿O no pretendes hacerlo?

Me encojo de hombros. Es una gran pregunta, excelente. Una que mi mamá me hizo como un millón de veces.

–No lo sé. Me la paso prometiéndome a mí misma que me acostumbraré a tocar en público, pero siempre me echo para atrás. Sí, claro que quiero dedicarme a esto si puedo. Es decir, probablemente jamás sea una pianista de conciertos, pero creo que me gustaría ser parte de una orquesta. Como lo hizo Caroline. Si puedo ser así de valiente. Si no, tal vez solo tocaré para mí misma.

Rose hace un giro de ciento ochenta grados, así que otra vez patina hacia atrás, de frente a mí. Presumiendo.

–Pero tienes tanto talento. ¿Estás segura de que no puedes superar el pánico escénico?

–No todos crecimos en el centro de atención –le recuerdo con sarcasmo–. Ni siquiera puedo tocar frente a la escuela. ¿Qué posibilidades tengo de que, por arte de magia, en unos años pueda tocar frente a una sala llena?

Ella me mira con complicidad.

–Pasa el tiempo suficiente conmigo y te acostumbrarás a la atención. Créeme.

Y en el momento en que pronuncia esas palabras, parte de su brillo se apaga. Me pregunto si está pensando en mi acuerdo con Molly y en el poco tiempo que pasé con ella desde que lo hice.

¿Debería mencionarlo? ¿Disculparme o explicarle, o incluso decirle que la he echado de menos? Para ser honesta, no estoy segura. Me ha estado sonriendo en la escuela y saludándome y esas cosas, así que no he podido darme cuenta de si le importó en algo que le pidiera distancia.

No es muy fácil darse cuenta de nada cuando se trata de Rose.

Me tambaleo y, automáticamente, extiende una mano para que yo me tome de ella. Sus dedos se cierran alrededor de mí con firmeza;

y yo desearía que no estuviera usando los guantes, así podría sentir su piel, que ahora separa de la mía este pedazo de tela estúpida.

–¿Qué hay de ti? ¿Qué ocurrirá después del próximo año? ¿Irás a la universidad o buscarás un empleo? –pregunto y luego agrego–: Lo siento, no sé cómo funciona eso de ser una princesa.

Rose regresa de golpe al presente.

–Puedo ir a la universidad. En realidad, me incentivan a hacerlo. He pensado que me gustaría estudiar Filosofía, o tal vez, Antropología. Pero no importa qué estudie o si elija hacerlo o no. Todos los caminos conducen al mismo destino. No me permiten tener ningún otro empleo –aclara.

–Cierto, comprendo. ¿Y eso es lo que quieres?

Rose luce pensativa. Todavía no me ha soltado la mano.

–Lo que quiero es dejar este mundo mejor de cómo lo encontré. Ser reina me dará recursos más que suficientes para lograrlo si no los desperdicio. Solo… espero no desperdiciarlos.

–Bueno, puedes controlar eso, ¿verdad?

Algo en su expresión me dice que no está de acuerdo. Pero no lo desarrolla. Ni siquiera responde.

A estas alturas, los pies me están matando y, aunque en realidad no quiero que terminemos con esto, al final me quiebro y le digo a Rose que tengo que salir del hielo. Una vez que seco y devuelvo los patines prestados, me quedo merodeando, a la espera de que ella sugiera regresar a nuestras habitaciones.

–Si tienes los pies entumecidos –dice, en cambio–, deberíamos salir a caminar un poco. Te ayudará a hacer circular la sangre.

Y, de pronto, estoy extremadamente agradecida con la biología humana por darme tiempo extra con Rose.

Ahora que estoy aquí, recuerdo lo mucho que me agrada estar cerca de ella. Tanto que casi he olvidado por qué quise alejarme en un principio.

Ha estado lloviendo más que de costumbre durante la semana pasada, así que caminamos con dificultad por el bosque que está lleno de lodo, resbaloso y empapado. Nos movemos con lentitud, porque solo tenemos la luz de la luna y la linterna del teléfono de Rose para ayudarnos a ver hacia dónde vamos en la oscuridad. Theodore nos sigue muy atrás, tan distante que, si no supiera quién es, casi podría ser un tipo cualquiera haciendo lo suyo. Incluso si le echo un vistazo, no nos está mirando. Supongo que lo hace para que Rose sienta que tiene una vida casi independiente, porque no es que esté tan alejado como para no enterarse si algo malo pasara.

–Oh, a propósito –digo, porque si tardo mucho más, luego será extraño mencionarlo–. Felicitaciones.

–¿Por? –pregunta ella.

–Por Alfie. Por toda… la cosa. Es grandioso –agrego esto último porque, aunque intenté que las felicitaciones sonaran reales, salieron un poco sarcásticas en contra de mi voluntad.

Ella me mira sin expresión durante un rato, como si se hubiera olvidado de quién es Alfie o de qué estoy hablando.

–Ah, eso no… No es lo que parece. Alfie es mi amigo.

Yo río por la nariz.

–¿En serio? Porque yo no hago eso con mis amistades.

Ella mira fijo el suelo con furia y yo dejo de sonreír. Inhala profundo, luego levanta la mirada y hay algo desesperado en sus ojos que me toma desprevenida.

–No, en realidad no me gusta… –Se interrumpe, inclina la cabeza dejando expuesto el cuello y luego se calma–. Alfie. Me gusta alguien más.

Yo parpadeo rápidamente, intentando procesar esta información nueva y entonces ella me vuelve a mirar y termina de decir de un modo casual:

–Me gusta otro chico.

A mí se me contrae el estómago. Voy de mal en peor, eh. Tal vez, solo tal vez, debería dejar de suponer que pueden ocurrir cosas imposibles al segundo de tener la más mínima esperanza. Uno de estos días, llegaré a acostumbrarme, ¿verdad?

–Ah –murmuro–. ¿Crees que haya visto las fotografías?

–¿Quién?

–El chico que te gusta.

Rose parpadea, luego se encoge de hombros, como si no pudiera importarle menos.

Yo carraspeo.

–Sabes que está bien ser vulnerable, ¿cierto? –le pregunto.

Ella detiene el paso y me mira como si le acabara de decir la peor ofensa que fuera posible.

–¿Discúlpame?

–No lo sé. A veces, te evades cuando estás hablando de cosas que asustan. Solo quiero que sepas que conmigo estás a salvo. Si te preocupa que yo vaya a juzgarte si hablamos de cosas personales, confía en que no lo haré.

Caminamos sin rumbo en silencio durante un rato. Estoy bastante segura de que, al menos, está tomando en consideración lo que dije, porque no cambia de tema. Pero tampoco brinda más información

sobre su enamorado misterioso. Finalmente se detiene frente a un árbol, apoya el cuerpo entero contra él y se pasa los dedos por el cabello hasta la nuca. Cierra los parpados con fuerza, como si al no ver mi rostro, perdiera el terror de hablar.

Entonces, dice:

–Danni, ¿crees que mis ojos están vacíos?

No es exactamente lo que esperaba que dijera.

–¿A qué te refieres?

Parpadea al abrir los ojos.

–Alguien me dijo algo así hace poco. Que no tengo emociones y que mis ojos están vacíos. ¿Es… cierto? ¿Eso es lo que estás intentando decirme?

Bueno, sin dudas, en este momento no están vacíos. Parece estar tan perdida, tan dolida, que quisiera regresar treinta segundos en el tiempo y retractarme de mis palabras.

–No. Eso no es para nada lo que quise decir.

Rose no me mira a propósito. Tal vez esta es su forma de ser vulnerable, y quizá el contacto visual es demasiado para ella mientras está en este estado. Así que paso una mano por el tronco del árbol y me volteo hasta quedar apoyada sobre él, del lado izquierdo a ella. Lado a lado, sin mirarnos una a la otra. Todo lo que puedo ver es el bosque oscuro, iluminado por la luna, el cielo minado de estrellas sobre nuestras cabezas y la bruma de mi respiración que se forma contra el frío. Sé que no estamos solas por completo aquí, pero la oscuridad y los árboles creo que nos dan privacidad. Siempre y cuando ninguna de las dos pida ayuda.

Básicamente, estamos solas.

–Creo que tienes unos ojos muy bonitos. A veces, los veo y no sé qué estás pensando. Pero otras, tienes como una especie de mirada secreta. Como si te estuvieras riendo un poco y, en cuanto la percibo, también tengo que sonreír. No están para nada vacíos. –Y entonces, antes de que pueda detenerme, agrego–: Creo que puedes verlo todo en ellos.

Rose exhala fuerte por la nariz. Cada parte de mí quiere moverse y abrazarla, consolarla y convencerla de que crea en lo que tengo para decir. Pero me obligo a quedarme quieta y darle su espacio.

–¿A qué te referías, entonces? –pregunta por fin.

–Supongo que a que jamás te he visto triste, o enfadada, o avergonzada ni nada por el estilo. Y a que a lo mejor creías que no puedes sentir esas cosas. Así que quería que supieras que sí, puedes.

–No puedo –susurra.

–Puedes, te lo aseguro. Puedes sentirlo conmigo.

–*No puedo*.

Me rindo. He dicho lo que tenía para decir, pero no puedo obligarla a sentirse lo suficientemente segura para compartir esas cosas conmigo. Todo lo que puedo hacer es alentarla. Pero desearía que lo hiciera. Desearía saber cómo hacerla sentir segura.

–¿Danni? –me pregunta en la oscuridad.

–¿Sí…?

–¿Recuerdas cuando me dijiste que pensabas que podía ser buena?

–Sí…

–¿Cómo? –me pregunta con voz quebrada.

Por Dios. Sé que me prometí a mí misma que le daría espacio físico, pero en este punto, no puedo evitarlo. Me parte el corazón oírla hablar así. Necesito acercarme tanto por mí, como por ella. Así que, con la espalda todavía apoyada en el árbol, doy un paso a un costado, de modo que nuestros brazos quedan pegados, desde los hombros hasta las yemas de los dedos. Si ella se aparta, no la seguiré.

Pero no se aparta.

–Lo siento –exclamo–. Sé que no es lo que querías oír, es que… creo que eres una buena persona. En verdad lo pienso. Así que no tengo ningún consejo.

Ella susurra la respuesta:

–Entonces, quizás no me ves con claridad.

–O quizás tú no te ves. Porque estoy muy segura de que yo puedo verte con absoluta claridad, Rose.

Nos quedamos en silencio durante una eternidad, sin que ningún otro sonido llene el aire más que nuestra propia respiración. De pronto, soy híperconsciente de la sensación de su piel contra la mía, del aroma suave de su perfume.

–¿Danni? –dice–. Sé que vio las fotografías.

Mi cerebro debe haberse quedado atrás, porque estoy confundida.

–¿Quién?

–La persona por la que siento cosas. Sé que vio las fotografías de Alfie y yo.

No tengo permitido leer esto entre líneas. Me *lo prometí* a mí misma. Ella dijo específicamente "chico", lo cual significa que esto no va a ninguna parte. ¿Por qué se me acelera el corazón de esta manera? *Deja de acelerarte*.

Cierro los ojos y me obligo a respirar.

–¿Cómo lo sabes?

Se toma un siglo en responder. Lo suficiente como para hacerme creer que no va a hacerlo. Lo suficiente como para que, cuando su voz corta por fin la densidad del silencio, me sorprende oírla.

–Comencé a decirlo, pero luego entré en pánico y mentí. Y ahora voy a decir la verdad, y si odias saber la verdad, ¿podemos fingir, por favor, que continué con mi mentira?

No le respondo, porque no hay modo en que pueda pronunciar una sola palabra en este momento. No estoy segura de recordar siquiera cómo hacerlo.

–Sé que vio las fotografías, porque me felicitó por eso hace como diez minutos.

Intento seguir respirando, pero todo se detiene, y lo único que puedo hacer es quedarme boquiabierta mientras mis entrañas colapsan y mi mundo entero implosiona. No es posible que dijera lo que acaba de decir. Oí mal. Lo estoy malinterpretando. No sé cómo, pero así debe de ser. En cualquier momento va a continuar y va a quedar claro que me estaba imaginando cosas, como siempre lo hago.

Pero, lo juro por mi vida, no puedo pensar en a qué otra cosa pudo haberse referido.

Así que dejo que mi corazón se acelere. Me las arreglo para llenar los pulmones de aire helado, dejo que se me nuble la mente y que mi cabeza por fin gire para mirarla. Y Rose también me está mirando.

Una parte de mí quiere dar un paso hacia atrás. Un nudo se me atasca en la garganta. Lo único que espero es que se eche a reír, o

peor, que me pregunte qué estoy mirando.

Pero no lo hace. Solo me observa entre la penumbra, con sus ojos verdes. Se le arruga la frente y yo me doy cuenta de que necesito decir algo. Lo que sea. Porque si ella acaba de decir lo que creo que acaba de decir, entonces…

–Dije que era grandioso –murmuro–. Alfie y tú. Pero lo que quería decir realmente era que es lo peor que jamás he visto.

Rose da un paso frente a mí, tomando mi cabeza con ambas manos y, cuando levanto el mentón y abro los labios a modo de respuesta, ella me empuja hacia sí con fuerza para que la bese.

Cuando nuestros labios se unen, ella suelta un leve sonido ahogado. Algo parecido al asombro y al alivio juntos. Y deseo. Sus dedos recorren mis mejillas hasta llegar a mi cuello y su pecho se une al mío. En la oscuridad, bajo el refugio del bosque, presiono mi cuerpo contra el de ella con una desesperación que no sabía que podía sentir.

De repente, ella se aparta de mí y da un paso hacia atrás. Yo jadeo por la sorpresa y la adrenalina y me inclino hacia adelante para apoyar las manos en las rodillas. Mientras tanto, Rose se lleva las yemas de los dedos a la boca y deja la mirada perdida en la distancia.

–¿Qué estamos haciendo? –exclama.

Buena pregunta, pienso, intentando concentrarme. Me besó. Rose me besó. Y estoy despierta.

Rose me besó y ahora camina de un lado a otro.

–¿Qué estamos *haciendo*? –vuelve a preguntar–. Ay, Dios mío. Siento tanto haber hecho eso. Ay, Dios *mío*.

La observo ir de aquí para allá, parpadeando, mientras yo me vuelvo a recostar contra el árbol.

Rose me besó, Rose, *Rose*, ella…

Se detiene de golpe y abre la boca. Luego parece pensarlo mejor, porque levanta las manos en el aire. Creo que es mi turno de decir algo.

–¿Estás bien? –pregunto, más que nada porque es evidente que no lo está.

–Sí. No. ¿Quizá? –Une las manos frente a ella y luce como si estuviera rezando–. ¿Qué deberíamos hacer? ¿Deberíamos regresar? Tal vez deberíamos regresar.

¿Se refiere a la escuela? ¿O a regresar en el tiempo?

–¿Quieres regresar? –pregunto.

Se abraza a sí misma y clava los dedos con mucha fuerza en las mangas del abrigo.

–Em…, em…, ¿no? No.

Luce como si sus pensamientos estuvieran hechos un remolino. Pero en cuanto a mí, el mundo es nítido, claro y simple.

–Yo tampoco –digo. Ella por fin me mira a los ojos. Y veo todo en ellos. Todo.

Se aproxima a mí con una mirada feroz y yo la miro fijo, con firmeza y total seguridad. Primero apoya la frente contra la mía; su respiración tiembla. Creo que está esperando que me aparte o que le diga que es una mala idea. No hago ninguna de esas cosas. Solo espero a que ella descubra qué hacer después. Cada segundo que pasa así me tensiona más y más el estómago, hasta sentir que podría morir si no vuelvo a sentirla otra vez.

Entonces, por fin, exhala y presiona los labios contra los míos.

Y yo quedo perdida.

VEINTIUNO

DANNI

Me sorprende lo rápido que Rose y yo nos convertimos en algo llamado "nosotras".

Desde luego, hay reglas para "nosotras". Regla número uno, nadie puede saber sobre nosotras. Lo cual es fácil, porque yo solo salí del clóset con Rachel, y Rose, solo con sus padres; así que no es que ninguna de las dos esté muy apresurada por anunciar que estamos juntas. Por mi parte, siento una *pequeña* rareza porque los medios –y la mitad de las personas que conozco– parecen estar convencidos de que Rose y Alfie todavía tienen algo, pero ella insiste en que jamás ha habido nada con él además de ese único beso; y yo le creo. Solo desearía que el resto del mundo supiera eso.

Regla número dos, que está casi atada a la uno, es que cuando estamos una cerca de la otra actuamos más o menos de la misma manera en que lo hacíamos antes del primer beso. Eso significa que, durante el día, yo paso tiempo con Molly; y Rose, con Eleanor. Rose dice que será más fácil ocultar que hay "algo entre nosotras" –su

forma de decir "no sé qué somos en realidad, pero estoy totalmente segura de que no somos platónicas"– sin tantos ojos encima.

No está equivocada. Si estamos en la misma habitación, me resulta difícil dejar de mirarla. Cuando está lo suficientemente cerca como para tocarla, pero no puedo estirarme para acariciarle la mano, o el hombro, o sus perfectas, *perfectas* clavículas, me resulta difícil pensar con claridad. No creo tener el poder de ser sutil.

Siendo honesta, no puedo evitarlo, no hay nada tan interesante para mirar como ella.

La regla número tres es que todas las puertas tienen que estar cerradas siempre. Si no podemos asegurarnos de cerrar una, no nos arriesgamos.

O al menos, esa creí que era la regla. Pero, en este momento, estoy en el salón de baile practicando piano y Rose ha abandonado el lugar improvisado donde hacia la tarea para deambular muy *muy* cerca a mis espaldas. La ignoro, hasta que me corre el cabello hacia un lado y besa la piel expuesta donde la base de mi cuello se une a mi columna.

Santo cielo.

Claramente, no se puede pretender que me concentre en el piano en estas condiciones. Así que me volteo y dejo caer las manos en mi regazo.

–Rose –digo y ella me mira con inocencia.

–¿Sí?

–Estamos en un sitio público.

Se acerca más a mí, una pierna a cada lado de mis rodillas, y deja que sus largas ondas caigan sobre mi rostro. Requiere una fuerza

sobrehumana no pasar mis manos por detrás de sus muslos y bajarla hacia mí.

–Estamos en un lugar con las cortinas corridas y la puerta cerrada –dice ella.

Por fortuna, sí tengo una fuerza sobrehumana, aunque me la estén poniendo a prueba. Me echo hacia atrás con una mirada incisiva.

–Una puerta que podría abrirse en cualquier momento.

–Es pesada. Tendríamos la advertencia.

–Que no sería suficiente para que te bajes de mi regazo y regreses a tu asiento.

–¿Es una invitación? –me pregunta con una sonrisa traviesa. Yo me volteo hacia el piano nuevamente antes de que me arrepienta y decida arriesgarme.

Con un suspiro teatral, Rose regresa dando pisotones hacia sus libros. Estudia muchos idiomas –en este momento, está enfocada en italiano y mandarín– y sus profesores la llenan de ejercicios casi todos los días. Y, dado que yo practico piano casi con la misma frecuencia, pensó que podríamos hacer esas cosas juntas para tener tiempo extra. Ella insiste con que el piano no le dificulta concentrarse y por el momento no se ha quejado, así que ahora es nuestra nueva rutina.

Para ser franca, estos ratos que le robamos a la noche son mis cosas favoritas en el mundo. Rose se viste informal, con un estilo que nunca vi. Se pone calzas de yoga, suéteres extragrandes y, a veces, hasta un pantalón deportivo. Y aunque estoy bastante segura de que cuestan más que la prenda más cara que tengo en todo mi armario, hay algo que se siente tan *normal*. Como si fuéramos una

pareja casada desde hace muchos años haciendo sus cosas en la sala de estar después de un largo día.

Por lo general, luego pasamos por mi habitación durante un ratito antes de acostarnos. *Por lo general*, Rose puede esperar. Pero, por lo general, para esta hora ya estamos fuera de aquí.

–Terminaré pronto –le digo y ella se ilumina–. Solo déjame tocar todo desde el principio una vez más, ¿sí?

–Okey, claro.

Vuelvo a tocar la misma melodía que he estado practicando durante la última media hora, pero creo que Rose me ha contagiado su molestia, porque, de pronto, la idea de escucharla una vez más –y trabarme en la segunda parte otra vez– me hace querer arrancarme las uñas.

Así que la cambio por una vieja y fiel canción que mis dedos conocen mejor que mi cabeza. Tal vez, una parte de mí quiere exhibirse frente a Rose, de la manera en que ella lo hizo cuando me llevó a patinar. ¿Y qué tiene si es así? Quiero impresionarla. Quiero que me admire.

Creo que todavía no me hago a la extraña idea de que *le gusto*.

Todas esas sensaciones, la excitación, el asombro, la esperanza surgen con facilidad a través de esta canción. No erro ni una sola nota –no lo he hecho en años–, pero, sin dudas, jamás la he disfrutado tanto. Solía ser reflexiva y bonita. Ahora, es una canción que trata sobre enamorarse de alguien a quien solías ver nada más como una amistad. El tempo es más rápido y se intensifica donde solía disminuir; incluso en una parte llevo la melodía una octava más arriba.

Me estoy divirtiendo y, cuando termino, me siento orgullosa y satisfecha. Al menos hasta que veo a Rose sosteniendo el teléfono, filmándome.

–Eso fue asombroso –exclama.

–Bórralo –digo de forma automática.

Ella levanta la mano libre y deja caer el teléfono sobre el regazo.

–Espera. Lo haré si quieres que…

–Eso quiero.

–Pero tuve una idea mientras estabas tocando. Tal vez podrías subirlo a internet. O Molly, o algo así. Tienes que acostumbrarte a tocar frente a las personas, ¿no es así? Esto podría ser algo intermedio.

¿Subir un video de mi alma expuesta para que gente extraña me juzgue y me critique? ¿Está hablando en serio? Abro la boca para decir que no, rotundo no, pero me interrumpo.

Rose nota que dudo y me pone una mano en la rodilla con suavidad.

–Si nunca das el primer paso hacia donde quieres ir, te quedarás donde estás –dice–. No puedes teletransportarte hacia tu destino.

Jamás lo he pensado de ese modo. Pero tal vez Rose tiene razón. He estado tan preocupada por dónde quiero estar algún día (en mis sueños realistas, ser miembro de una orquesta; en los más alocados, solista) y cuán lejos estoy de mis sueños que me he dejado abrumar por completo. Pero no tengo que convertirme en esa persona todavía. Lo único que tengo que hacer en este instante es dar un solo paso.

Puedo dar un paso, ¿verdad? Es aterrador y la sola idea me hace querer meterme debajo de las cobijas y no salir jamás, pero no es

imposible. Y sí, tal vez la gente se burle de mí en los comentarios o en un chat privado. Pero tal vez no. Tal vez Maddison y sus amigas fueron una excepción. Quizás esta vez lo descubra con certeza. Después de todo, hasta ahora las chicas de Bramppath no parecen odiarme. Aunque sí parecen odiar mi ropa.

Tendría que revisar el video primero, desde luego, para asegurarme de que en cámara suene tan bien como en la vida real. Pero al menos eso estaría controlado. Y no tendría la presión de preocuparme por errar en alguna nota, o entrar en pánico mientras toco, porque ya está hecho.

–¿Puedes enviármelo? –pregunto al fin, y ella lo hace.

Es *muy* tarde para cuando recojo todas mis cosas y nos vamos del salón de baile. Es tan tarde que deberíamos despedirnos. En el patio, nos encontramos con Harriet, que está haciendo su recorrido (cada A. R. tiene la responsabilidad de despejar y cerrar un área de la escuela todas las noches; y ella me contó una vez que su área es la biblioteca). Hasta el corredor está vacío, lo cual significa que todas ya han terminado de cepillarse los dientes y usar el baño.

Pero cuando voy a decirle a Rose que la veré mañana, ella me mira decepcionada y yo me trago las palabras. Además, no es que esté apresurada por despedirme. Así que, mostrándonos con toda la inocencia posible, subimos juntas a su cuarto. *Si alguien pregunta por qué estoy aquí arriba, diré que le presté el cargador de mi computadora*, decido. Pero no tengo que usar esa excusa, porque no nos topamos con ni una sola alma.

–Tendremos que ser rápidas –intento decirle, pero ella me besa por encima de las palabras. Creo que ha estado queriendo hacer esto desde que estábamos en el salón de baile. Chocamos con su

cama y nos caemos juntas, todavía besándonos–. No puedo quedarme mucho tiempo –digo mientras me besa. Dios, desearía no tener que dormir. Qué desperdicio, yacer allí, inconsciente, todas las santas noches, consumiendo el tiempo perfecto para besarse.

–Mm.

–Nos meteremos en grandes problemas si nos atrapan. –*Dios*, desearía que no hubiera toque de queda.

–Entonces, cállate y no nos descubrirán –dice, con los ojos brillando de divertidos.

Abro la boca y ella me besa, hasta que me olvido de lo que iba a decir.

Para cuando me voy del cuarto de Rose, no es "un poquito después del toque de queda" tarde. Es tarde como para una sanción inmediata. Es tarde digno de "si te atrapan, el director te castigará mañana por la mañana". Y debería importarme; en verdad debería importarme mucho. Pero no.

Cierro su puerta con toda la suavidad que me es posible y me escabullo por el corredor hacia las escaleras. Bajo lentamente y con firmeza para evitar que crujan los peldaños.

Por lo que, desde luego, me topo con Harriet al llegar al último.

Me quedo helada, con gesto de dolor, y me preparo para lo que sea que vaya a decirme. Puede que sea mi amiga, pero es exigente con el toque de queda. La he oído más de un par de veces a través de las paredes repartiendo amonestaciones.

–¿Y qué hora te parece que es? –pregunta, mirándome de arriba abajo y un tanto… ¿divertida? Divertida es un buen comienzo. Mucho mejor que enfadada.

–Me quedé dormida sin querer mirando una película con alguien –miento con mi mejor tono suplicante.

–Entonces, ¿no estabas paseando?

–Juro que no estaba paseando para nada. Y no volverá a ocurrir –agrego.

Harriet pone los ojos en blanco con cariño.

–Apresúrate y métete en tu habitación antes de que alguien nos vea –dice y yo junto las manos para agradecerle. Justo cuando me volteo para irme, agrega–: Oye, Danni, te escuché en el piano esta noche, cuando me dirigía a hacer mi recorrido. No te había oído tocar esa canción antes. Fue hermosa.

Me toco la nuca, cohibida.

–Ay. Gracias.

Tal vez *le pediré* a Molly que suba ese video. Si dos personas piensan que fue tan bueno, entonces probablemente debería creerles.

Sin embargo, estoy nerviosa. Lo suficiente como para que me tome horas conciliar el sueño esta noche. Los recuerdos de las burlas (y la necesidad de no darle a las personas ninguna munición posible para que usen en mi contra) se han revuelto lo suficiente para hacerme sentir como si fuera una amenaza actual en lugar de solo una situación de mierda por la que pasé hace casi un año ya.

Pero me recuerdo a mí misma que eso fue en una escuela completamente distinta. En Bramppath, la gente que sabe de mi existencia es decente y, en cuanto a los demás, ni siquiera me registran en su radar. Para ellos no soy nadie en especial, para bien o para mal.

Solo tengo que confiar en que, que sepan que existo, no es motivo suficiente para que me pongan un blanco de tiro en la espalda. Que conocerme no es una buena razón para odiarme.

Pero quizás ese tipo de confianza es algo que solo llega con el tiempo. Tiempo y pruebas. Y la única forma de obtener pruebas es hacer algo escalofriante como esto y que salga bien.

Va a estar bien.

VEINTIDÓS

DANNI

A la mañana siguiente, me despierto después de haber dormido cuatro horas, lista para enfrentar de cabeza el desafío de piano. Entonces descubro un chupetón gigante de color magenta en mi cuello.

Le tomo una fotografía y se la envío a Rose, junto con el mensaje:

> Buen día. Te odio, mierda.

Intento ponerme corrector, pero es *extremadamente* obvio, sin importar cuántas capas le ponga encima. Ignoro los mensajes de Rose pidiéndome disculpas (no hay tiempo) mientras lo limpio y vuelvo a intentar. Entonces, demasiado pronto, Molly llama a la puerta para ir a desayunar.

–Oye, me quedé dormida –grito–. Te veré allí, ¿okey?

–Ah –dice del otro lado de la puerta. Es probable que se esté preguntando por qué no la abro. Por desgracia, estoy demasiado

cansada para inventar una explicación convincente. Un segundo después, pregunta–: ¿Necesitas ayuda?

–¡Nop! Estaré allí en un segundo. Guárdame un asiento.

Al final, busco un videotutorial para aplicar corrector. Queda mejor, pero todavía se ve bastante obvio. Y entonces me doy cuenta de que, de cualquier forma, ya es demasiado tarde. No puedo entrar a desayunar sin que me reciba un coro de zapateo y hoy, de todos los días, prefiero quedar hambrienta a que pase eso.

Unos minutos después, llaman a la puerta. Jamás me he salteado el desayuno, así que mi primer pensamiento es que han enviado a alguien para ver cómo estoy, para asegurarse de que no estoy en cama sin poder caminar o algo así. Me levanto el cuello de la camisa para cubrirme la piel (algo que no me permitirían hacer en clase, pero para estar en mi propia habitación está bien) y voy a la puerta, donde me encuentro a Rose del otro lado.

–Me imaginé que necesitabas apoyo cuando no te vi en la fila del desayuno –explica. En las manos tiene un pote pequeño y un pincel–. Tengo maquillaje escénico. Esto debería funcionar.

En realidad, lo que tiene es una crema milagrosa. Me sienta en la silla del escritorio y, en menos de un minuto, consigue que deje de verme como si hubiera tenido un altercado con un vampiro sin dientes, a parecer como si tuviera una erupción muy leve en el cuello, en el peor de los casos. Y eso, solo si se lo mira con atención.

–Lamento que hayas tenido que perderte del desayuno –digo mientras ella trabaja ocupada.

–Creo que podemos decir, con toda seguridad, que es mi culpa en esta ocasión –replica con suavidad.

Cuando queda satisfecha con la obra, asiente y se apresura a lanzarse hacia adelante para besarme el otro lado del cuello.

–*Rose*. –Me echo a reír, doblando la cabeza hacia el hombro–. No necesito *dos*.

–Lo siento. Es imposible pasar tanto tiempo tocándote el cuello sin besarlo –dice, pero no parece lamentarlo–. No soy tan fuerte.

–Puedes besarme. –Sonrío–. Solo deja a mi cuello afuera de esto.

No tengo que pedírselo dos veces.

***

–Te ves fatal. –Molly me saluda alegremente cuando me encuentra afuera del aula media hora después. Rose no está (decidió regresar a su habitación y venir a clase más tarde, así no despertamos sospechas)–. ¿Aunque sea te cepillaste el cabello esta mañana?

Lo hice. Pero no después del paso de Rose. Digamos que perdimos la noción del tiempo. Se me encienden las mejillas y uso las palmas de las manos para aplastarme el cabello con furia. Mientras tanto, Molly extrae una banana.

–Esto fue lo mejor que pude conseguir –dice–. Intenté traerte tostadas, pero me obligaron a comerlas antes de salir del comedor.

La acepto agradecida.

–Gracias. En realidad, tengo otro favor que pedirte.

–¿Otro? ¿Después de que acabo de *contrabandear* una banana?

Nos movemos por el corredor para poder seguir conversando. Una vez que entramos al aula, se supone que debemos permanecer en silencio detrás del escritorio, pero los corredores son tierra de nadie.

–Lo sé, estoy tentando a la suerte –bromeo. Busco el video que me envió Rose anoche y se lo reenvío a Molly–. Bueno, sé que es un

poco extraño, pero me preguntaba si podrías… publicar esto. Sé que no es algo de una marca ni nada por el estilo, pero…

–Claro –dice–. Por supuesto.

Se lleva el teléfono a la oreja para escuchar. Detrás de ella, Rose y Eleanor entran al aula. Rose me mira y me sostiene la mirada durante un segundo demasiado largo y siento una precipitación tan intensa en el estómago que casi me olvido de cómo respirar.

–Es que tengo una nueva meta –le explico, obligándome a regresar la atención a Molly–, acostumbrarme a que me vean.

Ella me mira con una expresión divertida.

–Bueno, conozco muchas personas que estarían felices de verte –dice mientras guarda el teléfono–. ¿Rose lo filmó?

–¿Cómo lo supiste? –pregunto, antes de recordar el final del video, donde Rose dice que estuve grandiosa–. Ah, cierto. Su voz.

Maldición. Aunque Molly jamás me pidió que ignorara a Rose ni nada de eso, siento como si me hubiera atrapado traicionándola de algún modo. Respiro hondo y me pregunto si ella se siente de la misma manera.

Pero solo se ve un poco triste.

–¿Cómo está Rose? –pregunta–. ¿Está bien?

–Ah, em, sí… Está bien.

Me mira como si fuera a preguntar algo más, pero luego se encoge de hombros.

–Lo publicaré después de la clase. Te contaré qué sucede.

***

Y eso hace. Al final de la tercera hora, me deja revisar los comentarios mientras caminamos. Es reciente, así que solo hay

algunos, pero todos son muy bonitos. La mayoría me hace cumplidos por cómo toco. Además, una persona señala que quien filmó es la mismísima princesa Rosemary.

En Educación Física, me envía varias capturas de pantalla similares en contenido. Los comentarios están salpicados por alguien que dice que soy bonita, lo cual no debería hacerme sentir así de resplandeciente, pero supongo que estoy obsesionada con recibir validación de extraños. Por mucho que admire a las personas que no necesitan de comentarios externos para sentirse bien consigo mismas, yo no lo puedo entender. Mientras la profesora está distraída, le escribo un mensaje a Molly para preguntarle si ya recibió alguna crítica horrible, pero ella insiste en que no.

Finalmente, después de clase, me tomo unos minutos a solas en mi cuarto para leer todos los comentarios. Lo han visto una cantidad desmesurada de veces. Conozco el internet, para este momento debería haber al menos *alguien* que critique el hecho de que aceleré el tempo original de la canción, o mi cabello, o mi postura. Pero si los ha habido, Molly los ha estado eliminando. Si ese es el caso, supongo que preferiría no saberlo. He sido vista oficialmente y, hasta ahora, estoy sobreviviendo. ¡Quién me viera!

Y recién ahora noto la descripción de Molly:

> Mi mejor amiga es más talentosa que la tuya.

Con un suspiro de felicidad, me llevo las rodillas al pecho y cierro la tapa de la computadora.

VEINTITRÉS

ROSE

Alfie está desesperado por algo que tiene para decirme. Me puedo dar cuenta incluso a través de la videollamada. Ha cambiado de posición no menos de ocho veces en los últimos minutos, mientras me cuenta sobre su semana con insoportable lujo de detalles. Yo espero con paciencia a que termine de hablar. Entonces, enarco una ceja y le pregunto si está todo bien.

No me sorprendió para nada que me llamara justo después de que terminaran las clases. Solemos conversar por video cada dos o tres semanas, además de los mensajes habituales. Pero está bastante claro que esta videollamada en particular tiene una intención oculta.

–Sí… ¿Por qué?

–Pareces inquieto. ¿Hay algo de lo que querías hablar?

Se mueve sobre la cama y se lleva un puño debajo del mentón para levantarlo. Todavía tiene puesto el uniforme escolar, que es la versión en pantalón y blazer del nuestro, con el mismo tono de verde bosque.

–¿Crees que hay algo de lo que *deberíamos* hablar? –dice con evasivas.

–Bueno, sin dudas, parece que tú sí –respondo–. ¿Por qué no comienzas?

–Bien. –Ahueca la almohada que está debajo de él y se despatarra contra ella–. Creo que tenemos que hablar del hecho de que nos besamos. No has olvidado que nos besamos, ¿verdad?

–Ay, sí, cierto –bromeo, y él me lanza una mirada fulminante. Okey.

–Es solo que nos besamos y luego ambos fingimos que no ocurrió nada. Y he estado esperando que tú lo mencionaras, pero tal vez has estado esperando que yo lo mencionara, así que pensé que sería mejor que uno de los dos lo hiciera.

Pienso en las últimas semanas y en qué ha capturado mi atención. En el poco tiempo que he pasado pensando en el beso de Alfie y, mucho menos, deseando que él me hablara al respecto. De hecho, cuando pensé en él fue con la esperanza de que simplemente jamás volviéramos a hablar del tema y que pudiéramos fingir que fue un delirio febril o una alucinación. Ay.

–Cierto –digo, porque ¿qué otra cosa podría decir?

Creo que la expresión en mi rostro debe decirlo todo, porque Alfie parece desanimarse un poco. Y al verlo, me siento apenada al fin. Debería haberlo mencionado antes, sin importar cuán atroz e incómodo fuera, para explicarle que no siento nada por él. Fue cruel de mi parte dejar que se mortificara por esto; esperar que mi silencio le dijera todo lo que necesitaba saber. Peor, fue una cobardía. Sin dudas, algo que una buena persona no les hace a sus amigos.

–Mira, Rosie, solo quiero asegurarme de que todavía somos amigos. No quiero que las cosas se vuelvan raras entre los dos por culpa de un estúpido beso. Eso es todo.

¿Eso es todo? El alivio barre con toda la tensión de mi cuerpo de un tirón y yo asiento con entusiasmo.

–Estoy completamente de acuerdo. Jamás podría dejar de ser tu amiga.

–¿En serio? –pregunta y yo vuelvo a sentir la apuñalada de remordimiento.

–Por supuesto, aunque lamento no haber hablado de esto antes.

Él me sonríe de una manera sin dudas genuina.

–¿Qué dijo tu familia? –pregunta.

–Adelante, adivina –exclamo después de poner los ojos en blanco.

Él finge pensarlo.

–Mm. Me imaginaría que adoraron la atención positiva que te dieron en los periódicos. Y el hecho de que silenció las historias infames durante una semana o casi. Y que quedaron *exultantes* ante la idea de tenerme como su futuro yerno. A propósito, espero que no se tomen a mal esta decepción.

–Muy acertado –digo–. En especial, la parte acerca de los periódicos. Creo que casi estaban esperando que lo hiciéramos otra vez.

Me doy cuenta demasiado tarde de que eso suena como si estuviera insinuando que yo quiero lo mismo y reprimo un quejido.

–Bueno, no hay motivo por el cual no les podamos dar más que hablar, ¿o sí? –pregunta.

–Eh… –Ladeo la cabeza.

–Ah, no entres en pánico, Rosie, me refiero a algo platónico. Solo que ellos no tienen que saberlo. ¡Podríamos fingir que salimos!

–¿Fingir que salimos? –repito.

–Por supuesto. Podemos vernos en persona unas veces, tal vez tomados de la mano para las cámaras y *pum.* Consigues más historias que no tienen nada que ver con tus tantos errores.

Parpadeo por la sorpresa.

–¿Y tú qué obtienes?

–Más tiempo para pasar contigo –dice con sencillez–. Puedes ser difícil de localizar, sabes. Además, creo que sería extremadamente divertido ver cómo toman las cosas y se las creen. Podremos controlar la narrativa por una vez.

A decir verdad, no sé por qué Alfie está hablando como si él tuviera alguna dificultad con eso. Pero tengo que admitir que su punto es válido. Sería lindo manipular nosotros a los medios, en lugar de permitirles moldear la opinión que mis ciudadanos tienen de mí. Desde luego, tendría que preguntarle a Danni, pero si ella se siente cómoda con la idea, entonces ¿por qué no?

–Te refieres a algo falso, ¿cierto? –pregunto solo para corroborar.

Él sonríe con un poco de superioridad.

–Rosie. Confía en mí. No estoy aquí sentado, imaginándome alguna gran historia de amor entre los dos en la que, después de haberme tomado de la mano un par de veces, te das cuenta de los verdaderos sentimientos que tienes por mí. Y, además, sin ofender, el beso fue un poco…

–¿Qué? –pregunto, bastante dispuesta a ofenderme de todos modos.

–No fue muy bueno. –Termina de decir y yo me enfurezco. Pero enseguida aclara–: ¡No por ti! Tú besas de maravillas. Es solo que se sintió como… muy…

–¿Frío? –Termino de decir por él y Alfie asiente con entusiasmo. Entonces, agrego, aliviada–: Yo sentí exactamente lo mismo.

–No hubo nada allí. Lo cual está bien –añade–. A veces tienes que probar, solo para saber, ¿no?

–Por supuesto. Yo… –Me interrumpe una notificación de llamada entrante que ocupa media pantalla–. Alfie, ¿puedo llamarte después? William está intentando hablarme.

–Ah, claro. En realidad, estoy a punto de comenzar a escribir un ensayo, pero ¿te escribo más tarde?

–Perfecto.

Bueno, eso salió mucho mejor de lo que esperaba. Tanta procrastinación y evasivas y al final Alfie lo entendió por completo. Me siento una tonta. Desde luego, debería haber sabido que él lo comprendería. Es solo que, últimamente, me está costando más y más confiar.

Respondo el llamado de William sintiéndome mucho más aliviada que hace veinte minutos. Él, sin embargo, no pierde el tiempo en tirarme abajo con su tono rápido y urgente.

–Rose, hemos recibido desde el Colegio Bramppath el dato de que tienes una relación con una estudiante llamada Danni Blythe.

Me incorporo como un rayo sobre la cama y me quedo en blanco.

–¿Qué? ¿De quién? –pregunto, para nada tan moderada como pretendía sonar.

–Por desgracia, fue anónimo. Y antes de que preguntes, no nos dieron evidencias. Pero, naturalmente, el primer paso que debo

tomar es contactarte y averiguar si hay algo de verdad en la acusación.

Me pongo a repasar de modo frenético los eventos de las últimas semanas. ¿Cómo pudieron enterarse de Danni y de mí? ¿Acaso ella le contó a alguien? ¿De alguna forma metimos la pata? ¿Acaso alguien pudo vernos? ¿Danni dejó las cortinas entreabiertas alguna noche? No que yo pueda recordar. Estuvimos siendo cuidadosas, ¿o no?

¿Fuimos cuidadosas?

¿William habrá hablado con Theodore? Es natural que él sospeche la verdad después de aquella noche en el bosque, pero por lo general, tenemos el acuerdo de que, siempre y cuando no ponga en riesgo mi vida con mi comportamiento, él no anda informando al palacio sobre mi vida cotidiana. Y me ha visto drogada en más de una ocasión, así que no es que no haya puesto a prueba esa teoría.

–¿Rose? –insiste William–. Sé que tus padres prefieren "no preguntar, no decir nada", pero en este caso tengo que disentir con ellos. Cuanto más sepa, mejor puedo trabajar para protegerte y evitar que se esparzan los rumores.

Lo que dice tiene sentido; sin embargo, no es así de simple. Para empezar, Danni solo salió del clóset con una sola persona, una amiga de Estados Unidos llamada Rachel. Me lo contó hace como una semana. Aunque yo decidiera que William debería saber de nosotras, primero necesitaría el permiso de ella. Y, a decir verdad, no me entusiasma para nada ponerlo al tanto de este hecho en particular. Es de gran ayuda en muchas áreas, pero en cuanto alguien dentro del palacio sepa de Danni y yo, ya estará fuera de nuestro control. En el palacio tienen la facilidad de hacer que los

problemas desaparezcan, pero históricamente no se han preocupado demasiado por el precio que conlleva. No quiero que vigilen a Danni. No cuando me elegirían a mí sin dudarlo ante el más mínimo escándalo.

–Danni es una amiga mía –digo sin emoción–, pero eso es todo.

–Ya veo –dice William, con el mismo tono que yo. Es imposible darme cuenta si me cree–. Bueno, solo para que estés al tanto, ha habido una discusión en internet con respecto a ti y a tu amiga. Te voy a enviar unas capturas de pantalla que tomamos el día de hoy.

Allí está mi respuesta sobre si me cree o no. Frunzo el ceño mientras él me envía todo en silencio. ¿A qué se refiere con *discusión en internet*? ¿Cómo demonios pueden tener una opinión sobre Danni y yo? Y si fuera cierto, ¿cómo es que yo no estaba al tanto? Extraigo la computadora y me apresuro a buscar en el correo, donde encuentro un mensaje encriptado de William.

Las primeras capturas adjuntas parecen ser de la sección de comentarios debajo del video del piano que publicó Molly. Algunos solo son de personas que dicen notar mi voz y dicen que es lindo ver que Danni y yo todavía somos amigas. Una persona va más allá de eso y escribe:

> ¿Qué hay con ese tono de enamorada en el final?

Y otra persona (amiga de la anterior, tal vez) contesta:

> Primero el partido de rugby, ahora esto.

La última captura de pantalla es de una publicación en un foro dedicado a las familias reales europeas, titulado sin mucha

creatividad:

> **¿¿¿La princesa Rosemary y Danni Blythe???**
>
> Óiganme. Tengo una teoría conspirativa. Este año, Rosemary y Molly de repente comenzaron a aparecer con su nueva amiga, Danni Blythe, quien sale en algunas de las historias de Molly. Después, en septiembre, las vemos a las tres juntas en la emisión en vivo de Molly, donde accidentalmente filma a Danni cayéndose y Rosemary la atrapa.

Sigue un video corto del incidente a modo de ilustración. Es como si atrapar a alguien que se está cayendo fuera evidencia irrefutable de un romance. Apenas conocía a Danni en ese entonces, por todos los cielos.

> Luego, más tarde en el partido, ¿notaron cómo Rosemary observa a Danni? Vean su expresión. Yo no miro a mis amistades de ese modo.

Lo que sigue es un video en cámara lenta en el que aparezco volteándome de costado para ver a Danni, que está mirando el partido. Estamos en la parte de abajo del encuadre, tomadas por la cámara de manera incidental mientras Molly filmaba el partido. Juro por mi vida que no recuerdo mirar a Danni de ese modo, o por qué. Y, desde luego, a esa velocidad se ve intenso y reflexivo y, tal vez, hasta *dolida* si se quiere ir más lejos. Pero yo *no* estaba dolida. Y en velocidad normal, ¿por cuánto tiempo la miré? ¿Tres segundos? Es probable que estuviera pensando en lo aburrida que estaba.

> Más tarde, en el vivo, vemos a Rosemary y Danni regresando de algún sitio, ¡una usando la ROPA de la otra! Luego Molly y Rosemary, de una

> forma misteriosa, se distancian, aunque ninguna de las dos jamás comenta qué ocurrió entre ellas exactamente. Pero ¿no creen que es una coincidencia interesante? ¿Que eso sucediera justo después de que Rosemary salvara la vida de Danni?

Tal vez habría sido una coincidencia interesante si esa hubiera sido la línea de tiempo, pero continúa:

> Después, vimos las fotografías del cumpleaños de la reina en las que aparecen Rosemary, Eleanor y Danni: ¡y miren dónde está la mano de la princesa! ¿Por qué está tocando a Danni y no a Eleanor? A ella la conoce desde hace mucho más tiempo. Y otra vez, Molly está ausente.

Es… Ay, vamos, está en la parte baja de la espalda de Danni. Y sí, está bien, para ese entonces ya estaba enamorada de ella, pero ¿eso qué prueba?

> Y ahora, para nuestra sorpresa, tenemos el video de Danni tocando el piano, que publicó Molly, pero *filmó Rose*. Y escuchen el tono de voz de la princesa cuando habla. Si eso es amistoso, yo soy la próxima reina.
> Mi teoría es la siguiente:
> Rose y Danni se están viendo y Molly se lo tomó mal. Posiblemente porque está celosa de su cercanía o tal vez estaba enamorada de Rose. Esa es la razón por la que, de pronto, ¡jamás las vemos cerca! Pero eso nos lleva a la pregunta: ¿por qué todavía es amiga de Danni? ¿Acaso es así de madura? ¿O quiere mantener a sus enemigos cerca? ¿Qué opinan ustedes?

Por fortuna, la publicación apenas tiene un poco de interacción. De todas formas, cuando leo el último párrafo, la ira me aflora desde el interior. ¿Sentimientos secretos entre Molly y yo? Es la estupidez

más grande que jamás he leído. ¿Y por qué no mencionan la muerte de Oscar como una potencial razón en el cambio de comportamiento en Molly? Parece que, si nos guiamos por la navaja de Ockham, hay una explicación mucho más razonable que la llegada de Danni Blythe, ¿no?

–Esto es absurdo –digo convencida–. Con honestidad, ¿por qué motivo me llamaste? Alguien que está obsesionado con mi familia se puso a analizar cómo miro a una de mis amigas ¿y esto constituye una crisis?

–No es una crisis, no. Es solo algo para tener en cuenta. Por si, tal vez, estás siendo menos discreta de lo que pensaste…

Para estas alturas apenas estoy escuchando, porque estoy demasiado aliviada. Esto no tiene ningún fundamento. Sí, esta persona, junto con aquellas que dejaron los comentarios molestos en el video de Molly, se ha topado con la verdad, pero eso es exactamente lo que es. Algo insignificante. La mitad de la "evidencia" incluye videos cortos desde mucho antes de que hubiera algo que hablar entre Danni y yo. No nos hemos descuidado.

– A mí me parece que la persona anónima que dio el dato y la que publicó esto son probablemente la misma –sentencio–. Es posible que mintiera sobre ser una estudiante de Bramppath.

–Tal vez –dice William, pero su tono es lo suficientemente dudoso para dejarme intranquila.

–¿Hay algo más que deba saber? –pregunto.

–No. Te he contado todo lo que sé.

Pero si lo que sabe es tan limitado, ¿por qué se lo tomó con la seriedad necesaria para llamarme en primer lugar? ¿Qué es lo que no me está contando?

Después de colgar, voy directo a la habitación de Danni. Para mi desgracia, encuentro su puerta abierta sostenida por un zapato, lo cual significa que está en la ducha. Es lo que hacemos todas. Las tarjetas magnéticas son propensas a dañarse con el agua, y los pequeños cubículos de las duchas tienen la costumbre molesta de empapar todo lo que traemos con nosotras, incluyendo las cosas que colocamos sobre la pequeña banca que sirve de espacio para eso. Hasta tenemos que dejar las toallas y la ropa por encima de la puerta para que no se mojen.

Por fortuna, hay solo una ducha en uso en este piso, así que, una vez que cierro la puerta del baño detrás de mí, tengo la suficiente seguridad de gritar el nombre de Danni.

–¿Rose? –pregunta ella–. Espera. Un segundo.

Un momento después, abre la puerta del cubículo y asoma la cabeza. Está envuelta con una toalla bien ajustada y su cabello rubio está más oscuro debido al agua; lo tiene empapado y pegado a la frente y al cuello y se ve aceitoso y resbaladizo por el champú o el acondicionador. Huele a mantequilla de cacao.

–Acabo de recibir una llamada de William, desde el palacio –le cuento en voz baja–. Alguien le contó que tú y yo tenemos algo.

Ella abre la puerta de golpe.

–¿A qué te refieres? –pregunta.

Doy un paso más cerca para que pueda oírme por sobre el rugido de la ducha sin que yo tenga que elevar la voz.

–Se lo contó alguien que dice ser de Bramppath. No le mostró ninguna evidencia, pero…

El picaporte de la puerta del baño comienza a moverse y yo me quedo helada. Estoy aquí parada con la mitad del cuerpo adentro del

cubículo de Danni, hablándole mientras ella está empapada y tapada solo con una toalla y, aunque estoy segura (casi segura, parcialmente segura) de que la informante anónima está mintiendo, ¿qué pasa si no? ¿Qué ocurre si alguien en Bramppath sospecha que hay algo entre nosotras y resulta que esa persona nos encuentra en esta situación?

Debería echarme hacia atrás y cerrar la puerta del cubículo. Es, por lejos, la reacción más racional. Después de todo, no hay nada de sospechoso en hablarle a una compañera desde el otro lado de la puerta de la ducha. El problema es que el tono de William me puso nerviosa y me siento observada hasta por las paredes, y la adrenalina no combina con lo racional. Así que, para mi desgracia, es el sistema nervioso central el que elige el siguiente movimiento y decide meterme en el cubículo para esconderme de quien sea que esté entrando.

El problema con estas duchas es que son espantosamente pequeñas. Danni estaba apenas evitando que se le mojara la toalla mientras hablábamos. El espacio no está diseñado para que el agua siga corriendo mientras las estudiantes se secan. Así que, cuando el pánico hace que me lance pasando a Danni, el único sitio para ir es directamente debajo de la regadera. Todavía vestida con el uniforme entero. Doy una bocanada de aire por instinto cuando el chorro fuerte de agua caliente me baña y me llevo una mano a la boca antes de que suelte un chillido.

Danni se apura a cerrar la canilla –algo que no se me había ocurrido en mi estado de shock–, pero es demasiado tarde. Estoy empapada por completo. No es que mi ropa esté goteando sobre las baldosas, sino que el agua cae como cataratas.

Junto a nosotras, se cierra la puerta de otro cubículo y se abre la ducha. Danni mira hacia atrás y luego voltea a verme. Tiene la boca torcida de una forma muy interesante, como si estuviera intentando con valentía no soltar una carcajada.

–¿Por qué demonios hiciste eso? –pregunta solo con los labios y yo dejo sobresalir la mandíbula. ¿Por qué cree que lo hice? *Porque no estaba pensando*, es obvio.

–Ayúdame –le pido moviendo los labios. Luego levanto los brazos para examinarme. Excelente. Maravilloso. Tengo la cantidad de agua equivalente al peso de mi cuerpo metida en el uniforme, el cual todavía tengo pegado a mí. Y mi cuarto está en el piso de arriba. Fantástico.

Cuando Danni recupera sus rasgos faciales, me mira como si estuviera reacia a decirme algo. Escurro un chorro de agua de mi cola de caballo mientras ella reúne el coraje.

–Todavía tengo champú en el cabello –susurra, señalándose la cabeza.

Yo la miro fijo con frialdad y no necesito hablar para que entienda lo que quiero. Ella levanta un dedo con un gesto de *un segundo* y sale apresurada del cubículo con su toalla, dejándome con frío, empapada y maldiciendo a William con todo mi ser.

VEINTICUATRO

ROSE

Voy con Danni a su habitación, con los pantalones deportivos holgados y un suéter con capucha rasposo que arrojó por encima de la puerta del cubículo. Todavía está luchando por no reírse.

–Se te ve bien –dice mientras yo colapso sobre su cama.

–Entré en *pánico* –gruño, boca abajo.

–Bueno, sí…, lo imaginé. ¿Podemos rebobinar? Cuéntame desde el principio; ¿qué está ocurriendo, con exactitud?

Inhalo y exhalo profundo y me lanzo de lleno a resumirle todo lo que me contó William acerca de la soplona anónima de Bramppath.

–Hay más –digo, extrayendo mi teléfono mientras Danni procesa la información. Le muestro los enlaces que me envió William y la captura de pantalla con los comentarios en el video de Molly. Los examina con cautela.

–Okey, no es tan malo –dice; y el hecho de que esté repitiendo mi reacción inicial con William de algún modo me calma–. Hay, ¿cuántas? ¿Tres personas diferentes que en verdad se creen esto?

Todos los demás les están pidiendo evidencia y no hay nada. No tienen nada contra nosotras.

–Por ahora –exclamo y Danni me mira con dulzura.

–No les daremos nada –sentencia con una seguridad en sí misma increíble para alguien que me vio hace solo quince minutos arrojarme bajo una ducha para evitar que nos vieran–. Son solo especulaciones. Toda celebridad tiene sus rumores de romance *queer* con alguien. Me sorprende que esta sea tu primera vez.

–¿En serio? –pregunto, embobada.

–Ay, pues claro. Tan pronto como te vuelves el centro de atención, hay gente que se convencerá a sí misma de que tienes una relación con cualquiera que hayas compartido espacio una vez. Quiero decir, mira la mención a Molly. Debatir sobre si una celebridad está en el clóset es una de las grandes actividades de la comunidad *queer* en internet –dice con sabiduría antes de hacer una pausa y agregar–: Está al mismo nivel que discutir sobre lo terrible que es especular acerca de la sexualidad de las personas y acordar como grupo no volver a hacerlo jamás.

–Parece que sabes mucho sobre comunidades *queer* en internet.

–Conozco muchas comunidades *queer*. Solo que ellas no saben de mí todavía.

–Okey, puede que tengas razón –digo y Danni sonríe con ganas.

–Tengo mucha razón. Relájate. Estamos bien.

Yo le devuelvo una sonrisa débil.

–Lamento haberte sacado de la ducha. Es que me preocupé cuando me llamó William. Se supone que debo esconder esto la vida entera y la idea de que pudiera haber tenido un traspié a solo *semanas* de tener mi primera novia… –Me interrumpo al notar la

expresión de Danni y allí es cuando me doy cuenta de lo que acabo de decir. El rostro se me enciende y me pica mientras pienso con desesperación en una forma de remediarlo–. Quiero decir, no es que hayamos… *Novia* no.

–¿La vida entera? –repite ella.

–Bueno, las princesas no pueden ser lesbianas. No cuando eres la próxima en la línea de sucesión –digo con despreocupación y continúo–: Sé que no hemos discutido nuestro tipo de relación. Por favor, no pienses que te estoy apresurando o presionando. Jamás había hecho esto antes, así que no sé cómo funciona.

¿Cómo sabes cuando tienes novia? ¿Es un término que se aplica de forma automática después de que pasó una cierta cantidad de tiempo? ¿Es que una lo propone? ¿Implica darse algún obsequio? Porque puedo organizarlo si es necesario. Solo si Danni está abierta a la idea, desde luego. Lo cual… sin dudas no parece ser el caso… porque me está mirando fijo con una expresión que solo puede describirse como horror abyecto.

–Entonces, ¿*jamás* le vas a contar a nadie que eres lesbiana? –pregunta.

Se me para el corazón por un segundo al oír su tono de voz. ¿Por qué está actuando como si esta fuera información nueva?

–Mis padres lo saben –respondo.

–¿Pero nadie más puede? ¿Jamás?

Titubeo, tratando de entender la confusión. De seguro no hace falta decir que no puedo confesar en público que soy lesbiana. ¿O acaso ella se refiere a los círculos más íntimos?

–Puedo decírselo a las personas que necesitan saberlo –digo con cuidado–. Sí tengo la intención de contarles a algunos de mis amigos

algún día. Pero es difícil de encontrar la manera. Necesito estar segura de que lo mantendrán en secreto, incluso si la amistad se termina.

¿Acaso Molly lo haría, por ejemplo? ¿Guardaría mi secreto? Creo que sí. Pero ¿estaría dispuesta a arriesgar mi futuro por eso?

–Tendrían que guardar el secreto por siempre –observa Danni–. Porque jamás saldrías del clóset públicamente.

–Yo… No –exclamo, aturdida–. Pensé que lo sabías.

Ella levanta las manos como un gesto débil, inseguro.

–Imaginé que no lo ibas a hacer mañana, por ejemplo. Pero…

–Pero ¿qué? ¿Por qué necesito contarlo? Estoy feliz. Creo que jamás he estado así de feliz.

Danni ha cerrado las manos en forma de puños, con tanta fuerza que los nudillos le quedaron blancos.

–Tú no *necesitas* contarlo. Tú no necesitas hacer nada. Pero yo no creo que esté de acuerdo en esconder esto para siempre. Quiero decir, es mucho tiempo.

Mi instinto inmediato es señalar que, por mucho que me guste Danni (y sí me gusta *muchísimo*, más que nadie en la vida), es precipitado incluso considerar las implicaciones de para siempre en este momento. Por todos los cielos, hace unos minutos me daba pánico que ella pensara que yo estaba yendo demasiado rápido al llamarnos novias. Pero decirlo de ese modo puede que suene un poco más doloroso de lo que pretendo.

–Creo que es mejor tomarnos las cosas día a día, por ahora –digo–. No tiene sentido pensar en los problemas del mañana. ¿Esto importa hoy? ¿Estás molesta hoy porque nos estemos escondiendo?

–No –responde de mala gana y yo me entusiasmo.

–¿Lo ves? Ni siquiera tú has salido del clóset, ¿verdad?

Danni asiente mirando el suelo. Me siento terrible porque ella no se haya dado cuenta de las consecuencias que implica involucrarse conmigo. Había supuesto, como una estúpida, que no necesitaba aclararlo. El cielo es azul, respiramos oxígeno para vivir y el trabajo de una reina es casarse con un hombre y tener un heredero. Pero Danni no creció aquí. ¿Cómo pude haber esperado que supiera las verdades que yo doy por sentadas? Era mi responsabilidad asegurarme de que ella supiera, desde el inicio, lo que implicaba besarnos.

–¿Tienes alguna pregunta? –quiero saber.

Ella no duda.

–Entonces, ¿vas a casarte con un hombre algún día?

–Sí.

–Y después ¿qué? Te separas de… quien sea que estés viendo.

–No. Cuando me case, será con alguien que comprenda las condiciones. Mi matrimonio será para aparentar, y espero que sea amistoso, pero no será mi compañero de vida.

–Pero ¿por qué? Eventualmente, serás la reina, ¿cierto? Tú estarás al mando.

–Seré la reina de un país en mayor parte católico. Un país que no hace mucho ha estado a punto de abolir la monarquía por completo.

Danni no parece convencida.

–Bueno, si ellos deciden hacer eso por quién eres, entonces no es tu culpa. Además, no puedes decirme que jamás ha habido un rey o una reina que decidiera no casarse y tener hijos.

Con todos los demás, puede que la pregunta se interprete como una crítica hacia mí; y puede que me hubiera puesto a la defensiva.

Danni, sin embargo, se las arregla para mantener un tono con la dulzura suficiente para hacerme sentir que esto es una conversación más que un interrogatorio.

–Los ha habido –respondo–. Y su linaje terminó con ellos.

Mis palabras no parecen impactarla del modo que me impactan a mí.

–No me malinterpretes –dice con cuidado–, pero ¿y qué tiene?

–Que… mi familia ha estado a la cabeza de este país durante siglos, ¿y yo dejaré que los libros de historia cuenten que se terminó para siempre conmigo? Está fuera de discusión. Daría un paso al costado antes de permitir que suceda eso. Mi tío o mi prima podrían tomar mi lugar.

–Okey, entonces, una vez más… ¿por qué no lo harías?

–Porque es para lo que me han educado. Es el futuro que siempre vi para mí. Hay cosas que quiero hacer cuando sea reina. En esa posición, podría hacer cosas buenas. Podría hacer que mi familia esté orgullosa.

Incluso, algún día, puede que me convierta en alguien de quién *yo misma* esté orgullosa.

–¿Por qué *debería* renunciar a eso? –termino de decir.

–Porque estás hablando de ocultar tu verdadero yo por el resto de tu vida para poder gobernar un país que crees que no te querría por cómo eres. ¿En qué lugar quedan tus necesidades?

–En ninguno –digo sin emoción–. Es una parte muy famosa de la descripción del empleo. Además, no es como si tuviera que renunciar al amor por completo. Solo tengo que ser discreta.

–Y ¿eso qué significa exactamente? ¿Llamar a tu amante para tener sexo los fines de semana? ¿O acaso vivirá contigo en el

palacio?

Sé que le dije que podía preguntar, pero no tengo una respuesta para esta todavía. Me paso la lengua por los dientes y respondo en tono monocorde:

–Creo que esa es una conversación que tendría con quien sea que esté comprometida conmigo en ese entonces.

Ahora es el turno de Danni de avergonzarse de ella misma. No era mi intención, solo está intentando comprender lo que todo esto significa. Lo que sería, exactamente, un futuro conmigo.

No es una linda sensación, considerando todas las formas en que algún día le fallaré a la chica que ame. Lo mucho peor que sería su vida por amarme a mí en lugar de a otra persona.

–Rose –dice Danni con pesadez–. Soy nueva aquí. Sé algunas cosas, pero no todas. Así que necesito que seas honesta conmigo. Sé que Henland es un país católico. Pero he visto cambios de actitudes en áreas religiosas, incluso en lo que va de mi vida. ¿No crees que hay *alguna* probabilidad de que puedan aceptar a una reina que está con una mujer? Aunque no sea hoy. ¿Tal vez en diez años?

A juzgar por su tono, está claro que me está rogando que esté de acuerdo con ella. Quiere que le dé algo de qué aferrarse; aunque sea solo un hilo de esperanza.

Pero me pidió que fuera honesta.

–No lo creo –respondo.

Ella se presiona las sienes con las yemas de los dedos.

–¿Cuál es el punto, entonces? Si sé que no estoy de acuerdo con ser una amante secreta, ¿por qué siquiera empezaríamos a tener una relación? –Se está poniendo rosada; supongo que está notando

lo que significa, al igual que yo, pero continúa–: No estoy diciendo que vayamos a casarnos algún día. *Sé* que es pronto y que ni siquiera somos algo ahora. Pero lo que estoy diciendo es que, si no hay posibilidad de que esto tenga un final feliz, entonces yo… ¿No es más inteligente terminar ahora? ¿Antes de que una de nosotras termine lastimada?

Creo que es una pregunta retórica, pero lo ignoro.

–No.

–¿No? –repite como una tonta–. ¿Según qué?

–Según… el hecho de que quiero estar contigo. No quiero que esto termine.

–Pero *sí terminará* –señala–. No es que, si *seguimos* juntas por tiempo indeterminado, un día yo lo superaré y no tendré problemas con que mi novia me esconda en una habitación mientras ella se casa con alguien más. Jamás estaré de acuerdo con eso, Rose.

–Entonces, terminará más adelante.

–Ah, sí… Gran idea, involucrémonos emocionalmente entre las dos primero, así nos duele mucho más.

–Las personas se separan todo el tiempo. La mayor parte de las relaciones no duran por siempre, pero de todos modos las comienzan. ¿Cuál es la diferencia?

–Estar en una relación que no funciona es parte de la vida. Comenzar una relación que *sabes* que no funcionará es masoquismo.

–Pero tendremos el ahora –digo, inclinándome hacia adelante–. Danni, quiero estar contigo. Estar a tu alrededor hace que todo esté bien. Es algo maravilloso. ¿No es mejor tener algo maravilloso

durante un tiempo, aunque algún día tengamos que despedirnos, a que jamás lo hayamos tenido?

Me doy cuenta por su expresión de que mis palabras no tienen el impacto que esperaba. Y me apago. Sus ojos se vuelven vidriosos cuando me responde.

–Yo también quiero estar contigo. No quiero que esto termine. Pero apenas hemos comenzado a salir y ya la idea de volver a ser amigas me duele.

–Entonces, *sigamos juntas*.

–Duele mucho, *en verdad*, Rose –dice por encima de mí–. Así que ni siquiera puedo imaginar lo mucho que dolería más adelante. No puedo hacerme eso a mí misma. No lo haré. Y tú te mereces a alguien que se quede contigo.

No lo entiendo. ¿Cómo llegamos aquí? En un momento estábamos hablando sobre rumores y extraños y, de pronto, estamos terminando. Así como si nada. ¿Qué dije mal? ¿Puedo retractarme? ¿Podemos comenzar esta conversación desde el principio? Tiene que haber un modo de arreglar eso. No puede estar diciendo que no quiere estar más conmigo, ¿verdad?

Debe haber algo elocuente y convincente que se me pueda ocurrir para calmar sus miedos de una vez. Me han entrenado para resolver conflictos más veces de las que puedo contar. Pero el corazón me late tan rápido y tan fuerte, siento como si la garganta estuviera a punto de cerrarse por completo y la visión se me nubla a los costados, así que todo lo que puedo decir es un simple y poco convincente:

–Pero… Por favor.

Danni niega con la cabeza antes de que siquiera pueda terminar.

–Lo siento –susurra y yo la tomo enseguida de las manos. Las sostengo con fuerza, atándonos a las dos.

–No, Danni, no –le suplico.

–Tengo que hacerlo. Yo tampoco quiero, pero *tenemos* que hacerlo.

–Al menos piénsalo hasta mañana.

–Por favor, esto ya de por sí es difícil, no hagas que sea peor.

–Bueno, no es mi intención hacer que dejarme sea *más fácil*.

–Rose, lo siento –dice Danni y me suelta las manos–. Si me hubiera dado cuenta, ni siquiera habría comenzado esto. Lo siento mucho. Pero vamos a estar bien, ¿okey? Tú… todavía me importas y vamos a seguir siendo amigas, y ni siquiera tenemos que seguir con todo eso de la distancia. Molly sabe que aún pasamos tiempo juntas y no le molesta. Podemos volver a estar como al principio del semestre y va a doler un poco, pero luego no dolerá más y *ambas* vamos a estar bien. ¿Sí? Lo prometo.

Pero yo ya he dejado de escuchar. Está claro que tomó una decisión en la que yo no tengo voz ni voto. El miedo y el dolor ya se están desvaneciendo. Como arena que se escurre entre los dedos. Estoy segura de que Danni tiene razón. En una o dos semanas, tres como mucho, seremos simplemente algo que ocurrió durante unos instantes. Si solo quiere que seamos amigas, entonces seremos amigas. En realidad, no importa mucho. Nada importa, en general. Todo comienza y todo termina; y se mantiene así por toda la eternidad. Y sentir algo especial es un desperdicio de emociones. Lo único que jamás cambia es el tiempo que transcurre entre los dos puntos. Y tal vez Danni tiene razón. Tal vez, cuanto más corto, mejor.

Bien podría enfrentar esta nueva realidad sin ofrecer resistencia. Me pongo de pie y recojo mi ropa húmeda.

–¿Tienes una bolsa? –pregunto–. Probablemente sea mejor que esconda esto en el camino de regreso.

Ella me mira de un modo extraño y luego revuelve en el armario en busca de una bolsa de tela.

–¿Estás bien? –me pregunta mientras me la entrega.

–Por supuesto –le aseguro–. Comprendo lo que dices. En serio.

Me está examinando, parpadea mientras sus ojos viajan por mi rostro como si hubiera visto algo alarmante en él.

–¿Estás segura? No pareces estar bien.

Creo (es del todo posible) que finalmente lo ha visto. Lo que sea que vio Molly. Supongo que el tiempo no podría ser más perfecto. Con un poco de suerte, la ayudará a superarme con rapidez. No quiero que esto sea más difícil para ella. No quiero que sufra.

–Estoy bien –insisto, sonriendo. Pero a juzgar por su reacción, eso solo sirve para incomodarla más–. Hazme saber si necesitas algo, ¿sí?

–Seguro –responde, dudosa; y yo asiento rápido con la cabeza.

–Que tengas buenas noches –digo con toda la dulzura posible. Con la cabeza en alto, me marcho y tomo el camino de regreso hacia mi habitación.

Con cada paso pesado que doy me arranco un grito silencioso del cuerpo y lo hundo en el suelo.

Y mientras camino, le envío un mensaje a Alfie.

Sobre tu idea de fingir que salimos.

Hagámoslo.

VEINTICINCO

DANNI

Después de que Rose y yo terminamos, la vida sigue su curso normal sin mí. Eventualmente, me reincorporo a ella.

La primera semana, o algo así, me alejo de todo, hasta de Molly. Es muy duro para mí fingir sonrisas y siento que, si lo intento, hasta podría llorar. No puedo pensar en nada más humillante que romper en llanto en medio de la clase de Matemática.

Así que, en cambio, me ocupo con muchas, muchas cosas para hacer. Al menos eso es lo que le digo a Molly. Hasta donde ella sabe, tengo una fecha límite urgente para cada asignatura que no compartimos. Vamos juntas a clase, apenas hablamos, hago mi mejor esfuerzo por no ver a Rose (porque eso también se siente peligroso) y, luego, me apresuro para ir al salón de baile y comenzar a practicar con el piano. Una vez que he tocado tanto que me duelen las yemas de los dedos y tengo la cabeza lo suficientemente entumecida en el lodazal, me escabullo de regreso a mi habitación y me recuesto en la cama para mirar el techo. O buscar videos estúpidos en internet. O, si me siento particularmente masoquista,

busco allí cualquier referencia sobre la supuesta relación entre Rose y yo.

Las únicas que encuentro son las que William le envió a ella, pero las vuelvo a leer una y otra vez. Me reconforta de un modo extraño pensar que alguien más crea que Rose y yo tenemos algo especial. Porque ahora se siente como si jamás hubiera sucedido. Si un árbol cae en el bosque y no hay nadie y no sé qué.

En cierta forma, aunque no haya muchas cosas sobre Rose y yo, cada día pareciera que mencionan mi nombre más a menudo. Supongo que es porque Molly ha publicado algo sobre mí hace unos minutos, o porque los medios especializados en la realeza han notado mi existencia, pero está quedando claro que ya no soy anónima, por decirlo de algún modo. No lo suficientemente famosa como para que me odien –todavía–, pero mi nombre comienza a aparecer junto con el de Eleanor y Molly en los artículos de revistas que hablan de Rose. Y algunos de los fanáticos de Molly han comenzado a mencionarme en foros como si me conocieran personalmente.

> ¿Viste el último video que filmó Molly en la habitación de Danni?
>
> ¿Cómo le llamarías al corte de cabello de Danni? Quiero describírselo a mi estilista.
>
> Danni dijo algo acerca de Zach Knight en la historia de Molly de hoy, ¿creen que tengan boletos para el concierto del mes próximo?

Son todas cosas amistosas, pero todo el aspecto parasocial es bastante extraño.

En la segunda semana, las cosas mejoran un poco y empeoran otro poco. Mejoran porque he desarrollado la habilidad de fingir estar feliz, así que comienzo a interactuar con Molly otra vez (en clase, en todo caso). Empeoran porque en cuanto me encierro en mi cuarto y comienzo a buscar a Rose en internet, comienzan a aparecer una serie de artículos sobre ella y Alfie. Parece que, durante el fin de semana, los dos tuvieron una cita en una cafetería y se tomaron de las manos sobre la mesa mientras conversaban.

A nivel personal, creo que es bastante retorcido que Rose le dé falsas esperanzas de ese modo, pero supongo que ya no es asunto mío. Como sea, mientras ambos sean felices. Y según los artículos, están muy *muy* felices. Mírenlos, felices con sus tazas de café, felices cuando salen uno al lado del otro de la cafetería y felices, felices, felices cuando se detienen debajo de un árbol sin hojas en la esquina para susurrarse cosas.

Tampoco ayuda que Rose me haya dejado bastante excluida. No me envía mensajes. No me llama. Si nos encontramos por casualidad, me ignora como si yo ni siquiera existiera. Y nunca parece estar cerca de mí cuando esperamos afuera del aula para entrar a clase. Es como si jamás me hubiera conocido. Un par de veces, me descubro preguntándome si me imaginé todo lo que ocurrió.

Y lo peor de todo es que me merezco cada una de las puñaladas. Sé que me las merezco, porque yo le pedí esto. Hasta se lo exigí. Entonces, ¿qué derecho tengo de esperar que ella siga siendo mi amiga? Ninguno.

Pero qué demonios, desearía que saber eso hiciera que de alguna forma mágica doliera menos.

En la tercera semana, me hundo otra vez. El lunes y el martes creo que me estoy sintiendo mejor. Hasta podría decir que bien. Pero justo cuando creo que lo superé, la persona que escribió el miniensayo, empecinada con que Rose y yo estábamos saliendo, actualiza su publicación para admitir que se equivocó y decir que es obvio que Rose tiene una relación con Alfie; y yo me desmorono. Entonces, hago lo único que puedo hacer. Llamo a Rachel llorando.

–Linda, ¿qué sucede? –pregunta y su voz es tan reconfortante que me hace llorar más fuerte.

–No puedo contarte todo –respondo, metiéndome debajo de las cobijas, completamente vestida–. Pero no puedo ocultarlo más. Estaba saliendo con alguien y tenía que mantenerlo en secreto porque ella no salió del clóset. Pero rompimos y ahora no puedo hablar de esto con nadie, porque nadie sabe que ocurrió.

–Ay, corazón. Lo siento tanto. ¿Estás bien?

Me ahogo.

–No. No deja de dolerme. Pensé que para este entonces habría dejado de *dolerme*.

–Te gustaba en verdad, ¿eh?

Yo asiento, como si Rachel pudiera verme y luego suelto un suspiro.

–Las separaciones son *lo peor*. Son horribles. Lo entiendo.

–Pero ni siquiera estuvimos juntas por tanto tiempo –añado, poniéndome la sábana por encima de la cabeza.

–Linda, eso no importa. Hasta me han roto el corazón chicos a los que jamás les gusté. Lo único que importa es lo mucho que a *ti* te gustaba y eso puede crecer rápido.

Ay, Dios. Lo arruiné, ¿verdad? Pensé que, si terminaba la relación con Rose lo suficientemente pronto, esto no pasaría. Pensé que nos estaba ahorrando a las dos toneladas de dolor. Y miren ahora.

–Dime que pronto va a dejar de dolerme –le suplico.

–No puedo. El tiempo es diferente para todos. Pero eventualmente se detendrá. Un día, recordarás todo esto y te preguntarás qué fue lo que viste en ella en primer lugar.

Me aferro a sus palabras para consolarme. Pero, al mismo tiempo, dudo de ellas. Porque no puedo imaginarme alguna vez preguntarme eso acerca de Rose.

La respuesta es demasiado obvia.

VEINTISÉIS

ROSE

Estoy absolutamente bien.

En las tres semanas desde que Danni terminó nuestra relación, me he adaptado a otra nueva normalidad con una facilidad relativa. Me despierto, voy a clases y a las lecciones de idiomas, como y me voy a la cama. Fácil, predecible, estable. Lo bueno acerca de Molly es que me enseñó de una manera bastante efectiva a no confiar en la estabilidad, ni siquiera de las relaciones más maravillosas. Una lección útil para un mundo como este.

En cuanto al asunto de Molly, he descubierto que, últimamente, me cuesta aceptar su ausencia también. Así que cuando Florence me encuentra en el comedor y me invita a fumar en el bosque después del toque de queda como solíamos hacerlo, le digo que sí sin dudar.

Apenas puedo recordar por qué significaba tanto para mí dejar de beber y de drogarme. ¿Porque eso lastimó a Molly? Ya nada puede lastimarla; a ella no le importa lo que yo haga. ¿Porque yo no quiero dañar más mi reputación? No es como si a mis amigas y a mí no nos hubieran atrapado haciendo esto en el pasado. ¿Porque quise ser

una mejor persona? ¿Qué importa qué tipo de persona soy? El país parece bastante feliz conmigo en este momento, ahora que al parecer estoy saliendo con Alfie. Están mucho más felices conmigo que el mes pasado, cuando estaba haciendo todo "bien". Así que ¿para qué molestarme en intentar mejorar? Bien puedo hacer lo que me plazca. Y esta noche, quiero seguir sintiendo nada.

Se supone que cinco de nosotras nos encontraremos en las escaleras: Eleanor, Florence y yo, e inexplicablemente, Danni y Molly, a quienes acabo de descubrir que Florence también invitó. Seis, si contamos a Theodore. Pero, justo cuando estamos a punto de marcharnos, Harriet se une a último momento.

–Está bien –dice cuando Florence la mira, confundida–. Tengo el teléfono de asistente residencial conmigo. Si alguien me necesita, puede llamarme.

–Estás jugando con fuego, chica –exclama Florence, pero Harriet solo le guiña un ojo a Danni y se encoge de hombros. Entonces, salimos todas juntas. Es excelente que me encuentre bien, porque podría tener la necesidad irracional de lanzarle el teléfono al lago por tener la audacia de coquetear con mi exnovia justo en frente de mí.

No es que Danni haya sido técnicamente mi novia alguna vez. Y no es que Harriet hubiera tenido alguna idea de eso.

Pero como dije. Estoy bien, así que no hay ningún problema.

Caminamos arduamente por el bosque, todas juntas, siguiendo la luz de las linternas de los teléfonos de Molly y Eleanor. Está helado y para cuando extraigo los guantes que llevo doblados en el bolsillo de mi abrigo, tengo los dedos tan entumecidos que apenas los siento. Las vacaciones de Navidad comienzan la semana próxima, según nos recuerdan el árbol que levantaron en el salón comedor, las

guirnaldas enrolladas en el barandal de las escaleras y la corona que colgaron en la entrada de Dewitt. Aunque rara vez tenemos una Navidad nevada en Henland, este parece ser uno de esos años excepcionales.

–No nos meteremos en problemas por esto, ¿o sí? –susurra Danni mientras caminamos.

–No si no nos atrapan –responde Florence, animada; y Danni parece afectada.

–No –le asegura Harriet, lanzándole una mirada irritada a Florence–. Hacíamos esto todo el tiempo el año pasado.

–Pero ¿no hay una política de tolerancia cero ahora?

Harriet pone los ojos en blanco.

–Solo lo dicen para aparentar que se están tomando en serio el uso de drogas, por si alguien pregunta. Siempre y cuando no los dejemos mal parados, *en realidad* no les importa.

Pronto llegamos a nuestro destino: un claro que quedó preparado por estudiantes mucho antes de que nosotras llegáramos a la escuela, presuntamente, para motivos similares. Harriet y Florence se arrodillan junto al pozo para hacer fuego y extraen bloques de madera y toallas de una mochila, mientras que las demás nos acomodamos sobre los troncos que siempre hemos utilizado como bancas. A diferencia de otros años, Molly y yo hacemos el mejor esfuerzo para sentarnos lo más alejadas de la otra que sea posible. Y como si apenas nos hubiéramos tomado un descanso de nuestra vieja rutina, Eleanor abre la bolsa de lona que trajo (y que siempre traía) con ella y nos reparte latas de sidra como si fuera Santa Claus entregando juguetes de su costal.

Harriet y Florence encienden el fuego, que pasa de ser unas chispas a crepitar de forma agradable, y luego comparten sus propios juguetes para los niños y niñas.

Cuando yo tomo un porro para mí, los ojos de Molly me miran de una manera intensa y fulminante. Al parecer, sí le importa que haga esto, bastante más de lo que esperaba, aunque no puedo entender por qué. Tampoco entiendo por qué escogió venir con nosotras. No bebe ni fuma. ¿Acaso fue Danni quien quiso venir?

¿Es posible que Danni quisiera verme?

Le lanzo una mirada (algo que he estado haciendo lo menos posible, últimamente) y la encuentro tomando un sorbo diminuto de sidra. Al saborearlo, arruga la nariz. No parece ser una gran bebedora. Luce tan adorable que sonrío para mí misma sin querer, con el tiempo justo para apartar la vista lo más rápido que puedo cuando me sorprende mirándola.

Sobre el suelo, a mi lado, vibra mi teléfono, pero antes de poder alcanzarlo, Eleanor lo toma y lee el mensaje con una mirada divertida.

–Es de Alfie –dice con un cantito–. Dice que organizó una sorpresa para tu cumpleaños. Parece que incluye… ¿qué? ¿Látigos y cadenas?

Sí, seguro eso es exactamente lo que me ha escrito Alfie. Muy graciosa. Lucho por recuperar el teléfono de las manos de Eleanor y encuentro que, en efecto, en el mensaje me pregunta si hay algún obsequio en particular que quiera. Dios, después del precedente que creé con el regalo que yo le di, puede que el cielo sea el límite.

–¿Vas a dar una fiesta este año? –pregunta Harriet.

Bloqueo el teléfono y le lanzo una mirada amenazadora a Eleanor. Ella me devuelve una sonrisa radiante.

–Desde luego –respondo–. Justo después de Año Nuevo. Pronto les enviaré invitaciones a todas.

De hecho, no tenía planeado extender invitaciones ni a Molly ni a Danni; sin embargo, me parece demasiado grosero no hacerlo. Además, Molly no vino al cumpleaños de mamá, así que dudo mucho que venga al mío. Y supongo que Danni la imitará.

–Claro que estamos invitadas –exclama Florence, dando una calada profunda–. ¿Qué clase de fiesta de mierda sería sin nosotras?

–Una fiesta respetable, posiblemente –sugiere Danni; y yo sonrío antes de poder evitarlo.

Eleanor responde a eso pasándole el porro que acaba de fumar. Si Danni apenas puede beber sidra, es poco probable que haya fumado antes. Mi instinto es intervenir y regañar a Eleanor por ponerla en aprietos, pero tampoco quiero hablar por ella. Hasta donde sé, quiere participar.

Danni examina el porro que tiene entre los dedos con nervios y, entonces, cruza una mirada conmigo. Esta vez, no aparto la vista. Inhala profundo para tranquilizarse, se lo lleva a los labios y da una calada tan de golpe que hago un gesto de dolor. Como era de esperarse, le da un ataque de tos violenta de inmediato. Florence y Eleanor se echan a reír, pero cuando veo la expresión de pánico de Danni, me pongo de pie en un instante. Recuerdo muy bien la sensación de chupar ceniza. Es como si no fueras a volver a respirar aire otra vez.

–Toma –le digo, ofreciéndole una lata de sidra–. Bebe un poco.

Molly le palmea la espalda, fulminando con la mirada a Eleanor y Florence, mientras que Danni acepta la lata agradecida y da un sorbo.

–Esto es terrible –logra decir antes de volver a tener otro ataque de tos.

–Inhalaste demasiado fuerte –le explico, regresando a mi lugar–. Tienes que ir lento y con calma.

–Ah. –Me mira a los ojos una vez más y encuentro algo allí que no me gusta para nada. Me hace querer abrazarla. Quiero ser yo quien le frote la espalda. Quiero besar la ceniza de sus labios.

Es preocupante, se siente como añoranza.

Lo prefería más cuando evitaba estar cerca de ella.

Danni recorre con la mirada a todo el grupo y se sonroja. Pienso en los nervios que le provoca ser el centro de atención y en su miedo de que se rían de ella. No sería nada bueno que se sintiera así de insegura entre sus propias amigas.

–¿Quieres intentarlo otra vez? –le pregunto. Tal vez, si tiene la oportunidad para redimirse (y si, en efecto, puedo advertirles a Florence y a Eleanor con la mirada que *dejen de reírse*), la vergüenza repentina abandonará su actitud. No me gusta que se vea así.

Danni asiente; yo tomo el cigarro de Harriet y lo levanto para mostrarle. Danni copia lo que hago y, como si fuéramos una, nuestros labios se abren e inhalamos profundo, con suavidad y tranquilidad.

–Perfecto –murmuro–. Estoy orgullosa de ti.

Danni se ilumina ante mis palabras y, solo por un momento, me olvido de que no es mía. Cuando el hecho regresa a mí de golpe, cae como si fueran cenizas quemándose.

Después de todo, no estoy del todo segura de estar bien.

Y lo estoy aún menos cuando Molly frunce el ceño, se pone de pie y se quita la tierra del trasero de los pantalones.

–Pensé que habíamos acordado que ya no ibas a presionar a mis amigos para que tomen drogas –me dice, volteándose antes de que yo pueda responderle.

Danni también se apresura a levantarse; está visiblemente horrorizada.

–Tú no… Nadie me presionó –me asegura; sin que sirva de mucho consuelo–. Debería…

–Sí, ve –la insto con la voz quebrada y ella desaparece en la noche.

El resto de nosotras nos quedamos sentadas en medio de un silencio incómodo. Juro por mi vida que no puedo pensar en qué decir.

VEINTISIETE

DANNI

Las vacaciones de Navidad en Henland duran tres semanas completas y la fiesta de cumpleaños de Rose es en el palacio, el fin de semana antes del regreso a clases. Cuando Molly y Eleanor pasan por mi casa a recogerme, me sorprende lo mucho que las eché de menos. Hemos estado enviándonos mensajes y esas cosas, pero no es lo mismo, y las dos estuvieron de viaje durante Navidad (Eleanor fue con sus padres a Francia; y Molly, con sus abuelos a Corea). Así que no es que pudiera visitarlas.

Una parte de mí se pregunta si esa es la razón por la que, después de todo, Molly decidió venir: si me ha echado de menos y quería pasar tiempo conmigo. De lo que estoy muy segura es de que no es porque se esté muriendo por ver a Rose.

Mientras que ella filma el salón, el cual está lleno más que nada de adultos, dignatarios y miembros de la realeza con coronas de todo el mundo, Eleanor me acerca de un jalón hacia un libro de invitados interactivo, que está enlazado a un proyector que muestra los mensajes de cumpleaños sobre una pared cercana. Molly termina

de filmar y considera escribir algo en el libro durante un tiempo sospechosamente largo, como si estuviera pensando escribir algo inapropiado.

–No te atrevas –le advierto–. Todos lo van a ver.

Ella me sonríe avergonzada.

No muy lejos, entremezclada con el apelotonamiento de personas sofisticadas, diviso a Rose. A Rose y Alfie. En cuanto los veo, todo lo demás desaparece.

Ella tiene un vestido sencillo al cuerpo, que se frunce alrededor de la cintura y lleva el cabello suelto, en forma de ondas. Luce perfecta, como siempre. Los dos están de pie junto a los padres de Alfie, riéndose de algo. El brazo de Rose rodea con fuerza la cintura del chico. Me pongo en puntas de pie y noto que él le roza el muslo con los dedos. Entonces, aparto la mirada y, de pronto, siento náuseas.

Unos segundos más tarde, vuelvo a espiar, sin poder evitarlo. Lo hago justo a tiempo para ver a Rose apoyar la cabeza en el hombro de él mientras escucha de manera complaciente lo que está diciendo el padre. Alfie dice algo y todos ríen. Apuesto que es tan malditamente gracioso. Apuesto que es supercarismático. Apuesto que Rose está pasando el *mejor* cumpleaños de su vida.

Arranco los ojos de allí y las sigo a Eleanor y a Molly hacia uno de los tantos puestos de comida, en los que chefs toman pedidos personalizados. Nos encontramos a Harriet y Florence revoloteando cerca del de pastelería. Yo tomo una masa danesa con higos y me obligo a tragarla.

Sabe a podrido.

No mucho después de terminar de atragantarnos con pasteles (dulces que, según Harriet, al parecer saben deliciosos cuando no

están sazonados con celos), la música se corta y la muchedumbre comienza a murmurar y susurrar mientras todos se apresuran a buscar sus asientos. Unos chicos de Ashford que no conozco se sientan en los asientos vacíos de nuestra mesa y se giran para quedar de frente al escenario. El rey y la reina, junto con Rose y Alfie, se suben a él y, cuando los invitados por fin guardan silencio, el rey habla.

–Bienvenidos a todos. Gracias por compartir con nosotros la celebración de este dichoso día en el que, diecisiete años atrás, nuestra futura reina llegó al mundo.

Rose escanea la multitud con mirada decidida. Yo inhalo profundo para tranquilizarme, y lo logro antes de que sus ojos se encuentren con los míos. Me sostiene la mirada, pero su expresión se mantiene en blanco.

Aunque jamás hubiéramos terminado, yo no habría estado allí arriba con ella. De todas formas estaría aquí abajo, observándola desde mi lugar invisible entre los invitados. Solo que ahora, lo hago sin tampoco tenerla para mí en privado.

–Estamos tan orgullosos de la humilde, inteligente y talentosa jovencita en la que Rosemary se ha convertido. Creo que hablo por todos cuando digo…

Al lado de la princesa, Alfie escucha al rey con una expresión eufórica y roza su mano contra la de Rose. Los dedos de ella se enredan para tocar su palma.

Jamás había querido tanto estar en cualquier otro sitio más que en este preciso momento.

–Le deseamos lo mejor para sus futuros esfuerzos. Esta niña mía continuará sorprendiéndonos a todos nosotros…

Rose me está mirando otra vez. Me atrapa contemplando fijamente a Alfie como si fuera un mosquito al que quiero espantar. O aplastar. Con los ojos fijos en mí, toma la mano de Alfie y la aprieta, luego se apoya contra su hombro y presiona. Sus labios no sonríen, pero sin dudas, sus ojos sí.

Puede que yo me lo haya buscado, pero eso no hace que duela menos ni que no me enfade con ella. No tenía que castigarme más. Ya me han castigado lo suficiente.

Cuando aparto la mirada, noto que los ojos de Molly saltan entre Rose y yo. Sobre una y la otra. Vuelvo a concentrarme en el discurso del rey cuando culmina:

–No los entretendré más. Por favor, continúen disfrutando de la velada. Gracias.

Los invitados aplauden y se dispersan para continuar con lo que estaban haciendo. Yo me pongo de pie.

–Voy al baño –le aviso a Molly, atragantada, antes de escapar.

Me abro paso entre la multitud, paso los bordes del salón y llego hasta el pasillo donde se encuentra la entrada al baño. Pero justo antes de ingresar, alguien me toma del brazo y me detiene. Resulta que Molly me siguió.

–Aguarda –dice–. Creo que deberíamos hablar y no tendremos privacidad aquí.

Me lleva hasta un sitio junto a la pared, cerca de una vasija alta que contiene orquídeas rosadas y peonías. No hay nadie por aquí que esté lo suficientemente cerca como para escuchar sin querer y está tan ruidoso que nuestras voces no se oirán.

–Mira –comienza a decir–, solo quiero saber si puedo ayudar. ¿Por qué tú y Rosemary ya no son amigas? ¿Qué ocurrió?

–Ah, no es nada –respondo.

–¿En serio? Porque luces como si estuvieras a punto de llorar.

Estoy a casi diez segundos de ponerme a llorar, sí…

–Siempre estoy a punto de llorar. Te lo dije. Estoy estresada.

–¿Incluso después de unas vacaciones de tres semanas?

–Sí.

No parece convencida. No la culpo. No tuve tiempo como para pensar una buena historia de excusa y soy muy mala mintiendo, incluso cuando estoy preparada.

–Rose te estaba mirando de un modo en verdad extraño –observa.

–¿En serio?

–Y tú la estabas mirando de la misma manera.

–Solo estaba escuchando el discurso –digo, moviendo una mano.

–Recibí unos comentarios raros en aquella publicación sobre ti que me pediste que hiciera.

–La gente en internet puede ser rara.

–Un par de personas estaban convencidas de que tú y Rose estaban…

–Alguien pensó lo mismo de ti una vez –espeto, demasiado a la defensiva–. Lo vi en un foro en algún sitio. Pensaban que tú y Rose estaban saliendo.

–¿Qué? ¿Dónde? –pregunta, parpadeando.

–Sé que tú y Rose jamás salieron –me apresuro a decir–. Pero eso es a lo que me refiero. Es gracioso cómo la gente inventa cosas así, ¿verdad?

–Ajá –murmura ella, sin emoción. Revisa que no haya nadie que pueda oírnos y luego me mira a los ojos–. ¿Y qué hay de *ti* y Rose?

–¿Qué hay con nosotras? –pregunto, con voz débil.

Molly mantiene los ojos clavados en los míos.

–Puedes decirme que me vaya al diablo si quieres –dice–. Sé que estoy cruzando un límite importante en este momento y que no es asunto mío.

No dice "pero", pero de todos modos lo oigo. Y tengo que pensar qué decir, *rápido*, porque no decir nada es una buena forma de sacar del clóset a Rose. ¿Y negarlo? ¿Soy tan buena actriz? ¿O básicamente sacaré a Rose del clóset por puro pánico? La salida A apesta y la salida B apesta; y cuanto más tiempo me tardo en escoger una, menos posibilidades hay de que Molly crea lo que sea que le diga.

–No somos Rose y yo –respondo–. Soy solo yo.

Allí está. Así como si nada, volví a soltarlo al mundo. Ahora hay tres personas vivas que saben que no soy hetero. Y de un modo sorprendente, no lo siento tan aterrador como pensé que sería. Tal vez porque confío en Molly, más que en la mayoría de las personas que jamás he conocido. Tal vez porque ella dejó en claro el día en que la conocí que no tiene problemas con las sáficas. Pero, aun así, esto es importante. Es importante y ya está hecho; y ella no parece espantada para nada. Lo hice.

Lo hice.

Me doy cuenta enseguida de que Molly me cree; lo veo en el modo en que se suaviza su expresión y levanta las cejas. Entonces, incentivada, miento un poco más.

–Me ha gustado desde hace un tiempo y se lo dije el mes pasado; pero ella no sentía lo mismo e hirió mis sentimientos. Entonces le dije que quería tomar distancia por un tiempo. Pensé que, si no la veía tanto, lo superaría, pero no fue así. Y estoy bastante segura de

que está furiosa conmigo por terminar nuestra… amistad. Así que es mi culpa. Nos he lastimado a ambas, pero no sé cómo retractarme.

Se siente tan bien decirlo. Y aunque la mitad sean mentiras, la esencia está todavía allí.

–¿Por qué crees que está furiosa contigo? –pregunta Molly.

–Porque actúa casi como si yo no existiera.

Molly se inclina hacia mí; se ve seria y comprensiva al mismo tiempo.

–Mira, no digo esto para herir tus sentimientos, ni para hacer que sea más difícil para ti, pero Rose aleja a las personas. Con facilidad. No le importa si te está lastimando; lo único que le importa es ella misma, lo que quiere y lo que es mejor para ella. Así que no… No creas que necesitas encontrar el modo de compensarla. No es un delito tener sentimientos por alguien y eso no debió significar el fin de su amistad. Y si tú le pediste que terminara, obviamente fue porque estabas herida. Alguien a quien le importara te habría dado tiempo para que las cosas se tranquilizaran y habría vuelto a acercarse a ti. Pero a ella *no* le importa.

–Sí, le importa. Yo solo…

–A ella *no le importa* –repite–. Intentar arrancarle empatía a Rose es como esperar que un dictador se ablande por cuenta propia. Esperar que eso suceda solo te lastimará más a largo plazo.

Pienso en la forma extraña en que Rose se ha mantenido tranquila y alejada. Ignorándome, mostrándose indiferente hacia mí, el modo en que se negó a escucharme cuando terminé con ella de aquella manera siniestramente tranquila. Puedo entender por qué Molly se siente así, de verdad. Y ella ha conocido a Rose casi toda su vida, así que tal vez tenga razón y yo esté equivocada.

Pero Rose fumó marihuana hace unas semanas después de *prometer* que no lo haría más. Y se lanzó de lleno a lo que sea que tiene con Alfie. Y apenas me quitó los ojos de encima hace un momento, mientras se apretaba contra él. No estoy poniendo en discusión que Rose esté siendo una santa. Pero ¿puede ser así de indiferente? ¿De desafectada? ¿Estar absolutamente bien? Me cuesta creerlo.

Además, hay algo que me ha estado fastidiando. Un recuerdo.

–Te he contado que el año pasado me acosaban –digo a Molly–. Duró un tiempo. Al principio, lloraba, mucho. Pero un día dejé de llorar. Fue como si hubiera gastado todas mis lágrimas y me sentí anestesiada durante mucho tiempo. Me recluí en mí misma. Me ayudó a sobrepasar la peor parte de los acosos, pero también implicó que a mi mamá le tomara siglos darse cuenta de que necesitaba ayuda. Porque aparentaba estar bien.

Molly suspira.

–Entiendo a qué te refieres con esto, pero…

–Yo no creo que ella actúe como si estuviera bien porque *está* bien –la interrumpo–. Creo que se comporta así porque no lo está.

Molly me mira con lástima, lo cual, honestamente me ofende un poco.

–¿Estás segura de que no es algo que tú quieres creer? –pregunta.

Yo la miro fijo.

–Tal vez –digo–. Pero ¿acaso *tú* estás segura de que no has sido demasiado dura con ella?

Veo que toqué una fibra sensible, porque parpadea con rapidez. Creo que esta es la primera vez que le doy una opinión real acerca

de su pelea con Rose, en lugar de escucharla y decirle que entiendo su postura. Pero ese es el asunto. *Sí* entiendo su postura. Y lo que entiendo es que, tal vez, ella le asignó un significado al comportamiento de Rose, cuando la verdad es completamente distinta. Si Molly no quiere ser su amiga por razones justas, está bien. Pero si es porque no comprende qué está ocurriendo con Rose, entonces no puedo no involucrarme. Es Rose. Si necesita que la apoye cuando no está aquí para defenderse por sí misma, entonces eso haré. Cada vez. Incluso si tengo que hacerlo una y otra vez.

–Hay una diferencia entre alejar a las personas y recluirse –exclamo.

–Discúlpame –dice Molly, dando un paso hacia atrás.

Mi determinación se debilita un poco.

–¿Estás molesta conmigo? –pregunto sin demorarme.

–No –me responde con una pequeña sonrisa–. Enseguida regreso.

Entonces, la observo desaparecer entre la multitud e intento luchar contra la preocupación de que, de verdad, he metido bien la pata.

VEINTIOCHO

ROSE

Cuando Molly se aproxima a mí de la nada, mientras estoy a mitad de una conversación con mi prima Sukey, me sorprende tanto que venga a hablarme que me preparo para lo peor antes de que comience siquiera. Me disculpo con Sukey y camino unos cuantos pasos con mi amiga, agachando la cabeza cerca de ella para que pueda decir lo que sea que necesite sin hacer un drama. Y aunque me estoy anticipando al conflicto, jamás espero que las próximas palabras salgan de su boca:

–Danni me contó lo que sucedió entre ustedes el mes pasado –dice en voz baja y mi mundo se detiene. Mantengo la respiración bajo control y lanzo una mirada hacia los invitados que me rodean para asegurarme rápidamente de que no nos hayan oído. La tomo del brazo y la guío fuera del salón, atravesamos el pasillo y nos metemos en la sala de estar más cercana. Allí dentro, cierro la puerta detrás de mí y me volteo de golpe.

–Lo siento, ¿puedes repetir eso, por favor? –pregunto–. Estaba muy ruidoso allí afuera.

Molly se para en el centro de la sala, sobre una alfombra que tiene el mismo tono rojo oscuro vibrante que su vestido, abrazándose al torso con fuerza.

–Danni me contó lo que sucedió el mes pasado. Entre ustedes dos. Intuí que algo extraño estaba ocurriendo con ustedes, así que le pregunté. Ella me contó todo.

–Todo –repito, en un tono que sale bastante más agudo de lo que quería–. ¿Sobre…?

–La cuestión del lesbianismo. O bisexualidad, no aclaró esa parte. El asunto de… los sentimientos románticos. Lo que sea. De cualquier modo, lo importante es que tú la rechazaste y, en caso de que no lo hubieras notado, eso la está lastimando. Mucho. Y lo peor es que está convencida de que tú estás molesta por alguna razón –responde. Luego sacude la cabeza–. En realidad, parece pensar que a ti te importa tanto que no puedes lidiar con esto. Y Danni es una buena persona. Así que, si está equivocada, tienes que rechazarla con amabilidad. Pero si tiene razón, debes encontrar un *modo* de lidiar con la situación, porque yo no voy a permitir que la excluyas como hiciste conmigo. Todavía siente cosas por ti y tú estás siendo cruel.

Hay una infinidad de problemas en todo lo que acaba de decir, pero evalúo, priorizo y me quedo con el punto más urgente.

–Ella… ¿te contó? –pregunto, espantada.

–Sí… Quiero decir, yo casi que se lo saqué a cuentagotas. En realidad, ella no quería, pero ahora ya está hecho.

–No puedo creer que te contara –digo, en parte para mí misma.

Molly me ignora.

–Así que sé honesta conmigo. Ahora mismo. ¿*En verdad* te importa?

Me quedo en blanco.

–No es asunto tuyo –digo. La cabeza me da vueltas. ¿Cómo pudo Danni haberle contado? Confié en ella. De hecho, muy en el fondo, más de lo que confío en la mayoría de las personas. Más que lo que probablemente tenía derecho a confiar en alguien que he conocido por tan poco tiempo. ¿Por qué me sorprende tanto? ¿Qué fue lo que tenía Danni que me convenció de que jamás divulgaría algo tan privado, tan importante?

–Ella es mi mejor amiga, así que si la lastimas es asunto mío. Entonces: ¿te importa en lo más mínimo?

¿Será Molly la primera persona a quien se lo ha contado? ¿Y si ha hablado de esto con otros? No tengo modo de saberlo. ¿Cómo pudo hacer esto? *¿Cómo pudo?*

–¿Rose? –pregunta Molly con la voz demasiado alta y yo emerjo a los manotazos a la superficie de mis pensamientos revueltos.

–Por supuesto que sí –respondo, molesta–. No habría estado con ella para empezar si no me importara. Sin mencionar que, por si olvidó decírtelo, *ella* rompió *conmigo*.

Si ella anda divulgando esto como algún tipo de venganza mal planeada contra mí, ni siquiera es justo. Ella quiso romper. Yo casi le ruego de rodillas que no lo haga. *No,* me digo de pronto, no lo está haciendo por venganza. Danni no es así. Entonces, ¿qué es? ¿Acaso simplemente se olvidó de los riesgos?

–Tú no habrías… ¿qué? –pregunta Molly–. ¿Ella *rompió* contigo?

–Sí –repito–. *Ella* lo hizo.

Molly no podría verse más estupefacta si lo intentara. Su confusión me atrapa y me desacelera, como un paracaídas contra una caída libre. ¿Por qué se ve así? ¿Acaso para ella es *tan* difícil de creer que Danni me rompió el corazón y que no fue al revés?

Entrecierra los ojos como si le estuviera dando una migraña.

–Aguarda, estoy perdida. ¿Me estás diciendo que *hubo* algo entre tú… y Danni?

El mundo se detiene cuando caigo en la cuenta de lo que significan sus palabras. Reproduzco de manera frenética nuestra conversación y me doy cuenta demasiado tarde de mi error. En ningún momento Molly específicamente confirmó que sabía acerca de nuestros encuentros amorosos. Me quedo callada de una vez, para no embarrarla todavía más.

Molly sacude las manos en el aire mientras habla:

–Danni me dijo que estaba enamorada de ti, que tú lo sabías y que *esa* fue la razón por la que las cosas estaban raras entre ustedes dos.

Ay. Puedo imaginarla diciendo algo así. Tal vez no debí apresurarme tanto a creer en su aparente traición hacia mí.

–Así es –replico–. Eso fue lo que quise decir. Desafortunadamente, soy homofóbica.

–Y yo estaba *intentando* convencerte de que no la excluyeras y que le mostraras un poco de empatía antes de que arruinaras tu amistad con ella por siempre.

–He tomado nota de tus observaciones y las tendré en cuenta.

Siento náuseas. Doy un paso hacia la puerta, pero Molly me toma del antebrazo.

–Rose, no lo sabía –dice. Es la primera vez que me habla con cierto grado de amabilidad en meses. Eso solo es suficiente para hacer que me quede. La miro y la veo sumisa y honesta–. ¿Podemos sentarnos? –pregunta y yo asiento.

Juntas, nos acercamos al sofá de terciopelo verde de dos plazas y nos sentamos una al lado de la otra. Molly apoya los codos sobre las rodillas. Yo dejo caer la espalda contra el sofá.

–¿Tú y Danni? –pregunta.

Supongo que ahora no tiene sentido negarlo. Me metí yo sola bien profundo en este pozo en el que estoy atascada.

–Mm.

–¿Por cuánto tiempo?

–No mucho.

No lo suficiente.

–Así que eres…

–Lesbiana.

–No tenía idea –admite, sacudiendo la cabeza.

–Bueno, no te lo conté.

–¿Es una novedad?

–¿Que sea *queer*?

–Que estés saliendo del clóset.

–No he salido. Danni lo descubrió sin querer.

–¿Cómo?

–La besé.

–Ah. Tiene sentido. –Molly da golpecitos nerviosos con el pie contra la alfombra–. Supongo que solo me preguntaba... Quiero decir, si le habías estado contando a las personas, no me sorprendería que no me hubieras incluido.

–Debo admitir que no habrías estado entre las primeras de la lista –digo, mirando al techo.

–Sí… Puedo entenderlo.

Aprieto los labios, los dientes, las manos y exclamo con un impulso:

–Aunque todavía no entiendo por qué.

Molly parpadea.

–¿Por qué eres lesbiana?

–Por qué dejamos de ser amigas.

–Ah.

Se siente como estrujar una botella vacía con la esperanza de encontrar una gota de agua perdida, pero tengo que preguntar otra vez. Solo una vez más:

–No entiendo qué hice que fuera tan tóxico. Tal vez si lo supiera, al menos podría repararlo. Aunque sea demasiado tarde para las dos. Pero no siempre me has odiado. Así que, por última vez, ¿qué *hice* exactamente, Molly?

Se mueve, incómoda, negándose a mirarme a los ojos.

–Desapareciste.

–¿*Yo* desaparecí? –pregunto, incrédula–. Estuve allí todo el tiempo. Tú fuiste la que se esfumó. Un poco más cada día. Al principio, fue muy sutil como para comentarlo sin que sonara patética y luego, de pronto, había ido demasiado lejos como para hablarlo. Fue realmente impresionante.

O lo habría sido si no hubiera sido tan devastador.

Entonces, Molly continúa hablando, mirando hacia adelante.

–Estabas físicamente, pero *no* estabas presente. Nunca me preguntaste cómo estaba. Si yo te preguntaba a ti, cambiabas de

tema. Si intentaba hablar de Oscar, cambiabas de tema. Si intentaba hablar de cómo me sentía, *cambiabas de tema*. Y estabas bien. Se suponía que él era tu amigo y lo viste morir y ni siquiera te importó ni un poquito. Lo único que te importó fue asegurarte de cómo quedabas ante la opinión pública. Yo te *necesitaba*. –Se atraganta–. Intenté acudir a ti tantas veces. Y por lo que te importó, bien podría haber estado contándote una noticia del extranjero o algo por el estilo. Nuestro amigo *murió*, Rose. Y tú y yo estábamos allí cuando sucedió. Debiste haber sido la persona con la que más pudiera hablar al respecto. Pero me excluiste por completo. Yo me estaba desmoronando y tú solo me observabas.

Recuerdo con tanta claridad el día después en que Oscar murió, como si lo estuviera viviendo ahora. Todos nos fuimos de la cabaña esa noche y yo tomé un vuelo de regreso a casa. De regreso a aquí. En una oleada borrosa hubo una seguidilla en la que mis padres hablaron conmigo juntos, luego por separado, así como también reuniones con William. A mi guardaespaldas, Elizabeth, la despidieron esa tarde por mi culpa. Los adultos entraban y salían a las apuradas de una y otra habitación, hablando con tonos de urgencia, urdiendo planes, redactando declaraciones. Recuerdo ir hasta mi baño, mirar mi reflejo en el espejo y obligarme a llorar. Sentía que *debía* llorar. En parte por el dolor en el pecho que necesitaba aliviar y por la sensación general de estar faltando el respeto a la memoria de Oscar por no hacerlo. Pero no importó con cuánta insistencia me obligara, las lágrimas jamás cayeron.

Recuerdo lo ruidoso que sentía el cuerpo. El corazón me latía como un bombo estruendoso, la respiración era como un viento que

aullaba, los labios deshidratados se pegaban y se separaban junto a sorbidos secos de la nariz. Recuerdo notar que parecía velcro.

Eventualmente, me rendí. Entonces, deambulé hasta el estudio, extraje cada libro de la repisa y los volví a acomodar uno por uno, en orden alfabético.

No tengo cómo defenderme, porque estoy segura de que tiene razón. Hay muchas cosas que no recuerdo después de ese primer día (las semanas siguientes, incluso meses, son borrosos, con algún que otro momento de claridad por aquí y por allá), pero le creo cada palabra. Estoy segura de que cambiaba de tema para evitar hablar de Oscar tan a menudo como se lo mencionaba, porque mi mente casi que deja de funcionar cuando me acuerdo de él. Sin dudas jamás la invité a Molly a hablar de él, ni de su angustia, por esa misma razón. Y en cuanto a mi reputación, sí, desde luego me enfoqué en eso. Era lo único sobre lo que parecía tener control (lo único sobre lo que tenía alguna esperanza de reparar), mientras que todo lo demás estaba hecho añicos debajo de mis pies.

–Todo eso es cierto –exclamo–. Y tú te merecías algo mucho mejor.

–Solo quiero saber por qué no te importó. ¿Te agradaba Oscar? ¿O yo?

Se me escurre un suspiro pesado, agotado.

–Por supuesto que sí. Es solo que… cuanto más envejezco, menos puedo sentir… cosas. Cosas malas. Si algo es de alguna forma malo, puedo sentirlo, pero es como si pasara por cierto umbral y se esfumara por completo. Hasta, a veces, mis pensamientos desaparecen. No sé por qué me está sucediendo y sé que no es una excusa lo suficientemente buena. Pero esa es la razón. –Junto las

manos; las aprieto con fuerza–. Supongo que ese es el motivo por el que mis ojos te parecen vacíos. Cuando debería sentirme triste, o enfadada, o asustada, es como si *en verdad* me vaciara desde adentro. No creo que realmente esté presente. Es como si estuviera contemplando desde la distancia.

–Al menos pudiste haber fingido que te importaba. Podrías haberme preguntado cómo me sentía. Pudiste haberme permitido hablar del tema, por todos los cielos, incluso si no fueras a escucharme de verdad. No tienes problemas en decirles lo correcto a personas extrañas, incluso cuando no crees en lo que dices. Debiste haber hecho eso por mí.

–Pero no nos mentimos entre nosotras, Molly. Sería falso.

Le miento a tantas personas, por tantos motivos. Digo que estoy feliz de asistir a eventos que detesto. Hago que la gente crea que me acuerdo de ellos y que me importan, cuando en realidad repaso sus nombres y sus vidas en mis notas unas horas antes. Hablo con pasión sobre causas que no son preciadas para mí en lo más mínimo.

Hay tan pocas personas que permito entrar a mi vida por voluntad propia. Y con todas ellas puedo ser yo misma, para bien o para mal.

Pero la versión *buena* de mí (de la que Danni parece estar tan segura que podría ser), ¿valoraría la autenticidad por sobre el bienestar de su amiga? ¿O fingiría felizmente de tanto en tanto cuando fuera necesario? ¿Acaso, tal vez, sería más liberal que yo con las mentiras piadosas?

–Puedo intentarlo –le propongo. Molly asiente en silencio a modo de respuesta. Aclaro mis ideas y pienso en qué diría si ella fuera una amiga de la familia, o una diplomática que está de visita que ha

pasado por una tragedia reciente–. No puedo imaginar por lo que debes estar pasando. Oscar era una persona maravillosa e increíble. Era amable, cariñoso, leal, y su pérdida es… simplemente devastadora. Sé que no hay nada que pueda decir que pueda borrar el dolor o alivianar tu angustia, pero si hay algo que necesitas de mí, cualquier cosa que pueda hacer, allí estaré en un instante. Eres mi mejor amiga.

La última parte, al menos, suena verdadera.

Agrego:

–Y siento tanto que tengas que pasar por esto.

Echo un vistazo a Molly para asegurarme de su reacción. No se la ve particularmente conmovida. De hecho, parece estar luchando por no soltar una risita.

–Sí… –dice, con la boca temblando por el esfuerzo de mantenerse seria–. Eso fue, em…, muy falso.

–Te lo advertí.

–Así es –concuerda; y por fin deja que la sonrisa le gane. Como un sol que se asoma entre las nubes–. Aunque te agradezco. Al menos, lo intentaste.

–Lamento que no lo hiciera antes. –Y otra vez, es honesto.

Su sonrisa se desvanece en un instante y, de repente, Molly parece estar al borde del llanto. Parpadea mirando al techo.

–Es que, en verdad pensé que no te importaba. Pensé que nosotros no te importábamos. Estaba tan herida, estaba… solo…

–Me has importado desde el día que te conocí –digo en voz baja–. Me importas más que casi nadie en el mundo y jamás ha habido un momento que no fuera verdadero.

Ahora derrama las lágrimas; caen por sus mejillas una a una. No hace ningún movimiento para secarlas. Yo las observo caer y siento una punzada de celos, lo que sé muy bien que es una reacción abominable hacia ver llorar a alguien que quiero, pero no puedo evitar sentirlos.

–¿Molly? He estado intentando disculparme y comprender qué sucedió entre las dos durante meses. ¿Por qué estamos teniendo esta conversación ahora?

Ella se toma demasiado tiempo para responderme. Resopla, traga y mueve la boca mientras da vueltas a qué decir.

–Porque cuando te volviste distante pensé que era prueba de que no te importaba. Pensé que las acciones hablaban más que las palabras, así que no quería oír lo que tuvieras para decir. Cuando Danni me dijo lo que piensa, que te recluyes cuando algo no anda nada bien, en ese momento me di cuenta de que podía haber otra explicación. Fuiste tan buena conmigo cuando murió mi papá, pensé que era evidencia de que *sí* sabes qué decir y que esto simplemente no te importaba. No estaba claro para mí que, la diferencia entre papá y Oscar, es que tú también estabas sufriendo por Oscar. Tal vez debí haberlo comprendido por mí misma. Definitivamente, debí haberte escuchado, lo *sé*. Pero he estado tan…

–Triste. –Termino de decir–. Supongo que tú atacas, yo me recluyo.

–He sido horrible contigo –dice y a mí me da la sensación de que se está dando cuenta de la verdad de sus palabras a medida que las dice–. Lo siento tanto. Solo estaba… Todo fue demasiado y yo estaba tan enfadada con todos.

Aunque sus palabras no borran el dolor de los últimos meses (y aunque, de seguro, siente lo mismo que yo), no soy capaz de revivir ningún rencor. Y no creo que tampoco se deba a la falta de sentimientos. Me he perdido demasiadas cosas de su vida como para tener algún interés en guardar resquemores. Y se siente tan maravilloso estar a su lado y hablar con franqueza, que cualquier emoción menos agradable simplemente no es lo bastante fuerte como para superar esto.

–Supongo que no podremos olvidar todo esto que ocurrió –digo.

–No.

–Entonces, ¿ahora qué?

Molly por fin me lanza una mirada.

–Ya no quiero estar enfadada –dice.

Es el paso más positivo que podría esperar.

–¿Crees que podríamos comenzar a hablarnos otra vez? –le pregunto.

–Eso me gustaría.

Ninguna de las dos jamás ha sido para nada buena en dar demostraciones de afecto, incluso antes de los últimos seis meses. Así que no celebramos nuestra reconciliación provisional con un abrazo. Pero cuando se pone de pie y me propone regresar a la fiesta conmigo (no salir antes que yo, o detrás de mí, o a mi lado, pero de mala gana, sino que *conmigo*), se siente de todas formas como una manta tibia.

Y mejor todavía.

–Aún no estoy lista para salir –digo–. Podría quedarme aquí un minuto más.

Entonces, ella me sonríe con tristeza y me deja a solas con mis pensamientos.

Mi habitación favorita en una fiesta siempre ha sido la más silenciosa y alejada de las celebraciones. Y estoy segura de que mamá planea partir pronto el pastel, lo cual requerirá que yo esté energética, radiante y sociable. Y no puedo ser ninguna de esas cosas sin darme un momento para respirar y prepararme para la segunda vuelta. Durante un instante, simplemente me quedo sentada y respiro; luego me acerco hacia las cortinas. Si las descorro, echaré un vistazo a la multitud que está allí abajo, aguardando poder verme. Podría hacerlo. Podría saludarlos. Tal vez hasta debería, para conectar con algunas de las personas que todavía me quieren a pesar de todo.

Pero prefiero estar sola.

Pese a eso, cuando la puerta se abre y al voltear encuentro a Danni detrás de mí, no me siento para nada molesta. Le ofrezco una sonrisa sin palabras; ella cierra la puerta y se acerca para mirar las cortinas, como si estuviéramos contemplando una vista asombrosa. Quizás desde una cabaña en la cima de una montaña.

–Al parecer, pronto comenzarán los fuegos artificiales –dice.

–Un desperdicio ridículo de dinero –exclamo–. Cuando sea reina, no habrá fuegos artificiales.

–¿Sabes qué? Apoyo eso. Las personas que pagan impuestos no deberían financiar shows de fuegos artificiales. O de acrobacias. O torres de champaña, para ser honesta.

–Estoy completamente de acuerdo. Aboliré todo eso.

–Bien.

–No más fuegos artificiales por todo el reino. De hecho, no más alegría en absoluto.

–Estaba pensando más en la idea de reducir el presupuesto para fiestas de cumpleaños reales –dice con una sonrisa–. No me refería a que deberías convertir al pobre país en una distopía.

–No, no, me agrada la prohibición de alegría. La llamaré Ley Blythe, para que así todos sepan de dónde viene.

–Me gustaría que quede registrado que yo jamás estuve a favor de prohibir totalmente los fuegos artificiales. –Carraspea y, de pronto, aparta la mirada–. Em, además, solo para avisarte, le confesé a Molly que sentía cosas por ti, pero le dije que no era correspondida.

Me echo a reír en silencio y me llevo los dedos a los labios para aplacarla. Danni lo nota e inclina la cabeza hacia un lado, perpleja.

–¿Acaso Molly ya te lo contó?

Le diré exactamente lo que sabe nuestra amiga. Aunque creo que no mencionaré el malentendido, no sea que se sienta responsable por sacarme del clóset sin querer con Molly. Pero, por ahora, eso no es lo que quiero discutir.

Quiero tomarla de las manos, pero no lo hago. En cambio, con los ojos brillando, me volteo a verla.

–Creo que acabas de regresarme a mi mejor amiga –digo con la voz ronca y sus ojos se abren como platos por la sorpresa.

–¿Molly y tú se reconciliaron?

Cuando dejo escapar una sonrisa, ella me lanza los brazos para abrazarme. Ay, olvidé cómo se sentía. Su calor, los latidos de su corazón contra mis costillas, el aroma de su champú que inhalo mientras apoyo la mejilla contra la parte alta de su cabeza. Me

aferro a ella como si fuera una boya y solo ahora acabara de darme cuenta de que he estado andando en el agua durante demasiado tiempo.

Ella hunde las yemas de los dedos en mi espalda y apoya la cabeza contra la mía.

–Rose –susurra; y no sé si es una afirmación o una pregunta. O una advertencia.

Ni siquiera sé quién se mueve primero. Solo sé que, de repente, nos estamos besando y no hay nada dudoso ni amable al respecto. Es un beso desesperado, frenético, hambriento. Sus dedos están en mi cabello, mi mano la toma con firmeza de la cintura y mi espalda choca contra la pared antes de que siquiera pueda registrar que nos hemos movido. Con mi mano libre, la traigo más cerca de mí para profundizar el beso y ella suelta un gemido involuntario que sale desde el fondo de la garganta y casi hace que se me doblen las rodillas. Si no fuera por el apoyo de la pared, creo que me habrían fallado.

Apenas estuvimos un tiempo juntas. Como la flor del cerezo, habíamos florecido, resplandecimos y morimos, todo en un período de semanas. Aunque los árboles no mueren de verdad una vez que se les caen las hojas, ¿verdad? Simplemente permanecen dormidos. Como lo hicimos nosotras.

Pero, aun así, duramos tan poco. Besarla no debería sentirse así, como si por fin me hubieran vuelto a unir a una extremidad perdida y una vez más estuviera entera. Echarla de menos no debería ser tan importante. Incluso la he estado extrañando más de lo que la tuve.

Pero, por Dios, es importante. No puedo evitarlo. Ella es importante.

Pero cuando nos desprendemos, un pensamiento horrible se me cruza por la mente. *Entonces, ¿ese fue nuestro beso final? ¿El desenlace?*

El pánico de ese pensamiento, nítido como el cristal, me despierta de esa neblina borrosa de *deseo* que había flotado sobre mí. Me doy cuenta de que no quiero eso. No de este modo, en todo caso.

–No me hagas esto –le suplico; y Danni levanta los ojos, parpadeando. El dolor le cruza la mirada color avellana.

–¿Qué? –pregunta.

–Dijiste que no querías estar conmigo y yo lo respeto. Pero si no podemos estar juntas, entonces eso implica que no podemos correr los límites. Y esa es tu responsabilidad –le digo con firmeza cuando ella abre la boca para protestar, porque, para ser justa, acabamos de besarnos en simultáneo–. Porque yo quería estar contigo y, si pudiera, lo haría. Fuiste *tú* la que no quiso estar conmigo. Así que no me hagas decirte que no, cuando ni siquiera quiero hacerlo.

Ella se queda mirándome fijo y lo detesto, porque es fascinantemente hermosa y desearía que no lo fuera. Y todo lo que quiero es regresar el tiempo atrás, hasta medio minuto y, de algún modo, convertir un momento en una eternidad, borrando el "después" por completo. Puede que solo tenga una vida, pero si pudiera elegir, si tuviera una mínima opción al respecto, pasaría el resto de mi vida besándola (cada miserable segundo que me queda), solo para que jamás tuviera que enfrentar una última separación, sabiendo que, eventualmente, olvidaré hasta el recuerdo de su sabor.

–Claro que quería estar contigo –dice ella–. Solo quería que termináramos antes de que doliera demasiado.

–¿Y funcionó para ti? –le pregunto–. Porque a mí me dolió bastante.

–Todo lo que he *hecho* fue sufrir –responde y se le quiebra la voz–. Pensé que estaría bien, porque fue poco tiempo, pero jamás he estado tan mal en toda mi maldita vida. Lo odio y me odio a mí misma por decidirlo, porque apesta. Fue la decisión incorrecta y sigo queriendo que sea más fácil, pero eso no está sucediendo.

–Entonces, ¿qué sentido tiene?

–¡No tiene sentido! Ya la jodí. La jodí en el segundo en que te besé. Creo que la jodí en el momento en que *te conocí*. Ibas a lastimarme de cualquier modo y, lo peor es que, si esto significa que ahora puedo tenerte, ya no creo que me importe más, porque sea lo que sea que suceda dentro de unos meses o años a partir de ahora, no puede dolerme más que esto.

Se toma un respiro y una vez más me resisto a la necesidad de tocarla. No confío a dónde nos llevará esto y primero necesito saber exactamente dónde estamos paradas.

–¿Qué quieres, Danni?

Suspira, levanta las manos y luego las deja caer con peso muerto a los costados.

–Que las cosas sean simples.

La observo con seriedad.

–Bueno, yo no puedo darte eso.

–¿Qué puedes darme, entonces?

–A mí –respondo–. Solo a mí.

Me toma de las manos y yo no las aparto, pero corro la mirada, para quedarme segura.

–¿Es suficiente para ti? –le pregunto, por encima de la cabeza–. Estar conmigo no es fácil.

–No creo que lo sea –concuerda con suavidad–. Pero estar sin ti es imposible. Lastímame luego, por favor. Ahora no.

Y con eso, finalmente, la miro.

Esta vez, ella me besa primero.

Esta vez, no tengo miedo a que se termine.

VEINTINUEVE

ROSE

–Quiero contarte algo. Por dos cosas: porque somos amigos y porque esto te afecta a ti.

He venido a encontrarme con Alfie en la Academia Ashford, ya que esta no parecía ser una conversación apropiada para una videollamada. Aunque a las estudiantes de Bramppath no se las suele recibir por fuera de los eventos de las escuelas hermanas, ser princesa tiene sus beneficios. Sin embargo, no me permitieron ir más allá de la recepción, así que con Alfie optamos por merodear alrededor de un sitio más privado cerca del portón de hierro forjado frente de los jardines de la oficina. Hace un frío extremo aquí; ambos nos abrazamos a nuestros torsos a pesar de tener puestos abrigos de invierno gruesos.

–Suena serio –dice él con una sonrisa.

–Alfie, soy lesbiana.

Es directo, pero me preocupa que, si lo demoro por mucho tiempo, jamás llegue a pronunciar las palabras.

Él parpadea por la sorpresa y se quita un mechón de cabello del rostro.

–Ah –dice, con una expresión de evidente desconcierto (la cual había esperado) y, en cierto modo, divertida (la cual no me había esperado).

–Sí –digo–. Así que… Aguarda, ¿por qué lo dijiste de esa manera?

–Bueno, eso explica el beso.

–Dijiste que no fue *tan malo*.

–Bueno, tampoco fue *tan bueno* –replica y se ríe entre dientes. El primer amigo con quien, formalmente (y adrede), salgo del clóset y se convierte de inmediato en insultos. Me ofende.

–¡Me besaste dos veces!

–Sí, ¡en caso de que fueran los nervios de la primera vez!

–Okey, bueno, ahora lo sabes. No fueron nervios, fue porque soy lesbiana. Y aunque seas muy guapo y te adore, es físicamente imposible para mí disfrutar besarte.

–"Físicamente imposible disfrutar besarte" es todo lo que un chico quiere oír, Rosie. Deja de halagarme, me sonrojo.

–El punto es que creo que es hora de dejar nuestra relación falsa.

–¿Estás rompiendo el falso noviazgo conmigo?

–Así es.

–¿Precisamente hoy?

Hago una pausa, apenada.

–Espera, ¿qué día es hoy?

Él sonríe.

–Ninguno, solo quería ver tu expresión. Entonces, ¿qué tiene que ver que…? A menos que… –Se ilumina–. ¿Me estás diciendo que estás saliendo con alguien?

Eso es, en efecto, lo que vine a decirle. Esta mañana, cuando le conté a Danni que terminaría con Alfie y con mi pequeña aventura de manipulación a los medios, además de que le contaría a él que soy lesbiana, le pregunté cuál le gustaría que fuera su rol en lo que vendrá. Rápidamente y con una sonrisa *muy* satisfecha en el rostro, me dio su aprobación para que le contara a mi amigo acerca de nosotras.

–Así es. Con Danni. Blythe.

–Conozco a Danni –responde, enarcando una ceja.

–Claro, por supuesto.

–Mírate, toda nerviosa. –Da unos saltitos en el lugar, para entrar en calor–. Jamás te veo nerviosa. ¿Qué dijeron tus padres? Supongo que lo saben.

–Saben que soy lesbiana, pero no saben acerca de Danni y no quiero que lo sepan.

Pone caras bastante extrañas.

–Rosie, estoy confundido. ¿Quieres que esto sea un secreto?

–Sí.

–Sin embargo, ahora mismo tienes la pantalla ideal. Conmigo. Para dar amplia evidencia de que *no* estás saliendo con Danni. ¿Y quieres… terminar con eso?

Me quedo mirándolo, sorprendida.

–Supuse que *tú* lo querrías, una vez que te enteraras.

–¿Que eres lesbiana? –pregunta–. ¿Pensaste que yo querría terminar con nuestra relación *falsa* cuando descubriera que es… *extrafalsa*?

Intento ocultar la sonrisa.

–Bueno, no lo sé.

–¡Pensabas que *yo* estaba haciendo esto con la esperanza de que termináramos juntos!

–No fue por eso.

–Claro que *sí*. ¡Te dije que no lo hacía por eso! ¿Por qué te cuesta tanto creer que no estoy enamorado de ti?

Ignoro eso.

–Pero ¿qué obtienes?

Alfie se pone serio y responde:

–Ayudarte.

Bueno, tendré que hablar con Danni al respecto, por supuesto. Pero no puedo negar que sería útil para nosotras que Alfie se involucrara. Inconmensurablemente útil.

–Uh –exclama de repente–. Deberíamos hacer algo por el día de San Valentín. Algo bien público. Podemos hacer eso, ¿verdad? Tendremos tiempo para planearlo.

Dudo.

–Ah, es… una buena idea, pero quiero pasar San Valentín con Danni.

–¡Tráela! –dice al instante y yo me río–. Me gustaría conocerla mejor. Si ahora va a estar en tu vida, bien podríamos intentar encontrar algo que nos agrade del otro.

–Cuidado, eso fue casi amistoso.

Alfie levanta un hombro y sonríe en esa dirección.

–No sé a *qué* te refieres, Rosie, soy la persona más agradable que conoces.

–Tal vez, si solo me quedara una neurona –respondo y él finge estar injuriado–. Además, estoy segura de que eso es exactamente

lo que debo hacer. Un evento falso para la prensa con Danni el día de San Valentín.

–Yo estaría allí.

–Sí, pero, de todos modos.

Lo piensa durante unos momentos. Percibo que está decidido con la idea, lo cual significa que será difícil hacer que desista. Y el problema cuando él está convencido con una idea es que, la mayoría de las veces, tarde o temprano encuentra un modo de convencerme a mí también.

–Llevaremos con nosotros a un amigo mío –dice–. Citas falsas para todos.

Yo me echo a reír y pongo los ojos en blanco.

–Vamos –exclama–. Es una buena idea.

–Mm. Tal vez.

–Rosie.

–*Tal vez*.

***

Alfie gana.

Danni está emocionada con el plan de pasar San Valentín juntas en público. Menos emocionada ante la idea de que Alfie venga con nosotras y mucho menos con la promesa de su amigo. Pero sí está de acuerdo con que es una jugada inteligente. Y cuando descubre que tiene el permiso de faltar a clases ese día para participar de un asunto importante en el palacio, se ablanda mucho más.

Paso a buscarla por su habitación con un paquete grande envuelto en papel dorado. Ella abre la puerta con su parka color verde militar. La que estaba usando en el partido de rugby, cuando pudimos

conocernos mejor, y la noche en que nos besamos en el bosque. Hay tantos momentos maravillosos atados a ese abrigo, que verlo me hace resplandecer.

Danni nota el regalo de inmediato y se ve nerviosa.

–Okey, no acordamos esto, porque es un tema incómodo, pero yo no tengo mucho dinero. Para nada. Así que, cuando se trata de presentes…

–Yo no espero nada –replico.

–Bueno, no deberías no esperar *nada*, porque sí tengo algo para ti. Pero no va a ser algo ostentoso. No me compraste algo ostentoso, ¿o sí?

Bajo la mirada hacia la caja que tengo en las manos y vuelvo a levantarla, culposa.

–Define *ostentoso*.

–Grandioso –exclama, poniendo los ojos en blanco, pero al menos sonríe.

–No es un coche ni nada de eso –advierto mientras la sigo adentro de la habitación.

–Bueno, *¡gracias al cielo!* Gracias al cielo que no me regalaste un *coche* para San Valentín.

–Sabes, si te hubiera comprado un coche, me estarías haciendo sentir bastante mal en este momento.

–No tan mal como me sentiría yo, te lo aseguro. Un día no muy lejano, vamos a tener una conversación acerca de lo que implica dar obsequios cuando ambas pertenecemos a distintos tramos fiscales… Aguarda, ¿siquiera pagas impuestos?

Abro la boca para responder, pero ella continúa hablando sin parar.

–No tiene importancia, saberlo solo me alterará. Hoy me va a encantar lo que sea que me hayas obsequiado, porque estoy segura de que es muy bonito y pensaste bien en qué regalarme. Y no voy a sentirme para nada extraña por el hecho de que no pude comprarte nada.

–Excelente plan –exclamo, entregándole el obsequio–. Aunque ahora siento que estoy generando expectativas muy altas. No te compré nada que sea como regalar un coche.

O si vamos al caso, un reloj Vacheron Constantin.

–Mucho mejor.

–Todavía no me gustas tanto como para eso –agrego. Ella se sienta en la cama, con el obsequio sobre el regazo y me lanza una mirada fulminante. Entonces, la insto–: Ábrelo.

Cuando lo hace, deja ver el par de patines de hielo de cuero por los que pasé horas agonizando durante la semana pasada. Ahora que los veo, me agradan mucho más de lo que recordaba. Más que los míos.

–Pensé que hoy serían útiles. Además, me encantaría darte otra clase individual. Si quieres.

Extrae uno y lo voltea en las manos.

–Ahora son oficialmente los objetos más bonitos que poseo –dice, lo cual creo que es un cumplido–. ¿Crees que pueda quitarles las cuchillas y usarlos como zapatos?

–Creo que te costaría –respondo con seriedad y ella levanta la mirada, sonriéndome.

–Me encantan. Gracias.

–Me alegro. Entonces, ¿sin rarezas?

–Ah, lo haré como tú –dice a la ligera, apretando la lengüeta de la bota. Es afelpada. Mucho más cómodos que los que hay en la escuela.

–¿A qué te refieres?

–Me la guardaré hasta que ya no pueda sentirla.

Me ahogo con mi propia risa y ella guarda los patines en la caja.

–Tu regalo viene después. Vamos –exclama, poniéndose de pie y extendiendo una mano hacia mí. Dejo que me levante y luego nos soltamos. Ahora, ya no podremos volver a tomarnos de la mano hasta la noche.

Pero, al menos, podré pasar el día con ella. Aunque sea tengo eso.

TREINTA

DANNI

Cuando solía pensar en Europa, se me venían a la mente lagos extensos, oscuros, cubiertos de hielo espeso y rodeados de montañas nevadas. Solía pensar que patinar en un verdadero lago tomada de la mano de alguien era la cosa más romántica del mundo. Solo que, aunque tenía muchos lagos a una distancia en coche, no podía patinar, ninguna de mis amistades estaba muy interesada en ir y, de todos modos, jamás conocí a nadie que quisiera tener una cita conmigo.

Hoy sé patinar –más o menos– y estoy en uno de esos lagos, en el día de San Valentín, con mi novia. Pero la parte romántica es debatible, porque mi novia está aquí con su novio falso y un chico que no conozco, y estamos rodeados de policías y paparazzi y todos nos están mirando o tomándonos fotografías.

Tal vez para algunos podría ser el ideal de romance, pero no estoy segura de que sea el mío.

El amigo de Alfie resulta ser un joven sonriente llamado Edmund Ahmad. Tiene suaves rizos negros debajo del gorro de lana, la piel

morena y una risa contagiosa. Es muy dulce y empieza a caerme bien bastante rápido, pero no puede agradarme del todo porque no estoy segura de qué piensa él que estamos haciendo aquí. Supongo que no sabe que Rose y Alfie solo están fingiendo para las cámaras. Quizás cree que solo es una salida en grupo, pero si yo fuera él y me pidieran que saliera con mi amigo, su novia y una "chica soltera", sin dudas creería que es una cita. Y no se me ocurre cómo preguntarle qué piensa sin hacerle saber por qué *no debería* pensar eso.

Los cuatro nos detenemos junto a una banca para ponernos los patines y yo lucho con mis botas superrígidas. Son de una hermosura avasalladora. Son tan bellas que me asustan. ¿Y si las arruino? No tengo experiencia con cosas como estas, así que por lo general no tengo que preocuparme.

–Recuerda, abajo y arriba –dice Rose. Comienza a inclinarse, como si fuera a mostrarme, pero se da cuenta a tiempo.

–Yo puedo ayudar. –Se ofrece Edmund, poniéndose de rodillas frente a mí–. Solía patinar todo el tiempo.

Mientras él me amarra los cordones, Rose lanza una mirada de costado y tuerce la boca, pero no dice nada.

–¿Ya has patinado antes? –me pregunta Edmund.

Casi digo que sí, pero ¿y si después me pregunta quién me enseñó? Entonces tendré que mentir, ¿y qué pasa si digo sin querer que fue Molly o Eleanor? Y resulta que ellas ni siquiera saben patinar, y luego él les pregunta y ellas se quedan como: "¿Qué? No sé patinar" y después él se da cuenta de que yo le mentí y todo se descubre.

–Solo de niña –respondo; Rose me mira con intensidad.

Más tarde le explicaré la mentira. Dios, esto ya es un dolor de cabeza.

Han cortado toda un área del lago con conos para el tránsito para nosotros. Del otro lado, los patinadores recorren el hielo tomados del brazo, o presumiendo de sus giros en el centro, o agolpándose cerca de los conos para mirarnos embobados como si fuéramos animales de zoológico. Miran embobados a Rose, en realidad. Algunas personas la llaman por su nombre y la saludan con las manos. Ella les devuelve el saludo con una sonrisa brillante. El equipo de seguridad le hace gestos a la muchedumbre para que continúen circulando. Aunque la mayoría de ellos no me está mirando a mí, tengo el rostro todo bordó y casi que desearía poder estar en cualquier otro lugar del mundo en vez de aquí.

Cuando nos movemos hacia el hielo, Rose va primero con Alfie. Luce como si *en verdad* quisiera ofrecerme una mano para ingresar, pero Edmund lo hace en su lugar.

–Lo estás haciendo grandioso; solo ve lentamente –me alienta él.

Delante de nosotros, Alfie toma a Rose de la mano y conversan mientras patinan justo en dirección a los paparazzi, como si ni siquiera notaran que están allí. Tomas totalmente casuales.

Yo me resbalo y caigo sobre un montículo y Edmund suelta una risotada mientras intenta levantarme.

–Lo siento –gruño.

–Está bien. Pasaba la mitad del tiempo en el suelo mientras aprendía.

–¿Cuántos años tenías?

–Como cuatro.

Lo miro sin emoción y él me mantiene firme mientras yo me sacudo el hielo.

Los patinadores comunes se congregan otra vez y, ahora, la mayoría tiene los teléfonos levantados. Intento ignorar la atención y me concentro en lograr un ritmo para patinar. Lo único peor que aprender a patinar (otra vez) es hacerlo mientras la gente te graba para subirlo a internet para siempre.

–Espera, voy a tomarte de ambas manos –dice Edmund y comienza a patinar hacia atrás, empujándome con él. Me trae el recuerdo de Rose haciendo lo mismo. Le echo un vistazo y ella me está mirando. Alfie la tiene del brazo y le habla a mil por hora. Cuando nuestras miradas se cruzan, ella sonríe, pero es un poco triste.

Entonces, recuerdo las cámaras, le quito los ojos de encima y regreso a Edmund.

–Así que ¿cómo es que eres de Colorado y no sabes patinar? –me pregunta–. Pensé que allí nevaba.

–Así es, pero a mis amigos les gustaba más hacer snowboard, esquiar y esas cosas. Y, ¿sabes? A veces terminas con los mismos pasatiempos que las personas a tu alrededor.

–Totalmente –replica–. Así fue cómo me convertí en vegano. Todos mis amigos lo eran y, cuanto más hablaban de eso, más notaba que tenían razón. Además, la comida es buena si sabes a dónde ir. ¿Has probado otras leches alguna vez?

–¿Leche que no sea de vaca? Nop.

–Okey, hay un sitio donde preparan té de burbujas que tengo que mostrarte. Te acabarás convenciendo. Tienen un sabor que es como de avellanas… ¿Te gustan las avellanas?

–Adoro las avellanas.

–Entonces, te encantará.

No sé realmente qué responder. ¿Cuál es la forma educada de decir "me encanta la idea de ir a ese lugar de té de burbujas vegano, pero solo como amigos, ¿verdad?". Mientras estoy pensando todavía en cómo decírselo, Alfie y Rose pasan junto a nosotros y Edmund los llama.

–¿No creen que Danni lo está haciendo grandioso? –pregunta, apretándome las dos manos–. Tiene un talento natural.

Rose abre los ojos como platos.

–Bueno, dado que no ha patinado en… ¿cuánto, Danni, diez años?, diría que lo está haciendo de maravilla.

Le lanzo una *mirada* que convenientemente se le escapa.

–Dice que esquía y hace snowboard –le cuenta Edmund y agrega–: Viene de un lugar donde nieva incluso más que aquí. Colorado.

Rose se dirige a mí, con tono de burla:

–¿Eres de *Colorado*? –me pregunta–. No puedo creerlo. Te conozco desde hace casi seis meses y ni *una vez* mencionaste nada de esto. Estoy aprendiendo tanto gracias a ti, Edmund.

Exagera tanto con el sarcasmo que hasta el alegre de Edmund lo nota. Él sonríe, pero con dudas.

–No le hagas caso a Rose –le digo–. Su sentido del humor es un gusto adquirido.

Para mi sorpresa, ella parece un poco dolida. Supongo que le es más fácil de lo normal tomarse las cosas a modo personal mientras ve cómo mi cita casi verdadera me lleva por el hielo.

Alfie ríe con nervios.

–He estado pensando si presumir de mi salto doble de Salchow –le dice a Rose, jalando de ella para dejarnos solos–. Si lo logro, quedará grabado. Si fallo, quedará grabado.

–Entiendo el dilema –dice ella, alejándose con él y dejándome a solas con Edmund otra vez. Me quedo observándolos, con el corazón encogido.

Edmund me sigue la mirada.

–¿Conoces… bien a Alfie? –me pregunta.

–En realidad, no, ¿por qué?

Parece sorprendido con mi respuesta.

–Ah. Solo me preguntaba. Es que, cuando él se enteró de que yo pensaba que tú eres atractiva, me sugirió venir a conocerte hoy. Pero si hay un pasado entre ustedes o algo así…

Intento procesar lo que dice, pero es demasiada información. ¿Él cree que me gusta Alfie? ¿Por qué demonios creería eso? ¿Y le parezco atractiva? Quiero decir, es halagador, supongo, pero es un tanto extraño que Alfie lo escogiera a él para acompañarlo cuando sabe que no soy exactamente una opción viable para su amigo, ¿verdad?

Estoy tan distraída que pierdo la noción de mis pies y mis cuchillas chocan entre sí. Me caigo hacia atrás, fuerte (demasiado fuerte para que Edmund me sostenga), y me golpeo la cabeza contra el hielo.

Me quedo allí durante un segundo, aturdida, hasta que Rose está por encima de mí.

–¿Estás bien? –me pregunta, frenética–. Vi que te diste en la cabeza.

Ahueca una mano por debajo de esa parte para buscar algún bulto.

–Estoy bien –respondo–. Solo que…, demonios, ¿ay?

Ay, mi cabeza y mi orgullo. No hay nada mejor que morder el polvo (o el hielo) frente a un público enorme.

–Fue una fuerte caída –dice Edmund detrás de Rose.

–Está bien, Rosie –comenta Alfie, con una advertencia en el tono de voz.

–¿Puedes ver bien? –me pregunta ella, ayudándome a incorporarme.

Durante un segundo, creo que tal vez esté viendo estrellas. Luego me doy cuenta de que son los flashes de las cámaras.

–Rose, retrocede –susurro, intentando no mover los labios.

Ella se muerde el labio inferior con fuerza, inhala profundo y se echa hacia atrás. Alfie la toma de la mano y la atrae hacia él para susurrarle algo.

Edmund toma el lugar de Rose a mi lado.

–¿Te rompiste algo?

Hago una revisión rápida.

–Nop, pero puede que tenga el coxis amoratado.

–Ay, el *coxis* no. Una vez me caí, me golpeé allí y me quedó un moretón espantoso. También estaba de pie. Un momento estaba arriba y al otro, *abajo*. –Me ayuda a levantarme y, juntos, salimos del hielo. Alfie y Rose nos siguen.

Me duele la espalda a más no poder y ya nos han tomado las fotografías que necesitábamos, así que decidimos dar por terminado el asunto. Edmund se quita los patines y corre al baño (es una bonita estructura de ladrillos que deben haber construido al lado del lago para estas ocasiones), yo quedo a solas con Rose y Alfie.

–Bueno –exclamo–, podría haberme venido bien el aviso de que le gusto a Edmund.

Ellos se miran entre sí.

–¿Qué? –Rose le pregunta a Alfie.

–Necesitaba a alguien que viniera con nosotros para que pudieras traer a Danni. Él mencionó que le parecía atractiva, así que pensé que estaría interesado en venir.

–¿No crees que es un poco extraño? –susurra Rose.

–Pensé que no haría daño. Estoy seguro de que terminarán siendo grandes amigos.

–*Ella es mi novia* –dice Rose y, si yo creí que antes hice un buen trabajo en hablar sin mover los labios, ella me deja en vergüenza–. Arreglaste una cita de *verdad* para mi *novia*.

–¡No pensé que sería un problema! No es que tampoco le gusten los chicos –replica él en voz muy baja.

–Ey –digo y ambos me miran. Entonces, aclaro–: Me *pueden* gustar los chicos.

Rose me mira horrorizada al oír eso. Sabe que soy bi, así que es porque lo hice sonar como una especie de confesión. Entonces, me apresuro a agregar:

–Pero no si estoy comprometida. Soy tan capaz de ser monogámica como cualquier otra persona.

–Pero eso sí cambia un poco las cosas –observa Alfie–. No habría traído a Edmund si lo hubiera sabido.

–¿Por qué lo dices como si fuera mi culpa? –espeto.

–¡No es así! Me estoy disculpando por mi descuido.

–Ah. –Hago un gesto de dolor. Hoy me irrito con la misma facilidad que Rose–. Lo siento.

–La próxima vez, me aseguraré de traer un chico que te encuentre odiosa –promete él.

–En realidad –dice Rose–, si a ustedes no les molesta, preferiría clavarme el freno del patín en el ojo antes que volver a hacer esto.

–Okey, okey –dice Alfie, herido–. Aventura fallida. Entendido. Al menos nos tomaron buenas fotografías, ¿verdad?

Rose se obliga a sonreír y aplaude con rapidez. Un flash delata que los paparazzi también fotografiaron eso.

***

–¿Y de qué conversaron con Edmund? –me pregunta Rose una vez que salimos de su coche en Bramppath y tenemos un segundo de privacidad.

–No mucho. De cosas sin importancia, en mayor parte. Pero es agradable. –Ella enarca las dos cejas y mira hacia otro lado. Así que agrego con una sonrisa–: Lo suficiente.

Vuelve a lanzarme una mirada y luego frunce el ceño.

–¿Qué es lo gracioso?

–Tú. Estás celosa.

Se encoge de hombros y aparta la mirada otra vez.

–Pensábamos que yo era a quien le iba a costar más este secreto, pero no es tan fácil como creíste que iba a ser, ¿verdad?

–Cállate.

–Me pasé la mayor parte del día observándote –digo–. Intenté no hacerlo, pero no pude evitarlo. No tienes de qué preocuparte.

El modo en que me sonríe me hace querer detenerme y atraerla hacia mí, aquí mismo en el patio, y no soltarla jamás. Ojalá pudiera.

–Gracias –susurra. Y yo me aseguro de rozarla "accidentalmente" mientras caminamos. Y una vez más, por si acaso. No es suficiente, pero es lo que tenemos, así que lo tomaré.

TREINTA Y UNO

DANNI

Esa noche, me paso toda la cena nerviosa. Tanto que apenas puedo comer.

–¿Estás segura de que estás bien? –me pregunta Rose, que está sentada a mi lado. Por debajo de la mesa, me da un golpecito en los dedos del pie con los suyos–. ¿Alguien sabe si la falta de apetito es síntoma de traumatismo en la cabeza?

–¿Por qué tendrías un traumatismo? –pregunta Molly desde el otro lado de la mesa mientras rompe su *crème brûlée*.

–Se cayó cuando estaba patinando y se golpeó la cabeza.

–¿Has ido a la enfermería? –Molly hace una pausa, con la cuchara a mitad de camino hacia la boca.

–No, estoy bien, se los aseguro. Ya no tengo dolor.

–No te ves bien –comenta Eleanor–. Te ves pálida.

–Soy pálida.

–Te llevaré a la enfermería después de comer –decide Rose.

–Tenemos la noche de presentación de artes después de la cena.

–No asistiremos –dice.

Me trago un bocado de *crème brûlée* con intención, pero eso no la convence.

Una vez que han retirado todos los platos y el director se pone de pie para anunciar los detalles de la presentación de esta noche, Rose me acaricia con la yema del dedo a lo largo del muslo, por debajo de la mesa, y un escalofrío me recorre por donde me rozó y me enciende por completo. Se me nubla la mente.

–Vamos –dice–. Podemos irnos ahora, a nadie le importará. Si no te sientes bien…

–No puedo irme –respondo, con el volumen más bajo que puedo lograr–. Te escribí algo.

–Tú… ¿qué?

El director va al centro del escenario y yo casi me desmayo. Aquí vamos.

–Para la presentación artística de esta noche –dice él–, nos deleitará, con una pieza original en el piano, Danni Blythe. Para quienes no han tenido todavía el privilegio de conocer a Danni, ella ingresó este año desde Estados Unidos y es uno de los prodigios más destacados que Caroline ha visto en mucho tiempo. Cualquiera que conozca a Caroline sabrá que ese es el mayor de los elogios.

Por la expresión de Rose, veo cómo va comprendiendo, mientras que nuestras amigas me gritan hurras y me alientan. Harriet se pone de pie, aplaudiendo y saltando emocionada. Y, si yo creí que estaba nerviosa en la cena, no es nada comparado con cómo me siento ahora.

Pero, como dijo Rose, tengo que dar el siguiente paso hacia adelante o me quedaré estancada. Si tengo alguna remota

oportunidad de convertirme en solista algún día, tengo que dejar que me vean.

Además…, ya me han visto, ¿verdad? Mi rostro ha aparecido por todas partes: en las redes sociales de Molly, en la prensa sensacionalista y en artículos. Me han observado, fotografiado y filmado una y otra vez para que me vean en todo el santo país. Hasta incluso en otros países. Hoy es el ejemplo perfecto de eso. Esta es solo una pequeñísima pieza para piano (muy sencilla, por cierto) para una sala llena de estudiantes.

Aun así, de algún modo, se siente mil veces más aterrador.

Trajeron el piano al escenario del salón comedor especialmente para esto. De hecho, me sorprende que su presencia no pusiera a Rose en aviso, pero estaba tan ocupada preocupándose por mi cabeza que no notó nada más.

Ya me he sentado en este taburete muchas veces y esta noche no será diferente (a excepción de mi coxis adolorido). Estoy en el salón de baile y no hay nadie más aquí. Las únicas personas que escuchan son las que están cruzando el patio. Estoy a salvo.

Entonces, cruzo miradas con Rose, ella sonríe y casi me creo lo que me estoy diciendo a mí misma.

Comienzo a tocar, con los dedos temblorosos y, para mi sorpresa, no me desmayo del miedo. Me ayuda que sea una canción fácil, como dije. Solo algo que compuse hace un par de semanas, cuando ninguna de las canciones de mi repertorio parecía capturar en verdad mis sentimientos. Esta melodía es toda sobre Rose. Es sobre lo mucho mejor que se siente la euforia después de que has estado viviendo un infierno individual. Sobre lo hermoso que es besar a alguien por primera vez y lo mucho más hermoso que es besar a esa

persona cuando creíste que jamás volverías a hacerlo. Sobre cómo se siente encontrar a alguien que te convierte en la versión de ti que quieres ser para siempre.

Al principio, iba a ser solo para mis oídos. Pero luego, cuando estaba intentando pensar qué le iba a regalar a Rose por el día de San Valentín con un presupuesto en cero, se me ocurrió esto. Tal vez dé vergüenza ajena o tal vez no sea suficiente. Es obvio que no se puede comparar con un par de patines de cuero nuevos. Pero es todo lo que tengo.

Entonces, me atrevo a mirar al público, solo por un segundo. Pensé que estaría aterrada, pero nadie se está riendo. Nadie.

La encuentro a Rose, que me contempla con una mano sobre la boca. Sé que está sonriendo tanto como le es posible. Y Molly, la única persona en la sala que tiene noción de lo que está ocurriendo en este momento, está observando cómo Rose me sonríe a mí.

Para todos los demás, probablemente solo parezca que Rose está orgullosa de mí por subirme aquí. Una parte de mí sabe eso, aunque otra no puede creer que nadie más pueda oír esta canción y *no* conocer todos mis sentimientos más personales. Siento que estoy en el medio del comedor, gritando a todo pulmón que Rose y yo estamos juntas y que me estoy enamorando de ella mucho más que de nadie a quien haya conocido antes.

Supongo que es lo más cerca que estaré de hacer justo eso.

Estoy tan orgullosa de lo que he hecho, porque la expresión de Rose me dice que a ella no le resulta para nada vergonzoso ni insuficiente. De hecho, jamás la he visto exactamente así.

No estoy segura siquiera de haber visto a alguien mirar a otra persona del modo en que Rose lo está haciendo conmigo ahora.

***

Más tarde esa noche, cuando ya me puse el pijama, llaman a mi puerta. Antes de abrirla, tengo la esperanza de que sea Rose, y cuando la veo del otro lado no puedo evitar sonreír. Eso sucede hasta que noto la forma salvaje en que me mira e hiperventila.

–¿Qué ocurre? –le pregunto, dejándola pasar. Tan pronto como se cierra la puerta, ella se me echa encima para besarme y me lleva hacia la cama. Ya la he besado cientos de veces, pero estos besos parecen más intensos y urgentes. Hambrientos.

Chocamos contra la cama, con tanta fuerza que rebotamos. Yo me estiro por debajo de Rose y enredo los dedos en sus rizos. En un segundo, siento todo el peso de su cuerpo sobre el mío y luego se mueve un poco hacia un costado. Apoya la rodilla en el espacio entre mis piernas y, al principio, creo que es para mantener el equilibrio. Luego se mueve más arriba y la rodilla hace contacto conmigo y yo me detengo a mitad del beso.

–¿Está…? –Se interrumpe antes de terminar la pregunta, porque yo le respondo al alzar las caderas hacia ella. Hasta que descubrí esta fricción, no tenía idea de lo mucho que la deseaba. Me da un alivio instantáneo a la sensación de dolor a la que últimamente me había acostumbrado. Más que alivio, incluso. Algo mucho mejor que eso.

Intento presionarme más contra ella y Rose responde llevando su peso hacia adelante para encontrarme con más firmeza y, al hacerlo, profundiza el beso y yo emito un sonido que jamás he hecho antes. Me toma de ambas manos y enreda los dedos entre los míos; las lleva por encima de mi cabeza, sobre el colchón, así que lo único que puedo hacer es arquear la espalda y besarla con más fuerza

mientras ella comienza a moverse hacia adelante y atrás. Cada vez que se aleja de mí, el dolor regresa; más pesado e insistente que la última vez.

Al principio, cada vez que se inclina hacia arriba se vuelve mejor que la última vez. Pero eventualmente, deja de ser suficiente. Cuando intenta alejarse, la tomo y la traigo hacia a mí, negando con la cabeza. Con gusto accede y cierra los ojos, con los labios apenas entreabiertos, mientras yo traigo todo el peso de su cuerpo hacia mí.

–Danni –susurra, soltando una de mis manos–. Quiero…

Cuando entiendo a qué se refiere, es como hundirme en un huracán. Muchas cosas se vuelven verdaderas de golpe. Yo también la deseo, tanto, más de lo que jamás he deseado algo, porque su rodilla ya no es suficiente para mitigar el dolor. Y mis latidos se enloquecen y apenas puedo respirar y apenas puedo *pensar*. Pero a la parte de mí que sí puede pensar se le ocurren muchos pensamientos aterradores. Como, por ejemplo, ¿cómo sabré qué hacer? Y ¿qué sucede si soy torpe y terrible y eso hace que ya no le guste más? Y ¿qué sucede si odia lo que vea debajo de mi ropa?

Examina mi expresión y traga en seco.

–No tenemos que hacerlo –susurra, pero no, definitivamente *no*…

–Quiero. –Exhalo. Ni siquiera completo la oración ni me importa–. Por favor. Pero no lo he hecho antes.

–Yo tampoco –admite, dejando caer la rodilla hacia atrás–. Pero he estado pensando bastante en esto. Mucho.

Presiona su pecho contra el mío y puedo sentir que su corazón está igual de acelerado. Supongo que, de alguna forma, me había olvidado de que esto es tan nuevo para mí como para ella, pero recordarlo me hace sentir mucho más segura. Lo suficiente como

para dejar de desperdiciar tiempo en preocuparme por eso y deslizar una mano entre las dos. A diferencia de mí, ella no ha tenido ni un poquito de fricción en todo este tiempo, así que cuando la encuentro por encima de la ropa interior, suelta un jadeo estrangulado que se convierte en una serie de respiraciones rápidas y temblorosas. Me hace sentir poderosa y deseada y tan caliente que siento que podría desmayarme si esto continúa por mucho tiempo más.

Cuando me desviste, dejo de preocuparme del todo, porque no es posible que me esté viendo del modo en que lo hace y cohibirse. Me recorre con la mirada y con las yemas de los dedos desde las clavículas hasta las caderas al unísono; ladea la cabeza hacia un costado y la sacude, y yo me siento…

–Eres tan estúpidamente hermosa –murmura; y eso es lo último que dice antes de darme, por fin, lo que le pedí.

TREINTA Y DOS

ROSE

Para la tarde del lunes, las fotografías del día de San Valentín están por todas partes. Y no son, por desgracia, las poco convincentes de Alfie y yo. En realidad, son otras, tomadas por el público desde el área asignada para ellos, detrás de los conos de tránsito. Entre las decenas de personas que nos estuvieron filmando todo el tiempo, capturaron cada una de las metidas de pata. Desde Danni y yo intercambiando miradas al otro lado de la pista, el gesto de miedo en mi rostro cuando ella se cayó, hasta yo levantándole la cabeza del hielo. Y, aunque la mayoría de esos momentos duraron un segundo o dos, como mucho, cuando se capturan –una mirada de deseo, una microexpresión– en un fotograma fijo, duran una eternidad.

Tampoco son solo una o dos cuentas que publican esas imágenes. Puede que haya comenzado de ese modo, pero mientras que la última ronda de especulaciones en internet no logró escalar, esta vez, hay muchas personas que están comenzando a escuchar. Es el

tema de muchos foros de discusión, videos de teorías, ensayos personales y artículos sensacionalistas de mal gusto.

EL ROMANCE ESCOLAR SECRETO DE LA PRINCESA. ROSEMARY.

¿QUIÉN ES. DANNI BLYTHE? ¡ESTO ES LO QUE SABEMOS ACERCA DE LA SUPUESTA AMANTE DE LA PRINCESA. ROSEMARY!

"DANNI DUERME EN LA CAMA DE LA PRINCESA. ROSEMARY EN EL PALACIO": UNA FUENTE REAL REVELA TODO.

Ahora también la gente está hablando en las redes sociales. Mucha gente. Danni me pasa su teléfono con tristeza, mientras esperamos afuera de la clase de Historia, para mostrarme las decenas de notificaciones y solicitudes de mensajes que ha recibido solo durante la hora del almuerzo. Hasta Molly nos aparta para mostrarnos el aluvión de comentarios que hay en sus publicaciones preguntando por nosotras.

El rumor finalmente está echando raíces ahora que tiene el terreno ideal para crecer. Una cosa es que la princesa ande un poco demasiado cerca de una chica de su escuela. Pero que la princesa ande un poco demasiado cerca de Danni Blythe, un nombre que tanto los fanáticos de Molly como los monárquicos están comenzando a reconocer…, es mucho más interesante.

Es como si el universo mismo estuviera conspirando para complicar mi relación con Danni.

William me llama durante una clase. Yo le devuelvo la llamada cuando termino con la de apoyo de Italiano.

–Rose –dice, al contestar después del primer tono–. Es hora de que seas honesta conmigo.

En verdad, preferiría que no.

–¿Sobre qué? –pregunto con inocencia.

–Muchas personas están especulando acerca de Danni Blythe y tú, tanto que los periódicos quieren publicar la historia.

–¿Qué? –exclamo con aspereza.

–Lo estoy manejando, pero estas son precisamente las cosas para las que podría haber estado preparado si me hubieras contado acerca de Danni desde un principio. –Ya ni siquiera me está pidiendo que lo confirme. En lo que a él respecta, es un hecho. Su reacción es exagerada sobre la base de (otra vez) evidencia limitada. ¿Acaso simplemente me conoce tan bien? ¿O ha visto esto mismo lo suficientemente a menudo como para unir las piezas por sí solo?–. No te pido transparencia para entrometerme en tu vida personal, Rose. Lo hago para poder hacer mi *trabajo*. Y tú me lo estás haciendo mucho más difícil de lo que debería ser.

Quiero decirle que lo siento, solo por instinto, pero no es así. No siento negarme a revelar a Danni frente a él, como tampoco lo siento por buscar un ápice de privacidad. Así que, en cambio, le pregunto lo que en realidad quiero saber:

–¿Mis padres saben?

–¿Sobre los rumores? Rose, estoy seguro de que, a estas alturas, hasta la primera ministra sabe. Independientemente de eso, hemos hecho oídos sordos a la historia de todos los periódicos sensacionalistas importantes. Si los más pequeños publican su historia, bueno, a nadie en verdad le parecen respetables. También estamos trabajando con *Horizonte Diario* para darle un nuevo ángulo

a la historia del día de San Valentín. Solo para advertirte, habrá una declaración de una fuente interna que dirá que tú y Alfie han comenzado a discutir sobre un probable compromiso.

–Disculpa… ¿qué?

La respuesta de William es fría.

–Tal vez, si hubiera tenido más información, no sería imperativo, pero ahora necesitamos una historia más fuerte para distraer las especulaciones. Les da algo con qué entretenerse durante un rato y esperemos que esta tontería de internet se vaya apagando cuanto antes.

La cabeza me da vueltas.

–Un compromiso –repito–. ¿Mis padres saben de ese plan?

–Tus padres saben, al igual que tú deberías, que una mentira piadosa es necesaria y adecuada para situaciones como esta. Para ti es intrascendente; lo único que tienes que hacer es ignorarla. Si el compromiso no se efectúa, la gente simplemente supondrá que la fuente estaba mal informada.

–¿*Si* no se efectúa? –Me río–. Tengo diecisiete años, William.

–Entonces, *cuando*, Rose. Por favor, no nos enfoquemos en la semántica mientras estoy usando una gran parte de mi capacidad cerebral para mitigar el incendio que *tú* provocaste. ¿Cuándo aprenderás a tener un poco de autocontrol?

Apenas sé cómo responder.

–¿Hay algo más que pueda hacer por ahora? –pregunto, pisando mis sentimientos heridos hasta aplastarlos.

–Sí. Aléjate de las cámaras, por todos los cielos. Y mantente alejada de Danni Blythe. Al menos hasta que esto se calme.

Me dejo caer sobre la cama y me quedo aquí sentada durante media hora, hasta que Danni viene a visitarme.

–Ahora, me da paranoia hasta venir a tu piso –se queja en voz baja una vez que cierra la puerta–. Siento como si todos nos estuvieran vigilando. Tengo miedo de encontrarme con alguien en las escaleras.

Nos metemos en la cama y ella se acurruca en mis brazos cuando nos recostamos de costado.

–Hablé con William más temprano. Él y mis padres ya han decidido que creen en los rumores. Les van a decir a los periódicos que Alfie y yo pronto nos vamos a comprometer.

–Ay, qué dicha.

–Mm.

Comienzo a acariciarle la parte alta del brazo y ella se acerca más a mí. Todo lo que puedo sentir es el aroma de su jabón y su calor e, incluso con todo lo que está sucediendo, ahora que la estoy abrazando ya estoy más relajada.

–Tengo miedo –le digo–. Me da miedo que se esté creando una bola de nieve y no sepa cómo controlarla. Incluso cuando tengo la mejor de las intenciones, siempre digo o hago lo peor. Temo que vaya a perderte y que ambas paguemos el precio y que sea mi culpa.

–¿Cómo puede ser tu culpa?

–Soy demasiado impulsiva. Sigo actuando sin pensar. Debí haber dejado que Edmund te ayudara cuando te caíste. Lo sé bien.

–Sí…, debiste haber dejado que me pudriera en el suelo. Eres la peor novia que jamás tuve. –Yo sonrío sin ganas y ella presiona los labios con suavidad contra la curva de mi cuello. Su cabello me hace

cosquillas. Luego pregunta–: ¿Y qué si nos dicen que no podemos estar juntas? ¿Quién dice que tenemos que hacerles caso? Solo diles que hemos terminado. De todas formas, no tienen pruebas.

Muevo la cabeza para apoyar el mentón sobre su cabello.

–No es tan simple –murmuro–. Si quieren que te vayas, te irás. Pueden darle tu beca a alguien más. –Ella se tensa entre mis brazos–. O tal vez a tu mamá le hagan una conveniente oferta laboral en Estados Unidos que no pueda rechazar. O recibirás un llamado sorpresa de, ay, no sé, Julliard, para ofrecerte que comiences el año con antelación.

–Oye, eso no suena tan mal –bromea Danni. Yo le hundo un pulgar en la axila y ella se retuerce. Cuando se recompone, dice–: Vamos a estar bien. Todavía estamos aprendiendo. No pueden esperar que seamos perfectas desde el inicio; tampoco es que ninguna de nosotras ya haya tenido una relación secreta antes.

Hace una pausa y continúa:

–Bueno, yo no, de todos modos. Y si tú sí, tal vez tengas que darme algunos consejos de la última vez, porque la mantuviste *supersecreta*.

–Ah… Si te contara sobre mi última novia, tendría que matarte.

–Ese es un modo de acallar los rumores.

Río por la nariz; ella arroja un brazo alrededor de mi torso y me aprieta. Yo me pregunto, de forma ausente, qué hice para merecer a alguien tan perfecta. Sin dudas, nada en esta vida.

O tal vez ese sea el punto. Ella debe ser perfecta para que, cuando la pierda, me duela lo mucho que me merezco.

TREINTA Y TRES

DANNI

Para su cumpleaños número dieciocho, Florence da una fiesta en una casa rentada a solo quince minutos de caminata de Bramppath. Nos permiten dejar la escuela durante los fines de semana –siempre y cuando regresemos para el toque de queda– si es que tenemos el permiso firmado. Solo que, *todos* van a ir –de las estudiantes de Bramppath, en realidad, porque hay un grupo de chicos de Ashford que están estudiando para el examen de Historia que tienen el lunes– y me preocupa un poco que mamá no firme mi permiso. En especial, dado que hay un párrafo de advertencia sobre la política de la escuela de cero tolerancia, la cual parece ser la clase exacta de amenaza que podría asustar a mamá para convertirme en la única estudiante que no vaya a la fiesta. La única de las invitadas, en realidad. Así que, con la sensación de ser la peor hija del mundo, lo firmo en lugar de ella. Prefiero disculparme después antes que ser la única de todo el curso encerrada en la escuela mientras que todas las demás están en la fiesta de Florence.

Aunque, llegada la noche del sábado, a mi culpa la reemplaza la emoción. Y para cuando Rose viene a mi habitación para ir juntas caminando, después de que terminé más temprano con mi práctica de piano, estoy de gran humor. Enviamos a Molly y a Eleanor antes que nosotras para que pudiéramos tener unos minutos a solas durante la caminata antes de tener que separarnos. Hasta caminar hacia la fiesta juntas podría malinterpretarse dado el estado de rumores actual; y no podemos arriesgarnos.

Me siento en la silla del escritorio y tomo una de las zapatillas.

–Ya casi estoy lista –digo–. Solo tengo que calzarme.

Ella se acerca despacio, asiente y luego me besa hasta que dejo caer la zapatilla al suelo. Y, por todos los cielos, ese solo beso es suficiente para acelerarme la respiración e instalar una pesadez necesaria en el fondo de mis entrañas. El dolor está de regreso, como siempre parece hacerlo estos días; y la deseo, aunque eso signifique que llegaremos tarde. No, la *necesito*. Es un tanto ridículo, ¿no es así? Paso toda mi vida sin tener sexo y, de pronto, ahora es lo único que quiero hacer. Yo no soy así, ¿verdad?

Sip, en realidad, creo que lo soy. Es *muy* difícil sonar casual cuando pregunto:

–¿A qué hora les dijiste a las chicas que las encontraríamos?

Ella me mira y sus ojos se oscurecen; cambian de verde claro a verde bosque en un instante.

–Pueden esperar –dice, poniéndose de rodillas mientras me acaricia el muslo. Pasa por la tela de mis jeans y sube un poco por encima de la cremallera y los botones y, entonces, su piel se encuentra con la mía y dejo caer la cabeza hacia atrás hasta que choca con la parte alta de la silla. Hago mi mejor esfuerzo por

controlar la respiración porque, por alguna razón, me avergüenza lo rápido que me llevó de estar bien a agitada, pero entonces ella se detiene cruelmente. Espero a que continúe, pero no lo hace. Solo espera, con las yemas de los dedos apretando las crestas de mis caderas.

Cuando por fin abro los ojos, estoy temblando por el esfuerzo de controlarme a mí misma. Bajo la mirada y la encuentro mirándome de manera engreída. Enarca una ceja a modo de pregunta silenciosa.

La odio un poco.

–¿Quieres salir ahora hacia la fiesta? –me pregunta–. Llegaríamos a tiempo.

Niego con la cabeza.

–¿Qué fue eso? –pregunta, se está divirtiendo un *poco demasiado* a costa mía.

–No –respondo de mala gana y una de sus comisuras se levantan hasta formar una sonrisa traviesa.

–¿No? –repite y mis caderas se mueven débilmente por cuenta propia en busca de su mano. Ella la sostiene firme. La *odio*–. ¿Hay algo más que te gustaría hacer?

Abro la boca para responder, pero, aunque mis labios comienzan a formar una palabra, el único sonido que logro producir es un ruido entrecortado que me sale desde el fondo de la garganta.

–Rose –exclamo con fuerza.

–Danni. –Presiona hacia abajo con firmeza.

En este momento mi respiración ya no tiene control. Para mi disgusto, sale rechinando, rápida, temblorosa y frenética. Levanto las caderas una vez más y exclamo:

–Por favor. *Por favor.*

Y eso, gracias al cielo, por fin es suficiente para Rose. En silencio, quita la mano de mi cadera y se levanta del suelo; y yo me retracto de todo lo que pensé acerca de odiarla antes de dejar de tener, por completo, cualquier otro pensamiento racional.

***

Estamos casi en la calle correcta cuando Rose se detiene y levanta la mirada hacia la luna. El rostro se le oscurece de un modo extraño, solo por un segundo. Nos quedamos allí durante tanto tiempo que Theodore casi nos alcanza.

¿Qué la ha molestado? Solo es la luna, hasta donde sé. De hecho, esta noche se ve superbonita. Está llena, pero llena del tipo que llama la atención, cuando se asoma muy cerca del horizonte y es de un tono más bien yema de huevo dorada que el habitual blanco suave.

–Es una luna de sendero iluminado –dice ella. Y hay algo en cómo lo dice que lo hace sonar como si la luna hubiera cometido algún tipo de delito personal en su contra.

–¿Luna de sendero iluminado? –repito.

–Sí. Así es como la llaman los henlandeses. –Aparta la mirada–. Sabes que no podremos pasar mucho tiempo juntas esta noche.

Es obvio que lo sé, pero todavía lo siento como una puñalada en el vientre. No es una sensación de rechazo, sino una especie de amargura. Tal vez sea un poco de enojo. Hacia el mundo, no hacia Rose. Enojo porque para él lo correcto es pasar todo el día en público en una "cita", con un chico que no podría importarme

menos, y no que me encuentren pasando treinta segundos con la chica que…, con la chica que de verdad… me gusta mucho.

–Lo sé –digo.

–Y asegúrate de no lanzarme miradas de anhelo desde el otro lado de la sala –agrega Rose–. En lo que a ti respecta, no soy despampanantemente hermosa. Ahora, sé que será *bastante* difícil apartarnos, pero…

–No te miraré con anhelo –la interrumpo.

Ella se detiene a mitad del paso para mirarme.

–¿Por qué? –pregunta, sonando herida–. ¿Acaso no me adoras?

Adorar. Esa podría haber sido la palabra que estaba buscando hace unos segundos.

–Estás bien, supongo.

–Ese es el espíritu. Aunque podrías haber esperado a que hubiera cámaras para ponerte en modo indiferente.

–Podría haber cámaras en cualquier parte –señalo.

–Tienes razón. Ese nivel de vigilancia y paranoia te llevará lejos en mi vida. William estaría tan orgulloso.

Doblamos en la calle de Florence.

–Danni –dice Rose ahora, con una seriedad en la voz atípica en ella–. Pero si me necesitas, me buscas. ¿Okey?

–Sí…, claro.

–No, prométemelo.

A decir verdad, está comenzando a inquietarme.

–Lo prometo –digo y ella se relaja.

–Okey. Entra tú primero. Te veré más tarde.

Quiero quedarme un rato más y preguntarle por qué está actuando así: como si hubiera cierto tipo de profecía que se supone

que ocurra esta noche o algo así. Pero ya estamos sobre la calle de Florence, así que no puedo. Todo lo que se necesita es una fotografía de nosotras conversando en la oscuridad y nos arriesgamos a que internet explote otra vez.

A estas alturas, estos extraños sin rostro apenas necesitan que haya una imagen como evidencia. Si no les damos material, ellos solo lo inventan.

Por ejemplo, hace unos días me crucé con alguien en internet que había encontrado una publicación que yo hice hace dos años el día del cumpleaños de Rose. Era una fotografía de dos tazas de té humeantes, con unos bonitos pétalos de rosa. En ese momento, mamá estaba pasando por una etapa en la que compraba un sabor nuevo de té en la tienda cada vez que podía y yo tenía que ser su catadora. No solo sabores comunes como menta y manzanilla, sino sabores elaborados como "*pekoe* con naranja" y "*crème brûlée*" y "explosión frutal". Bebí tanto té durante esos meses que casi comenzó a salirme por los poros.

Resulta que, ese año, Rose estaba celebrando su cumpleaños número quince en Londres. Hasta ahora, pensarán que nada está relacionado. Pero, desde luego, se equivocan, al menos, según esta persona. Porque quien publicó esto se *dio cuenta.* Según ella, mi publicación del té en realidad fue un mensaje codificado de cumpleaños para Rose; que le decía que yo deseaba poder estar en Londres celebrando con ella. Porque, *al parecer*, Rose y yo comenzamos a salir hace muchos años y la prueba es clara si solo se presta atención a nuestras publicaciones a lo largo del tiempo.

Básicamente, cualquier fotografía es arriesgada, sin importar lo inocente que parezca. Y si vamos a apostar el futuro de Rose, no

seré yo quien arroje los dados. De todos modos, está bien. No es que esté perdida sin ella. Tengo a… Eleanor, por ejemplo, que ya se encamina derecho hacia mí al momento en que me ve cruzar la puerta principal.

–Danni –chilla, tomándome de la parte alta del brazo–. Vas a estar tan orgullosa de mí. He decidido algo.

–¿Qué has decidido? –le pregunto. Ya está más que alegre y vuelca casi todo su peso sobre mí.

–He decidido… ¿Por qué no tienes una bebida? Busquemos una bebida para ti. –Me arrastra del brazo entre la multitud de chicos. La mayor parte se han reunido en la sala de estar, donde movieron el sofá a un costado para hacer espacio para una especie de pista de baile. En una casa normal habría quedado apretado a un nivel ridículo: parece que aquí está la mitad de Bramppath. Por fortuna, la "casa rentada" de Florence podría decirse que es una mansión, así que es casi como estar en una discoteca. Al menos, eso creo, si me puedo guiar por las películas. Hasta contrató a un DJ, que ha colocado su equipo justo al lado de una arcada amplia que conecta la cocina con la sala.

La cocina es a donde me arrastra Eleanor.

–He guardado una botella aquí –grita por encima de la música–. ¿Quieres vodka?

–Creo que me quedaré con un refresco –respondo–. La advertencia en el permiso me dejó un poco inquieta.

Eleanor suelta un resoplido.

–¿Qué? ¿Lo de la cero tolerancia? –pregunta–. Todos en esta casa están bebiendo. ¿Qué van a hacer? ¿Expulsarnos a todos?

Bueno, tiene razón. La unión hace la fuerza, ¿cierto? Me encojo de hombros y ella toma una de las casi diez botellas de Coca-Cola medio vacías que dejaron tiradas sobre la encimera y me sirve un poco de vodka en un vaso de plástico rojo.

–He decidido que Santi ya quedó atrás –dice mientras mezcla mi bebida.

–¿Qué? ¿Por qué?

Me sonríe, divertida.

–Porque no le gusto. Es obvio.

Bueno, la última vez que los vi juntos, él me pareció en cierta forma interesado. Y ella siempre regresa de los ensayos de la obra con anécdotas breves sobre que él la saludó o que recogió algo que a ella se le cayó. Pero si Eleanor tiene el presentimiento, ¿quién soy yo para discutir? Tal vez el chico no tiene buen gusto. Él se lo pierde.

Me pasa el vaso y yo pruebo la bebida. Es demasiado fuerte para mí, pero aquella sensación de tristeza y amargura no se ha ido del todo aún y, si voy a tener que evitar a Rose durante toda la noche, preferiría no estar sobria. Así que ¡hasta el fondo!

–Al diablo con él –le digo a Eleanor–. No es para ti.

–Estoy de acuerdo –dice ella, levantando su propio vaso.

–¡Es bueno! Ahora harás espacio para que aparezca el indicado.

–No quiero que aparezca nadie –replica ella–. Desde ahora en adelante, mi prioridad son mis amigas. No necesito que haya ningún chico en mi vida para ser feliz.

–Guau. Has crecido muy rápido en… la última semana –exclamo.

–Creo que maduré de repente.

–Eso tiene mucho sentido. –Doy otro sorbo y me estremezco. Entonces, me armo de valor y bebo el resto en un par de tragos.

Eleanor me observa con los ojos bien abiertos y luego extiende una mano para tomar mi vaso. Lo vuelve a llenar con una mirada que solo puedo describir como impresionada.

–¿Has estado ebria alguna vez? –me pregunta mientras me devuelve el vaso.

–*Sí*. –Me mofo–. Una vez. Mi amiga llevó una petaca al baile de invierno de décimo.

–Uh, cuidado, hay una rebelde aquí. –Eleanor me empuja el vaso hacia la boca y yo me echo a reír cuando se derrama la bebida y me moja el mentón.

No le toma mucho tiempo sugerirme que pasemos a beber shots. En lo que a mí respecta, las bebidas que me estaba sirviendo no estaban lejos de serlo, así que no hay mucha diferencia. Me enseña a inhalar y apretar el pulgar en el puño antes de echar la cabeza hacia atrás para tener un mejor control del reflejo de arcadas. A ella se le acaba el refresco antes del primer trago de alcohol, así que hurga por allí hasta que encuentra una botella de vino que, por alguna razón, no le parece mal robar.

–¿Se puede beber vino después del trago de alcohol? –pregunto.

–Es vino dulce –dice, como si eso lo explicara. A mí me parece que tiene razón, lo cual sin dudas es por culpa del vodka, así que solo me encojo de hombros.

Es probable que estemos siendo antisociales, pero en lo que a mí respecta, nuestra fiesta en la cocina es tan buena como la de allí afuera. Hemos pasado quién sabe cuánto tiempo aquí, hasta que Eleanor cae despatarrada. Al principio, creo que podría estar desmayándose, pero luego me doy cuenta de que solo está triste.

–Cada vez que hacemos algo con los chicos de Ashford, ahora es raro –dice–. Me la paso esperando ver a Oscar entre la multitud. Me pregunto si alguna vez desaparecerá.

–No lo sé –replico, tomándola de la mano–. Pero debe de ser muy duro.

–Lo es. Y apenas hablamos de esto. Es como si…

Antes de que pueda terminar la oración, alguien habla desde atrás de nosotras.

–Hola, Eleanor.

Nos volteamos y encontramos a Santi, aferrándose con ambas manos de un vaso. Parece inseguro, como si estuviera esperando que Eleanor lo rechace. Que *ella* lo rechace a *él*. ¿Acaso sabe por telepatía que ella decidió que va a olvidarlo? O peor, ¿acaso de alguna forma la escuchó cuando me lo contaba y eso le despertó el interés? Si es así, qué asco.

Pero voy a tener que darle el beneficio de la duda, porque Eleanor está ocupada mirándolo como si acabara de caer del cielo, flotando en una nube. Me alegra en cierto modo que le sirva de distracción de Oscar, a decir verdad, aunque desearía que tuviera la oportunidad de expresar sus sentimientos como corresponde.

–Hola –le dice ella–. Estás… aquí, en esta fiesta. Qué bueno. Yo también.

Vamos, chica. Puedes hacerlo mejor.

Pero, sorprendentemente, Santi solo le devuelve la sonrisa.

–Qué bueno –exclama él.

Ay, Dios mío, está sucediendo. Tengo que desaparecer, *ahora*.

–Baño –le digo a mi amiga, tomando su botella de vodka al irme. Y ni siquiera estoy segura de si me oye. Ya en la puerta, vuelvo a

girarme y me encuentro a Santi riéndose por algo que ella acaba de decir.

Estoy tan orgullosa de mi amiga. Mírenla progresar.

En cuanto a mí, ahora no tengo a nadie en absoluto con quien interactuar. Pero estoy tan ebria que no me importa. Con la botella de vodka en la mano, deambulo alegremente por la casa. Me aplasta una ola de música y el ruido sordo del bajo que suenan desde la sala de estar; esquivo unas parejas que se están besando en el corredor y salgo al patio trasero, donde me choca el aire frío en las mejillas. Está bastante lleno aquí también; hay como unos diez chicos conversando o fumando, aunque la temperatura debe estar cerca de bajo cero.

–¡Danni! –Alguien me taclea de costado y es *Harriet*. ¡Hola, Harriet! Por un segundo me olvidé de que, después de todo, tenía más amigas aquí. Soy bastante tonta. Me echo a sus brazos.

–*Hola* –exclamo–. ¡No tenía a nadie con quién hablar! ¡Pero aquí estás!

–¡Aquí estoy! –Suelta una risita. Tiene el cabello encrespado y la chaqueta de jean *oversize* se le ha caído de uno de los hombros. Está ebria y yo estoy ebria y las dos estamos sonriendo como idiotas–. ¿Dónde está Rose?

–Con Molly.

–¿Por qué no estás con ellas?

Bueno, es una gran pregunta para la que olvidé preparar una mentira.

–Em, no estoy con ellas esta noche.

Fácil.

–Ay, mierda, no se pelearon, ¿o sí?

–No, nada de eso. Solo estoy… ampliando los horizontes.

Lanzo los brazos hacia los costados y doy un giro en el lugar para ilustrar a qué me refiero, porque los mentirosos no hacen cosas como esas y sé que mi entusiasmo va a convencer por completo a Harriet.

–Ah –exclamo, al recordar algo. La tironeo del brazo para que me siga y rodeamos el costado de la casa, donde quedamos solas. No quiero hablar de las cosas privadas de mi amiga donde alguien pudiera oírnos–. ¡Eleanor y Santi!

–¿Santi?

–Sí…, ella le está hablando.

–¿Cuándo ocurrió?

–Hace como cinco minutos. –Luego lo pienso un poco mejor–. O tal vez fue hace media hora.

–Prácticamente lo mismo, ¿eh?

–No suelo beber. Pero me alegra mucho haber venido –digo con una sonrisa.

–A mí también me alegra que vinieras.

Dios, me siento tan animada y confusa. La tristeza y la amargura han desaparecido. Aquí tengo amigas. Gente en la que puedo confiar. Puedo estar sola en una fiesta sin sentirme rara, incluso si me la paso a solas durante demasiado tiempo. *Les agrado* a estas personas y ellas me agradan. Desearía poder regresar en el tiempo, hasta varios meses atrás, y decirle a la Danni del pasado que no tenía que preocuparse por venir a Henland, porque hay buenas personas por todas partes.

Estoy tan *feliz*, carajo.

–Todos aquí son tan geniales –digo. Me recuesto contra la pared de ladrillos y dejo que la cabeza me caiga hacia atrás–. Eleanor es genial, y Rose, Molly y *tú* eres genial. Eres muy muy buena. Soy tan afortunada.

–*Tú* eres genial.

–No, tú lo eres. Eres *supergen*…

Juro que no lo noto. No me doy cuenta de que se aproxima hasta que la tengo justo frente a mí, porque todo me da vueltas y no tengo la vista muy bien enfocada y, de pronto, está *allí* y me está besando.

Y todo sucede en el mismo momento exacto. Me besa, me pone una mano en la mandíbula y me aprieta contra la pared. Me besa y pasa un grupo de chicos por este costado de la casa, y de lo único que soy consciente es de los labios de Harriet sobre los míos y del parloteo de los chicos. Me besa y yo me aparto en el instante en que me doy cuenta de lo que está ocurriendo.

–Harriet –susurro y ella enseguida se da cuenta. Está *horrorizada*.

–Lo siento –exclama–. Pensé… Pensé que tú…

Los chicos, que se están riendo, se detienen y hacen todo un show para alejarse de nosotras. Ni siquiera puedo ver bien quiénes son, porque todavía estoy intentando procesar el hecho de que Harriet acaba de besarme.

Un momento, ¿acabo de engañar a Rose? ¿Eso cuenta?

–No –digo–. Tú me agradas, pero no de ese modo.

–Pero a ti te gustan las chicas, ¿verdad? –me pregunta–. Te *gustan*. Solo que yo no te gusto.

Esto no puede estar sucediendo. No tiene sentido y creo que voy a vomitar. Todo se nubla y luego vuelve a tomar forma. Apoyo las

manos contra la pared para estabilizarme. ¿Acaso me puse más ebria?

–Mierda, lo siento tanto, en serio –dice Harriet y me doy cuenta de que no lo finge–. Supuse que… Mierda. No debí haberlo supuesto. Estoy ebria y creo que pensé que estabas diciendo una cosa, pero no fue así y, por favor, lo siento mucho.

–Ahora necesito estar a solas –digo y ella asiente.

–¿Quieres que busque a alguien? ¿Necesitas algo?

–No. Solo necesito espacio, por favor.

Entonces, me deja sola. Respiro varias veces hasta que me siento tranquila y enfocada. Y en ese momento afloran el enojo y la amargura, como si estuviera en un bote salvavidas que tiene una perforación en el medio. Esto es una mierda. Al diablo con todo. Al diablo con la gente que piensa que soy *queer* y al diablo con el hecho de que no pueda ni decirles que lo soy. Y al diablo con el hecho de que ni siquiera pueda estar al lado de mi propia novia cuando lo único que quiero es estar con ella, carajo. Que se vayan al diablo todos lo que andan mirando, con sus teorías estúpidas y su obsesión incansable con nuestras vidas, porque las suyas están tan vacías que para satisfacerse deciden joderme la mía. En especial, al diablo con Harriet por besarme sin aviso.

Y por más injusto que sea, al diablo con Rose por estar lejos de mí cuando la necesito. La *necesito*. Que se vaya al diablo por no saberlo por arte de magia.

Atravieso el jardín dando tumbos y cierro la puerta de la cocina de un golpe, con la botella de vodka de Eleanor metida abajo del brazo. No sé dónde está ella, ni Rose ni Molly y me importa un carajo. En el piso de arriba, encuentro un cuarto vacío; un dormitorio con una

cama extragrande y una estantería de libros con novelas clásicas que se ven como si jamás las hubieran abierto. Me quito los zapatos a patadas, me subo a la cama y bebo vodka directo de la botella. Es básicamente como un shot. Me recuerda a Rachel con su petaca, vertiéndola en nuestros ponches aquella noche en el baile de invierno. Un momento, Rachel. Quiero hablar *con Rachel*.

Le escribo un mensaje y no me responde. Luego, lo corroboro y me doy cuenta de que en Boulder están a mitad de la jornada escolar. Por supuesto que sí. Al diablo con todo, incluyendo a los husos horarios. Yo misma me haré sentir mejor. Ya sé que beber lo suficiente puede hacer que me olvide de las cosas, porque no puedo recordar nada de la segunda mitad del baile escolar de invierno de décimo grado. Así que mi objetivo es olvidar que esta noche hablé con Harriet siquiera.

¿Cuántos tragos podría llevarme?

TREINTA Y CUATRO

ROSE

–Y bueno, he comenzado a ver a la terapeuta de la escuela –dice Molly, con el aire de alguien que está intentando dar una noticia enorme de la manera más informal posible para minimizar la reacción–. Además, voy al baño.

Aunque Florence y Harriet estuvieron con nosotras durante un rato cuando llegué aquí, eventualmente las dos se perdieron y nos dejaron a Molly y a mí en el sofá. Es la primera vez que hemos estado juntas a solas durante tanto tiempo desde que ocurrió todo. Y hemos perdido el ritmo, aunque las dos estamos dando lo mejor para recuperarlo hablando de cosas triviales. Hasta ahora, hablamos de la tarea, de la ausencia de nuestros chicos preferidos de Ashford, de la cuenta de limpieza con la que se va a encontrar Florence mañana y ahora, al parecer, de nuestros problemas de salud mental.

–¿Qué? –pregunto, sorprendida. Ella se pone de pie–. ¿Estás haciendo terapia?

–Estoy haciendo terapia. Y quería que lo supieras, pero tampoco quiero hablar de eso todavía, así que voy al baño y, cuando regrese,

vamos a cambiar de tema.

Me quedo mirándola fijo, confundida.

–¿Por qué querías que lo supiera?

Ella me mira con una incomodidad suprema.

–Porque he hablado un poco de ti y ella me pidió que te dijera que su puerta está abierta si quieres intentarlo. Y yo creo que deberías.

No puedo evitar echarme a reír ante su forma absurda de decirlo.

–Ese es el modo más educado en que me han dicho que busque ayuda.

–Hablo en serio. Pasamos por muchas cosas el año pasado y a mí me está ayudando. Además, es gratis.

–Bueno, si es *gratis* –bromeo.

Molly está sonrojada, luce como si prefiriera estar en cualquier otro lugar antes que aquí. Yo le hago un gesto con la mano.

–Bien. Ve. No te preguntaré sobre tus sesiones de terapia.

–Gracias. Ven a terapia.

–Claro que no lo haré –grito después de que se marcha y ella sacude la cabeza mientras camina.

Ya sola, aprovecho la oportunidad de estudiar mi alrededor. No he tocado una gota de alcohol, desde luego. Aunque confío en la mayoría de los estudiantes que están aquí, ya que jamás han compartido ninguna fotografía o video comprometedores de mí durante los últimos años, a pesar de haber tenido oportunidades en exceso, que me vean en una fiesta ya de por sí es tentar demasiado al destino. Si me atraparan con una bebida en la mano, me merecería cualquier titular que resultara de eso. Si no se tratara de la fiesta de Florence, ni siquiera me habría arriesgado.

Mientras examino la sala, noto que Eleanor está sentada en el sofá que está cerca, con una bebida en la mano, conversando con Santi. ¿Cuándo diablos ocurrió *eso*? Y entonces, ¿con quién está Danni?

Le envío un mensaje a Molly para avisarle que he abandonado nuestro lugar y me pongo a dar un recorrido enrevesado por la casa con Theodore siguiéndome a cierta distancia. Espero que Danni haya encontrado a alguien con quién hablar. No esperaba que Eleanor terminara ocupada en otros asuntos; por supuesto que ella no era consciente de que estaba a cargo de acompañar a Danni mientras yo no pudiera. Si lo hubiera notado antes, habría enviado a Molly para que le sirviera de compañía y yo me habría marchado a otro sitio.

No encuentro a Danni por ningún lado, ni en la sala de estar, ni en la cocina. Tampoco está en el corredor, ni en la fila del baño del piso de abajo. Tampoco en la sala de proyecciones, donde están mostrando una presentación con imágenes de Florence de cuando era niña. Y tampoco está en el guardarropa.

La llamo, pero me lleva al buzón de voz. Continúo buscándola mientras que aprieto más y más los puños. ¿Acaso se marchó? De seguro me habría enviado un mensaje.

No hay motivos para estar preocupada, ¿o sí?

Pero no está en el jardín delantero, ni en el trasero y *estoy* comenzando a preocuparme. Cada segundo que pasa y no la encuentro, la sensación de que algo terrible pudiera estar ocurriendo se multiplica. Necesito localizarla *ahora*, antes de que este miedo me trague.

¿Dónde demonios está? ¿Por qué todavía no la he encontrado?

En el patio de atrás, Harriet me divisa y se aproxima.

–¿Has visto a Danni? –preguntamos las dos al unísono en vez de saludarnos.

El estómago se me contrae al oír sus palabras.

–¿Por qué? –pregunto.

Harriet está borracha. Tiene los ojos rojos y desenfocados; arrastra las palabras al hablar y huele a cerveza. No es para nada agradable interactuar con gente borracha cuando uno no lo está también. Por fin entiendo las quejas constantes de Molly al respecto.

–No creo que esté bien –dice Harriet–. Creo que deberías ver cómo se encuentra.

La sangre se me hiela, me raspa las venas con cada latido del corazón. Ya he vivido esta noche. Ya sé lo que va a suceder, pero es imposible, porque no puedo hacer esto otra vez.

–¿Qué le hiciste? –pregunto. La furia y el miedo en mi voz parecen hacerla concentrarse de golpe, aunque sea por un momento.

–En realidad… no quiero… No importa. Solo ve a ver cómo está, ¿okey?

Intento decirme a mí misma que no está ocurriendo lo mismo que en Ámsterdam, pero esto se siente demasiado parecido y el miedo se abre camino entre mis defensas. Apenas puedo respirar.

–¿Dónde está?

–No lo sé. La última vez que la vi se fue adentro, hará media hora.

Sus palabras quedan repicando en mis oídos. Nadie la ha visto hace media hora. Es como la última vez, igual que la última vez. Cada pieza del dominó cae en el mismo modo en que ya lo hizo.

Dejo a Harriet, vuelvo a entrar a la casa y voy a las escaleras. Siento como si tuviera visión doble. Cada paso está recubierto con la

imagen de la escalera que subí en mis recuerdos. El estómago se me retuerce, el pecho se me contrae y el corazón me golpea con más y más insistencia.

Está silencioso. Florence les pidió a todos que no subieran y los chicos lo han respetado. Pero no creo que eso aplique a Danni. Theodore se queda atrás, en el inicio del corredor, pero no se me ocurre pedirle que se quede cerca. Apenas puedo pensar con claridad.

Cuando abro la puerta, veo que la habitación está en penumbras. La lámpara de la mesa de noche está encendida e ilumina el cuerpo tendido en la cama. Ella está boca arriba, con los ojos cerrados y una mano cerca de la mejilla.

El cuarto se mueve hacia un costado y, en verdad, creo que estoy a punto de perder la consciencia. Y bienvenida sea, porque no puedo hacer esto. No puedo. No.

Entonces, ella abre los ojos y durante un instante mi cerebro confundido no quiere aceptarlo, porque cuántas veces he repetido esta escena en mi mente, queriendo que Oscar abriera los ojos.

–Rose –gime Danni y eso me impulsa a moverme. Vuelo hacia ella y la incorporo.

–Oye, oye –exclamo. Su cabeza cae hacia un costado y me examina a través de sus ojos hinchados–. Quédate conmigo. ¿Qué tomaste?

Hace un gesto.

–Recuéstame –dice de forma arrastrada–. Mi cabeza.

–Danni, concéntrate. ¿Tomaste algo?

–No. –Ahora cae hacia adelante y yo la atrapo, así que queda sentada en el borde de la cama, con la cabeza apoyada contra mi

pecho–. Yo no robo. Aguarda, robé vodka. Y vino.

Me toma más de lo que me gustaría admitir entender a qué se refiere.

–*Drogas* –digo–. ¿Tomaste algo?

–No.

–¿Dejaste tu bebida en algún sitio?

¿Acaso era eso a lo que se refería Harriet? ¿Sabía algo? ¿Vio algo? ¿Por qué no la obligué a venir conmigo? ¿Por qué no seguí interrogándola?

–Me bebí todo aquí –gruñe Danni contra mi pecho–. Me bebí el vodka de Eleanor.

Allí es cuando noto la botella casi vacía sobre la mesa de noche. Una infinidad de emociones me golpean de ambos lados. No ha tomado nada. No está teniendo una sobredosis. Solo tiene una borrachera terrible. No es lo ideal, pero tampoco es una emergencia. No en este momento. No mientras esté consciente, manteniendo una conversación lúcida.

Danni levanta la cabeza y dice:

–Estás temblando.

Me doy cuenta de que así es. No puedo controlarlo. Los dedos, los brazos, los dientes, el abdomen. Tengo un grito mudo alojado en el fondo de la garganta que empuja para salir. Me llevo una mano a la boca para atraparlo y, luego, la dejo temblorosa sobre los labios. La habitación se inclina y da vueltas, más y más, y yo estoy a punto de estallar. Estoy en peligro de colapsar por el peso de lo que creí que estaba sucediendo y no lo puedo aplacar. No está funcionando. Cuanto más intento controlar la respiración, más rápida se vuelve, hasta quedar jadeando.

–¿Rose? –pregunta Danni, y yo intento enfocarme por ella.

–¿Qué estabas haciendo aquí arriba? –le pregunto. Me castañetean los dientes al hablar, pero hago el esfuerzo para que las palabras salgan bien–. ¿Bebiendo sola?

Danni sacude la cabeza y luego hace un gesto vago detrás de ella. Sobre la cama está su teléfono y la pantalla no está en negro. Está en medio de una videollamada con Rachel, a quien reconozco de las fotografías de Danni.

–Estaba bebiendo con Rachel –dice–. Solo que ella está bebiendo un refresco.

Por eso no podía comunicarme con ella.

De pronto, sus hombros se tensan.

–Ay. Ay, no –exclama.

–¿Qué?

–Acabo de recordar por qué vine aquí. Lo siento, lo siento tanto. De verdad, lo siento *mucho*, mucho.

–¿Qué? –exijo saber, con la voz cerca del nivel de un grito–. ¿Qué ocurrió?

–Estaba… Estaba hablando con Harriet.

–¿Y?

Ella *sí* tomo algo. Y a partir de ahora será una ruleta rusa, ¿no es así?

–Y… lo siento, Rose. No fue mi intención, lo juro. Yo no quería. Pero nos besamos.

Las palabras no tienen ningún tipo de sentido.

–¿Tú besaste… a Harriet? –repito sin sensibilidad.

–Ella me besó –dice Danni–. Pero no pude detenerla. No me di cuenta de lo que estaba ocurriendo hasta que ya nos habíamos

besado y unos chicos nos vieron. Lo siento tanto, Rose. Yo no…

–¡Rose! –exclama alguien desde la puerta.

Molly, Eleanor y Harriet están allí, mirándonos. Me doy cuenta por la mirada de Molly de que teme lo mismo que yo. Tan pronto como Danni se mueve para mirarlas, Molly se relaja.

–¿Estás bien? –le pregunta Harriet a Danni.

–Así que aquí es donde fue a parar mi vodka –dice Eleanor, estirando el cuello.

Yo enfoco la mirada en Harriet. Besó a Danni. Besó a *mi* novia borracha, en contra de su voluntad.

El miedo que pasé en los últimos minutos se arremolina y gira y, de pronto, explota y comienzo a desenredarme de Danni para avanzar hacia Harriet. Ella da un paso hacia atrás, alarmada.

–Te pregunté qué le habías hecho –digo entre dientes. Eleanor y Molly se apartan de un salto de Harriet, con expresiones idénticas de preocupación.

La susodicha abre los ojos como platos.

–Te… Te dije que no quería hablar de eso.

–Ah, ¿no querías explicarme por qué pensaste que estaba bien abusar de mi… amiga?

–¡No fue así!

–¡Ni siquiera puede mantenerse en pie! –chillo, lanzando un brazo hacia atrás en dirección a Danni, que está recostada en la cama.

–No estaba tan ebria cuando nos besamos.

–Cuando *tú* la besaste a *ella* –grito.

–Rose, baja la voz –me insta Molly.

–¿Qué demonios te pasa? –chillo, ignorando a Molly.

Theodore ha llegado para saber a qué se debe tanto griterío. Hace contacto visual conmigo a modo de pregunta muda, mientras que Harriet levanta las manos, como si se rindiera. Yo me echo encima de ella, queriendo bajarle los brazos a manotazos.

–¡Lo siento! –chilla.

–No, no lo sientes. Ni siquiera sabes lo que eso significa. Voy a hacer que te arrepientas tanto que vas a pasar el resto de tu vida recordando esta noche con tu terapeuta.

–Rose –exclama Molly, horrorizada.

Pero no puedo detenerme. La ira se ha apoderado de mí y, se siente tan maravillosamente catártico, que me entrego a ella.

–Estás acabada. No te sentarás con nosotras, no nos mirarás, no tendrás el *descaro* de hablarnos. A ninguna de nosotras. Puedes buscar nuevas amigas a quienes acosar y abusar sexualmente y, quien sea que tenga la desgracia de heredarte, no va a oír una sola *palabra* de ti acerca de lo que le hiciste a ella. Si alguien pregunta por qué de pronto estás sola, quiero que le digas que nos cansamos de tus eternas preguntas inútiles y de tu humillante falta de límites y de tu *insistencia* en sobreexplicar conceptos que todos comprendieron la primera vez.

Observo con una satisfacción violenta cómo Harriet transmuta de herida a devastada, a furiosa. Quiero seguir provocándola, encontrar el insulto final que sea preciso. Llevarla hasta el límite, para que me responda mal y así me dé un buen motivo para gritarle como corresponde. Quiero despedazarla por tocar a Danni. Quiero destrozarla.

–Rose –dice muy lentamente–. Cálmate. Tu novia no me devolvió el beso.

Ocurren varias cosas al mismo tiempo. Yo por fin pierdo el control por completo y doy un salto hacia adelante, al mismo tiempo que Eleanor brinca para mantenerme en el lugar con todo el peso de su cuerpo. Theodore se coloca suavemente entre Harriet y yo, mientras que Molly rueda sobre ella y la empuja con firmeza para sacarla de la habitación. Le susurra al oído algo que no puedo comprender, pero que suena abrupto. Y, detrás de mí, Danni grita con noto urgente:

–*Rose*.

Con el sonido de su voz, me vuelvo débil en las manos de Eleanor.

Molly me mira fijo con una expresión parecida al horror. O tal vez podría describirse mejor como desconocimiento. Ha cerrado la puerta detrás de sí y la mantiene así, haciendo presión, casi como si estuviera tratando de poner la mayor distancia posible entre nosotras. Cuando Eleanor me suelta, descubro que me está mirando de un modo bastante parecido.

–¿De dónde salió eso? –me pregunta Molly. No tengo una respuesta.

Jamás había perdido el control. Jamás me había permitido sentir lo suficiente de nada para acercarme a eso.

Ni enojo, ni tristeza ni miedo, claramente. No de esa manera.

Sin decir una palabra, aparto la mirada de mis amigas y me aproximo a Danni.

Ella tiene los ojos cerrados con fuerza y respira de forma agitada.

–Rose –susurra–. Quiero irme a casa. ¿Puedes llevarme a casa, por favor?

–¿A la escuela? –pregunto.

–Sí…

–Claro. –Con un gruñido, la ayudo a incorporarse y a ella le toma un segundo recobrar el aliento. Me mira con lástima.

–Tenemos que pasar por medio de las personas en la fiesta –dice.

–Sí.

–Pero no me dejes. Por favor.

Se me contrae el estómago. Le pongo una mano al costado del rostro. Desearía poder retractarme de haberla dejado sola.

–Nunca más.

***

Junto con Theodore bajamos a Danni por las escaleras, pero después de eso, ella puede caminar sola, aunque temblorosa. Por lo que puedo ver, nadie en la fiesta siquiera se percata de nosotros.

–¿Estás enojada conmigo? –me pregunta Danni cuando pasamos el portón de entrada.

Me llevo las manos al pecho; el viento húmedo me hace tiritar.

–Por supuesto que no. Para nada.

–Te enfadaste tanto. Jamás te había visto enojada. –Se tambalea, casi choca contra un árbol sobre la acera y yo estiro una mano para mantenerla firme.

–Estás extremadamente borracha y no querías besarla. Tiene suerte de que no estuve allí cuando lo hizo o hubiera visto lo loca que en verdad me puedo poner.

Danni suelta una risita. Ah, cree que estoy bromeando.

–Eres... –comienza a decir, volteándose para verme–. Eres mi persona favorita. ¿Lo sabes? Eres mi persona favorita en el mundo.

Le seco con el pulgar un hilo de lluvia que le cae por la mejilla.

–Camina más rápido –digo, ocultando mi sonrisa–. Está helando.

Cuando llegamos a Bramppath, me llevo un dedo a los labios y me aferro con fuerza a Danni mientras atravesamos el patio con sigilo. A pesar del hecho de que la mitad de la escuela está en la fiesta, oficialmente se supone que no debemos estar afuera a estas altas horas de la noche. Aunque estoy segura de que el director se resignó al hecho de que la fiesta terminaría tarde y no puede suspender a la mitad del estudiantado, no tengo la intención de averiguar qué sucedería si nos atrapara a mí y a Danni solas, servidas en bandeja.

En cuanto llegamos a la parte alta de las escaleras, una vez más, con la ayuda de Theodore, Cora, mi asistente residencial, asoma la cabeza por su puerta para saber de dónde viene todo ese ruido. Recuerdo que Harriet mencionó que le dio su teléfono a ella, lo que significa que esta noche Cora es la responsable de ambos pisos. Anticipo que le espera una noche agitada.

–Dios, se encuentra bien, ¿verdad? –pregunta, asintiendo en dirección a Danni, que suelta un suspiro de impaciencia. Parecería que Cora le está causando *grandes* molestias. La misma Cora, quien, con amabilidad, finge ignorar el hecho de que claramente hemos regresado después de pasar la noche bebiendo alcohol, considerando que somos menores, y mucho después del toque de queda.

–Danni, calla –la regaño.

–*Estoy* callada. Tú eres… la… que habla fuerte.

–Ay, cielos. –Cora sonríe.

Yo la miro de la forma más suplicante.

–¿Te importa que la cuide esta noche? –pregunto. Estoy tentando a la suerte, dado que las pijamadas están estrictamente prohibidas,

pero no puedo *no* preguntar. Para ser franca, si me dice que no, solo me escabulliré en la habitación de Danni en el momento en que haya desaparecido; sin embargo, de todos modos me gustaría que me dé el permiso.

Cora levanta las manos.

–Oye, es una persona menos por quien tengo que preocuparme. Solo no dejes que se ahogue con el vómito.

Una vez que estamos en mi dormitorio, la ayudo a Danni para que se saque la chaqueta y luego colapsa sobre mi cama. Con cuidado, le quito los zapatos y luego la cubro con la manta antes de tomar una botella de agua del minirefrigerador.

–Bebe todo lo que puedas. Me lo agradecerás por la mañana –la insto.

Ella lo intenta, pero no logra meter la boca en la botella, por lo que el agua le gotea por el cuello y forma un charco sobre las sábanas. Con una burla de asco, me devuelve la botella.

Me arrodillo frente a la cama para acariciarle el cabello. Recuerdo bien la sensación de estar demasiado borracha; las náuseas que sentía mientras el mundo giraba y continuaba girando. El rugido en los oídos y la sequedad insaciable en la boca.

–Respira hondo –digo–. ¿Cómo te sientes?

–Aj.

Apago la luz de la mesa de noche y nos quedamos a oscuras. Luego, me subo a la cama y me recuesto detrás de ella. Nuestros cuerpos quedan en paralelo; solo unos centímetros nos separan.

–Debiste haberme buscado –susurro, pasándole los dedos por la suavidad de su cabello–. ¿Por qué te fuiste sola?

–Estaba bien. Y no quería molestarte.

–Danni… –Suspiro–. Jamás podrías molestarme. Prométeme que siempre me buscarás si me necesitas. No hay nada que no haría por ti. Lo sabes, ¿verdad?

Cuando me responde, está sorprendentemente lúcida:

–No –murmura–. Pero está bien. Es suficiente.

Con el ceño fruncido, le froto la espalda con un ritmo lento y firme. Su respiración se vuelve gradualmente más estable y profunda, hasta que se duerme.

Mientras miro cómo se elevan y caen sus hombros, me doy cuenta de que, y estoy bastante segura de eso, jamás me he odiado tanto a mí misma como en este preciso momento.

TREINTA Y CINCO

ROSE

Cuando Danni se duerme, le escribo un mensaje a Molly. Salgo del cuarto de puntitas, haciendo el mínimo ruido posible para no despertarla, y cruzo el corredor hacia el dormitorio de Molly, donde me está esperando.

–Fue como aquella noche –dice cuando quedamos a solas.

Asiento y me dejo caer sobre el borde de su cama. Está deshecha; creo que había estado intentando dormir cuando le envié el mensaje. Ella se sienta en su escritorio y sube las rodillas hacia el pecho.

–Quería matarla –digo y no es necesario que aclare que hablo de Harriet.

–Tenías miedo –responde ella–. Sé exactamente cómo se siente el miedo.

Solo que su miedo tuvo un resultado mucho peor. Inimaginablemente peor.

–El punto es que… –dice, estudiándome–. No creo que hayas sentido nada así de fuerte en mucho tiempo, ¿no es así?

Trago en seco y se me agita la respiración.

–Cada vez que intento pensar en aquella noche en Ámsterdam, no puedo retenerla –digo por fin–. Es como si a nivel intelectual supiera lo que sucedió, pero no pudiera ver nada por voluntad propia. En cambio, me aparecen como destellos cuando no quiero que suceda.

–A mí también me aparecen –dice ella con suavidad–. Un momento estoy bien y, de pronto, algo me lo recuerda y es como si estuviera otra vez allí.

–¿Cómo es para ti?

Se inclina sobre los codos y mira a la lámpara.

–Como caer –dice y la luz queda reflejada en sus ojos–. Pero nunca choco contra el suelo.

–Para mí siempre ha sido como entrar en el hueco de un elevador vacío, pero entonces, el suelo reaparece de repente bajo mis pies.

Molly resopla por la nariz. Como una risa sin humor.

–Pero esta noche no.

–No. Esta noche no –repito. Me recuesto, boca arriba–. Molly, ¿crees que podrías contarme en detalles lo que ocurrió esa noche? Desde el comienzo.

Ella me examina, sorprendida. Puedo imaginarme por qué. ¿Cuántas veces intentó relatar esa noche hace meses? ¿Cuántas veces yo la interrumpí o, de pronto, estaba extremadamente ocupada, o le recordaba con tono cortante que yo estuve allí y que ya sabía?

Pero esta noche se siente diferente. Esta noche, en vez de la nada a la que me he acostumbrado tanto, me encontré cara a cara con el miedo. Y por primera vez, me encontró inquebrantable.

Aunque me educaron para creer que *inquebrantable* significaba mantenerse estoico frente al terror y la desesperación, estoy comenzando a considerar que, tal vez, es precisamente lo contrario. Ver al miedo aproximarse y quitar la mirada es un poco más que esconderse. Permitir que el dolor nos devore cuando llega; aceptar el sufrimiento ahora, en lugar de delegarlo a una versión futura de nosotros mismos para que luche contra él y aun así ponernos de pie una vez que la ola nos haya arrasado. Eso es lo que en verdad significa no quebrarse.

Entonces, bien.

–Estábamos en tu cabaña –dice Molly–. Florence había regresado temprano a su casa y Harriet quería que todos fuéramos a esa fiesta que iba a dar tu amigo. Así que todos ustedes bebieron antes de marcharnos.

Cierro los ojos y me obligo a imaginarlo.

Recuerdo a Oscar. Su cabello castaño, cortado un poco más de lo que él quería. La camiseta que tenía puesta con el estampado de arte renacentista y el collar de oro blanco con una cruz. Recuerdo que nos miramos a los ojos cuando todos se estaban preparando y la forma en que ladeó la cabeza a modo de pedido mudo para que nos fuéramos juntos de la sala. Y cómo habíamos terminado caminando un poco por la calle para que estuviéramos perfecta y completamente seguros de que no nos oyeran.

Recuerdo cómo estaba la luna esa noche. Se alzaba en el horizonte, con un tono amarillo tan cálido que parecía dorado. Una luna de sendero iluminado, como solía llamarla mamá. Ella era supersticiosa con las lunas de sendero iluminado; siempre decía que

traían cosas terribles consigo. Ahora creo que ella tiene razón con sus supersticiones, aunque aquella noche era apenas consciente.

–Sé que estás molesta conmigo, Rose –dijo él.

–No estoy…

–Sí, lo estás. Hemos sido amigos el tiempo suficiente.

¿Lo habíamos sido? Fuimos amigos de la infancia, sin dudas, pero últimamente no nos habíamos sentido así. Durante un año, al menos, Oscar había sido mucho más amigo de Molly que mío. Hablaban todos los días, a menudo, por teléfono. Se sentaban juntos en los partidos escolares y, aunque yo solía estar con ellos, siempre me dejaban en la periferia. Un par de veces hasta se habían ido juntos a ver una película o beber un café sin mí.

–¿Por qué creerías que estoy molesta? –le pregunté.

–Has estado molesta conmigo durante meses –declaró–. Creo que estás celosa porque soy más amigo de Molly que de ti.

No era tan así. Estaba triste por lo mucho que su amistad con Oscar parecía estar cambiando a Molly, de un modo que me hacía sentir como si se hubieran olvidado de mí. Molly se estaba interesando menos en divertirse y romper las reglas y se estaba preocupando más por filmarse a sí misma y hablar de influencers a los que jamás había oído mencionar. Mi orgullo no me permitiría admitir eso, así que, en cambio, me encogí de hombros.

–Iré esta noche –me dijo él–. Tú y yo vamos a pasar tiempo juntos y vamos a resolver esta tensión extraña. No voy a permitir que te hagas la reina de hielo conmigo, ¿okey?

–Él no quería salir esa noche –le digo en voz alta a Molly–. Lo hizo porque pensó que tenía que apaciguarme.

Se sentía así porque yo, con dedicación, había estado elevando un muro entre nosotros durante meses. No lo estaba ignorando. Era más como si no hubiera nada en mí que pudiera darle, aparte de resentimiento, celos o dolor. No lo quería cerca, socavando mi amistad con Molly, o diciéndole que mi estilo de vida (el estilo de vida de nuestros *amigos*) era tóxico. Aunque juro por mi vida que no sabía cómo decírselo sin acumular la rabia y estallar de enojo y dolor. Entonces, levanté el muro.

–Lo sé, Rose –dice Molly en voz baja–. Él me lo contó.

Y supongo que ella entiende mejor que nadie cómo mi frialdad le costó la vida a nuestro amigo. Porque si solo hubiera encontrado un modo de gestionar mis sentimientos, no habríamos tenido aquella tensión, para empezar. Si les hubiera explicado a los dos que me sentía abandonada, tal vez habrían encontrado un modo de traerme de regreso. Si yo le hubiera asegurado a Oscar en ese momento que no tenía que ir a una fiesta en la que no tenía ningún interés para ganarse mi afecto, podría haberse quedado en casa con Molly.

Pero yo no quería que ellos se quedaran en casa y hablaran de cuánto agradecían poder divertirse entre ellos sin drogas ni alcohol, a diferencia de mí. Para ser sincera, quería que Molly saliera con nosotros esa noche y, si Oscar venía, Molly vendría. Y entonces…

–Cuando llegamos a la fiesta, todos nos separamos –dice Molly–. Creo que tú, Eleanor y Alfie se fueron primero. Yo estuve con los demás en el jardín trasero durante una hora o dos y Oscar estaba bebiendo como si *quisiera* tener una resaca. Luego, en algún momento, fue al baño y no regresó.

Mis recuerdos se vuelven borrosos a partir de ese punto. Creo que, para ese entonces, solo estábamos Eleanor y yo. Habíamos

tomado algo. Todavía no recuerdo qué, para ser exacta, porque jamás me importó qué experimentara en ese entonces, siempre y cuando no fuera la realidad. Euforia, alucinaciones, relajación, olvido: todo era igual de atractivo.

Puedo ver a Oscar abriéndose camino entre la multitud; se le iluminaron los ojos cuando nos divisó a Eleanor y a mí en el sofá. Se sentó entre las dos y nos mostró varias píldoras que le había dado "un chico". Le insistimos bastante hasta que determinamos a quién se refería: Etienne.

–Le hemos comprado a él en más de una ocasión –le dije–. Sus cosas son de confianza.

Tomó una píldora frente a nosotras y recuerdo que deseé que lo disfrutara y que quisiera salir con nosotros más a menudo. Y que Molly lo imitara y todos pudiéramos volvernos igual de cercanos, como éramos Eleanor, Molly y yo. Pensé que, quizás, después de todo, nadie quedaría afuera.

–Creo que nos encontró a Eleanor y a mí después de eso –le digo a Molly ahora–. Tenía algunas píldoras. Le dije que ya había tomado algunas de Etienne.

Molly me mira sin pestañar.

–¿Le mentiste?

–No.

Ella se encoge de hombros, resignada, con lentitud. Como si dijera "¿qué puede hacerse?". Como si todo hubiera sido inevitable. Como si yo no hubiera tenido una oportunidad tras otra para detener las cosas y salvarlo. Como si no hubiera desperdiciado cada una.

Después de eso, los recuerdos son más difíciles de entender. Las luces se volvieron borrosas, como danzando en mi visión, con un

efecto derretido, deforme. Las personas a mi alrededor parecían moverse como en *stop motion* a mi lado. Luego por allí, delante de mí. Luego desaparecían por completo. Yo me movía también, a veces por cuenta propia, otras veces, cuando alguien me arrastraba del brazo. Eleanor. Alfie. Harriet. Bebí cosas que me pasaban y le echaba los brazos encima a cualquiera que estuviera lo suficientemente cerca, y flotaba hacia el techo y me hundía por debajo del suelo.

Molly toquetea el borde de su calcetín.

–Noté que él no regresaba, pero me imaginé que estaba hablando contigo, o con Alfie, o con otra persona. Pero eventualmente me preocupé y fui a buscarlo.

Cuando Molly apareció y me dijo que no podía encontrar a Oscar, logré concentrarme. Aun en la confusión sabía que el tono de su voz era de una urgencia atípica. No podía caminar bien, pero con Molly llevándome de la mano, la acompañé a buscarlo por los dormitorios mientras que todo me daba vueltas y vueltas y se fusionaba entre sí.

El cuarto donde lo encontramos estaba oscuro y silencioso. No había luces que se volvieran borrosas entre sí allí. Solo había una cama, con un chico y una pared sobre la que apoyarme. Ahora que lo pienso, creo que Molly me estuvo pidiendo ayuda por mucho más tiempo antes de que recordara lo que significaba esa palabra. Ese fue el primer momento de claridad: el primer momento en que asimilé a Oscar. Incluso en ese estado, supe que estaba viendo algo que andaba terriblemente mal. Tenía la cabeza echada hacia atrás, con el cuello expuesto, la boca y los ojos abiertos mientras tomaba una última inspiración rasposa, pero no estaba mirando a Molly. Todo se detuvo y yo me quedé mirando fijo, sin parar, porque

conocía el significado de eso malo y tenía que hacer algo, solo que no podía recordar qué.

En mis recuerdos, me quedé mirándolo durante una hora, tal vez. En la realidad, no pudo haber sido más de un segundo. Recuerdo susurrar: "un momento…", pero no estoy segura de si Molly alguna vez me oyó. De todos modos, no fue una indicación. Luego ella lo estaba agarrando y gritando y el cuarto ya no estaba vacío. Elizabeth, mi guardaespaldas, corrió hacia la cama para examinar a Oscar. Yo me encontré a Eleanor a mi lado, hablando por teléfono. Allí fue cuando recordé que uno debería llamar a emergencias cuando se encuentra a un amigo en una habitación vacía, a oscuras, luciendo como un cadáver.

Quería acercarme a Molly, pero cada vez que empujaba hacia adelante, alguien me arrastraba hacia atrás. Me rodearon los murmullos y los gritos y la habitación se llenaba cada vez más y más. Entonces, alguien intentó sacar a todos de allí y en ese momento fue cuando Eleanor tironeó de mí y me instó a salir. No lo hice. Entonces apareció Alfie, con su rostro a centímetros del mío, me miró a los ojos y me dijo:

–Rose. Tenemos que irnos. Ahora.

En ese momento, no supe exactamente qué estaba ocurriendo. Pero mi cerebro había formado una idea clara. Molly estaba aterrada, casi a mi alcance y yo no me iba a ir sin ella. Así que me tomé del marco de la puerta y me aferré hasta que los nudillos me quedaron blancos y mis amigos dejaron de intentar desprenderme los dedos de allí. Luego Alfie desapareció. Eleanor no.

Para ese entonces la habitación ya no estaba oscura. Puedo recordar caminar hacia la cama y a Molly tomándose de mí,

usándome para mantenerse de pie. Recuerdo lo mucho que le temblaba la mano. Y recuerdo los ojos de Oscar. Debieron haber estado mirándome, pero no había nada en ellos.

–Lo vimos morir –le susurro a Molly.

Ella me mira con aspereza.

–Sí…

Lo vimos. Estaba vivo y luego ya no. Y no hubo nada que pudiéramos hacer. No para el momento en que lo encontramos. En un momento era todo, estaba vivo, sonriente, lleno de preocupaciones y esperanzas y con un futuro. Y luego, no fue nada. Como el interruptor de una lámpara.

Encendido, luego apagado.

Quise otra oportunidad. Quise hacerlo de otro modo, todo aquello, porque no me parecía posible que, lo peor, lo peor que pudiera ocurrir, pudiera haber sucedido solo en cuestión de minutos. No me parecía justo y, por consiguiente, no me parecía real.

No ha parecido real.

Pero es real.

Oscar ya no tiene vida. Se ha ido y jamás volveré a hablar con él. Tampoco Molly. Jamás volveré a encontrármelo en una reunión. No podemos enviarle un mensaje para pedirle que nos veamos.

Ya no existe.

–No siento –exclamo–. Yo no… No puedo… Lo siento, Molly. No… No pude, pero no debí haber…

Sucedió, ¿verdad? Vi a alguien morir. No a cualquiera. A Oscar. Lo vi mientras Molly le gritaba. Me quedé mirando su cuerpo, que solo era carne y huesos, todavía tibio por la sangre que corría por sus venas hasta que dejó de hacerlo.

Y Molly. Dios, Molly.

–Luego te dejé –digo–. No quise dejarte mientras estaba ocurriendo, luego te dejé de todos modos después de esa noche.

–Rose…

–No podía pensar en eso. Sé que lo necesitaba, pero no podía.

–Lo sé –dice ella.

–No –insisto–. Quiero decir, yo solo… colapsé hacia adentro. Tú necesitabas hablar sobre esa noche y yo solo… no… No pude. Fue como si estuviera en corto circuito.

–Comprendo.

–No fue *normal*. Cada vez que intentaba pensar en eso, y me refiero a cada *una* de las veces, Molly, se cambiaba el canal. Te abandoné por completo; estabas sufriendo tanto y yo no sentía *nada*.

Los ojos de ella están vidriosos y arquea el cuello para mirar el techo.

–Todavía deberías odiarme –digo con convicción. Molly se sube a la cama y me doy cuenta, con una oleada de repulsión hacia mí misma, que tiene la intención de tranquilizarme.

–No –jadeo, incorporándome de golpe–. No es tu responsabilidad consolarme.

Fue real.

El hecho se instala en algún sitio de mi garganta y tengo la sensación de que me están estrangulando desde adentro. Cuando por fin logro sacar el aire de los pulmones, sale con un sollozo débil: un sonido que no esperaba para nada. Levanto una mano, como si fuera a reprimirme, pero se queda en mi clavícula y me inclino hacia adelante mientras jadeo para volver a respirar. Por primera vez, mi

mente me permite comprender que vi a mi amigo morir y que jamás va a regresar. Y estoy aquí, en este momento, sintiendo todo eso y pesa demasiado como para soportarlo.

Molly me toca el brazo, pero la quito con una sacudida.

–No.

–Por mí –insiste ella. Yo dejo caer el brazo hacia atrás y le permito a Molly abrazarse a mí. Por un momento, quedamos tiesas y luego, juntas, nos plegamos hacia nuestro centro, sus dedos se clavan en mi espalda como garras. Estoy llorando y creo que no es como he visto a otros llorar. Mi llanto es más como una serie de respiraciones angustiadas, sin lágrimas, acentuadas por quejidos. Molly tiene lágrimas (que siempre le han sido fáciles) y me empapan el hombro, donde tiene la cabeza apoyada.

–No quiero sentirme así –lloriqueo.

–Lo sé –dice ella.

Aunque sus lágrimas son fáciles para ella, han pasado meses desde la última vez que la vi llorar por Oscar. Estaba sanando y vean ahora lo que he hecho.

–Lo siento –logro decir entre respiraciones–. He vuelto a tocar este tema otra vez.

Ella sacude la cabeza y me jala para sí con más fuerza. Estoy envuelta, sujeta en el lugar. Anclada.

–No –dice–. Es la primera vez que no lloro sola.

TREINTA Y SEIS

DANNI

Nunca es bueno despertar por el sonido de gente susurrando. Al menos, no cuando esperas despertar con tu novia acostada a tu lado y el sol de media mañana entrando por la ventana. Tal vez, con mucha suerte, el sol de la tarde. Puedo registrar que *sí* hay sol, dado que estoy mitad despierta. Pero entonces, cuando profundizo mi registro, percibo que los susurros tienen un tono demasiado temeroso, lo que me inquieta tanto que ya he comenzado a prepararme para el momento en que abro los ojos.

Rose y Molly están sentadas en el suelo, de espaldas al armario, y levantan las cabezas de golpe cuando me oyen gruñir.

–¿Qué? –pregunto y mi voz sale toda débil y ronca. Oh, Dios, maldita sea, me *late* la cabeza. Carraspeo e intento una vez más–. ¿Qué ocurre?

Rose gatea hasta mi lado y me toma una mano con las suyas.

–Danni, en verdad lo siento –dice y a mí se me detiene el corazón. Primero, pienso horrorizada que algo le ocurrió a mamá. O tal vez a Rachel. Detrás de Rose, Molly mira al suelo como si no pudiera lidiar

con lo que sea que nuestra amiga va a decirme, lo cual solo me asusta más–. Alguien filmó un video de Harriet y tú besándose anoche. Las imágenes están por todas partes.

Ah.

Ah.

Por un segundo, considero tomar mi teléfono para ver por mí misma, pero luego me doy cuenta de que no quiero. No quiero ver una imagen mía probando la boca de Harriet, intentando encontrar un modo de apartarme de ella sin hacer un drama. No quiero ver lo que ha visto la mitad del país. No quiero oír lo que piensan de eso o de mí. Solo quiero dormir. Esto va más allá de lo que puedo manejar.

Ruedo hacia un lado, paso un brazo por debajo de la almohada y me cubro los hombros con las cobijas. Rose y Molly me miran, preocupadas, como si pensaran que está a punto de darme un ataque de nervios o algo así, lo cual es probablemente justo, porque tal vez así sea.

Rose me estruja la mano.

–¿Qué quieres hacer? –me pregunta–. Tú decides.

–¿Qué se *puede* hacer? –pregunto como una tonta. Ahora ya se sabe, ¿no es así? Así que ni modo.

–Aún puedes negarlo –sugiere Molly.

Rose asiente con seriedad.

–Si quisieras hacerlo. Estabas ebria. Puedes decir que no querías hacerlo. De cualquier forma, es la verdad.

–O solo di que te retaron a hacerlo, o algo así –agrega Molly–. Yo te serviré de respaldo. Mierda, diré que yo fui quien te retó si quieres.

Solo hay que mentir, ¿no es así? Al parecer, eso es lo único que hago últimamente. Mentir y mentir y mentir. Y jamás porque en verdad lo quiera.

–Yo solo… Cielos. Solo quisiera que desaparezca.

Tienen la respuesta obvia estampada en los rostros. Ahora ya no desaparecerá. Jamás lo hará. La noche de ayer fue real y rodar en la cama y cubrirme con las cobijas no lo deshará.

Sea lo que haga, todos me están observando. Me están escuchando.

–¿Me odian? –pregunto en voz baja. Supongo que ya debe de haber habido algún tipo de reacción en internet. Comentarios, publicaciones, hasta artículos. La idea de lo que podrían estar diciendo en este momento, me hace querer hundirme en el centro de la tierra y esconderme allí hasta que todo se acabe.

Rose habla con suavidad:

–No, no es nada de eso. Las personas tal vez sienten curiosidad. Pero nadie te odia.

Pero ¿qué significa eso, para ser exactos? Que hoy la sociedad no quiera mi cabeza, no garantiza una mierda para mi futuro. Muchas personas probablemente solo me estén dando el beneficio de la duda antes de pedir mi crucifixión pública.

¿Y qué pensarán en el palacio? No es que haya besado a Rose en cámara ni nada por el estilo, pero la fábrica de rumores en internet se va a hacer un buen banquete con esto.

–Lo que sea que quieras hacer, estoy contigo –dice Rose–. Si alguien te dice una palabra, siquiera *una palabra*, tendrán que enfrentarse conmigo. Somos tú y yo, ¿okey?

La miro a ella, luego a Molly que está en el suelo y, luego, hacia la ventana.

–¿Qué debería hacer? –pregunto.

Nadie responde.

Llaman a la puerta. Todas nos sobresaltamos; luego Molly se levanta y la abre apenas. Eleanor asoma la cabeza y entra sin permiso con ojos bien grandes.

–Danni, ¿qué está sucediendo? –me pregunta.

–Eleanor, no empeores las cosas –dice Molly, cerrando la puerta.

–¿Eres gay? –pregunta Eleanor–. ¿O solo le estabas siguiendo el juego a Harriet?

–Okey, tenemos que hablar de discreción –interrumpe Molly–. Queda claro que hoy no la manejas muy bien.

–Soy bi, ¿okey? –exclamo de repente. Siento como si las palabras fueran metálicas sobre mi lengua. Tengo tantas náuseas. No sé si es por la situación o por la resaca. Es probable que sea por ambas.

Eleanor infla las mejillas.

–Sabes, no me habría dado cuenta –dice después de un largo silencio–. No parece que te gusten las chicas.

Rose me toma la mano con calma, entrelazando nuestros dedos.

–¿Eso crees, Eleanor? ¿Ahora sí parece alguien a quien le gustan las chicas? ¿Y yo?

Eleanor ríe.

–*No.* –Entonces, algo debe conectar porque mira a Rose dos veces, como si fuera el personaje de una caricatura o algo parecido. Sería gracioso si esta no fuera la peor situación por la que jamás haya pasado–. ¿No? ¡No!

Rose inclina el codo sobre la cama, a mi lado.

–Sabes –comienza a decir, de modo casual, como si estuviera mencionando lo que comió en el desayuno–, creo que lo escondimos mejor de lo que creímos.

Me quedo con la boca abierta. Hasta donde sabía, ella no tenía intenciones de salir del clóset con nadie más por lo pronto. ¿Acaso acaba de hacerlo para desviar el centro de atención de mí? ¿Aunque solo pueda hacerlo aquí, en nuestro pequeño grupo?

Eleanor le lanza una mirada acusadora a Molly, como si le preguntara si ella sabía de esto. Molly asiente con rapidez y Eleanor se desploma para sentarse a su lado en el suelo.

–Bueno… –dice–. Esto es… distinto.

–¿Distinto de qué? ¿De ti? –pregunta Rose en tono de advertencia, con una expresión de pronto dura.

Eleanor levanta las manos, rindiéndose.

–No me refiero a eso. Tienes que darme un segundo, ¿okey? Te conozco desde hace años y esto es como una bomba.

–Es como que a ti no te afecta –murmura Molly.

Y, ay, por todos los cielos, no puedo evitarlo. Me echo a reír. Las tres me miran como si me hubiera vuelto oficialmente loca. Tal vez así sea. Aquí viene el ataque nervioso de la profecía.

–Ay, diablos. –Me río a carcajadas, secándome una lágrima con el puño.

El teléfono de Rose comienza a sonar. Ella lo arroja al otro lado del cuarto como si la quemara y yo me río aún con más ganas.

–Contéstalo, idiota –exclamo con esfuerzo.

Rose lo rescata, mirándolo como si prefiriera levantar una serpiente de cascabel.

–Es William –dice.

Molly maldice en voz baja y Eleanor pone cara de compasión. Rose suspira, responde y sale de la habitación. Supongo que no quiere que oiga lo que sea que William tiene para decir. Lo cual, obviamente, solo hace que quiera oír más.

Podemos oírla del otro lado de la puerta, pero su voz llega demasiado amortiguada como para entender algo. Me incorporo en la cama; me observo las manos porque no puedo obligarme a mirar a las otras dos en este momento.

–Bueno, y ¿desde cuándo? –pregunta Eleanor.

–Tuvimos idas y venidas desde noviembre.

No ha pasado el tiempo suficiente como para que ya se acabe.

–¿Noviembre?

–Prácticamente. –Tengo las mejillas tan calientes que seguro están al rojo vivo.

–¿Y Harriet? ¿Ella también es así? –le pregunta esta vez a Molly–. ¿Qué? ¿Acaso conocimos a todas nuestras amigas en una alianza de gais y heteros y lo olvidé?

–A veces, las personas son gais, Eleanor –dice Molly. Nuestra amiga la mira durante un rato demasiado largo, entonces Molly pone los ojos en blanco–. No me refería a *mí*.

–Bueno, ¿puedes culparme por preguntármelo? Y Rose, ¿por cuánto tiempo ha sido *queer*?

–Desde que nació, me imagino –responde Molly en seco.

Eleanor se encoge de hombros.

–Solo quiero que me pongan al día. Acabo de descubrir que he sido el mal tercio de dos de mis mejores amigas durante medio año escolar y quiero saber cómo fue que no me di cuenta. Y ¿por qué soy la *única* que no lo sabía?

Rose vuelve a entrar al cuarto, con expresión seria.

–Hay un circo mediático en el frente de la escuela –dice–. Están entrevistando a cada estudiante que pueden conseguir. Al parecer, el director ya los ha echado dos veces, pero ellos siguen regresando.

–¿Qué crees que les están diciendo? –pregunto, sintiéndome entumecida.

–Nosotras iremos –dice Eleanor–. Molly y yo. Es mejor si hablan con nosotras en lugar de las otras chicas, ¿verdad?

Rose se deja caer en el borde de la cama.

–Eso depende de lo que Danni quiera que digamos.

–¿Digamos? –repite Molly, confundida.

–¿Yo? –exclamo como un graznido.

–Tú. Esto se trata de ti.

–Esto de trata de nosotras. Sabes que a ti te mencionarán, Rose.

Ella asiente secamente. Ah, por supuesto que lo sabe. Esta es la parte en la que me dice lo que se me permite decir sobre ella, ¿verdad? ¿Las órdenes del día que recibo del palacio?

–Es sobre nosotras –concuerda–. Pero en mayor parte es sobre ti. ¿Qué es lo que *tú* quieres decir?

Estaría mintiendo si dijera que no me sorprende y me tomo mi tiempo para responder. Quiero asegurarme de que estoy total y definitivamente segura antes de pronunciar una palabra.

–No voy a luchar. Pueden decirles que soy bi.

En el momento en que las palabras salen de mi boca, me doy cuenta de que no es lo que quiero. Desde que comenzó todo esto, casi no he tenido control sobre nada. Me han obligado a ocultar mi relación con Rose. Me han arrastrado a tener citas dobles. Me besó Harriet. Quien quiera que haya tomado ese video de nosotras me

sacó del clóset. Aunque la idea de hablar con un grupo de reporteros sobre algo tan personal hace que quiera desmayarme, o vomitar, o ambas cosas, tengo que hacerlo. *Algo* de esta situación tiene que estar bajo mi control. Así que les digo a las chicas que quiero hablar por mí misma. Rose me mira durante un largo rato (como si le pareciera que perdí la razón), pero no discute.

Molly es la única lo suficientemente valiente como para mencionarlo:

–¿Y si te preguntan acerca de Rose?

–No tienes que mentir. –Se apresura a decir la susodicha–. Puedes decir que no te permiten hacer comentarios sobre mí. El palacio puede emitir un comunicado al respecto más adelante.

Pero ella tiene que saber tan bien como yo lo mala que puede ser esa idea, lo incriminatorio que haría ver a alguien que ya es sospechoso.

–Rose… –comienzo a decir con seguridad a Molly–… es una buena amiga. Como tú y Eleanor. Somos un grupo de chicas que asisten a un internado. Somos cercanas. Pero Rose es hetero.

Hay tanto alivio en la mirada de mi novia, que quiero abrazarla y asegurarle que está completamente a salvo conmigo y que jamás haría algo que la lastimara. Me puede dar un arma cargada si quiere, pero jamás jalaría del gatillo. Ni ahora ni en un futuro hipotético en el que solo sea alguien a quien conocí alguna vez. Como dijo: somos ella y yo.

–Entonces, yo diré lo mismo –sentencia Rose.

Molly la mira con agudeza.

–¿Lo *harás*? –le pregunta.

Rose voltea hacia ella con una mirada que, sin dudas, me habría cerrado la boca enseguida si me la hubiera dirigido a mí. A Molly, desde luego, le ocurre lo mismo, porque aparta la mirada y se encoge de hombros como diciendo "como sea, no es asunto mío". A veces es fácil olvidarse de que Rose es una princesa, alguien que se ha pasado toda la vida dando órdenes a todo el mundo y obteniendo lo que quiere. Esta no es la excepción.

No estoy segura de por qué, para ser exacta, a Molly la confunde tanto la idea de que Rose hable con los medios, pero me abruma tanto lo que está a punto de ocurrirme que me olvido de mi propia confusión con la misma rapidez con la que llega.

–Chicas, ¿pueden esperar afuera un minuto? –les pide Rose a nuestras amigas.

En cuanto quedamos a solas, comienza a hurgar en el armario.

–¿Qué estás buscando? –pregunto, pero ya encontró lo que buscaba. Su túnica del uniforme.

–Ponte esto –dice–. Y dame la tuya una vez que te hayas cambiado.

Así que, saldré del clóset frente a todo el mundo, al mismo tiempo que negaré mi historia con Rose, al mismo tiempo que tendré puesta su túnica, después de haber pasado la noche en su cama.

Y ella estará haciendo lo mismo. Menos la parte de salir del clóset.

Supongo que ella también está buscando un ápice de control. Que una pequeñísima parte de la verdad quede a la luz, aunque mientras mintamos a viva voz. No lo borra ni lo mejora, pero es lo único de lo que podemos aferrarnos.

Bajo a mi habitación para cambiarme y, para cuando termino, Rose, Eleanor y Molly me están esperando afuera, también vestidas

con sus uniformes. Le entrego mi túnica a Rose. La mía está en mejores condiciones que la suya (de niña, lavaba mi propia ropa porque mamá trabajaba hasta tarde, mientras que a Rose la suya le aparecía lavada y planchada en su armario como por arte de magia antes de ir a la escuela). Su túnica está cubierta de pelusas y tiene unas arrugas profundas a lo largo de la espalda por haber quedado tirada en el suelo durante demasiado tiempo.

Las cuatro partimos bien unidas. Hay toda una multitud de estudiantes reunidas en la entrada de la escuela, del lado de adentro del portón. Algunas están hablando con los periodistas, pero la mayoría solo están mirando. Me doy cuenta de que están esperando. Me esperan a mí.

Yo estoy flanqueada por Molly y Eleanor. Rose está al otro lado de Molly. Tenemos que ser más cuidadosas que nunca de no tocarnos.

Pero tengo su túnica.

Cuando las estudiantes nos ven, se apartan formando una especie de corredor de cuerpos para que nosotras lo atravesemos. Es como estar en la peor alfombra roja posible de imaginar.

En el portón, nos inundan los reporteros. La mayoría nos buscan a Rose y a mí. Un par de astutos piensan hablar con Eleanor y Molly. No tendrán la historia más importante, pero sus citas serás más exclusivas. Bien por ellos.

Yo termino separada de Rose. Y allí es cuando me sacude el miedo.

Me bombardean los flashes de las cámaras y el mundo se vuelve de un blanco brillante. Todos me gritan al mismo tiempo y el dolor de cabeza, que ya me latía, crece con ganas. Me quedo de pie sin decir una palabra, porque ¿qué demonios *digo*? El minidiscurso que

se me ocurrió más temprano se me ha esfumado de la mente, de todos modos, creo que solo se trataba de Rose y de mí. Y la mayor parte de esto no tiene nada que ver con ella, ¿cierto? Sino de decirle al mundo que soy bi.

Maldita sea. Ni siquiera le he contado a mamá. Todo ha sido tan aterrador, revuelto y confuso que la realidad de todo me ha caído encima recién ahora.

Creo que quería salir del clóset. Pero esto no era lo que tenía en mente, sin dudas.

Son personas sin rostro las que tengo en frente. Sus figuras no tienen detalles. Están todas mezcladas entre sí, desdibujadas por esas luces enceguecedoras.

–Danni, cuéntanos sobre…

–Thea Brunswick, del *Público de las 12*, Danni, me preguntaba si…

–¿Es cierto que tú y Molly Kwon…?

Entonces, alguien grita, con tanta claridad como si nada:

–¿Las fotografías eran falsas, Danni?

Intento mirar hacia donde proviene la voz. Allí es. Ni siquiera puedo ver a quién le estoy hablando, por todos los cielos. Aunque no importa. Claro que no. No les estoy hablando a ellos. Le estoy hablando a todo el país.

Aquí vamos.

–No. No son falsas –digo con voz temblorosa. Casi que no puedo hablar.

–¿Eres hetero?

Esto es cruel. Es malditamente cruel. Que te pregunten esto sin rodeos, las mismas personas que publicarán imágenes mías sacándome del clóset independientemente de lo que diga en este

momento. Como si me correspondiera a mí decirlo. Pero no lo es. Si así fuera, habría sucedido cuando estuviera lista. Lo habría hecho para mis seres queridos, no para estos extraños, para poder tener algún tipo de control sobre la historia antes de que ellos la publiquen.

–No –respondo–. No soy hetero.

Ya.

Está hecho.

La cabeza me da tantas vueltas que casi no escucho la siguiente pregunta.

–¿Qué hay de Edmund?

¿Qué demonios digo al respecto? Debí haberme tomado más tiempo para prepararme. Sé que pueden ver lo culpable que soy. Sé que mi rostro está rojo, que tengo los ojos vidriosos y que tienen todo filmado en las cámaras mientras respondo:

–Sin comentarios.

–Danni, ha habido rumores de que tienes una relación romántica con la princesa Rosemary. ¿Puedes contarnos algo sobre eso?

Obligo a mi cara a que se relaje. Necesito verme como si hubieran dejado de hacer preguntas serias y hubieran pasado a las ridículas. Y por todos los cielos, no puedo llorar.

–Rose es mi amiga –respondo, concentrándome tanto como puedo en sonar casual–. Y eso es todo. Ella ahora sabe que no soy hetero y ha manejado la información con el respeto que he llegado a esperar de su parte. Tengo mucha suerte de tener a alguien tan comprensiva como amiga.

–¿Cuán cercana eres con Harriet?

Por supuesto que saben su nombre. Han estado hablando con nuestras compañeras toda la mañana. Aun así, la pregunta me toma por sorpresa y frunzo los labios.

–No lo soy –espeto–. Gracias por sus… preguntas.

¿Así es como se termina una entrevista? Porque eso hice.

La muchedumbre comienza a moverse. Los periodistas tienen lo que querían. Ahora es una competencia por ver quién publica primero la historia.

Si tengo suerte, tendré la oportunidad de contarle a mamá antes que ellos.

Aferrándose a los costados de su falda, me encuentro a Rose sola, parada a mi izquierda, respirando agitadamente. Más lejos de nosotras, Molly y Eleanor se han encontrado.

Me acerco a Rose.

–¿Cómo te fue? –le pregunto en voz baja, tratando de lucir tan fría como sea posible.

–Dolió. Más de lo que esperaba.

–Lo sé.

Se siente como si me hubieran usado para alimentar a los leones del Coliseo, con mis compañeras de clase mirando como espectadoras. Molly y Eleanor se unen a nosotras y nos ocultan para que las otras estudiantes no nos vean.

–¿Saben qué? Es hora del almuerzo –anuncia Molly.

–Cierto. –Se apresura a agregar Eleanor–. Vayamos a comer. Hemos terminado aquí.

Rose y yo intercambiamos miradas sombrías. No ha terminado, pero ni de cerca. Pero almorzar suena a buen plan. Qué mal que no tenga tiempo para comer si quiero tener alguna oportunidad de ser

quien le cuente la primicia de hoy a mamá. Así que dejo que mis amigas vayan a almorzar y me dirijo a mi habitación para llamarla. Pero, cuando reviso el registro de llamadas, noto que tengo dos perdidas. Una de Rachel y otra de ella.

Ni siquiera pude tener esto, ¿eh?

Mamá responde al segundo tono.

–¿Danni, cariño?

–Hola.

–Hola, corazón. –Inspira hondo y se ríe un poco–. Acabo de ver algo en las noticias.

–Es verdad –confirmo sin emoción, antes de que pase demasiado tiempo intentando decirlo–. Lo siento.

Cuando responde, lo hace con un tono de dureza:

–Jamás pidas disculpas, Danni. Jamás quiero oírte hacer eso. Ni a mí, ni a nadie.

Intento responder, pero estoy comenzando a sentir que podría echarme a llorar en cualquier momento, así que no digo ni una palabra.

Ella continúa.

–Te amo más que a nadie en el mundo entero. Eres mi niña y estoy tan tan orgullosa de ti. Cada día que pasa me pones más orgullosa. Eso es todo lo que tengo para decir.

Aprieto los labios; siento que las lágrimas agobiantes amenazan con saltar. Inhalo de forma entrecortada, intentando pensar qué decir.

–¿Estás bien, cariño?

Sacudo la cabeza algunas veces, tratando de encontrar mi voz. Cuando abro la boca, sale un sollozo en lugar de palabras.

–En realidad, no –logro decir.

–Me gustaría que vinieras a casa esta semana. Necesitas estar aquí con nosotros. Necesitas espacio.

–No puedo, mamá. Se acercan las prácticas de examen. Están ocurriendo demasiadas cosas.

–Al diablo con los exámenes –dice y me toma por sorpresa–. No harás ninguno. Has pasado por un trauma. Hay excepciones para eso. Hablaré con el director…

–No quiero que hables con él por esto…

–Entonces, le mentiremos. Le diremos que Dennis murió y que necesito que estés en casa para preparar el funeral.

–¡Mamá!

–Bueno, tal vez Dennis no. Eso se puede comprobar fácilmente. ¿Qué dices de la tía Kylie?

–Mamá –digo, con una sonrisa reticente–. Gracias. Pero no quiero ir a casa. Quiero quedarme aquí. Tengo que hacerlo.

–Bueno, si eso quieres, es distinto. Pero no creas que estás obligada. Tus calificaciones no valen más que tu bienestar.

–Okey, mamá. Gracias.

–Te amo, Danni. Por favor, no te olvides de llamarme cuando lo necesites. No importa qué hora sea ni qué día. Llámame.

–Lo haré.

–¿Lo prometes?

–Lo prometo.

–Okey. Y, cariño…, no tienes que contarme todo ahora. Cuando estés lista. Pero si hay una chica en tu vida y si quieres que la conozca, me encantaría hacerlo.

Quiero llorar, porque no hay otra cosa en el mundo que quiera más que presentarle a Rose a mamá. Pero no habla de Rose. Se refiere a Harriet. Cree que Harriet es mi novia.

–Claro. Tal vez.

Con eso, nos despedimos y nos desconectamos.

Dejo el teléfono sobre la mesa de noche y me acurruco para quedarme mirando fijo a la pared.

TREINTA Y SIETE

ROSE

William viene directamente a visitarme aquí, a Bramppath después del almuerzo. Al menos, primero me permitió comer. Bastante considerado de su parte.

Las entrevistas de esta mañana salieron a la perfección. No esperaba menos de Molly, Eleanor y de mí misma, pero Danni me sorprendió después de contarme que le aterra ser el centro de atención. De alguna manera, logró voltear toda la sesión de preguntas a nuestro favor. En las fotografías, Danni se mantiene estoica, tranquila, con la frente en alto. Mantuvo un contacto visual firme.

Estos meses que pasó bajo la mirada del público la han cambiado más de lo que me di cuenta. Solo espero que haya sido para mejor.

Desde luego, William no está muy de acuerdo.

–No sé cuánto más claro podría haber sido –espeta. Estamos sentados uno frente al otro en una de las oficinas para reuniones, en una mesa larga de madera. Tiene una mancha de café en el traje. Me pregunto si se ha dado cuenta–. Entonces, explícame, Rose, ¿por

qué tu amiga escogió hablar directamente con los medios en lugar de colaborar conmigo para elaborar un comunicado como lo indiqué?

Bueno, debe haber sido porque jamás le dije a Danni que esa era una opción. Mucho menos, una orden.

–La sacaron del clóset el día de hoy –comienzo a decir–. En contra de su voluntad. Se merecía tener, por lo menos, el control completo sobre lo que tenía para decir al respecto.

Y claro que yo no quería que la manipularan o que la hicieran sentir culpable por decir algo que salvara mi reputación a costa de la propia.

–Pero ¿qué demonios te llevó a salir a dar tu propia declaración? –dice con un tono mezquino–. Tú *no* hablas con los medios. Lo ignoraste deliberadamente.

–Lo hice para evitar que publiquen una declaración implicando que Danni tiene conductas inapropiadas conmigo –replico, molesta–. O que me ha besado en contra de mi voluntad (en caso de que alguna vez se filtre una fotografía y necesitemos una negación creíble preparada de antemano); o que la odio en secreto, o cualquier cosa dentro de esos límites. ¡No te permitiré que la uses como escudo humano para defender mi reputación!

–Sí, este año ha quedado bastante claro que tu reputación es de *muy* poca importancia para ti –dice con un tono helado, doblando las manos sobre la mesa.

–¿Acaso lo que dije es tan horrible? ¿Es tan distinto de lo que me habrías obligado de decir?

William luce como si le estuviera rezando a Dios para que le enviara paciencia. Es una reacción que provoco bastante seguido en las personas.

–No te habría hecho decir nada, Rose. El contenido no es el punto. ¿Cómo crees que se ve que la *princesa heredera* haga una *declaración pública* sobre el drama de la sexualidad de su amiga?

–¿Drama? –repito sin emoción.

–No hace falta decir que necesitas pasar un tiempo alejada de esta chica. Al menos, en cualquier sitio donde puedan verte.

–No hay reporteros en Bramppath.

–¡Pero hay estudiantes, Rose! No sabemos cuántas de tus compañeras están alimentando estos rumores, pero sabemos que al menos hay una. Y eso es todo lo que se necesita. –Le sostengo la mirada y él se oscurece–. Piensa, Rose. Acabo de regresar de calmar a tu padre. Quiere a esa chica fuera de Bramppath. Ya no confía en que tú mantengas la discreción y, para ser franco, puedo entender por qué. Lo convencí de que esperara hasta que manejáramos la situación, pero no creo que no la envíe de regreso a Estados Unidos si es necesario.

Me obligo a mí misma a desacelerarme y mantenerme tranquila. Está claro que, en este momento, resistirme no me llevará a ningún sitio. Sin embargo, puede que conciliar y negociar evite que el palacio se entrometa entre Danni y yo.

–Okey –exclamo–. Solo… no la lastimen. Y me mantendré lejos de ella.

A William se le desinfla un poco el ánimo.

–No hay necesidad de ser tan dramática. No van a asesinar a la chica.

–Hay más de una forma de lastimar a alguien –digo.

–Sí, bueno. Te he conseguido una última oportunidad, Rose. Yo no la desperdiciaría.

Aprieto los dientes hasta que me duele la mandíbula y asiento.

***

Me permiten regresar a la escuela rápidamente después de la cena. Molly está saliendo de Dewitt justo cuando yo estoy a punto de entrar. Ya se cambió el uniforme y se puso un par de pantalones y zapatillas deportivas, lo cual significa que o no va a filmar nada esta noche, o ya ha terminado.

–Camina conmigo –dice, tomándome del brazo–. Estaba a punto de imprimir algo.

–Eso suena tan normal –digo con una risa–. Es extraño que todavía puedan suceder cosas normales cuando el mundo se está cayendo a pedazos.

Ella me mira con compasión.

–¿Sabes que hoy me enviaron una petición? Alguien quiere que la comparta para que puedan reunir firmas y así exigirles a tus padres que les permitan a ti y a Danni estar juntas.

Gruño.

–Ah, sí, eso cambiará todo. Cuéntenles *cuántas* personas creen que Danni y yo estamos juntas, ¡por escrito!

–Al menos piensan lo correcto. –Molly sonríe mientras pasamos por debajo de un rosal. Luego se serena–. ¿Estás bien?

–En realidad, no. Mis padres dicen que debo impedir que me sigan viendo con Danni. Con la consecuencia de que, si me atrapan siquiera hablando con ella, nos castigarán.

Molly cierra los ojos con fuerza, como si hubiera temido esto mismo.

–Okey. Lo resolveremos.

Yo no estoy tan segura, pero oírla decirlo me alivia un poco la tensión que tengo en los hombros.

–¿Tú crees?

–Claro. Tal vez haremos una lista de turnos, o algo parecido. Algunos días Danni está conmigo y tú con Eleanor y luego, cambiamos.

–Okey. Y Danni y yo podemos pasar las noches juntas, quizás.

Pasamos por al lado de un grupo de chicas de tercer año y nos quedamos en silencio. Cuando volvemos a estar solas, Molly frunce el ceño, preocupada.

–¿Aun así vas a arriesgarte a verla? Piensa en lo que podrías perder.

Hemos llegado a la entrada de la biblioteca, donde están las impresoras. Pero también es donde las estudiantes suelen reunirse. Así que, por ahora, nos quedamos en el patio, cerca de una pila de nieve amarronada a medio derretir, que alguna vez estuvo fresca y blanca.

–Podrías perder más que a Danni –continúa Molly cuando no respondo–. Estoy hablando de perder todo tu futuro. ¿Acaso no te aterra?

Me llevo los dedos a las sienes y las aprieto, porque sé cuál es la respuesta correcta a eso, pero la siento como una mentira.

–¿Te puedo contar algo que es un poco turbio? –pregunta Molly.

–Okey.

Echa un vistazo a nuestro alrededor.

–Cuando murió Oscar…, al principio… había días en que deseaba que yo hubiera muerto. Cuando estás en ese tipo de duelo, es difícil ver las cosas con claridad y creí que lo había perdido todo. Es obvio

que no morí y ¿sabes qué? Me agrada mi vida. Me gusta vivir. Haría casi cualquier cosa por deshacer aquella noche –agrega con rapidez–. Pero él no era mi vida. Oscar era una parte increíble y asombrosa de ella; y lo echo de menos todos los días. Pero mi vida todavía tiene valor sin él. Y no quiero que tú eches a perder todo lo que te importa por ella. Tu vida es más grande que Danni y la de ella es más grande que tú.

Lucho contra sus palabras, las pienso de todas las formas posibles. Al final, lo único que puedo hacer es asentir como gesto de agradecimiento mientras me ajusto la túnica. La túnica de Danni.

–Tengo que regresar adentro. Pero gracias.

Ella suspira y me devuelve el gesto.

TREINTA Y OCHO

DANNI

Parece que solo he dormido un par de minutos cuando una llamada a la puerta me despierta de repente. Intento no prestarle atención –es difícil permanecer consciente después del día que he tenido–, pero eventualmente el golpeteo se vuelve demasiado molesto y salgo de la cama a los tumbos. Abro apenas la puerta y me encuentro a Rose parada del otro lado, sosteniendo una manta doblada frente a ella.

–¿Estabas durmiendo? –pregunta, pasándome por al lado para entrar.

–Es como la una de la mañana, así que sí –respondo, frotándome los ojos–. ¿Qué estás haciendo?

–No podía dormir. Además, jamás me respondiste los mensajes después de tu siesta y estaba preocupada.

Vuelvo a subirme a la cama, busco mi lugar tibio y levanto las cobijas.

–Métete –le ofrezco, con un golpecito en el espacio a mi lado.

Ella se pone de cuclillas frente a mí. Pienso que va a besarme, pero en cambio, me susurra:

–En realidad, ¿puedes vestirte? Quiero que salgamos a caminar.

–Hace un frío fatal allí afuera –gruño–. Y mi cama está tan calentita. ¿No podemos acurrucarnos y quedarnos dormidas y fingir que no existe nada más fuera de esta habitación?

Ella extiende la manta a modo de respuesta, orgullosa de sí misma por lo previsora. Sí… Okey. No será de mucha ayuda, pero no puedo decirle que no a ese rostro, ¿verdad?

Nos deslizamos por el corredor sin decir una palabra. Noto que su guardaespaldas no está con ella. Es la primera vez que veo a Rose salir de los edificios cercanos sin uno de ellos. Hay un momento de tensión cuando abre la puerta frontal con cuidado y esta cruje como un animal agonizando, pero nadie sale de sus habitaciones. No puedo evitar romper el silencio con una risa nerviosa mientras cruzamos el patio.

–¿Por qué estamos haciendo esto? –pregunto.

–Porque no creo que vayamos a tener oportunidad de vernos afuera de nuestras habitaciones en un largo tiempo.

Se me estruja el corazón. Quiero pedirle más información, pero, por otro lado, no. Puedo imaginarme por contexto a qué se refiere, y *no puedo*. No puedo lidiar con más malas noticias. Así que me aguanto y la sigo para adentrarnos en la noche.

Llegamos al borde del bosque y levanto la cremallera de mi parka. Con el invierno en retirada, ya no nieva, pero está bastante cerca de hacerlo.

Rose ahueca mis manos en las suyas.

–¿Dónde están tus guantes? –me reprende.

–Me los olvidé.

Sin decir nada, se quita los de sus propias manos y me los da a mí.

–No quiero entrar en el bosque, Rose –admito, soplándome las manos enguantadas para calentarlas–. Es aterrador de noche.

–Merodeamos por el bosque todo el tiempo –dice con frivolidad.

–No lo hacemos *todo el tiempo* –protesto–. Y por lo general tenemos a Theodore con nosotras. A propósito, ¿por qué no lo despertaste?

Mira hacia el bosque con seriedad.

–Tengo que hablar contigo.

Se me hiela la sangre.

–No.

–¿No?

–No. –Planto los pies con firmeza y me cruzo de brazos–. No vas a romper conmigo. No vamos a tener una conversación seria. Esto no está ocurriendo. Hoy me sacaron del clóset frente al mundo entero. No necesito que esta noche me rompan el corazón. Necesito que mi maldita novia me abrace y me diga que todo va a estar bien.

Me sorprende llegar tan lejos antes de que aparezcan las lágrimas y me interrumpan. Rose me estrecha entre sus brazos antes de que se escape el primer sollozo y me aprieta con fuerza contra su pecho.

–No estoy tratando de romper contigo –me dice y yo me derrito del alivio–. Danni, te dije desde el inicio que estaba contigo; y cuando me comprometo con algo, hablo en serio. Me temo que tendrás que soportarme.

–Acabo de tener un día muy malo –lloro y ella comienza a acariciarme el cabello metódicamente.

–Lo sé –susurra–. Y lamento haberte despertado.

–No, me alegra que lo hicieras. Quería verte. Es solo que… –Me tomo de su abrigo para apoyarme; ella me abraza, parada con firmeza, hasta que mi respiración vuelve al ritmo normal y los latidos del corazón se desaceleran por el maldito frío–. Entonces, ¿de qué querías hablar? –pregunto, abrazándola todavía.

Imito el vaivén de su pecho cuando inspira con fuerza el aire helado hasta el tope de los pulmones.

–No dejo de pensar en la estudiante de Bramppath que le contó al palacio acerca de nosotras en primer lugar.

–¿Qué hay de ella?

–No entiendo cómo podría haber sido una estudiante cualquiera. Fuimos precavidas. Lo estábamos ocultando. Para que alguien nos hubiera descubierto, también tendría que haberlo sabido. Tendría que haber estado muy cerca de nosotras. Es probable que fuera alguien de Dewitt.

Me aparto de ella y la miro horrorizada.

–¿Tú crees?

–Es lo único que para mí tiene sentido. Y también he estado pensando en los rumores en internet. Y el video de Harriet y tú que enviaron a los medios. Me hace sentir que estoy rodeada de personas que quieren hacernos daño.

–Yo también.

–Pero ¿y si no estamos rodeadas? ¿Y si es solo una persona que está muy cerca?

No sé cuál de las dos ideas me revuelve más el estómago.

–¿Como quién?

Rose se encoge de hombros.

–No lo sé. Pero lo que sí sé es que William dijo que tenemos que fingir que ya no somos amigas. Incluso entre las estudiantes de Bramppath. Pero, Danni, deberías saber que amenazaron con deshacerse de ti.

–¿Deshacerse de mí? –pregunto con voz aguda. La primera idea que se me viene a la mente es la de un hombre a la distancia con un rifle de francotirador.

–Dijo que te querían afuera de Bramppath.

–Ah. –Eso suena más realista.

–Tienes que saber lo que está en riesgo. Si continuamos viéndonos y nos atrapa la persona incorrecta…

–No voy a romper contigo –digo con ferocidad–. Y no me importa con qué nos amenacen.

A menos, quizás, que haya un francotirador.

La expresión de Rose es seria.

–No te lo tomes a la ligera, Danni. No necesariamente se detendrían con echarte de la escuela. Podrían enviar lejos a tu familia. A ti y a tú mamá, sus visas…

¿Nuestras visas? Intento que no se note tanto lo mucho que me impacta esa idea.

–No creo que lleguen a eso.

–No es algo que crea. Se lo hicieron a mi padre. Deportaron a su novia cuando no era mucho mayor que yo.

Okey, bueno, eso es aterrador. Y horroroso. Pero no sucederá porque no nos atraparán. No voy a permitir que me acosen. Otra vez no. No más.

Cuando Rose ve mi mirada desafiante, asiente agotada. Aunque no parece ni un poco decepcionada.

–Sí, bueno, eso significa que vamos a tener que escondernos por completo. Nada de amistad, nada de contacto, ni nada de nada en lo que respecta a nosotras dos. Nos escribiremos mensajes con nombres de contacto diferentes, o con teléfonos prepagos. Nos veremos *solo* una vez que todos estén dormidos. Y les diremos a todos que nos distanciamos una de la otra. Incluyendo a Eleanor y Molly. Incluyendo a Theodore y Sidney.

–¿Crees que podría ser uno de ellos? –pregunto, espantada.

–Creo que el riesgo es demasiado alto para suponer cualquier cosa en este momento. Hasta que sepamos más, las únicas personas en las que confío están aquí.

No tiene sentido para mí. ¿Por qué Theodore o Sidney querrían interferir en nuestras vidas? ¿Por qué lo harían Eleanor o Molly? Pero al mismo tiempo, comprendo lo que Rose está diciendo. Hay muchísimos extraños anónimos que comenzaron a interesarse mucho en nuestras cosas de repente. Pienso en la primera persona que publicó algo, la que creó el ensayo con fotografías y videos tomados de las redes de Molly. Imaginé que era uno de sus tantos fanáticos. Pero ¿y si no fue un fanático? ¿Qué pasa si fue una de las… amistades de Molly?

Temblando, me volteo hacia el bosque. A la luz del día, parece pintoresco, acogedor, como si saliera de un cuento de hadas. Uno de los lindos, no como *Hansel y Gretel*. Ahora me da más vibras a *El proyecto de la bruja de Blair*.

–Hecho –afirmo–. Será solo entre nosotras.

–Entre nosotras.

–Pero, mientras seamos solo las dos, no voy a poner un pie en ese maldito bosque.

–Pero nadie puede vernos allí –se queja Rose–. Podemos hacer lo que queramos y por una vez no tendremos que estar encerradas en un cuarto.

–Para ser justa –digo, dando una vuelta en el lugar–, nadie puede vernos aquí tampoco.

Ella mira alrededor, pensativa. Luego se lanza sobre mí, me envuelve el torso con los brazos y me levanta del suelo.

–*Rose* –chillo, dando patadas al aire–. ¡Suéltame!

–Oblígame.

–Esto es un secuestro –protesto mientras ella camina conmigo.

Se detiene justo dentro de la línea de árboles, aproximadamente a medio metro dentro del bosque, todavía conmigo en brazos.

–Dime, *¿acaso no es romántico?* –pregunta, rugiendo por sostener mi peso.

–Bájame –le ordeno.

Lo hace y yo le lanzo unas palmadas. Ella me esquiva, riendo.

–Solo porque eres la princesa no significa que… –Me toma de las muñecas–. Decidas lo que hacen los demás.

Intento fulminarla con la mirada, pero me pongo a sonreír después de unos segundos. Sonrío con más ganas mientras ella me guía hacia el árbol más cercano hasta la parte de atrás y me envuelve con los brazos. Me besa y me aferra en el lugar; mi espalda queda pegada al tronco, sus manos en mis muñecas y sus caderas contra las mías. Eventualmente, lucho para liberar mis manos y empujarla más hacia mí. Somos un enredo de brazos y piernas, amarrado como un nudo que jamás podrá ser desatado.

–Tampoco te puedes salir con la tuya solo porque eres sexy –digo contra sus labios cuando se aleja.

Ella finge enfurruñarse.

–Pero eso es lo opuesto que me enseñaron a creer –dice, soltándome.

Salgo del bosque, en mayor parte para mostrarle que tengo razón. Ahora yo también estoy riendo, pero cuando Rose me persigue y me atrae hacia sí con otro beso, no protesto.

Tiene el cabello alborotado por el viento, los ojos arrugados y el abrigo caído de un hombro. Incluso después de todo este tiempo, todavía me sorprende cuando me detengo y admiro lo hermosa que es. Y no solo en el físico. Viéndola ahora, me asombra saber que haría cualquier cosa por proteger a esta chica. Cualquier cosa que necesite, lo haré.

–No creo que estuviera bien sin ti –digo.

Rose me acaricia la mandíbula con el pulgar.

–Soy tuya. No vas a perderme.

–Estoy a un solo paso en falso de hacerlo.

Ella niega con la cabeza.

–No mientras estés sobre esta tierra. No hay sitio donde puedan enviarte donde yo no te siga. Eres… ¿Cómo puedo siquiera explicar lo mucho que significas para mí? Has redefinido lo que significa la felicidad para mí. Todas las noches, me voy a la cama emocionada porque al despertar, puedo vivir otro día conociéndote. Y sé que anoche dejé que te lastimaran, pero aquí y ahora, juro que eso no volverá a suceder. No lo permitiré, porque verte sufrir es mil veces peor que soportarlo yo misma y, simplemente, a mí ya no me importa qué me echen encima. Lo único que me importa eres tú, Danni. Quería convertirme en una mejor persona, pero tú me haces bien. Antes no me di cuenta, pero ahora sí. Te necesito y necesito la

versión de mí en la que me convierto cuando estoy contigo. Si te pierdo, me pierdo a mí misma. Y lucharé por ti hasta que quede rota y ensangrentada si es necesario.

Me quedo mirándola fijo, completamente anonadada.

–Rose…

–Te amo –termina con ferocidad y, por solo un segundo, el mundo se detiene.

–Yo también te amo –me oigo decir. Y es la verdad. He sabido que es la verdad desde hace un tiempo ya. Me da un miedo terrible, pero así es.

Es increíble cómo en el mismo día pudo ocurrir uno de los peores y uno de los mejores momentos de mi vida.

Ella sonríe y es como si el sol saliera entre las nubes.

–¿En serio? –pregunta.

–Por supuesto que sí.

Da algunos pasos alejándose de mí, inclina la cabeza hacia atrás e inhala de forma temblorosa.

–Te amo. –Se echa a reír.

–No lo digas muy fuerte.

–Te amo –dice otra vez, levantando la voz y extendiendo los brazos a los costados–. Estoy enamorada de Danni Blythe. Siempre estaré enamorada de Danni Blythe. Que lo publiquen en las portadas, me importa un carajo.

La única respuesta es el viento y nadie puede oírnos, a excepción de los animales del bosque.

TREINTA Y NUEVE

ROSE

Es devastador estar pegada al brazo de Alfie en otro evento familiar más. No es nada personal con él, desde luego. Estoy muy consciente de lo mucho que le debo. Esta semana, más que nunca, es crucial que nos vea juntos la mayor cantidad posible de gente; y la boda de mi prima Emmeline es la ocasión perfecta. Solo que, no puedo evitar ser mucho más consciente de que en este momento, mientras comemos aperitivos, rodeados de decoraciones florales y una banda de jazz que toca para nosotros, Danni está en la escuela sin mí, posiblemente sintiéndose peor que nunca. Jamás he sentido que estoy representando una pantomima tanto como esta noche. No es solo falso. Es una farsa.

Eleanor también está aquí, aunque en este momento está sentada con sus padres. Rogó que la invitaran cuando descubrió que Emmeline se casaba con Maria Vasconcelos, una descendiente de la aristocracia portuguesa. Y Santi le confirmó en un mensaje (desde la fiesta de Florence se hablan a través de mensajes) que de hecho vendría.

Alfie y yo deambulamos por la recepción como una pareja, conversando con todas las personas que podemos. Ven, aquí estamos. Somos una pareja completamente heterosexual, muy enamorada, por favor, por lo que más quieran ayúdennos a aquietar cualquier rumor antes de que mi novia se vea perjudicada otra vez.

Sonreímos y reímos una y otra vez con la gente mientras ellos hacen los mismos comentarios inútiles. "Juntos se ven adorables". "Recuerdo mi amor de secundaria". "Eres un hombre afortunado, Alfie, ella te va a mantener alerta". Es como si alguien fuera caminando por delante de nosotros, entregando tarjetas para que los invitados lean en voz alta.

Yo aprovecho cada oportunidad que tengo para escribirle a Danni, pero eso no me hace sentir menos sucia. Me pregunto si ser una mentira andante es algo a lo que eventualmente uno se acostumbra.

–¿Qué anda haciendo Danni? –pregunta Alfie después de que extraigo el teléfono por décimo quinta vez en la noche.

Lo vuelvo a guardar en el bolsillo, reprendida.

–Estoy siendo grosera, ¿verdad? Lo siento, lo siento.

Echo un vistazo por el salón y encuentro a Eleanor en la pista de baile con Santi, tomados de la mano mientras se balancean. Ella está tan embelesada con él que no nota que la estoy mirando.

Más allá de la pista, veo al señor Paget-Harrington, con mis padres y el señor de la señora Smythe, los padres de una de las chicas más jóvenes de Bramppath. La señora Smythe pertenece a la asociación de exalumnos junto con la madre de Alfie. La señora Paget-Harrington me descubre mirando y hace un gesto para que nos acerquemos.

–Esconde el teléfono –me advierte Alfie–. Papá te hará trizas si te descubre. Es su obsesión últimamente. Al parecer, las pantallas matan neuronas.

–Entendido.

Nos estampamos una sonrisa cada uno y nos unimos al grupo.

–Rosemary –dice la señora Smythe, estirando el cuello para mirarme. Es una mujer bajita, con cara de ave, quien jamás me agradó demasiado. El que me esté saludando solo por mi nombre, aunque me conoce al menos tanto como a Alfie, no mejora ese hecho. Hay un tono interesante en su voz, pero no puedo determinar qué–. Qué agradable verte. Luces *encantadora*.

–Gracias, señora Smythe. ¿Disfrutó de la boda?

Aburrido, aburrido, genérico, aburrido, aburrido.

Espero que, al menos, Molly esté con Danni. Esta será la primera noche que no podré pasar a ver cómo está mi novia, ni siquiera por quince minutos antes de que se duerma. Estoy segura de que estará bien, pero aun así. No debería estar sola. Debería estar aquí, conmigo.

–Fue *simplemente hermosa*. Y ustedes dos serán los siguientes, ¿verdad?

Me río un poco demasiado fuerte ante el comentario, antes de darme cuenta de que solo está bromeando.

Alfie me mira de costado, sorprendido, luego se esconde tras una sonrisa practicada, coqueta.

–Creo que Rose querría terminar la escuela primero.

–Sensato –concuerda mamá.

–Las chicas jóvenes pasan demasiado tiempo siendo sensatas en esta época –dice el señor Paget-Harrington, dándome una palmada

en el hombro. Fuerte–. No hay nada de malo con tomar algún riesgo. Un poco de romance. Helen y yo nos casamos a los veinte y mírennos ahora.

–Cuando tiene que ser, tiene que ser –agrega mi padre y yo lo miro con intención. Él me ignora.

–No esperes demasiado –añade la señora Smythe–. O a él se le acabará la paciencia.

Alfie se echa a reír y me toma de la mano.

–Sin presiones, pero yo soy alguien importante. No querrías perderme, ¿o sí?

El grupo ríe nervioso. Mi sonrisa se está volviendo más y más forzada. Sé que solo les está siguiendo la corriente, pero me está dejando a mí a punto de convertirme en la villana si no concuerdo verbalmente con todos ellos. Es como un paso más allá de lo necesario para convencerlos.

–Asegúrense de mantenernos informados si deciden dar el siguiente paso –agrega la señora Paget-Harrington–. Tal vez podríamos usar el anillo de mi madre. A ella le habría encantado que Rosemary lo tuviera.

No parece ser una conversación apropiada para tener entre personas ajenas a la familia, pero, aun así, aquí estamos. Qué manera excelente de iniciar un rumor.

Nos disculpamos y me llevo a Alfie hacia un rincón silencioso, con una sonrisa firme en el rostro mientras le hablo. *Siempre da por sentado que todos te están observando.* Si todavía no aprendí la lección, jamás lo haré.

–¿Ahora vamos a comprometernos? –pregunto–. Porque pensé que la costumbre era corroborar entre nosotros antes de

adentrarnos a algo así.

Él solo se ríe.

–Por supuesto que no. Estaban bromeando.

–¿Eso crees?

–*Sí*, Rosie. Tenemos diecisiete. Eso es lo que sucede cuando estás alrededor de tus padres con tu pareja. Te gastan bromas.

–No tendría cómo saberlo –digo, todavía forzando la misma sonrisa.

–¿No me seguirás a Oxford? –pregunta, con los ojos centelleando.

–Con gusto te visitaré en Oxford. ¿Qué te parece?

–Tal vez deberías considerarlo. Tu padre no está del todo equivocado, sabes. –Hace una pausa–. ¿Has… pensado lo suficiente en tu futuro?

–Solo estamos en quinto año.

–Lo sé. Pero, de pronto, vamos a estar en sexto. Y luego, quién sabe. Admito que me da curiosidad. ¿Qué sucederá contigo a largo plazo? ¿Planeas casarte?

–Supongo que sí. Algún día.

Él asiente, pensativo.

–Y me arriesgaría a adivinar que querrías un esposo que estuviera feliz de cubrirte mientras tú participas de… otras actividades detrás de escena.

–Me imagino que sería bastante difícil si él no estuviera feliz.

–Opino igual. –Sonríe con picardía–. En ese caso, sabes, podrías conseguir a alguien mucho peor que yo.

–¿Te estás ofreciendo como voluntario? –me burlo.

Él deja de sonreír y yo casi me olvido de mantener mi propia expresión agradable.

–¿Te estás ofreciendo… como voluntario? –repito.

Él solo se encoge de hombros.

–Pero ¿por qué? –pregunto, desconcertada–. Si de verdad estás hablando en serio, ¿por qué demonios te ofrecerías a casarte conmigo sabiendo que no me a…

Me interrumpo y lo miro con un horror perplejo.

Él pone los ojos en blanco.

–No estoy enamorado de ti, no te preocupes. Pero estaría mintiendo si dijera que no he pensado cómo sería ser tu esposo.

–¿Y?

–Y… creo que eres maravillosa. Y sería más que feliz de pasar la vida contigo.

–Hasta que *sí* te enamores de alguien.

–Bueno, asumo que no exigirías monogamia de mi parte. ¿Acaso los amantes secretos no son una de las valiosas tradiciones de los reyes del mundo?

Yo me quedo mirándolo fijo y él parece darse cuenta de lo que acaba de decir.

–Bueno, de los reyes de antaño –se corrige.

–En otras palabras –digo con frialdad–, el destino que tengo que aceptar, ese en el cual debo esconder por siempre a la mujer que amo, ¿es algo que tú escogerías por voluntad propia?

–Es tan voluntario para ti como lo sería para mí –dice.

Me enfurezco y abro la boca para reprenderlo, pero él me interrumpe antes de poder hacerlo.

–Piénsalo. Tú estás eligiendo convertirte en reina. Si te hicieras a un lado, podrías hacer lo que quisieras con tu vida. Pero sabes, como yo también, que esconderse es un pequeño precio a pagar por

estar a la cabeza de un país. Por ser la única a quien todos respetan y prestan atención. Por tener el poder de hacer cambios. Piensa en el bien que podríamos hacer juntos. Sé que yo no podría sacarlo adelante por mi cuenta. Pero a tu lado…

Supongo que, ahora que lo menciona, puedo ver a Alfie en el rol. Cuántas veces me he maravillado ante su capacidad de mantener conversaciones triviales y cautivar a extraños y ser el centro de atención. Nació para eso, de maneras en que yo no. Pero yo *en realidad* nací para esto y, por esa razón, mi elección siempre tendrá un peso distinto a la suya.

–Es más complicado que eso para mí –digo sin fuerzas.

–Tal vez. Pero creo que, en el fondo de todo, estás intoxicada por el potencial que podría tener tu vida en esa posición.

–Tal vez –admito–. O tal vez tú simplemente asumes que debo sentirme así porque eso crees *tú*.

–Claro, porque yo no conozco tu mundo interno en absoluto –dice, viéndose… sorprendentemente divertido–. Desde que conociste a Danni Blythe, de lo único que hablas es de querer ser buena. No *hay* un bien más grande que este.

Miro más allá de Alfie al oír ese comentario. Mi mente está inundada de pensamientos que apenas puedo comenzar a analizar. Miro a sus padres, a los míos, más allá de ellos (más allá de la multitud) y encuentro los ojos de William perforándome los míos mientras nos observa hablar.

–Somos amigos –le digo a Alfie mientras todavía miro a William–. Yo no podría…

–Pero ¿acaso un extraño sería mejor? En verdad, piénsalo, Rosie.

Y lo hago. Me imagino todo.

Alfie pidiendo mi mano con el anillo de la familia Harrington. Matrimonio. Hijos. Coronación. Secretos. Mentiras. Jaulas.

Mi futuro se puso en marcha hace mucho tiempo y no tengo otra opción más que dejarme arrastrar.

¿Y cómo se ve ese futuro? En serio. Besos furtivos en habitaciones secretas, mientras que todo el tiempo me aterre que alguien descubra la verdad y perder el afecto de mi familia, el cariño de mi país, mi futuro y mi identidad, todo de un tirón.

Casarme con alguien a quien jamás pueda amar y dormir con él, una y otra vez, mientras mi cuerpo entero se retuerce de la repulsión, solo para que pueda servir como incubadora para la continuación de la dinastía. Gritar de la agonía, o desangrarme en una cama de hospital, como le ocurrió a mamá, para dar a luz a hijos que jamás quise dentro de mí para empezar.

Todo eso mientras que reprimo, más y más, hasta que ya no esté aquí.

Intento neutralizar la ola de angustia que me provoca esa idea, pero por primera vez, no puedo. No puedo apagarla. Así que intento consolarme. *Tal vez*, pienso, *no tendré que soportarlo durante tanto tiempo. No todos llegan a ser ancianos.*

Aunque al principio me consuela pensar eso, pronto me doy cuenta del horror. ¿Qué significa esto, si la idea de quedarme en este camino es *más* horrorosa que la idea de tener una muerte temprana?

¿Qué me sucede, que me puedo conformar con eso?

¿Qué me sucede, que me tomó todo este tiempo darme cuenta de lo aterrador que es en verdad mi camino preestablecido?

–Bailemos con Eleanor y Santi –dice Alfie, tomándome de la mano.

¿Cómo llegamos aquí? ¿Cómo puede ser que, hace solo unos meses, conocí una chica llamada Danni Blythe y ahora estoy hablando de compromiso con Alfie? Me siento como un copo en una bola de nieve.

Lo sigo sin mediar palabra.

CUARENTA

DANNI

Hay algo que había olvidado de cómo es que te odien más personas de las que jamás has lastimado. Es esa sensación megatraicionera por la que comienzas a esperar lo peor de todos.

Así que, por ejemplo, si alguien te dice que le gustan tus zapatos, comienzas a suponer que, en realidad, significa que *no* le gustan tus zapatos y entonces todo se vuelve frenético. Y si lo están diciendo para burlarse de ti y tú les agradeces, estás cayendo en su trampa y, *pum*, toda la clase ríe disimuladamente. Para evitarlo, te comportas con cautela y suspicacia y les sonríes con los labios apretados y tal vez asientes. Si lo estaban haciendo por crueldad, te quedas con tu dignidad. Pero la trampa es que, si te estaban haciendo un cumplido genuino, quedas como una idiota y, pronto, hasta la gente amable comienza a evitarte. Y la peor parte es que no puedes culparlas, porque fuiste tú quien les dio una razón para no agradarles en primer lugar.

Entonces quedas sin nadie.

Así es como se ha sentido la semana pasada. Como si no tuviera a nadie. O casi.

Hay cantidades de imbéciles que han surgido como malezas, ya sea dejando comentarios y enviándome mensajes directamente, o hablando de mí donde suponen que yo no puedo ver. Videos, ensayos, en la sección de comentarios de los artículos donde hablan de mí.

> Asquerosa. Me dan ganas de vomitar cada vez que veo su cara.
> Me siento mal por sus padres. Deben estar muriéndose de la vergüenza.
> Tienen que sacarla de esa escuela antes de que lastime a alguien allí.
> ¿Acaso no tienen baños comunitarios?
> ¿Qué tiene puesto? ¿Quién le dijo que debería salir así de la casa?
> Siempre me ha parecido irritante como el demonio. Te das cuenta por esa sonrisa presumida que pone que cree que está por encima de todos los demás.
> Parece ser la clase de chica que siempre estará en todas partes haciéndose la víctima. Buá, mi vida es tan difícil porque todos descubrieron que soy una enferma.
> ¿Acaso no pueden hablarnos de noticias reales en lugar de esta zorrita privilegiada? "Niña rica con acné es una maldita queer", ¿a quién diablos le importa?

Y, Dios, una noche me encuentro con un comentario anónimo que dice que me conocía de mi antigua escuela donde todos me odiaban. Y es la *verdad*, me inquieta tanto que tengo que sentarme con la cabeza encima del retrete durante quince minutos hasta que dejo de sentir tan revuelto el estómago. Luego regreso a la cama y me echo a sollozar.

Pero también están las personas que están de mi lado, que me envían mensajes y comentan mis fotografías mostrando apoyo.

Aunque tampoco confío en ninguna de ellas. ¿Acaso todo es una trampa para que les responda? Si lo hago, ¿sabrán que me tienen y me dispararán con algo ruin? Si les agradezco, ¿tomarán una captura de pantalla y se la enviarán a sus amigos para que todos se puedan reír del hecho de que fui lo suficientemente inocente como para creer que me hablaban en serio?

> Por todos los cielos, por favor, deja de buscar tu nombre en internet.

Dice Rose.

Y Eleanor dispara:

> A quién le importa lo que piensen esos idiotas.

Y Molly insiste:

> Yo también tengo haters. Es lo que ocurre cuando los extraños descubren que existes.

Pero no puedo.

Así que lo hago.

Y esto no me agrada.

Un día, mientras estoy revisando las solicitudes de mensaje como si fuera un accidente automovilístico del que no puedo quitar la mirada, encuentro un mensaje de una mujer llamada Thea Brunswick.

> ¡Hola, Danni! No me conoces, pero soy reportera de *Público de las 12* y estuve entre la multitud el día que hablaste con nosotros sobre tu sexualidad. Estoy muy apenada de que te sucediera eso. Aquel beso

> debió haber sido un momento privado. La razón por la que te estoy contactando es que mi amiga, que es la responsable de la sección de perfiles del periódico, siempre está buscando personas nuevas para destacar. Si estuvieras interesada, con gusto le daría tu nombre. Podría ser una oportunidad para recuperar el control de tu propia narrativa. Podrías quedarte tranquila de que el tema de tu sexualidad y vida privada se tratará con sumo cuidado. Ella solo compartiría la información con la que tú te sientas cómoda.

Me paso un día entero pensando en ese mensaje antes de enviar mi respuesta.

> No estoy segura. Creo que me alegraría hablar. Pero ¿sería posible ver el artículo antes de que lo publiquen?

Su respuesta llega rápidamente:

> Seguro podremos arreglarlo.

El tema es que estoy muerta de miedo. Me da miedo que acceder a que escriban ese artículo me deje expuesta a más abusos; y me da miedo que, si el artículo dice algo equivocado, eso provoque que la familia real se entrometa para alejarme más de Rose. También me da miedo que, si no digo nada, la gente suponga cosas sobre mí, y no me agradará la historia que me adjudiquen.

Pero lo que sí sé es que los medios y los amarillistas me han usado durante meses como pieza de ajedrez en su guerra contra Rose. Estoy harta de ocultarme y de esperar a que pase mientras un artículo tras otro dice cualquier cosa de mí y especula sobre lo que hago en privado y sobre el tipo de persona que soy. Si continúo

dejando que hablen de mí, en lugar de hablarme *a* mí, nada va a cambiar. No sé qué sucederá si tomo la iniciativa de una vez. Pero, al menos, será mía. Al menos, si la gente me odia, me odiarán por algo que yo misma hice, en lugar de hacerlo por las cosas desagradables que oyeron de mí por parte de algún bravucón.

Esconderme y tratar de no molestar a nadie no evitará que la gente hable de mí. Tal vez no aprendí esa lección la primera vez que se suponía que lo hiciera; el año pasado. Pero creo que, quizá, por fin lo he hecho.

Como dijo Rose, si no doy el paso, me quedaré donde estoy por siempre.

El lunes por la mañana, cuando la asistente personal del director me pide que salga de clase para reunirme con él, en lugar de suponer que por fin me va a preguntar cómo me encuentro después de haber sido excluida hace una semana, mi primer pensamiento es que ha descubierto que estoy trabajando con una columnista para un artículo.

Cuando llego, él me está esperando, todo de negro, traje, camisa y corbata. Casi le pregunto si acaba de regresar de un funeral o algo por el estilo (porque estoy tan llena de adrenalina que me estoy volviendo loca por completo), pero logro cerrar la boca justo a tiempo.

–Danni, buen día. Toma asiento.

¿Acaso quiere decirme que no puedo mencionar a la escuela en el artículo? O tal vez quiere que directamente lo cancele. O tal vez no está relacionado con eso y los profesores han estado recibiendo algún tipo de amenazas de muerte como las que me han llegado a mí o algo así.

–Quiero pedirte disculpas por tomarme más de una semana en reunirme contigo con respecto a los eventos del pasado fin de semana –dice–. Seguro entederás que hubo algunas discusiones que necesitábamos llevar a cabo detrás de escena mientras evaluábamos en qué situación nos encontrábamos.

–No, lo entiendo –digo.

El director tiene una mirada vagamente incómoda en su expresión. En realidad, luce como si sintiera náuseas.

–Ahora bien, ya que seguramente estás al tanto, la beca gracias a la cual asistes a Bramppath está sujeta a una serie de condiciones. La más apremiante es que aceptes seguir las reglas de la escuela según están explicadas en nuestro manual. Habrás recibido una copia junto con el paquete de inscripción el año pasado, ¿correcto?

No me gusta para nada adonde se dirige esto.

–Sí… –digo con cautela–. Sí.

–No hace falta decir que el consumo de bebidas alcohólicas en menores mientras se encuentran bajo el cuidado de la escuela es una violación *total* a las reglas. Y el Colegio Bramppath tiene una política de cero tolerancia en esa área.

Mi mano encuentra el dobladillo de la túnica y enrollo la tela entre el pulgar y el índice, con la intención de mantenerme tranquila.

–Lo siento mucho por todo eso –digo y no podría ser más honesta–. De verdad, de verdad lo siento. Desearía que pudiera deshacer toda esa noche.

–Sí, imagino bien que sí –dice él. Suena triste y arrepentido. Tampoco me gusta eso–. Sé que esta ha sido una semana difícil para ti. Quiero que sepas que tienes mi compasión.

–Gracias. Significa mu…

–Aunque me temo que voy a sumarte más dificultades.

Por favor, que no lo diga. Por favor, no. Que me diga que me va a dar un castigo duro. Tan duro como quiera. Detención todas las noches, está bien. Tareas en la cocina todos los domingos por el resto del año. Lo aceptaré sin quejarme. ¿Una suspensión? Será una mierda, pero probablemente me la merezca.

–Lamento informarte que, sobre la base de esta extrema, y pública, infracción al reglamento de la escuela, no tenemos otra opción que expulsarte de Bramppath. Tu expulsión de clases se hará efectiva de inmediato, aunque puedes hacer uso de este día y esta noche para empacar tus cosas como preparación para marcharte mañana.

Esta mañana, no me pensé que las cosas empeorarían. Creí que no había forma más espantosa de sentirme de la que ya lo hacía.

Me equivoqué.

–Por favor –logro decir.

–La asociación de exalumnos fue muy insistente. Está hecho, Danni.

–Por favor, deshágalo. Por favor. No he roto ninguna de las reglas antes, fue un error, he aprendido mi lección, en verdad, lo juro, me han castigado muchísimas…

–Cero tolerancia significa cero tolerancia. Sin excepciones.

–Puede castigarme. Me… Me merezco que me castiguen. Lo que sea que quiera, lo aceptaré. Pero tengo que quedarme. Caroline y el piano y todas mis amigas están aquí. Todas las personas que conozco en el país entero están aquí, señor.

–Te adaptaste rápidamente cuando llegaste aquí. Tengo toda la seguridad de que harás lo mismo en tu nueva escuela.

Pero no habrá una Molly en la nueva escuela. Me uniré a una clase llena de extraños y todos me conocerán como la chica a la que sacaron del clóset en internet y que logró que la expulsaran. Eleanor no estará allí. *Rose* no estará allí. Estaré sola. Sola en realidad, totalmente sola, no solo *casi*.

No puedo lidiar con esto. He perdido demasiado y no ha habido tiempo suficiente para recuperar el aliento entre todo lo que ocurrió. No puedo *respirar*.

–Lo siento –dice el director otra vez.

Casi no lo oigo en absoluto.

***

En lugar de ir a mi habitación a empacar, como el director me dijo que debía hacer, enfilo directo hacia el baño más cercano a la clase que acabo de dejar y le envío un mensaje a Rose para que me encuentre allí. Ella vio que me retiraron de la clase y estoy segura de que se estaba preguntando por qué, ya que lee el mensaje de inmediato. Mientras espero, me tomo del borde del lavabo y trato de desacelerar la respiración, pero se vuelve más y más rápida cuanto más lo intento. Entonces vienen las lágrimas.

Para cuando llega Rose, estoy bastante histérica. Hay media pared que separa los lavabos de la puerta, así que tendríamos tiempo de sobra para separarnos si alguien entrara y nos viera, lo cual parece ser lo suficientemente bueno para Rose, porque se abalanza para abrazarme en cuanto me ve.

–Oye, ¿qué ocurrió?

–Me expulsaron, dice que me expulsaron y que tengo que irme, tengo que marcharme mañana, dijo que tengo que ir a empacar

ahora.

–Espera, con calma.

–Fue algo que tiene que ver con, em, la asociación de exalumnos, y él se la pasó diciendo que lo lamentaba, pero que no hay nada que pueda hacer y me expulsaron. Dijo que ya está todo dicho y que es demasiado tarde y yo *no me puedo* ir, Rose. No puedo. No puedo.

Me voy apagando en un lamento agudo a medida que ella aferra sus brazos sobre mí.

–Okey –dice, con su voz reconfortante y suave–. No van a expulsarte. Vas a llamar a tu mamá, luego vas a ducharte y vas a ponerte a mirar una película o a leer un libro para distraerte. Yo voy a encargarme de esto.

–N-no, no puedo, tengo que empacar. Dijo que tengo que marcharme mañana. To-toda mi habitación es…

–No vas a irte a ningún sitio –dice, sosteniendo mi rostro para que la mire. Sus ojos verdes examinan los míos y hay una seguridad en ellos que hace que quiera creer en ella. Pero no sé cómo.

–No creo que esto pueda arreglarse –exclamo.

–¿No? Obsérvame. –Extrae un manojo de toallas de papel y me seca las mejillas–. No quiero que pases otro segundo preocupándote por esto, ¿okey? Tú estás conmigo y yo te cuido; y te estoy diciendo que no voy a permitir que suceda esto. ¿Confías en mí?

–Por… supuesto, pero…

–Yo te cuido –repite. Y esta vez, asiento.

–¿Qué vas a hacer? –le pregunto, resoplando y frotándome los ojos. Estoy hecha un desastre. Me acerco al lavabo para mojarme un poco el rostro.

–Lo que sea que tenga que hacer.

Me detengo y levanto la cabeza para mirarla a los ojos a través del espejo. Ella me devuelve la mirada y tiene un tesón en su expresión que, por un segundo, me da escalofríos en los hombros y en la espalda.

Ahora, estoy muy segura de que le creo.

CUARENTA Y UNO

ROSE

Camino hacia la oficina del director impulsada por furia pura.

Cuando llego allí, golpeo la puerta con fuerza y me dejo caer en el asiento más cercano. Han convertido la zona afuera de la oficina en una pequeña sala de espera decorada con viejos retratos del personal, sillas y mesitas auxiliares ornamentales cubiertas con copias de la revista escolar. Resisto el impulso de patear los muebles.

Me pongo de pie en cuanto del director abre la puerta.

–Esto es discriminación –digo, cruzándome de brazos–. Y usted lo sabe.

–Pasa, Rose –dice él con un suspiro.

Yo continúo hablando mientras me hace ingresar.

–Eleanor. Molly. Harriet. Ámsterdam. Yo. Noticias internacionales. Drogas, alcohol. Alguien *murió*. A nosotras no nos expulsó. Ni siquiera jamás amenazó con hacerlo.

El director se sienta sobre su sillón con poca energía. No había notado antes lo lento que se mueve.

–Rose –comienza a decir–. Ustedes cuatro tienen una historia en esta escuela. Tienen conexiones aquí. Conozco a sus familias, a sus hermanas y hermanos, cómo las han educado. Todas han demostrado quiénes son antes de cometer sus errores. Las circunstancias de Danni son muy distintas. Es una estudiante nueva. No tiene registro de buen comportamiento que la respalde. No puedo justificar tenerla aquí y negarle la oportunidad de asistir a otra estudiante que lo merezca más.

–Entonces, su argumento es que la está expulsando por ser una estudiante becada. Eso también es discriminación.

–Rose, la escuela tiene un reglamento de tolerancia cero hacia el alcohol.

–Sí. Reglamento que solo parece importar cuando conviene. ¿Le importaría echarles un vistazo a las cuentas en redes sociales de algunas estudiantes al azar? Tengo acceso a unas *extremadamente* buenas. No creo que le queden muchas alumnas una vez que acabe de hacer cumplir ese reglamento de no tolerancia suyo.

Nos quedamos mirándonos fijo uno al otro. Tengo la sensación de que espera que le pida disculpas. No lo hago.

–Y ya que estamos, ¿qué hay de Harriet? –pregunto–. Ella también aparece en esas imágenes. Esa es una segunda infracción, por increíble que parezca.

–Harriet, al igual que tú, tiene un precedente en la escuela –dice el director.

–Se refiere a que tiene padres ricos.

–Se le entregó una advertencia formal –culmina.

Le muestro una sonrisa sin humor.

–Claro. "Cero tolerancia, a menos que nos agrades más que la otra estudiante, en cuyo caso, somos extraordinariamente tolerantes".

Sé que estoy tentando a la suerte. Él se vuelve sombrío.

–Rose, no eres la protectora de Danni, no estuviste involucrada en ese incidente, así que no te corresponde defenderla.

–Señor, ella necesita esta escuela…

–Como también la necesitan otras muchachas.

–La mitad de la escuela estaba en esa fiesta. Ella no estaba haciendo nada que el resto no.

–Estoy dispuesto a hacer la vista gorda siempre que puedo –dice–. Sabes que así es. Pero esas imágenes de Danni con una botella medio vacía de alcohol fueron a parar a los periódicos. No me dejaron otra opción.

–*Por favor*, dele una segunda oportunidad.

–Esta no es mi decisión. Si lo fuera, lo haría. Créeme. –Al decirlo, el director titubea, los ojos se le encienden y aprieta los labios–. No repitas eso, Rose. Pero lo haría. Desafortunadamente, hay demasiadas personas que no están de acuerdo conmigo. Tengo las manos atadas.

¿Demasiadas personas? ¿Como quiénes? ¿Padres? ¿Figuras de la diócesis? Entonces recuerdo que Danni mencionó a la asociación de exalumnos. ¿Por qué les interesa tanto un error que cometió una estudiante? No es la primera vez que atrapan a una estudiante de Bramppath en una situación comprometedora, incluso sin considerar lo de Ámsterdam. Si la familia de Danni tuviera enemigos en altas esferas, podría entenderlo, pero ella es la persona más inofensiva que conozco.

–No hay nada que puedas hacer que pueda hacerme cambiar de opinión con respecto a esto, Rose –dice el director.

Lo miro con frialdad y me pongo de pie. Esto aún no ha acabado. Recién he comenzado.

***

–¿Tú estás detrás de esto, William? –pregunto–. ¿O es alguien más del palacio?

Del otro lado de la línea, William suena genuinamente agotado.

–No, Rose. Hasta donde sé, tú has cumplido con tu parte del trato. Tus padres están más o menos apaciguados.

–Pero es demasiada coincidencia. La semana pasada querían que Danni se largara de Bramppath y, ahora, convenientemente la asociación de exalumnos está de acuerdo. Vamos. Mis padres conocen en persona a la mitad del consejo. ¡Los Kwon! ¡Los Paget-Harrington!

–Rose, te aseguro que, si tus padres tuvieran algo que ver con esto, yo lo sabría. Es una coincidencia.

Aprieto los dientes. Estoy furiosa, pero hay algo en su tono de voz que me hace creerle. Si eso es positivo o no es un tema aparte. ¿Qué es peor? ¿La idea de que mis padres pudieran separarme de mi novia sin un buen motivo o que no estén relacionados con esto y que, por consiguiente, no pueda negociar con ellos para revertir la decisión?

Aunque…

–Tal vez tú puedas ayudarme, entonces –digo.

–¿Ayudar?

–Tú eres mi publicista. *Encárgate de esto*. Si hablas con el director, estoy segura de que puedes hacerle entender lo innecesario que es todo esto. Y, si eso falla, siempre puedo pedirles a mis padres que intervengan. Después de todo, ¿qué es más intimidante? ¿La asociación de exalumnos o la monarquía?

William se queda en silencio durante tanto tiempo, que sé su respuesta sin necesidad de que hable.

–¿Por qué no? –pregunto, enfadada.

–Sé que la muchacha te importa en verdad, lo sé. Pero tal vez esto sea lo mejor. Si ya no está en Bramppath, no habrá riesgo de que te atrapen con ella. Una ruptura limpia.

–¡William!

–Hice mi mejor esfuerzo para evitar que castigaran a Danni por el delito de tener una relación contigo, Rose. Pero ella se metió en este problema y mi trabajo no es protegerla. No tiene que ver con lo que quieres que haga, sino con proteger tu reputación, lo primero y primordial.

Me levanto del borde de la cama y comienzo a caminar por la habitación, agitada.

–Bueno, tal vez, si pierdo a Danni, no me importará demasiado cómo se vea mi reputación. Quizás adquiera el hábito de andar desnuda. O quizás me tome una o dos píldoras en alguna cena de Estado; eso me ayudará a alivianar la noche. O…

–Creo que podría haber un enfoque más productivo –me interrumpe William con ironía.

Dejo de ir de un lado al otro sobre la alfombra.

–¿Eh?

–Sí. Por ejemplo, si hubiera una historia más grande, más positiva que te involucrara, esa sería una forma mucho más útil de acallar las especulaciones, excepto las de los peores periódicos amarillistas. Y si esa historia les diera a los lectores motivos para dudar de los rumores acerca de tu sexualidad…

No hace falta ser un genio para entender la insinuación.

–¿Te refieres a algo que tenga que ver con Alfie y yo?

William procede con cautela.

–Sabes que tus padres parecen bastante convencidos de que Alfie terminará casado contigo algún día. ¿Estás consciente?

–No es la primera vez que lo oigo.

–Bueno, en lo que respecta a tener una pareja estratégica, podría irte mucho peor. Él es competente con los medios, proviene de una buena familia, es guapo…

Espero a que llegue al punto, y por suerte, lo hace.

–Si crees que esto te convendrá en el futuro, te recomendaría comprometerte pronto. El momento no podría ser mejor.

Aunque sabía a dónde se dirigía, todavía me asombra oírlo verbalizarlo.

–Tengo diecisiete.

–Sí, y casarse ahora sería ridículo. Pero si estás dispuesta a llevar adelante un compromiso a largo plazo, ¿sería tan distinto a simplemente esperar a comprometerte? El tiempo pasará de cualquier manera, pero si pasa con un anillo en tu dedo, puede que estos rumores por fin se apacigüen.

Y entonces no importará dónde esté Danni o si por accidente le echo un vistazo.

–A menos que estuvieras guardando la esperanza de esperar hasta conocer al hombre indicado –dice William con un aire de ligereza. Nuevamente, entiendo su punto. Pero todo esto está ocurriendo tan rápido.

Pero… Danni.

–Lo que me estás sugiriendo es inmenso –digo–. ¿Y todo a cambio de que simplemente hables con el director?

–Este no es un trato para mí. Es una sugerencia para ti.

–Ah, pero lo es. Porque, como dijiste, tu trabajo es proteger mi reputación. Y esto te haría ver bastante exitoso, ¿verdad?

Ahora es su turno de quedar en silencio.

–Tendría condiciones –digo finalmente–. Necesitaría una serie de reconfirmaciones con respecto a Danni. Mantenerla a salvo y feliz también será parte de tu trabajo porque, de lo contrario, te juro que romperé con ese compromiso durante una salida al balcón.

Cuando William responde, hay una sonrisa en su voz. Me da náuseas.

–Podemos conversar las condiciones –dice–. Expone tus términos.

CUARENTA Y DOS

DANNI

Pongo mi mejor voluntad para hacer lo que me dijo Rose y distraerme, pero juro que nada funciona. Una parte de mí siente que debería empacar, pero también siento que sería darme por vencida. Así que trato de matar el tiempo practicando en el salón de baile (la que podría ser la última vez) y me paso toda la sesión repasando en mi mente cada segundo de la semana pasada, mientras que mis dedos vuelan sobre las teclas por memoria muscular. Es como si creyera que, si reflexiono lo suficiente, tendré una revelación. Pero nada de eso sucede.

Para cuando se pasa la tarde y todas comienzan a salir de clases, solo pienso en que quiero hacer una única cosa.

Harriet parece sorprendida al verme. Bloquea la entrada con el cuerpo y su mirada me dice que no sabe si salir corriendo o no. Inhalo con fuerza e intento darle una vibra tranquila.

–Oye. ¿Podemos hablar muy brevemente? ¿En privado?

Después de una pausa larga e incómoda, da un paso al costado. Su habitación está, como siempre, ordenada. Pero

sorprendentemente pulcra. Por la forma en la que tiene las sábanas dobladas y metidas para adentro, creería que una enfermera de hospital entrenada le hace la cama. No hay apuntes desparramados por allí, ni libros arrojados en el suelo ni pantalones colgando de la silla del escritorio. Supongo que tiene sentido para ser una A. R.; a alguien que pone tanto cuidado en su propia habitación, sin dudas se le puede confiar que vigile las otras, ¿verdad?

–Lo siento, Danni –dice.

¿Estamos bien? Para ser honesta, ni siquiera lo sé todavía. Todo esto sucedió por su culpa. Me sacaron del clóset por su culpa. Por ella me expulsaron de la escuela. Puede que haya perdido a Rose por ella. Todo por ¿qué? ¿Porque no pensó que era necesario preguntarme primero antes de besarme?

Me sigo preguntando una y otra y otra vez. ¿Me besó sin preguntarme porque estaba segura de que yo querría? ¿O porque estaba segura de que le diría que no si me hubiera preguntado?

–¿Sabes quién tomó el video? –pregunto–. Mis recuerdos están muy borrosos.

Ella se recuesta contra el escritorio y hace un gesto hacia la silla para que yo tome asiento. Me quedo de pie.

–Un par de chicos de Ashford –dice–. Estaban intentando filmarse a ellos mismos, creo. O a la fiesta.

–¿Me puedes decir sus nombres?

Enarca una ceja.

–Gilbert Carlton y Charlie Upwey. Son amigos del tal Edmund ese con el que fuiste a patinar aquella vez. ¿Los vas a buscar por esto?

No estoy segura de qué voy a hacer.

Pero a Harriet debe gustarle lo que ve en mi expresión, porque me sonríe como una villana y agrega:

–Bien.

Por primera vez, se me ocurre algo. Harriet tampoco había salido del clóset antes de todo esto. He estado tan preocupada resintiéndome con ella y lidiando con el revuelo en internet, el cual parece centrarse solo en mí, que me perdí de ese detalle. Siento una oleada de culpa. Ni siquiera la estamos dejando sentarse con nosotras en las comidas. Ella y Florence han tenido que arreglárselas solas. Al menos yo tengo a más de una persona de mi lado en este momento.

–Ha sido una semana de mierda –digo.

Ella se despega del escritorio, da unos pasos tambaleantes hacia la cama y se deja caer de espaldas sobre el colchón, arrugando las sábanas perfectas.

–Sí… Lo siento por… todo eso. –Como no respondo, continúa hablando con una voz extraña–: El director me contó lo que te están haciendo. Lo odio. En este momento, odio a todo el mundo. Estoy esperando que suceda, ¿sabes? A que salga la primera persona a admitir que me juzga.

Dudo, luego me siento en la cama, al lado de ella, mirando hacia adelante.

–La gente ya ha comenzado a hacer eso conmigo –digo–. Está por casi todo internet. Ahora todos esos extraños me odian. De verdad, *me odian*. Ni siquiera me conocen.

–Que se vayan todos al diablo. Al diablo con cada uno de ellos. Tus amigos te conocen. No importa nadie más.

Pero aun así duele, quiero decir. *Y no sé si es algo a lo que te acostumbras. Que la gente te desprecie sin haberte conocido. O si te sigue doliendo todos los días por el resto de tu vida.*

No es la primera vez que siento que el mundo me odia. Pero *sí* es la primera que casi no exagero.

–Mis padres apenas me hablan –dice ella con un hilo de voz–. Ahora no sé qué va a pasar. Tal vez se hayan tranquilizado un poco para las vacaciones escolares. Tal vez para ese entonces haya empeorado. Quién sabe.

Hago un gesto de dolor.

–En verdad lamento oír eso. No te lo mereces.

–Gracias –dice–. Lamento cargarte con eso. No tienes que sentir lástima por mí. Solo pensé que tal vez lo entenderías.

–Así es.

–¿Qué hay de tus padres? –me pregunta.

–Han sido buenos.

Exhala, largo y con fuerza. Supongo que le aterraba que le fuera a dar una respuesta distinta. Haberme quitado a mi familia también.

–Yo te hice esto –susurra.

Yo me encojo de hombros.

–No fue mi intención que sucediera –insiste.

La miro de reojo.

–Entonces, ¿qué *estabas* haciendo? ¿Por qué me besaste en público?

El rostro redondo de Harriet se vuelve pensativo y se pasa una mano por el cabello enredado.

–Lo siento.

–Ya dijiste eso.

–Danni, yo… –Suelta una exhalación–. Mira. Durante mucho tiempo he sabido que soy bi. Casi que desde siempre. Siempre he sido una especie de… romántica serial. He tenido más enamoramientos de los que creerías. Y, muchas veces, me ha ocurrido con una chica que jamás, *jamás* podría gustar de mí. Y cada vez tuve que asegurarme de que la chica nunca se diera cuenta de cómo me sentía. Y tú eras… mi tipo. Y me gustaste desde el momento en que te conocí. Y pensé que eras hetero, pero luego *no lo eras* y… creo que malinterpreté las señales. Te juro que pensé que querías que te besara. Solo estaba ebria y no estaba pensando con claridad. Lo siento tanto.

–Podrías haberme *preguntado*. Podrías haber ido más despacio y darme la oportunidad de hacerme a un lado. Fue como si me tendieras una emboscada, Harriet.

–Debí haberte preguntado. –Simplemente concuerda–. Fue solo que… jamás lo había hecho antes y, sé que no es una excusa, pero supongo que… No lo sé. Sabes, tengo casi dieciocho. Tengo prácticamente dieciocho y jamás había besado a nadie.

–No creo que sea poco común.

–Quizás, pero así se siente. Siento como si todos supieran lo que están haciendo, excepto yo. Yo soy la única que no tiene idea, así que metí la pata hasta el fondo. Y te lastimé, cuando eso era lo último que quería hacer.

De pronto, estoy en verdad cansada.

–Harriet, sabes… La próxima vez, dale a la persona la oportunidad de decir que no.

–Lo haré. Lo prometo. Lo haré.

–Buena suerte con tus padres. Estoy segura de que entrarán en razón. Eventualmente.

Tiene la sonrisa tensa. Algo me dice que no cree que tenga razón.

–Pese a todo, ¿podemos ser amigas? –pregunta.

Vuelvo a pensar en su sabor. La sensación de su rostro demasiado cerca del mío. El tipo de miedo retorcido y repulsivo. Mi corazón comienza a acelerarse, tanto por el recuerdo como por mi respuesta. Porque odio el conflicto y odio lastimar a las personas, pero yo tampoco me merezco que me lastimen.

–No creo que quiera eso –digo–. En este momento, no.

Harriet asiente.

Bueno. Lo dije. Y también sobreviví.

–¿Me odias? –pregunta.

–No –digo con honestidad y ella asiente otra vez.

Y, por ahora, eso es todo. Me marcho, pero no me siento exactamente bien. Me siento más que nada triste y ansiosa.

Pero, al menos, no siento rencor.

CUARENTA Y TRES

ROSE

Danni no está respondiendo mis mensajes, así que me dirijo al cuarto de Eleanor. Eleanor es la persona que buscar cuando necesitas a alguien para hacer fluir ideas porque no es particularmente terca, pero es notablemente alentadora. Cuando llego, encuentro a Molly ya allí, lo cual es mucho mejor para mí. Si hay alguien con interés en trazar un plan para rescatar a Danni, esa es Molly.

–Danni nos contó lo que ocurrió –dice. Está sentada en la silla de Eleanor, todavía con el uniforme puesto. Eleanor ya se cambió y se puso un pantalón de jean y un suéter de algodón.

–¿Cómo te encuentras? –pregunta ella, sentada de piernas cruzadas sobre su cama.

–Ah, maravillosamente –respondo, dejándome caer en el suelo, con la espalda contra el armario de puertas espejadas–. En realidad, tengo una noticia emocionante. He acordado que voy a comprometerme con Alfie.

Eleanor deja caer el teléfono y se echa a reír. Molly me mira como si hubiera anunciado que voy a huir con un circo.

–¿Que *qué*?

–William sabe negociar –digo. Intento sonreír, pero no lo logro.

Eleanor, que parece recién haberse dado cuenta de que estoy hablando en serio, se endereza y pregunta:

–¿A cambio de qué?

–A cambio de que hable con el director acerca de Danni. Entre otras cosas.

Los ojos de Molly prácticamente se le salen de las cuencas. Comienza a caminar de un lado al otro, agitando las manos. Eleanor y yo seguimos con la mirada su andar frenético.

–No –dice–. Nop. Mala idea. Terrible idea. Rose, *eres lesbiana*.

–¿En serio? ¿Por qué no me avisaron antes?

–¡No puedes casarte con Alfie! No puedes deshacer ese tipo de cosas. No con facilidad.

–¿De verdad? Y yo aquí pensando que el matrimonio era uno de esos contratos legales vinculantes que podían revertirse con facilidad.

Molly me fulmina con una mirada exasperada.

–Me alegra que pienses que es tan gracioso. Rose, en serio, no lo hagas. Llama a William y dile que no vas a casarte con Alfie. Ahora.

–Siento que estás más enfadada por esto que yo –digo.

–Acabo de enterarme de que una de mis mejores amigas acaba de venderse a sí misma como novia infantil, así que sí… estoy un poco enfadada.

Eleanor ríe con disimulo al oír eso. Yo solo me recuesto contra el espejo, con los codos apoyados en las rodillas.

–¿No crees que eso es un poco sensacionalista?

–No seas una mártir. –Molly me mira fijo. Luce como si estuviera a punto de llorar.

Yo me encojo de hombros, sin otra cosa que hacer.

–¿Acaso hace la diferencia? *¿En verdad?* Tarde o temprano iba a casarme con alguien que no amo. –No puedo evitar reírme un poco al terminar la oración; y Molly luce todavía más alarmada. Me controlo–. Danni perderá Bramppath si no lo hago.

–Lo cual apesta. Por supuesto que apesta. Pero, vamos. Piensa en lo que estás diciendo.

–¿Acaso Alfie quiere casarse contigo? –pregunta Eleanor.

Pero yo apenas la oigo. Hay algo en las palabras de Molly que ha capturado mi atención.

–Entonces, ¿lo que *tú* estás diciendo es que no importa si a Danni la expulsan? –pregunto con lentitud.

–Yo no dije que no importara…

–Porque suena a que estás diciendo que no quieres que William la ayude –continúo.

–Yo no creo que suene así –comenta Eleanor de forma sumisa.

La ignoro. Hay algo en la expresión de Molly que me está molestando.

–No si eso significa que tú tengas que comprometerte con alguien con quien no quieres estar –dice Molly, cruzándose de brazos.

–Tendré que hacerlo tarde o temprano. ¿Por qué no temprano?

–Todos vamos a morir tarde o temprano también, pero ¿crees que deberíamos apresurar eso?

–Se supone que Danni es tu amiga –digo–. ¿No deberías apoyar algo que podría evitar que la expulsen?

Molly mira a Eleanor con impotencia. Eleanor le devuelve un gesto pequeño, casi imperceptible, de hombros encogidos.

–Ella es mi amiga –dice Molly–. Pero… Vamos, Rose, tú y yo hemos sido amigas durante casi toda la vida. ¿Qué quieres que diga? ¿Que no me importa que eches a perder tu futuro para que Danni pueda quedarse? Esto es *exactamente* el tipo de cosas por las que me preocupaba la semana pasada.

Pienso en la advertencia de Alfie. Pienso en Oscar y en que Molly tiene muchos motivos para querer vengarse de mí. Para arrebatarme la persona más importante, del mismo modo en que yo le arrebaté la suya. Pienso en lo bien que conoce el cronograma de Danni y el mío. En cómo se alimentaron los rumores en internet con videos y fotografías, en su mayoría tomados de sus redes sociales. Pienso en lo bien que sabe cómo convertir algo en viral e influenciar a las masas.

Y, con un jalón en el estómago, pienso en su madre, que es miembro de la asociación de exalumnos.

"Hay demasiadas personas que no están de acuerdo conmigo. Tengo las manos atadas".

–¿Recuerdas mi cumpleaños, cuando descubriste lo nuestro con Danni? –le pregunto.

Molly parece dudar, pero responde:

–¿Sí…?

–¿Cómo supiste que estábamos juntas?

Eleanor observa a Molly con cautela mientras el rostro se le contorsiona.

–No lo supe hasta que tú me lo contaste. Pero no habría sido difícil darse cuenta de que *algo* estaba ocurriendo entre ustedes dos

–responde; y agrega–: Sin ofenderte, Eleanor.

Yo asiento y mantengo la expresión pasiva. No sé si le creo del todo, pero no estoy lo suficientemente segura para acusar a nadie. ¿Cómo puedo discernir entre una sospecha genuina y la paranoia que se asegura un lugar en mi mente? ¿Cuánta evidencia necesito antes de volverme en contra de mis propias amigas?

–Muy bien –digo en tono fingido.

Molly se muerde el labio y se pone de pie con lentitud.

–¿Crees que fui yo quien las expuso a ti y a Danni fuera del clóset frente a tu familia?

Me quedo en silencio.

Ella se sujeta las manos por el frente como gesto fingido de gratitud.

–Estupendo. Gracias, Rose. Encantador. ¿Sabes qué? Haz lo que quieras con Alfie. Me importa una mierda. Buena suerte.

Me lanza una mirada feroz al final y se marcha. Eleanor recoge su teléfono e infla las mejillas.

–Bueno, eso fue incómodo –murmura.

Dejo caer la cabeza contra el espejo, sucumbiendo en una ola de vergüenza y cansancio extremo.

–Lo siento –digo.

–Oye, no te disculpes conmigo –dice en un tono ligero, pero con cierta reprimenda. Hasta Eleanor, la famosa parte neutra, piensa que me equivoqué con esto. Ahora estoy aún menos segura que antes de dónde estoy parada.

Me pregunto, si aprieto los ojos con la fuerza suficiente, ¿puedo hacer que todo esto desaparezca?

CUARENTA Y CUATRO

DANNI

–Por supuesto que yo no envié ese video –dice Edmund del otro lado de la línea–. Jamás te haría eso a ti.

Me imaginaba que parecía impropio de él, pero en este momento siento que casi cualquiera podría estar en mi contra, así que pensé que valía la pena llamarlo para preguntarle. Solo para poder saber. Tal vez, tener alguien a quien culpar haría que me sintiera mejor, quién sabe.

–¿Tienes idea de quién podría haber sido? –pregunto.

Suspira.

–Lo siento, no lo sé. Gilbert lo envió al chat grupal aquella noche. Pensó que era divertido, porque tenía la teoría de que a ti no te gustaban los chicos porque… yo no te gusté… y suelo gustarle a las chicas… –Carraspea–. No es gracioso, obviamente. Fue su forma de decir "te lo dije".

–Supongo que ganó –digo en tono sofocado–. Y tú sí me agradas. Es solo que yo…

–Sí… No, lo entiendo, lo entiendo. No te gustan los chicos.

–Em, en realidad, sí. Pero tengo sentimientos por alguien más y no van a desaparecer por lo pronto.

–Ah.

Me mordisqueo un padrastro.

–Entonces, ¿cuántas personas hay en ese chat grupal?

–Somos doce.

Grandioso. *Eso* lo reduce.

–Podría haber sido Laurence Bell –dice–. No necesita excusas para ser una persona de mierda, en el mejor de los casos. Mucho menos si podía vender el video por dinero.

Quizás. Pero no lo sé con seguridad; no estoy interesada en especular. Supongo que, al fin y al cabo, no importa. No es que saber quién fue cambiará lo que suceda mañana.

–¿Estás bien? –pregunta Edmund. No le he contado sobre las especulaciones en internet ni de la expulsión. Estoy harta hasta la médula de pensar en eso, carajo.

–Sí… –respondo–. Estaré bien.

–Sabes, en verdad me agradó pasar tiempo contigo. Tal vez podríamos hacerlo de nuevo algún día, como amigos.

Lo último que esperaba en este momento era que alguien me robara una sonrisa. Pero con ese comentario, Edmund lo logra.

–Claro, sí. Sería divertido.

–Te escribiré algún día, entonces. Buena suerte con todo.

Cuando cuelgo la llamada, encuentro varios mensajes de Rose.

William ha accedido a ayudar.

Mañana tendrá una reunión con el director.

Resiste. Debería estar resuelto para el mediodía.

Todavía no estoy lista para sentirme aliviada. No hasta que lo sepa con seguridad. Y la mejor forma de saberlo con seguridad es organizar mi propio plan B.

Le envío un correo electrónico a Leonora Brittle, la columnista que me presentó la reportera hace varios días. Hemos hablado un par de veces para repasar las preguntas que quería para el perfil. La mayoría se trataba de cosas como dónde crecí, cuáles son mis programas de televisión favoritos, qué carrera quiero continuar, junto con algunas preguntas *queer* específicas. De hecho, se suponía que me enviaría el borrador esta noche.

Hola, Leonora, me preguntaba si es demasiado tarde para hacer cambios en el artículo de mañana. Y si no, ¿para cuándo necesitamos terminarlo?

Mientras paso el tiempo esperando una respuesta, llaman a la puerta. Abro y Molly entra seriamente enfadada.

–¿Sabes de lo que me acaba de acusar tu novia? –pregunta dejándose caer en la silla y poniendo los pies en el borde del escritorio–. De exponer la sexualidad de ustedes dos frente a su familia.

–¿En serio? –pregunto. Ya le he contado a Molly por mensajes sobre la expulsión, así que no me sorprende demasiado que saltee el tema como si no estuviera sucediendo. En todo caso, me alegra tener una distracción genuina de todo el asunto durante unos minutos.

Ella frunce el ceño en dirección a mí.

–Sí…, eso hizo. Sabes que jamás haría algo así, ¿cierto? Digo, ¿qué *carajo*?

–Por supuesto que lo sé. –Quito el vaso de agua que tenía sobre el escritorio fuera de la línea de peligro que representan los zapatos de Molly antes de que lo tire sobre mi computadora. Esa *sí* que sería una gran forma de terminar una semana como esta, endeudada hasta el cuello con la escuela que me está echando–. Y Rose también lo sabe.

Molly se mofa y gira la cabeza para mirarme como si estuviera comportándome de forma obtusa a propósito.

–Probablemente todavía esté un poco molesta por la pelea que tuvieron –digo. Creo que estoy siendo generosa al llamarla pelea, pero se los concederé–. Y si se está sintiendo de la misma forma que yo ahora mismo, está paranoica. Y, por encima de todo, se siente atrapada y controlada por su familia. Por favor, trata de no tomarte las cosas como personales de parte de ella en estos momentos. Estoy segura de que pronto te pedirá perdón.

Ella resopla. Está herida y debería estarlo. Yo también lo estaría.

–Yo sé que tú jamás nos harías eso –le reaseguro. Se despega del escritorio de una patada y da un giro sobre la silla, doblando las piernas en el trayecto.

–Claro que no lo haría –dice–. Las quiero a las dos. Incluso cuando odiaba a Rose, la quería. No quería que nada la lastimara.

–Lo sé. Lo recuerdo.

Se detiene, mirando hacia la puerta y suspira.

–Por supuesto que se siente atrapada y controlada. *Está* atrapada y controlada. Ese es todo el problema y así va a ser siempre.

Mientras sea la princesa o la reina, su identidad como persona viene en segundo lugar.

Es interesante oírla decirlo de ese modo. Siempre que Rose y yo hemos hablado acerca de sus responsabilidades, ha sido sobre que yo no puedo ser tan importante como sus funciones. O que sus amigas no pueden ser tan importantes, o que su potencial carrera a elegir no puede ser importante.

Es la primera vez que en verdad he comprendido que ella tampoco puede ser importante.

–¿No crees que es triste? –pregunto.

–Sí…, lo es –dice Molly, todavía mirando a la puerta–. Pero yo no veo que alguna vez vaya a cambiar.

Y esa es la peor parte, ¿no es así? Rose está haciendo lo mejor que puede para salvarme. Pero ella necesita que la salven de algo para lo que nadie puede ayudarla. ¿Acaso alguien más, aparte de Molly y yo, nota por cuánto tiempo ha estado tratando de no hundirse? ¿Y de lo difícil que se está volviendo para ella mantener la cabeza sobre la superficie?

Incluso si logra arrastrarme fuera de este mar, ¿quién va a evitar que ella se hunda?

CUARENTA Y CINCO

ROSE

Haría cualquier cosa por ver a Danni en este momento, pero no puedo arriesgarme a que se enteren en el palacio. No cuando han prometido enviar a William mañana. Así que hacemos nuestro mejor esfuerzo para no mirarnos una a la otra mientras nos retiramos de la cena y nos dirigimos a nuestras habitaciones.

Para distraerme, le envío a Alfie los detalles sobre el dilema. Bueno, la mayoría de los detalles (los que involucran el aprieto de Danni). Pero no menciono el punto crucial acerca de mi promesa de comprometerme con él.

Me inunda un sentimiento de horror. *Comprometerme con él.* ¿De verdad voy a hacer esto? ¿Puedo comprometerme a pasar el resto de mi vida casada con alguien por quien jamás me sentiré atraída ni mucho menos amaré? Sí, sabía que esto ocurriría eventualmente. Pero no creo que esté lista aún.

Aunque, ¿se puede estar lista alguna vez para algo así?

¿Y qué dirá Danni cuando se entere de mi promesa? ¿Verá mis esfuerzos por lo que fueron? ¿Un recurso desesperado para salvarla?

¿O acaso lo considerará como la peor traición? Como la confirmación definitiva de que jamás admitiré públicamente que ella significa algo para mí.

Alfie responde quince minutos después y siento una avalancha de alivio.

No te preocupes. Mamá hablará con el director mañana.

Yo también voy a ir para asegurarme.

Lo solucionaremos.

Gracias al cielo. Con William y con la señora Paget-Harrington abogando por Danni, su lugar en Bramppath debe quedar asegurado. Sin dudas, no importa qué tipo de presión venga de la asociación de exalumnos si su directora está de nuestra parte.

Espero hasta las once y media, cuando estoy segura de que todos están dormidos. Luego, le envío un mensaje a Danni (quien, por fortuna, todavía está despierta y esperándome a mí) y me escabullo hacia su habitación.

Ella cae en mis brazos tan pronto como se cierra la puerta. Yo la llevo hacia su cama y me recuesto a su lado para recubrir su cuerpo con el mío.

***

A la mañana siguiente, me despierto en la oscuridad absoluta por los chillidos de mi alarma. Echo un vistazo por la habitación de Danni, momentáneamente confundida por mi paradero.

En algún momento, ella y yo debemos habernos separado mientras dormíamos. Ella está recostada de lado, frente a mí, con el rostro arrugado a modo de protesta.

–¿Qué hora es? –murmura–. Volví a despertarme anoche para hacer algo. Me quedé despierta hasta muy tarde.

–Aún no amanece –susurro. Tengo que marcharme temprano, para asegurarme de que nadie me atrape. Entrecierro los ojos en la oscuridad, busco a tientas la ropa y me visto. Para darme un poco de luz mientras lo hago, apoyo el teléfono contra la lámpara.

–Ten cuidado cuando te vayas –dice Danni entre bostezos–. Harriet siempre me deja ir cuando me ve, pero tú no eres su persona favorita en este momento.

Me detengo mientras me ato los cordones del zapato derecho.

–¿Acaso te atrapa seguido? –pregunto.

–Solía hacerlo. No te preocupes. Nunca me delató.

Danni vuelve a rodar y se cubre la cabeza con un brazo para continuar durmiendo.

Y yo me quedo mirando fijo hacia adelante, perturbada.

Acusé a Molly por chantajearnos porque ella había sospechado de la sexualidad de Danni. Pero Molly tenía un excelente punto a favor. Ella pasaba más tiempo con Danni y conmigo que nadie. Por supuesto que notaría nuestro comportamiento, junto con cualquier cambio repentino en él.

Alguien más, alguien que no fuera tan cercano a nosotras podría haber sospechado que Danni y yo no éramos hetero, en especial después de los artículos sobre nosotras que aparecieron las últimas semanas. Pero leer unos pocos artículos y tener una sospecha no es lo mismo que saber que alguien es *queer*. Y, sin dudas, no es lo

mismo que saber con certeza que dos personas son *queer* y que tienen una relación entre sí.

De pronto me viene a la mente algo de la noche de la fiesta de Florence. Algo que me dijo alguien. En ese entonces, lo había interpretado como un insulto infantil. Una insinuación de que estaba siendo sobreprotectora con Danni. Es claro que Eleanor se lo tomó de la misma manera cuando lo oyó, porque la tomó por sorpresa cuando salí del clóset al día siguiente. Aun así, debí *darme cuenta*. Tenía el contexto para *hacerlo.*

Esa noche, le grité a Harriet por besar a Danni. En mi ataque de ira, ni siquiera se me ocurrió que fuera un tanto extraño que Harriet diera por sentado que Danni estaba interesada en las chicas (con la confianza suficiente como para *besarla*, incluso), dado que no estaba coqueteando abiertamente con ella. La noche en que Danni y yo nos besamos, fue como jugar a ver quién se rendía primero, donde las dos íbamos dando pasos graduales con nuestras palabras y nuestro lenguaje corporal, evaluando con cuidado si la otra se sentía de la misma manera y si nuestras insinuaciones estaban cayendo en suelo fértil. Incluso después de semanas de lo que era, a simple vista, un coqueteo *descarado*, aún no tenía la certeza de que a Danni le gustaran las chicas.

Pero Harriet no es yo, así que, aunque encuentre extraña la idea de besar a una chica sin estar segura de ser correspondida, no es condenatoria.

Lo que *sí* es condenatorio es el hecho de que, cuando Harriet me gritó a mí esa noche, se refirió enfadada a Danni como mi novia.

CUARENTA Y SEIS

ROSE

Espero hasta que sea una hora razonable para dirigirme hecha una furia a la habitación de Harriet. No porque me preocupen sus horas de sueño, sino porque quiero repasar mi teoría, en caso de que le encuentre fallas. Pero, cuanto más la pienso, más convencida estoy. Aunque considere la posibilidad de que Harriet simplemente viera los rumores en internet y me los estuviera echando en cara, no encaja bien. Lo dijo con demasiada seguridad, demasiado rápido.

Estoy segura de que ella no sospechaba algo. *Lo sabía*.

Para cuando golpeo la puerta con el puño la primera vez, ella ya está levantada y vestida. Abre con una mirada de alarma.

–¿Rose? ¿Qué…?

Mi corazón comienza a golpetear. Si estoy equivocada, lo próximo que diga lo destruirá todo. Estaría revelando mi secreto más peligroso a la persona que tiene más motivos para querer vengarse de mí, quizás más que todas las que conozco. Pero, si estoy en lo cierto, esta es la única manera de asegurar la verdad. Espero hasta

que haya cerrado la puerta detrás de nosotras, luego bajo la voz y digo en el tono más amenazante que puedo reunir:

–Solo quiero saber por qué pensaste que estaría bien besar a *mi novia* conmigo en la habitación de al lado.

Harriet se queda pálida y se sienta sobre su cama hecha inmaculadamente. Por Dios, su dormitorio está impecable.

–Lo… Lo siento. Yo no… Ustedes dos ya no se visitaban tan seguido, tú te mostrabas con Alfie y, en la fiesta de Florence, ni siquiera se hablaban. Pensé que quizás habían terminado.

Luce avergonzada por su pobre razonamiento: estoy segura de que sabe tan bien como yo que no es apropiado besar a una persona comprometida solo porque sospechaba que podría haber terminado con su pareja. Pero no podría importarme menos su reflexión. Sin darse cuenta, me ha dado la respuesta por la que en realidad estoy aquí.

–Pero tú sí sabías que estábamos, o habíamos estado, juntas –presiono–. De alguna forma.

Sus ojos se abren como platos al darse cuenta de su error. El miedo le atraviesa las facciones.

–Porque lo has sabido desde noviembre –digo–. Cuando contactaste al palacio para decirles que me estaba viendo con Danni Blythe.

CUARENTA Y SIETE

DANNI

Mamá tiene que llamarme tres veces para despertarme para la reunión con el director. Cuando el repiqueteo me arrastra a la conciencia, lo primero que noto es que mi cama está vacía. Luego recuerdo que Rose se fue temprano y yo olvidé programar una alarma para mí. Maldigo y tomo el teléfono.

–Estoy aquí, ya voy, lo siento, estaré en *un* segundo, te quiero –balbuceo mientras me echo encima el uniforme. Bueno, así que voy a estar… menos que presentable. No es lo ideal, pero está bien, no hay problema, vamos a estar bien. Voy a estar bien.

Ay, Dios, ay, mierda, ¿y si no?

Mamá está obviamente furiosa cuando por fin llego a la oficina del director, pero no conmigo, para ser exacta. Solo parece estar enfadada con el mundo en este momento. Me da un largo abrazo, luego se alisa el cabello rubio hacia atrás y lo ata en un moño.

–Siéntate, Daniela –me dice–. Quiero que hablemos de algo antes de que entremos.

No me agrada esa mirada.

–¿De qué? –pregunto con cautela.

–Del alcohol. Quiero saber qué parte de emborracharte en la casa de una persona extraña, siendo menor de edad, *durante* el semestre escolar te pareció apropiada.

Ah. Sí… Mierda. Lo bueno es que no sabe sobre la hierba, si no estaría *en verdad* enojada en este momento.

–Te eduqué para que tomaras mejores decisiones, Danni. Quizás eres demasiado joven para estar en un internado. ¡Se supone que aquí te supervisen!

–Nos permiten salir los fines de semana –digo, encogiéndome de hombros.

–¿En medio de la noche?

–Si tienes un consentimiento firmado –respondo, sin mirarla a los ojos.

Ella me mira sin emoción.

–Y supongo que a mí se me olvidó haber firmado ese formulario misterioso.

Aprieto los labios y ella levanta las manos.

–Grandioso. Ahora mi hija es una beoda y una falsificadora. Sabes, si eres lo suficientemente inmadura para estar haciendo este tipo de cosas, tal vez no *estés* lista.

–Para ser justa, tendría muchas más oportunidades de emborracharme en fiestas en casas si asistiera a una escuela pública. Son los últimos años. ¿No recuerdas cómo fueros los tuyos?

–Eres *menor de edad*. Tener diecisiete *no* es edad suficiente para beber y… no me mires de ese modo.

–No te estoy mirando de ningún modo.

–Danni, dime que jamás fuiste a una fiesta en una casa antes del internado.

Yo dudo.

–Jamás fui a una fiesta en una casa antes del internado –digo con voz de robot.

Mamá luce escandalizada.

–Danni.

Levanto las manos, rindiéndome.

–Soy producto del trauma infantil, mamá, ¡ni siquiera es culpa mía! Me acosaron durante toda mi niñez; ahora hago lo que sea que mis compañeras quieran que haga. Me corrompieron en Boulder. Las chicas de allí me corrompieron. Me corromperán donde quiera que vaya. Es mejor si lo aceptamos.

–Te educaré en casa.

–Probablemente tú me corrompas también, mamá –digo con arrepentimiento–. Tú fumas.

–Bueno, lo necesito, con una hija como tú. –Me sonríe de mala gana.

A pesar de todo, es bueno verla otra vez. Me hace sentir menos sola. Aunque no hay nada que ella pueda hacer.

Por fin, la puerta de la oficina del director se abre y él nos invita a pasar. Tal vez, nos estaba dejando aquí afuera para torturarme. Un "púdrete" final de salida.

Mamá y yo nos sentamos, una al lado de la otra, mientras él comienza a largar su discurso que parece ensayado. Es bastante parecido al que me dio ayer, en realidad. Que rompí las reglas, que no hay nada que él pueda hacer, que tiene las manos atadas, que en verdad lo siente.

El punto es que, en cierta forma, le creo. Hay algo en el modo en que lo dice que se oye sincero. Y eso me da la esperanza de que mi plan tenga una remota posibilidad de funcionar.

–Ahora. Antes de que la invite a darnos su aporte, señora Baker –dice el director–, ¿hay algo que quieras decir por ti misma, Danni?

Asiento. Okey. Va a estar bien. Yo puedo. Enciendo mi computadora y abro los dos documentos que preparé anoche. Me quedé hasta muy tarde trabajando con Leonora en dos versiones diferentes de su perfil sobre mí.

–Sí. *Público de las 12* va a publicar un artículo sobre mí. Está preparado para salir online esta tarde y, mañana, en los periódicos en papel. El punto es que no están seguros de qué ángulo utilizar. –Volteo la pantalla para mostrarles a él y a mi mamá, que quedó embobada–. Hay una versión alegre sobre cómo crecí dentro del clóset en Boulder y me abrí en un internado. Gané confianza para ser yo misma, encontré una red de apoyo entre mis amigas, aprendí los valores católicos de aceptación, comunidad y todo eso. Pero se están inclinando más hacia una versión que generará más titulares. Sobre cómo un grupo de chicos ebrios me sacaron del clóset a la fuerza y, en lugar de que la escuela me protegiera contra un acto de violencia, fui expulsada debido a la homofobia que habría en el consejo escolar. Las últimas palabras no son mías, ellos agregaron eso. Lo que sea que les asegure que la historia cobre relevancia, ¿cierto?

Mamá me mira a mí, luego al director y regresa a mí, con los ojos tan abiertos que sus cejas desaparecen por debajo del flequillo. El director se toma un largo rato en responder. Tan largo que, de hecho, eventualmente entiendo que está esperando que continúe.

–Sé que la asociación de exalumnos está en verdad preocupada por la terrible reputación que le di a la escuela la semana pasada –digo con compasión fingida, porque, al parecer, ahora soy el tipo de persona que les puede hablar a los adultos con osadía y con mal talante sin dudarlo. Tal vez, oficialmente, ya todo me da igual–. Con suerte, podremos regresar a *Público de las 12* y decirles que van a tener que quitar la historia de la expulsión porque no es cierta. De lo contrario, puede que a la asociación de exalumnos les lleguen *muchas* preocupaciones para mañana por la noche y estoy segura de que no querrían eso.

Es extremadamente difícil de interpretar la expresión del director. Dobla las manos y apoya el mentón sobre ellas, de forma pensativa. Luego, juro que casi sonríe.

–Estoy de acuerdo –dice por fin–. Creo que a la asociación le parecería una situación bastante desagradable.

CUARENTA Y OCHO

ROSE

Dentro del cuarto de Harriet, nos enfrentamos la una a la otra. Yo, tan enfadada como para lanzarme sobre ella otra vez. Ella, inquieta y desconcertada.

–Rose –dice, levantando las manos–. Jamás contacté al palacio. Lo juro. Ni una vez.

–¿Cómo lo supiste, entonces? –pregunto, un poco histérica–. ¿Cuándo? Dímelo y rápido, así sabré que no estás mintiendo.

–Fue hacia finales del año pasado. Sabía que ustedes estaban pasando mucho tiempo juntas, yo estaba celosa y supongo que me lo pregunté. Pero entonces, una noche las vi entrar juntas y cuando ella regresó al piso de abajo más tarde tenía un chupetón. Y *no* lo tenía cuando las vi una hora antes de eso. Pero yo no le conté al palacio, Rose.

Esa noche fue justo antes de que rompiéramos.

–Entonces, me estás diciendo que justo unos días después de que te dieras cuenta, ¿alguien más notó que estábamos saliendo y nos denunció con el palacio?

–Sí…, creo que eso es exactamente lo que ocurrió, por lo que me estás contando porque…

Me echo a reír en su cara.

–Ah, bueno, en ese caso, te dejaré en paz. ¡Siento mucho el malentendido!

–*Rose* –grita ella sobre mí–. Le conté a Alfie.

–Voy… –Tartamudeo al oír eso, confundida–. ¿Tú qué?

Ella corre la mirada hacia la pared detrás de mí, enojada y sonrojándose.

–Tú andabas por allí besándolo en público, ¿te acuerdas? Pensé que, si le contaba, él te confrontaría y tú terminarías con Danni antes de que las cosas llegaran más lejos y así quizás yo tendría una oportunidad de estar con ella. Soy una persona horrible y una egoísta, y lamento haberlo hecho. Pero no soy una mentirosa.

No sé qué decir; me quedo sin poder entender lo que acaba de contarme. O tal vez, no quiero hacerlo.

–¿Le contaste a alguien más?

–No. Solo a Alfie. Lo juro.

Me alejo, frunciendo el ceño. Pero, en cierto modo, le creo. Y eso me aterra.

–¿Él le contó al palacio acerca de ustedes dos? –pregunta Harriet–. ¿Por eso van a expulsar a Danni?

La examino. Desde luego, está diciendo la verdad. Y las dudas que tuve son borradas por la más sincera preocupación que veo en su rostro.

Aturdida, me tambaleo por el corredor hacia el patio hasta sentarme al lado de la fuente para ordenar mis pensamientos. A la distancia, puedo divisar una multitud afuera de los portones.

Entrecierro los ojos. Es una muchedumbre de reporteros. Supongo que se ha filtrado la historia de que expulsaron a Danni. Tal vez la filtró el mismo William como un intento de presionar a la escuela. En verdad lo pone feliz hacer todo lo necesario por mí, ahora que he prometido darle lo que quiere.

Extraigo el teléfono para revisar los mensajes.

Hay un par de Danni que me recuerdo leer en unos minutos.

William me informa que está en camino.

Y Alfie, que me informa lo mismo.

CUARENTA Y NUEVE

ROSE

Le escribo un mensaje a Alfie para que me busque en el patio.

Tiene puesto el uniforme escolar, como un estudiante modelo. La camisa es de un blanco brillante y el blazer está planchado con cuidado. Lleva el cabello peinado de forma inmaculada, limpio, suave, inmóvil. Luce como si viniera a una audición para el rol de mi esposo. Pero es una idea tonta. Su audición está completa. Y la llevaron a cabo con más secretismo y habilidad de la que jamás podría haber anticipado.

Me encuentra junto a la fuente. Una respuesta veloz a mi mensaje. Ya debía haber estado por aquí cerca.

–Mamá está allí adentro –dice mientras nos sentamos uno al lado del otro en el borde–. Parecía bastante segura de que podrá arreglarlo todo. Creo que Danni va a estar bien.

Me desplomo hacia atrás, tanto que las microgotas de agua me rocían la frente.

–Eso es un gran alivio –digo–. Estoy en deuda contigo, Alfie. En verdad.

Él extiende una mano, sorprendido.

–Te caerás.

–¿A quién le importa si me caigo? Nada podría estropear mi humor en este momento.

Él sonríe con ganas.

–En serio, he estado pensando en todo lo que has hecho por mí durante estos últimos meses y me dejas impresionada. Primero, esa vez que te ofreciste a fingir que salías conmigo para las cámaras. Bueno, no podrías haber sabido esto, pero *ese día* alguien le había dicho a William que Danni y yo teníamos una relación. Así que, para ser franca, la oferta no pudo haber llegado en mejor momento para apagar ese fuego.

La sonrisa de Alfie se vuelve un poco forzada. ¿O acaso me lo estoy imaginando?

–¿En serio? –pregunta, como si apenas pudiera creer la casualidad de todo.

–Sí. Además, todo el asunto se estaba alimentando con una cuenta anónima que prácticamente tomaba imágenes del perfil de Molly. Jamás supimos quién fue. Pudo haber sido cualquiera. Tu idea de ir a patinar fue maravillosa para acallar esos rumores; y estuviste brillante con eso de llevar a alguien que gustara de Danni para monopolizarla durante toda la salida. Sé que lo arruiné al olvidarme del plan cuando ella se golpeó, pero tú *sí* que hiciste lo mejor para evitar que me acercara demasiado a ella mientras había cámaras. Créeme, te estoy *muy* agradecida por todo lo que has hecho.

Está demasiado claro que ahora no sabe cómo responder. Solo se queda sentado, con la espalda derecha como una vara, mientras espera que yo termine de expresar lo que quiero decir.

–Tu apoyo después de la fiesta de Florence fue en especial valioso. Ah, a propósito, resulta que unos amigos tuyos fueron los que filtraron la fotografía. Hablando de consentimiento, he estado pensando en nuestro beso. Me parece gracioso que lo hubieras encontrado tan tenso en retrospectiva, porque en ese momento, pensé que simplemente no notabas que no quería besarte. Después de todo, lo hiciste dos veces. Pero he besado mucho después de aquella vez y, ahora que lo pienso, un beso deseado no se compara en nada con uno forzado. Ahora no estoy segura de que estuvieras confundido. De cualquier modo, estoy divagando. Edmund le mencionó a Danni que al video lo compartieron en el chat grupal en el que está con sus amigos de Ashford. Por supuesto que es imposible saber quién de ellos lo envió a la prensa. Pero, discúlpame, probablemente te estoy poniendo al día con cosas que ya sabías muy bien. Tú estás en ese chat de grupo, ¿verdad? Seguro. ¿Con todos tus amigos?

–Rosie…

–Y ahora hoy. Una vez más, aquí estás para apagar el fuego y rescatarme. Aunque, ¿crees que tu madre sepa quién de la asociación de exalumnos fue exactamente quien presionó para que expulsaran a Danni en primer lugar? No se me ocurre nadie de allí que quisiera lastimarla, pero… a veces tus enemigos se esconden a simple vista –concluyo moviendo una mano.

Alfie dejó de sonreír hace un buen rato. Me pregunto en qué está pensando. Desearía poder quitarle los pensamientos a la fuerza, como un mago extrae un pañuelo de la manga. Es una lástima, en verdad. No importa lo que diga, jamás tendré un modo de saber si podré volver a confiar en una palabra que salga de sus labios.

–Yo no soy tu enemigo –dice. ¿Verdad o mentira?

–Me lastimaste y lastimaste a Danni. En repetidas ocasiones. Y no entiendo por qué –digo.

–Te conozco de toda la vida, Rosie, yo te conozco. Y eres una persona maravillosa, pero eres impulsiva. Y tienes una forma de ver la vida en la que, cuando las cosas no funcionan, las dejas pasar. No es prudente que lo tomes así. Harriet descubrió tu relación con Danni y la gente estaba hablando de ti en internet. Si no le hubieran informado a William, más personas se habrían enterado. Así que yo lo llamé y me aseguré de que lo supiera para que él pudiera ayudarte. Yo solo le conté a la persona cuyo trabajo es cuidarte.

Trago en seco.

–William… ¿sabía que el dato venía de ti? Me dijo que venía de Bramppath.

–Bueno, la persona que descubrió lo de Danni y tú venía de Bramppath, así que no fue una mentira completa. Pero sí, yo le pedí que no te contara que yo lo puse al tanto, naturalmente. No te lo habrías tomado bien.

–¿Ah, no? –pregunto sin emoción.

–Tienes buenas intenciones, pero a veces no piensas en términos políticos. Así que William y yo tuvimos que hacerlo por ti, para protegerte. Él me dijo que creía que el mejor modo de ayudar a tu reputación era darles a los periódicos algo más sobre qué escribir. Pensó que yo sería perfecto para ayudar, porque tú me importas. Tu padre le dio la idea. Al parecer, él ya había estado hablando de que tú y yo fingiéramos salir para los periódicos.

–Tú me llamaste. –Recuerdo de repente–. Justo antes de que él lo hiciera.

–Sí, él lo sugirió. Pensó que, si tú sabías que yo estaba cómodo con ser usado para los periódicos, ofrecerías menos resistencia. Y luego él te llamó y te ofreció ayuda para mantener tu relación con Danni en secreto. Hicimos equipo para ayudarte. ¿Acaso algo de eso fue tan horrible?

–¿Tú le enviaste también a William las capturas de pantalla de las personas que me criticaban en internet? –pregunto antes de darme cuenta–. Espera, ¿ellas eran *tú*?

Alfie deja de mirarme a los ojos. Parece que no se siente lo suficientemente justificado en esta parte de la historia.

–Los comentarios de ti en el video de Molly no. Pero me preocupaba que las personas ya estuvieran sospechando de ti y quise que te dieras cuenta de lo fácil que tu descuido podría delatar tu sexualidad en internet. Así que, sí, hice una publicación con algunos ejemplos de las formas en que te habías descuidado con Danni. Pero, a propósito, escogí un foro prácticamente abandonado, un sitio donde sabía que no dispararía un rumor de verdad, con la esperanza de que Danni recibiera alertas cuando se mencionaba su nombre, lo que no podía suceder tan a menudo. Pero, hasta donde pude saber, tú no te enteraste de la publicación, por eso se la envié a William. Solo para que pudiera ver lo descuidada que estabas siendo. Él tenía que saberlo para ayudarte a corregir tu comportamiento.

Si es cierto, entonces fue una apuesta extraordinaria de su parte confiar en que nadie vería la publicación en el foro. Se hubiera necesitado tan solo que una persona incorrecta compartiera la publicación para que los rumores escalaran inmediatamente.

–Yo las apoyaba a ti y a Danni. Quería que vieras lo fácil que sería estar conmigo en público y con ella, en privado. Hasta me aseguré de que pasaran San Valentín juntas.

–Llevaste una cita para ella. Un chico al que le gustaba.

–Exacto. Para que así se viera como una cita doble convincente y, con suerte, acallara cualquier sospecha que la gente pudiera tener con respecto a las dos. Así es como se hace esto, Rosie. Manipulas a los medios antes de que ellos puedan manipularte a ti. ¿De qué otra forma planeas esconder una novia secreta tu vida entera? ¿Esperarás que todo salga bien?

–Tú expusiste la sexualidad de Danni. Tú enviaste ese video. ¿William conoce esa parte?

–Ella estaba besándose con chicas en público, Rosie. Yo no la obligué a hacerlo. Y estoy seguro de que William estaría de acuerdo con que una historia que uno puede controlar es mil veces más segura que una que controla alguien más. Al hacer que Danni ahora se enfrente con algunas consecuencias temporarias, le enseñé una lección que no olvidará tan pronto. No volverá a descuidarse.

–O quizás sabías que, si ese video se hacía público, tu madre tendría una buena razón para presionar a favor de la expulsión de Danni. Y así, con Danni en riesgo, William y tú podrían hacerme prometer cualquier cosa que quisieran de mí.

Alfie encoge un solo hombro.

–Si de todas formas vamos a comprometernos eventualmente, ¿por qué demorarlo cuando es la herramienta perfecta para reconstruir tu reputación?

No puedo evitarlo, me echo a reír al oír eso. No porque sea precisamente gracioso. Sino porque es monstruoso.

–Sabes… –comienzo a decir–, si lo hubieras dicho de ese modo, si hubieras apelado a mi lógica, en lugar de apuntar hacia Danni para recurrir a mis emociones, puede que me hubiera comprometido contigo, Alfie. Pero estás hablando de mí como si yo fuera una fogata que tienes bajo control. Y por alguna razón inimaginable, decidiste echarme gasolina encima.

¿Y la parte más irónica de esto? Antes de que Alfie decidiera jugar conmigo, yo era una persona movida por la lógica. Apenas tenía acceso a mis emociones.

Si ahora soy un incendio forestal, en parte, es gracias a él. Y es el único favor que me ha hecho por el que estoy un poco tentada de agradecerle.

–Jamás iban a expulsar a Danni –dice, como si yo no entendiera. Como si ese no fuera el problema en todo esto–. Solo fue una pequeña historia para prevenir otras futuras. Como una quema controlada.

Agrega lo último sintiéndose orgulloso de contribuir a mi metáfora.

Siento una ira caliente que de pronto se agita en mi estómago y se esparce por mis venas, como telas de araña líquidas que se encienden debajo de mi piel. Creo que realmente podría odiarlo.

–No estabas manipulando a los medios, Alfie. Me estabas manipulando a mí.

–Solo porque tenía que hacerlo. Para protegerte. Tú me importas más que nadie, Rosie.

Al oír eso, me pongo de pie con lentitud y lo miro desde arriba.

–Entiendo que eso es lo que crees. O al menos, de lo que te has convencido a ti mismo. Pero tus ojos están vacíos. –Aprieto la mandíbula mientras él me mira fijo y vuelvo a hablar antes de que

pueda responder algo–: Y una vez que lo notas, ya no puedes ignorarlo.

Camino directo al edificio y me encierro en la primera oficina libre. Pertenece al jefe del Departamento de Inglés, el señor Promton. Con suerte, no regresará pronto. Me apoyo contra la estantería, respiro con dificultad, doblándome hacia adelante, con la visión borrosa. Luego cierro los ojos, me llevo el puño a la boca como silenciador y grito hasta que no me queda más aire en los pulmones.

Soy un incendio forestal. Y tengo la intención de quemar todo.

CINCUENTA

ROSE

Danni, Eleanor y Molly están sentadas en sillas contiguas en la sala de espera. En cuanto entro, Danni se pone de pie de golpe y me envuelve con sus brazos. En la emoción, no se da cuenta de que acaban de sacudirme hasta el alma.

–Rose, Rose, Rose –susurra, extasiada–. ¡Lo logré! ¡Hice que no me expulsaran! ¡Ya no necesitamos a William!

Me aparto de ella e intento diseccionar sus palabras con mi mente confusa.

–¿No… estás expulsada?

–Nop. Hice que se involucrara un periódico importante y los amenacé con publicar una historia principal sobre que en la escuela son unos idiotas homofóbicos. El director ahora está hablando con la asociación de exalumnos, pero casi que me lo confirmó del todo. Mamá está allí con él. Ay, Dios mío, estaba aterrada. Creí que estaba perdida.

Sacudo la cabeza mientras proceso la información. Ella se salvó a sí misma. Mi hermosa chica, a la que le aterraba que la vieran, que

la juzgaran, dar una mala impresión, ¿usó a los medios para salvarnos a las dos?

Justo como Alfie. Pero, al mismo tiempo, completamente distinta a él.

–Es asombroso –digo y, aunque así lo creo, algo se siente raro. Sin terminar.

No importa lo que haga ahora. Podría llamar a William y enviarlo de regreso, nosotras podríamos ir a clases y Danni estaría a salvo por completo. Por el momento, al menos.

Pero no para siempre. Incluso si jamás vuelvo a hablarles a Alfie o a William, siempre habrá más como ellos. Personas que busquen obligarme a hacer cosas para su propio beneficio. Y mientras que tenga un secreto tan utilizable que involucra a alguien que amo con tanta intensidad, podrán doblegarme con facilidad.

Así que, mientras que esto cambia todo, tampoco cambia nada. Sé exactamente qué debo hacer.

Pero primero me dirijo a Molly.

–Lo siento tanto –digo, con la vergüenza quebrándome la voz–. Fue espantoso de mi parte sospechar de ti. Sé que no eres así.

Ella cruza una pierna sobre la otra.

–Sí… Horrible. –Me mira a los ojos y luego pone los suyos en blanco–. Pero entiendo de dónde vino, así que te daré la carta de "Quedas libre de la cárcel". Una vez. Y aprecio las disculpas.

Asentimos una hacia la otra; ninguna está lista todavía para sonreír.

–Hay una multitud de reporteros en el portón –les cuento a todas.

–Sí… –dice Danni–. Creo que *Público de las 12* envió a algunas personas cuando se enteraron de que me iban a expulsar.

–Puede que les hayan avisado a algunos de sus amigos también –digo con ironía. Y entonces, inhalo profundo y ladeo la cabeza, con un gesto para que me acompañen. Ya caminando, les pido–: Vengan conmigo.

Ellas me siguen.

El punto es que, no tengo un don natural para este rol, no del tipo que mis padres tienen. Del tipo que Alfie tiene (opinión que ahora sostengo más fuerte ya que soy consciente del alcance de su crueldad). Alfie tampoco se equivoca conmigo: soy impulsiva, egoísta y no pienso en las consecuencias. Preferiría estar rodeada de mis mejores amigas antes que en una habitación llena de extraños; hablar de trivialidades me hace estremecer y no siempre sé qué decir. Soy sarcástica, no encuentro lo positivo en todas las personas y lucho con mis emociones mucho más de lo que debería.

Pero, para bien o para mal, soy un símbolo. Y creo que, de muchas formas, puedo hacer más por este país si permito que ese símbolo represente quién soy en verdad, en lugar de una mentira curada. Porque quiero ser buena y quiero servir a mi país sin miedo, sin ser vulnerable a que me manipulen. Quiero tomar decisiones para el beneficio de los otros, no simplemente para salvar mi reputación. Y no puedo hacer eso si me obligan a mentir bajo coacción hasta mi lecho de muerte.

Las estudiantes ya se están agrupando en los portones para hablar con los periodistas. Los rumores de la expulsión de Danni sin dudas se han difundido rápidamente por aquí. La multitud comienza a gritar mi nombre cuando me ven cruzar el patio; pasan los brazos por la cerca como si eso fuera a ayudarlos a acortar los metros que nos separan. Es un entusiasmo que roza la histeria. Un giro nuevo

en una historia ya existente es noticia suficiente para un día cualquiera, pero la palabra de la princesa inflaría la importancia de la historia de manera significativa. Es más que probable que estén esperando que diga algo lo suficientemente digno de citar para llevar la noticia a las portadas.

Bueno, ¿acaso no me adorarán en unos minutos?

Los guardias, que permanecen posicionados junto a los portones, se apresuran a mi encuentro, colocándose entre mí y la multitud. Me volteo hacia Danni y le pongo una mano en el hombro.

–Quédate aquí –le digo, antes de abrirme camino entre la muchedumbre de estudiantes. Molly y Eleanor me siguen.

Cuando abro el portón del costado, los guardias salen corriendo hacia mí, alarmados por la acción. Pero los reporteros se alejan, como imaginé que harían. Hay un acuerdo tácito aquí: ellos me dan espacio y yo les doy una historia. Cruzo el portón con los guardias a mis espaldas y ellos se apartan un poco, dejándome sola.

Allí de pie, ante los imponentes portones de hierro forjado, levanto las manos para pedir silencio.

Mis padres, William y Alfie piensan que soy un peón, pero conozco las reglas de este juego tan bien como todos ellos. Y ahora me han presionado para que juegue.

–Desde que tengo memoria, supe que algún día iba a ser reina –digo con voz proyectada y firme–. A algunos podría haberles parecido una idea intimidante. A mí no. Amo a este país y a todos quienes viven en él. Otros niños podrían soñar con tener la chance de cambiar el mundo, pero yo sabía que un día *tendría* esa oportunidad. Me han dado las oportunidades, el privilegio y las herramientas para hacer la diferencia. Cuando era pequeña,

planeaba mi futuro reino del modo en que algunos niños planean su futura boda.

No tienen idea de lo que va a venir. Los micrófonos apuntan hacia mí y sus rostros se ven entusiasmados, pero no sorprendidos.

–Luego crecí un poco y mis sueños se destruyeron. Me di cuenta de que por más que quisiera servir a mi país, este país jamás querría que yo lo sirviera como soy. Al principio, intenté encontrar un modo de que funcionara. Me impuse reglas a mí misma. Tenía toda la fe de que podría cumplir con dichas reglas. Pero ya no quiero ignorar quien soy. Ni siquiera por el país que tanto adoro.

Abro la boca para continuar, pero no sale nada. Están esperando, expectantes, que diga las palabras que no puedo creer que están a punto de pronunciar mis labios. Las palabras que van a cambiar el curso de todo.

Porque yo decido la corriente. *Yo* lo decido.

–Soy lesbiana –digo y el mundo se queda en silencio. Doy un paso adelante, dentro de ese silencio. Permanezco inquebrantable–. Ese hecho no reduce mi valor ni mis capacidades. No es un factor de vergüenza y, sin dudas, no afecta mis habilidades para servirles del modo en que me educaron para creer que algún día lo haría. Si aún me brindan la oportunidad, me entregaré felizmente a todos ustedes hasta el día en que muera. Pero será a mí misma a quien entregue, tal como soy. No una versión de mí que solo finja ser. Si para aceptarme, deben obligarme a mentir sobre mi esencia, entonces no seré aceptada. Hay otros que desempeñarán mi rol de manera espléndida y que los harán sentir orgullosos. Si yo no puedo hacerlos sentir orgullosos, entonces los escucharé y abdicaré. Pero, en verdad, espero servirlos como reina algún día.

Las personas paradas frente a mí me miran fijo, con ojos bien abiertos y bocas caídas. Por un solo momento, no me observan como reporteros, recogiendo mis palabras y formulando preguntas mudas. Me contemplan como ciudadanos de mi país, ciudadanos sorprendidos, intentando procesar una acción sin precedentes. Tengo el poder de voltear sus mundos al revés con una sencilla confesión. A cambio, ellos tienen el poder de destruirme o elevarme, según cómo transmitan mis palabras a todos los demás.

Así que ¿qué será? ¿Seré despreciada o aceptada?

¿Cuál será la mejor historia?

¿Cuál será el mejor futuro?

Durante un instante de silencio, todos nos examinamos entre nosotros. Luego, estallan a preguntas, con los ojos desorbitados, revoloteando las manos y gritando uno por encima del otro para competir entre todos.

Pero, por ahora, no tengo nada más para decir.

Por primera vez, entiendo en verdad a lo que Danni se refirió en noviembre, cuando terminó conmigo. ¿Cómo fue que dijo? ¿Quería que le doliera ahora para evitarse un dolor mayor después?

Creo que, tal vez, fue más que eso. Creo que, hasta en ese entonces, ella sabía que el miedo de vivir un secreto tan enorme, sabiendo que en cualquier momento podía descubrirse, no es modo de vivir. No es vida apenas fingir vivirla mientras se tiene por siempre el miedo preventivo de perderla.

Al menos, lo que sea que suceda de aquí en adelante, sucederá bajo mis condiciones.

Luego de agradecerles, me dirijo hacia el otro lado del portón, donde Molly y Eleanor se reencuentran conmigo. Ahora nos

enfrentamos a una multitud diferente. Una que consiste en pares, chicas con las que he ido a la escuela durante años, algunas a quienes conozco de toda la vida. Me miran fijo como si acabaran de conocerme.

–Maldita sea, Rose –dice Eleanor en voz baja mientras camina–. *Maldita sea*.

–Sigue caminando, solo sigue caminando –me ordena Molly, empujándome hacia adelante.

Danni está parada donde la dejé, pero ahora está su madre a su lado, abrazándola de costado. Ninguna de ellas parece capaz de quitarme los ojos de encima. Antes de llegar a ellas, Danni le entrega su tarjeta magnética a su mamá y le promete que la verá pronto en su dormitorio. Cuando la señora Baker se voltea para irse, Danni corre hacia mí y yo la tomo de la mano mientras camino.

–¿Por qué hiciste eso? –pregunta con voz temblorosa, apresurándose para seguirme el paso–. Por favor, dime que fue tu decisión.

Abro la boca para responder, pero en cambio, comienzo a reírme y pareciera que no puedo detenerme.

Porque por primera vez en mi vida, en verdad lo fue.

CINCUENTA Y UNO

ROSE

Espero encontrar a William en la sala de espera del director, pero no hay nadie allí. Unos segundos después, él entra hecho una furia detrás de nosotras. Debe haber estado entre la multitud cuando hablé. Entonces no necesitaré ponerlo al tanto, excelente.

–Ah… William –digo alegremente mientras él se aproxima a nosotras, enfadado–. Aquí estás.

Se detiene a varios pasos de mí y estudia mi rostro sin poder creerlo.

–Rose, jamás… –Se va apagando, negando con la cabeza–… he estado tan decepcionado de ti.

Molly, Eleanor y Danni me rodean desde todos los costados, en un gesto protector. En cuanto a mí, suelto otra risa, una que se convierte en una carcajada.

–William –digo; la risa ahora es una de desprecio–, a decir verdad, jamás me ha importado en lo más mínimo lo que piensas de mí.

No espero que responda a eso y tampoco lo hace. Honestamente, creo que está demasiado atónito como para pronunciar una palabra

si así quisiera. Sin decir nada, doy media vuelta y me llevo a las chicas de la sala. Hay un acceso a las escaleras hacia el salón de baile desde un corredor cercano, así que nos apresuramos a bajarlas y entramos al salón. Cerramos la puerta pesada haciendo el menor ruido posible.

–Tus padres van a asesinarte –chilla Molly tan pronto estamos a salvo, volteándose para verme de frente–. Existe ser impulsiva y después, existe eso.

–¿Realmente *fue* impulsivo? –pregunta Danni–. Ese discurso se sintió perfectamente preparado.

–¿Ustedes vieron a la reportera rubia que estaba adelante? –pregunta Eleanor, dejándose caer en una de las filas de asientos. Los mismos en los que solía sentarme mientras Danni ensayaba, cuando comenzamos a salir–. Pensé que iba a desmayarse cuando Rose dijo que es lesbiana.

–Yo no recuerdo nada –dice Molly, tomando asiento a su lado–. Creo que disocié.

–Ah, sí. Se quedó como "¿quéééé?".

–¿Rose? –pregunta Danni. No está sentada, está revoloteando cerca del piano, observándome. Yo me acerco a las ventanas para espiar por las cortinas. La multitud reunida en los portones de la escuela ahora se ha incrementado. Me pregunto cuánto tiempo pasará hasta que se expanda la noticia.

Me doy cuenta de que, probablemente, ya se sepa. Puede que hasta la hayan filmado en vivo.

Ya no hay punto de retorno.

Sonrío con ganas y me volteo a ver a las demás.

–Eso se sintió increíble –exclamo.

Danni se relaja de forma visible, pero Molly todavía parece creer que me está dando un ataque de nervios.

–Sabes que esto puede tomar cualquier rumbo, ¿verdad? –pregunta–. Hay una oportunidad de que te permitan quedarte, pero la diócesis…

–¿Crees que podrían no querer coronar a una lesbiana? –pregunto, fingiendo horror–. ¿Por qué nadie me lo advirtió? Esto cambia todo.

Danni ríe y yo doy una vuelta para quedar frente a ella; luego la levanto en un abrazo.

–Ay, Dios mío. –Suelta una risita mientras la hago girar–. En verdad estás feliz.

Yo comienzo a reír otra vez. Molly ya no parece sospechar que estoy teniendo una crisis nerviosa. En cambio, ahora parece bastante segura de ello. La mira a Danni para buscar ayuda, pero ella parece embelesada por mí.

–¿Imaginas si te permiten quedarte? –me dice.

–No lo harán –dice Molly.

–Puede que sí –dice Eleanor.

–Pero *imagínate* –dice Danni–. Piénsalo de verdad. Piensa en lo que significaría para un lugar como Henland tener una reina lesbiana. Hay tantas personas en este país para quienes les cambiaría todo. Sin ánimos de ofender a tu tío, pero él es más de lo mismo. Incluso aunque no fueras buena para tu trabajo, solo *tenerte* allí significaría toda una declaración. Pero tú *serías* buena. Incluso si apenas tuvieras algo de poder y solo fuera para organizaciones benéficas, causas y para nombrar caballero a alguna que otra persona, yo quiero a alguien como tú allí arriba tomando esas

decisiones. Porque tú comprendes lo que significa ser marginada por algo sobre lo que no tienes control. Hay personas que te necesitan de la forma en que eres.

Me quedo mirándola. No porque sus palabras no tengan sentido. Pero porque jamás se me ocurrió que ninguna parte de mí me hiciera inherentemente más apta para ser monarca que mi tío. Estoy acostumbrada a pensar en mí misma en términos de defectos. Aun así, allí está ella, reestructurando mi existencia misma como una fuerza inherente.

No creí que fuera posible amarla más, pero cada día, cada hora, consigue hacerlo. A veces, de manera milagrosa, hasta logra que yo misma me agrade también.

–Danni, ¿tu mamá te está esperando en tu habitación? –pregunta Eleanor.

–Sí… ¿Por qué?

–¿Vas a contarle sobre ustedes dos?

Danni me mira.

–No… lo sé.

No mencioné mi relación con ella frente a los reporteros porque no quería hablar en su lugar. No sin consultarle antes, como mínimo. Después de la semana que ha tenido, no me sorprendería que haya sido suficiente foco de atención como para toda una vida.

–¿Quieres hacerlo? –le pregunto.

Ella da un paso adelante, entusiasmada y esperanzada.

–Aguarda, ¿puedo?

Yo sacudo la cabeza y me encojo de hombros.

–No hay motivos para no hacerlo. Les podemos contar a todos lo que quieras.

Danni prácticamente está rebotando en los talones para cuando termino la oración.

–Okey. Perfecto. Okey. Voy a contarle. –Se ríe al oírse–. Por ahora le hablaré a solas, pero ven a buscarnos más tarde, ¿okey? Me gustaría que la conocieras.

Conocerla. Puedo conocer a la madre de mi novia. Qué encantador y maravillosamente normal.

Estoy enamorada a primera vista con mi nueva realidad.

El teléfono me vibra en el bolsillo. Es mi padre. Supongo que él y mamá están aquí para recordarme el otro lado de mi nueva realidad.

Que así sea.

***

–Digan lo que quieran decir. –Cruzo las manos sobre la mesa y examino a mis padres.

El director nos permite usar una de las salas de reuniones de la escuela para tener esta conversación, por motivos de privacidad. En realidad, es bastante gracioso, porque entre las paredes desnudas y la mesa y las sillas, no se me podría ocurrir un sitio más adecuado para ser interrogada. O tal vez, para ser despedida.

La cara de mi padre se pone roja, luego deja caer los hombros.

–¿Cómo pudiste hacer algo tan estúpido e imprudente? –me pregunta.

¿De verdad no puede responder eso todavía? ¿Acaso no ha escuchado una palabra de lo que he dicho durante los últimos meses?

–No pasaré el resto de mi vida aterrada por que alguien me vea besando a la persona que amo.

Mamá cierra los ojos como si estuviera rezando para pedir fuerzas.

–Acabas de destruir tu futuro. Por una relación de secundaria.

–No fue por eso. Lo hice por amor.

Abre los ojos. Son del mismo tono verde que los míos. Es un poco como verme en un espejo.

–¿Crees que amas a esta chica?

–Sé que la amo. Tengo la intención de estar con ella por siempre. Pero si, por alguna razón, no estoy con ella, habría otro amor, y tendría que ver cómo la lastiman una y otra vez para obligarme a hacer algo o para proteger mi nombre. Habría vivido arrepentida si me obligara a seguir adelante con su versión de mi futuro.

Padre se mofa.

–Qué caprichosa.

–¿Disculpa?

–¿Amor? –pregunta–. ¿Qué hay de la responsabilidad y el deber? ¿Qué opinas de madurar y aceptar que tu país vale mil veces más que tus deseos egoístas?

Me pregunto si está pensando en la chica sobre la que me habló mi tía tiempo atrás. La que tuvo el atrevimiento de no estar a la altura de los nobles valores morales de nuestro país. La chica a quien él amaba a pesar de todo. A la que enviaron adonde él no pudiera seguirla.

Mamá le lanza una mirada y creo que no aprueba lo que está diciendo. ¿Acaso ella sabe de la joven que vino antes que ella? O tal vez piensa que está siendo demasiado duro conmigo.

Dirijo mis preguntas a él:

–¿Qué es lo que necesita nuestro país? ¿Creer en una mentira? ¿O necesita sentir que puede confiar en quienes decimos ser, incluso

cuando nuestra honestidad pone en riesgo nuestra popularidad? Tal vez… –agrego, pensando en Danni–… hay incluso algunas personas que no se han sentido particularmente representadas por nuestra familia y ahora podrían pensar diferente.

Mi padre me mira, incrédulo.

–¿Me estás diciendo que apostaste tu futuro por la esperanza de que un puñado de ciudadanos homosexuales presione para mantener la monarquía?

–Lo que estoy diciendo es que, solo porque tu círculo consiste en personas que estarían incómodas con alguien como yo en el poder, no significa necesariamente que el país tenga una opinión unificada al respecto.

Lo digo con confianza, aunque, a decir verdad, no lo sé con certeza. Henland es en mayor parte católico. ¿Y cuán abiertos son dichos católicos al cambio o al progreso? Como en la mayoría de las cosas, variará de persona en persona. ¿En qué porcentajes? Quién puede saberlo.

–Además –digo–, lo que hice no fue una apuesta. Solo vi lo malo que conocía y me di cuenta de que prefería lo bueno por conocer. Lo que sea que eso implique.

Mamá junta las cejas. Al menos parece significativamente menos molesta que mi padre.

–No entiendo –dice ella–. ¿Acaso tu vida es tan horrible? ¿Por qué no lo has discutido con ninguno de nosotros?

–Porque no me parece que recurrir a ustedes por mis problemas me ayude a resolverlos –respondo con frialdad–. Siento como si les entregara municiones para usar en mi contra.

–¿Eso crees? –pregunta mi padre. Cielos, está siendo condescendiente. ¿Yo también sueno así?

–Por ejemplo –comienzo a decir–, hace tan solo unos días estaban considerando correr a Danni de Bramppath para detener los rumores. A menos que William mintiera acerca de eso también.

Ninguno de mis padres parece sorprenderse por la acusación, lo cual me dice todo lo que necesito saber.

–Fue solo para protegerte –dice mamá–. Recordamos lo que es ser adolescente y apenas comprender el concepto de futuro. Temíamos que pudieras echar a perder el tuyo por un romance adolescente.

–Miedos con fundamentos, claramente –agrega mi padre.

–Tú recuerdas cómo es ser adolescente –digo, observándolo de cerca–. Aun así, pensaste que enviar lejos a la chica que amo, tan pronto como descubriste nuestra relación, es el tipo de comportamiento que me motivaría a confiar en ti.

Si antes no estaba pensando en la muchacha de su juventud, sin dudas ahora sí. Un destello de dolor (y comprensión) le ilumina el rostro. A pesar de sus esfuerzos obvios en justificar la decisión de sus propios padres, recuerda el sufrimiento que le causó.

Entonces conoce el dolor que casi me traspasa a mí.

–¿Sabían que William estaba trabajando con Alfie? –les pregunto.

Por fortuna, eso sí les provoca una reacción de confusión.

–Ellos mismos se encargaron de encaminar todo para convencerme de que me comprometiera con Alfie –continúo, sus cejas se disparan hacia arriba. Entonces, les cuento. Acerca de las publicaciones en el foro, del dato anónimo, de los intentos (exitosos

y no exitosos) de enviar la información a los periódicos. Del acuerdo y de los ultimátum.

Lo que no menciono (al menos, no de forma explícita) es cuánto de toda esta situación podría haberse evitado si yo confiara en que mis padres se preocuparían tanto de mi bienestar personal como se preocuparon (y se preocupan) por mi habilidad para tomar sus lugares algún día.

Lo que ellos no cuentan (al menos, no de forma explícita) es lo que piensan decirle a William acerca de todo esto. Sin embargo, por las miradas en sus rostros (en especial, la de mi padre), probablemente William y yo jamás volvamos a hablar. Y creo que los Paget-Harrington tendrán noticias de ellos, tarde o temprano también. Pero no sin antes resolver el problema más apremiante que tenemos en frente.

–¿Qué sucederá ahora? ¿Tienen pensado quitarme de la línea sucesoria? –pregunto. Trago en seco e inhalo profundo–. Si sirve de algo, en verdad creo que Albert y Sukey lo harían bien.

Mamá se recupera primero.

–Bueno, todavía no llegamos allí –dice. No permito que ni siquiera un ápice de esperanza toque mis facciones–. Veamos qué sucede ahora.

–Sí –comenta mi padre. Aún suena triste, pero el enojo se ha disipado–. Debemos reunirnos con el parlamento y tenemos que verificar la reacción inicial del público. Debes prepararte para las consecuencias, Rose. Si el parlamento se opone a que asciendas, tendremos que reevaluar la línea sucesoria.

–Lo sé.

–E incluso si el parlamento lo permite, eso no significa que el pueblo vaya a hacerlo. Y si la opinión pública decae más…

–Lo sé.

Él asiente, luego me examina durante un largo rato, apenado.

–Es una lástima –dice, con la voz quebrándose–. En verdad quería verte servir a este país, Rose. Lo habrías hecho de manera espléndida.

Eso me sacude más que lo que cualquiera de los dos me ha dicho hasta ahora. Creo que es la primera vez en años que él muestra algo de fe en mi capacidad para desempeñar bien este rol. Solo que llegó a mostrarla ahora, cuando es demasiado tarde.

Sin embargo, no hace que me arrepienta de mi decisión.

–Tendremos que resolver esto juntos, como familia –dice mamá–. Pero lo *resolveremos*. Sea cual sea el resultado.

Mi padre le toca la parte alta del brazo, apenas un roce, y asiente.

–Gracias –digo y, solo por un momento, mi seguridad intrépida se pierde y queda reemplazada por una pizca de miedo. Había insistido mucho en que soportaría las consecuencias, pero creo que ni siquiera una partecita de mí se había preocupado por perder el cariño de ellos por siempre. Incluso cuando siempre lo he sentido como un objeto frágil, mucho más que el afecto que sienten uno por el otro.

Pero quizás es menos condicional de lo que pensaba.

CINCUENTA Y DOS

DANNI

–Estoy tan orgullosa de ti –dice mamá por décima vez–. Siempre he estado orgullosa de ti, lo sabes, cariño. Pero, cielos, te has vuelto *valiente*. Mi niña valiente.

Ha estado limpiando mi habitación. Ha sacado y vuelto a doblar toda la ropa de los cajones, ordenó el desastre de papeles sobre el escritorio y me ha hecho la cama con tanta perfección que le daría orgullo a Harriet. La adoro y estoy feliz de verla, pero ya estoy lista para que conozca a Rose y regrese a casa para poder recuperar mi espacio.

De seguro estoy sonrojada en este momento.

–No soy tan valiente.

–*Sí* lo eres. ¿Cuántas veces reprobaste una presentación oral, allá en Boulder, porque no podías hablar frente a la clase? ¡Mírate ahora! –Me mira de arriba abajo, negando con la cabeza–. He recibido tantos mensajes de amigos de allá en estos últimos días. Ellos también están orgullosos de ti. Ah, ¡y la gente en internet! Todos te adoran. Vi uno de esos… ¿Cómo se llaman?

Chasquea los dedos.

–Artículos –dice al recordar– que aparecieron en mi *feed* de noticias y, todos los comentarios, ah. Tantas chicas que te admiran.

–¿En serio? –pregunto–. Siento que las personas me odian.

–Sí, bueno, siempre has prestado mucha más atención a las críticas que a los cumplidos. Eres mi *muy* valiente niña inspiradora, motivada por hacer las cosas bien. Y… Ay, Danni, no puedo creer que no me contaras que la princesa es tu novia. –Si me dijo diez veces que está orgullosa de mí, *esto* lo dijo como veinte mil veces–. Soy tu *mamá*. Yo no le habría contado a nadie.

–No es "la princesa", mamá. Es solo Rose.

–Sí…, pero… –Me lanza una mirada herida–. Danni, esto es importante. Debiste haberme contado.

–¡No podía revelar el secreto! Además, contarte que soy bi ya era suficiente para que procesaras de un solo golpe.

–Bueno, eso es cierto –admite–. Descubrir que soy la futura suegra de la futura reina es una bomba aparte.

–Por favor, no te llames a ti misma "futura suegra" cuando ella llegue –pido con desesperación.

–Por supuesto que no, Danni. ¿Por qué no confías en que no te avergonzaré?

–Porque *siempre* me estás avergonzando.

–¡Menciona una vez!

Estoy a punto de hacer eso cuando llaman a la puerta. *Por fin, por fin*. Me abalanzo hasta allí y dejo pasar a Rose, estrechándola en un abrazo al mismo tiempo.

–Hola –balbuceo–. ¿Estás bien? ¿Qué te dijeron? ¿Te dijeron que va a suceder ahora? ¿*Estás bien*?

Ella se desprende de mis brazos, riéndose.

–Aguarda, un segundo, un segundo. –Se endereza, se voltea hacia mamá y extiende una mano–. Hola, soy Rose.

Mamá la abraza con fuerza y Rose suelta un "uf" cuando lo hace.

–Hola, Rose. Estoy maravillada de conocerte. He oído hablar tanto de ti.

–Encantada de conocerla –dice Rose. Le sonríe a mamá mostrándole los dientes, tanto que se le ahueca el mentón. Me descubre mirándola y levanta las cejas, como preguntándome si no es increíble que esté conociendo a mi mamá. A mi mamá, que sabe acerca de nosotras.

A decir verdad, sí que es increíble.

–¿Tus padres? –Le doy un golpecito con el codo y ella sale de su burbuja de felicidad.

–Sí. –Está buscando qué decir, pero no encuentra las palabras. Al final, solo suspira y sacude la cabeza–. Todo estará bien.

Puede que mamá no conozca bien a Rose, pero eso jamás impediría darle su opinión.

–Vi tu discurso en internet –dice en tono serio–. Lo hiciste muy bien. Puede ser difícil ser buen padre cuando un hijo hace algo que no te parece correcto. Solo quieren que seas feliz. Cuando se den cuenta de que esto es lo que en verdad quieres, estarán muy orgullosos de ti. Cualquiera estaría orgulloso de tener una hija como tú.

–Gracias –murmura Rose, que parece conmovida, pero un poco pensativa.

Por más que esté disfrutando de su encuentro, me estoy muriendo por tener una conversación con Rose a solas. No hemos tenido

oportunidad de hacerlo en todo el día y ha sido un día *infernal*. Así que comienzo a empujar a mamá de la habitación con todo el cariño y afecto que puedo. Ella se va, pero no sin antes hacer que Rose le prometa ir a cenar a casa durante las vacaciones. Y hacerla prometer que cuidará de mí. *Y* darle su número mientras le hace jurar que le escribirá si alguna vez la necesito y me pongo demasiado obstinada como para contactarla. Para cuando por fin se marcha, siento que Rose ya no es tanto mi novia, sino una espía de mamá.

Finalmente, estamos a solas. Rose se desmorona tan pronto como se cierra la puerta. Apoya todo su peso contra mi escritorio y entrelaza los dedos detrás de la nuca.

–Bueno –dice–. Hoy fue un día muy distinto al de ayer.

–Es una forma de decirlo –concuerdo, recostándome contra la puerta, a modo de barricada, como si mamá fuera a intentar volver a entrar en cualquier momento para seguir obligando a Rose a que prometa cosas–. ¿Sabes si Alfie ya lo ha visto?

Ella hace un gesto de dolor al oír mi pregunta.

–Cierto. Olvidé contarte.

–¿Contarme qué?

–Mm. Bueno, para resumir, él fue quien expuso nuestra relación frente a mi familia el año pasado, inició los rumores en internet y filtró el video de ti y de Harriet, para hacer que su madre te expulsara… y que él y William pudieran convencerme de casarme con él.

Es lo último que esperaba que me dijera.

–¿Qué?

–Lo sé.

–No, en serio, *¿qué?*

Rose se lleva las yemas de los dedos a los labios.

–Alfie ya no importa. Tú me importas. Y he estado intentando preguntarte, ¿qué te gustaría hacer con la prensa? Con respecto a nosotras.

Al principio, no entiendo lo que me está preguntando. Luego, comprendo y me olvido por completo de Alfie.

–¿Te refieres a que estaría bien si les contamos acerca de nosotras? –pregunto.

–Danni, desde el primer día he estado queriendo pararme sobre un podio y gritarlo para todos los que quisieran oír. Si hubiera podido, lo habría hecho. Y ahora puedo. Pero, si les contamos sobre nosotras, tú serías parte de esto. Y habrá más atención. Como aquellos fotógrafos en la pista de hielo y en el palacio. Se volverán parte de tu vida cotidiana. Bramppath es una burbuja, pero no estaremos aquí por siempre. –Me toma de las manos–. Si no quieres eso, lo entiendo. Podemos inventar una historia. Si le contamos a todo el mundo, habrá odio y una parte estará dirigida a ti. Algunas personas estarán furiosas con respecto a nosotras.

Tantas cosas han cambiado. Mi anonimato ha ido desapareciendo gradualmente, tanto que apenas noté que sucedía. No soy quien era cuando llegué aquí. Soy la persona que puede tocar el piano en una sala llena de gente, una cuyo nombre es conocido por los paparazzi, una que se ha parado frente al país y reveló algunas de las partes más privadas de sí misma. Soy alguien a quienes los extraños voltean a ver en la calle. Soy alguien sobre quien escriben en internet. Y sí…, alguien a quien muchos extraños odian. Pero creo que también a aún más extraños les agrada. Soy Danni Blythe y soy

una futura pianista de conciertos, la novia actual de Rose y estudiante del Colegio Bramppath, porque dejé de temerle a la idea de que las personas pudieran percibirme.

Quién sabe, si Rose jamás se cansa de mí, hasta podría llegar a ser la reina consorte algún día. Claro, si le permiten convertirse en reina. Y si no es así, tal vez una versión futura de mí pueda ser la esposa de la "no reina Rose".

No hay nada que me resulte aterrador en todo eso. Ya no. Lo único que siento es la emoción por comenzar a vivirlo.

De dar el siguiente paso hacia adelante.

Camino detrás de Rose para acomodar mis brazos alrededor de sus hombros.

–Sé lo que significaría estar públicamente contigo. Y ya lo hemos superado.

Ella me toma de las manos y las aprieta contra su pecho, con fuerza.

–Ah, ¿sí?

–Sí… No puedes darme cosas sencillas. Pero tú eres lo que puedes darme. Tú eres lo que quiero. Ya basta de escondernos. Basta de mentiras. Hemos hecho demasiado de eso para toda una vida.

Una comisura de sus labios se levanta.

–Bueno, los reporteros están allí todavía. Y el director no ha pensado en prohibirme que les hable aún, así que, técnicamente, no estaremos rompiendo ninguna regla si vamos allí afuera.

Una emoción se enciende en mi pecho.

–¿Entonces? –le pregunto.

Ella se desprende de mí, luego me extiende una mano y dice:

–Entonces, ¿salimos a presentarnos?

EPÍLOGO

ROSE
UN AÑO DESPUÉS

En la tarde del vigésimo quinto aniversario de mi padre, Molly y yo nos escapamos de las celebraciones del palacio antes de la salida al balcón y del banquete posterior, para quedarnos merodeando en el corredor, junto a la entrada.

–Dijo que estaba a solo un minuto de aquí –le digo a Molly, que se está poniendo notablemente ansiosa.

–Van a salir sin ti –dice–. Luego todos los periódicos dirán: "Escándalo: la princesa Rosemary se pierde la segunda mitad del gran día de su padre".

–No saldrán sin mí –digo, con moderada seguridad–. Ya casi está aquí.

Se abre la entrada al salón de gala y Eleanor y Santi irrumpen.

–Rose, tus padres me enviaron aquí para vigilarte –dice ella–. Me dijeron que fueras allí de una maldita vez. Con esas precisas palabras.

Abro la boca para responder, cuando el griterío que proviene del vestíbulo me interrumpe en seco. La miro a Molly como diciendo "te lo dije", ella pone los ojos en blanco. Me apresuro a llegar a la puerta, seguida por los otros tres.

Danni está parada sobre la alfombra, sonriendo para las cámaras, mientras los fotógrafos gritan para que se acerque, que mire en dirección a ellos, que dé unos pasos. Se ilumina al verme y yo enfilo hacia ella.

Aún no podemos abrazarnos, pero coloco mi brazo a su alrededor mientras posamos juntas.

–Hoy tendrá que ser rápido. Lo lamento –me disculpo mientras se oyen los obturadores y los *clics* de las cámaras–. Ya debería estar en el balcón.

Nos movemos rápido, empujamos las puertas y entramos al corredor. Apenas hemos atravesado las puertas que ya la estoy abrazando y levantando del suelo.

–Lo hiciste, lo hiciste, lo hiciste –grito, dando un pequeño salto bajo el peso de su cuerpo.

–Rose, estuve *brillante* –exclama, resplandeciendo de la alegría–. ¡Me pidieron que tocara *Dürnitz*! La tenía memorizada desde hacía como cinco años ya.

La bajo y los otros se acercan para abrazarla de a uno.

–¿Barniz? –le pregunta Eleanor, atrayendo a Danni para sí.

–No, *Dürnitz*. El primer movimiento de Sonata en Re –explica Danni por encima del hombro–. Es fácil. No podía creerlo. Estaba esperando…

–No es fácil –digo en voz baja a Eleanor y Santi se echa a reír.

–Eras la única de nosotros que faltaba –exclama Molly, agitando un puño–. Se acabó.

–Se acabará cuando obtengamos los resultados –le recuerda Eleanor, pero Molly sacude una mano.

–Estaremos bien. No importa lo que pase, estaremos bien.

Danni, todavía brillando, suspira de alegría mientras se hace crujir los nudillos. Puedo entenderlo. Hace una semana, estuve en su lugar después del examen de Matemáticas. El período de exámenes fue peor para Danni, por cierto. Mientras que el resto rindió los exámenes finales en Bramppath durante el semestre, las estudiantes de música tuvieron sesiones de práctica para sus exámenes en el Conservatorio de Música Holstenwall durante una semana completa después de que el resto de nosotras ya habíamos terminado.

He estado nerviosa todo el día, todo el tiempo que duró la ceremonia en la catedral de Santa Mariana, durante la procesión y durante los disparos de salva por la tarde, preguntándome cómo le estaba yendo en el concierto. Ahora que sé que está bien, por fin me puedo relajar y disfrutar de las festividades. Sin mencionar que por fin podemos concentrarnos en nuestras próximas vacaciones de esquí. Después de pasar por una tonelada de estrés por los exámenes durante semanas, no se me ocurre una mejor forma de celebrar nuestra recién descubierta libertad que pasar una semana juntas, a solas, en una cabaña suiza. Solo Danni, yo y mi equipo de guardias reales.

Danni apresura el paso junto a mí cuando entramos al salón de baile del palacio. Todavía tenemos que minimizar tomarnos de las manos cuando estamos en eventos reales (una regla que se ha aplicado con rigurosidad tanto en parejas heterosexuales como en

nosotras), pero a mí me permiten colocar una mano en la parte baja de su espalda mientras caminamos, lo cual hago de inmediato.

–Había un panel de cinco jueces –dice–, y yo esperaba que fueran tres. Habría creído que eso me derrotaría, pero supongo que después de todas las presentaciones en Bramppath me estoy acostumbrando a la presión. Solo fingí que estábamos en la escuela y, eventualmente, me olvidé de que ellos estaban allí.

–Estoy tan orgullosa de ti.

Ella echa la cabeza hacia atrás como gesto de alivio, tanto que casi pierde el equilibrio y yo la atrapo, con una risa nerviosa. Por todo el salón, los invitados han notado la llegada de Danni y ella comienza a saludar con la mano y asentir con la cabeza a medida que les pasamos por al lado. Dudo que sepa la mitad de sus nombres, pero logra generar un cálido contacto visual con cada uno de ellos, de forma individual, como si los supiera. Para alguien que dudaba tanto de ser el centro de las miradas cuando la conocí, no lo está haciendo para nada mal.

Solo aparta la vista cuando pasamos junto a los Paget-Harrington. Aunque Alfie no está aquí, todavía guarda un resentimiento bastante entendible hacia la familia entera por el rol que tuvieron en el asunto de su expulsión. Por fortuna, no hacen ningún esfuerzo por saludarnos; y nosotras seguimos de largo como si ni siquiera existieran.

Mis padres me están esperando en la sala de estar contigua al balcón, junto con varios miembros del personal del palacio, incluyendo a Penelope, mi publicista. Mamá sacude la cabeza al vernos, aunque solo parece un poco enfadada.

–Te envié a buscar hace años, Rose –me reprende.

–Me demoraron. Ya estoy aquí, lo siento.

Mi padre, con su atuendo de ceremonias negro y dorado, decorado con fajas, luce demasiado extasiado como para estar molesto conmigo. En cambio, me da una palmada en el hombro, luego voltea hacia Danni. Sus ojos se suavizan con cierta calidez, como sucede a menudo últimamente cuando ella está cerca. No estoy del todo segura de si le tiene tanto cariño a Danni por quién es ella como persona, o porque la asocia con todas las cosas que han sucedido desde que el público se enteró de su importancia para nosotros. Lo más probable es que sea una combinación de ambas razones.

–¿Cómo estuvo tu examen, Daniela? –le pregunta.

–Grandioso, muy bien –responde ella–. Felicitaciones por su aniversario. ¿Ha sido un buen día?

–Ha sido un excelente día –dice mi padre. Luego suelta una risa corta, como si se maravillara ante la idea.

Supongo que, para este entonces el año pasado, cuando pensaba en las celebraciones de su aniversario, no había ni fantaseado con una multitud tan numerosa y, sin dudas, no con el nivel abrumador de positividad y algarabía que hemos visto en las personas que asistieron el día de hoy. Pero muchas cosas pueden cambiar en un año.

Resuenan las trompetas allí afuera para anunciar su salida al balcón. Como se trata de su aniversario, primero sale solo para tener su momento. La multitud estalla con alaridos de entusiasmo y hurras. Danni me hace girar para ver mi atuendo, estoy lista para dar mi propio saludo.

–Estás perfecta –me susurra, apoyando los dedos por debajo de la tiara de esmeraldas que han cosido a mi moño. Es la primera vez que la uso desde que me permitieron estrenarla cuando cumplí dieciocho, como es la costumbre. Danni deja la mano allí durante mucho más tiempo del que necesita, acariciándome la sien con el pulgar. Incluso después de todo este tiempo, su roce todavía me hace estremecer.

Ahora sale mamá y la ovación se eleva otra vez.

–Te amo –le digo a Danni.

–Yo a ti.

–¿Vamos? –pregunto, apoyando los labios rápidamente sobre los suyos, mientras tenemos un momento de semiprivacidad. Entonces, enderezo la espalda y caminamos juntas hacia el balcón en último lugar.

Según la tradición, solo la familia real aparece en el balcón. Sin embargo, hace unos meses mi padre decidió que, dado que estábamos deshaciéndonos de los romances reales heterosexuales de larga tradición, no podría hacer el más mínimo daño alterar esta costumbre en particular también. Primero le pidió a Danni que saliera con nosotros, hace varios meses, como una especie de prueba, luego de ver con cuánto entusiasmo (en especial, los más jóvenes) respondían a mi relación con ella. Y la respuesta casi histérica que tuvo la multitud cuando Danni apareció junto a nosotros aquel día cementó su decisión de continuar extendiendo la invitación.

Siempre ha sido el primero en priorizar cualquier cosa que mejorara la reputación (y la recepción) de la familia real. Solo me sorprende porque jamás se me ocurrió a mí (ni a él, me imagino)

que mi relación con Danni podría ser una de esas cosas. El año pasado no había parecido posible. No se había hecho nunca, así que, por consiguiente, nunca podría hacerse. Pero supongo que, el problema de aferrarse tanto a las tradiciones, es que podemos perder de vista cuando la opinión pública hacia lo que siempre se ha hecho ha avanzado más que nosotros.

Al final, no era nuestra familia en lo que el país estaba perdiendo su fe. Era el pasado lo que estaba rechazando. Un pasado que solíamos representar.

Hasta que llegué yo. Hasta que llegó Danni.

El sol me enceguece y entrecierro los ojos. Levanto una mano para saludar a la multitud que está allí abajo mientras estalla en un aplauso ensordecedor. El mar de gente se extiende hasta donde me alcanza la vista. Todos se contonean, hacen gestos y gritan nuestros nombres. Gritan mi nombre. Vuelvo a saludar, levanto el brazo más alto y eso genera una oleada sobre la multitud como una corriente, mientras que el volumen y el movimiento vuelven a incrementarse.

Todavía no tengo todas las respuestas. No sé si las cosas cambiarían si Danni y yo nos comprometiéramos, o qué sucederá si tenemos hijos. No podría decir con certeza qué sucedería si se llevara a cabo otro referéndum y no sé si hay un resentimiento mudo gestándose donde todavía no puedo verlo. No es posible conocer el futuro completo y jamás se ha podido. Lo único que puedo hacer es observar el presente y usarlo para alimentar mis esperanzas.

Así que, como siempre hago, cuento los letreros que hay entre la muchedumbre.

NO ES MI REY.

ABOLICIÓN.

EL PAÍS LE PERTENECE AL PUEBLO.

Solo encuentro un par desparramados de forma esporádica. El número decrece cada vez que cuento, a medida que pasan los meses. Y, como es habitual, reviso si hay letreros de enojo que contengan mensajes desdeñosos hacia Danni o hacia mí, algo que al principio di por sentado que veríamos en grandes cantidades.

Como es habitual, no hay ninguno.

Después de aquellos meses posteriores a lo sucedido en Ámsterdam y de salir al balcón ante la hostilidad gélida de la gente, ahora apenas puedo creer la recepción. Es algo extraño y maravilloso pasar de apenas atreverme a guardar la esperanza de que podrían tolerarme como soy, a descubrir que mi yo real es amado de un modo en que mi versión falsa jamás lo fue.

Le lanzo una mirada a Danni. Ella se ve segura, hermosa y completamente llena de confianza en sí misma. Intercambia una mirada conmigo, me devuelve una sonrisa radiante y me hace un gesto para que me voltee otra vez hacia la gente.

–Mira. Están emocionados de verte –me dice con los labios.

Debería, sin dudas debería hacerlo.

Pero no puedo quitarle los ojos de encima.

Y tampoco quiero hacerlo.

AGRADECIMIENTOS

Durante las últimas semanas, me he preguntado una y otra vez: ¿cómo puedo agradecer a todas las personas que son responsables de dar vida a este libro que me llevó once años? ¿Cómo les puedo agradecer como corresponde a todos, cómo me aseguro de no olvidarme de las personas que fueron importantes al principio y en qué orden? No puedo responder las dos primeras preguntas, pero he decidido que, en cuanto a la tercera, haré el intento de agradecerles en orden cronológico.

Así que gracias a las personas que creyeron en este libro cuando era una autora en busca de un agente que recién terminaba la adolescencia y no tenía idea si alguna vez me vería en una tienda de libros. Gracias a Alexa Donne, por contactarse conmigo y pedirme leer el manuscrito después de descubrirlo en una competencia. A Claire Donnelly, por ser una de las primeras personas en enamorarse de una novela larga escrita por mí y por darme seguridad. A Moe Ferrara, por darle una oportunidad a este libro cuando la industria editorial era considerablemente, más considerablemente, heterosexual de lo que es ahora y por pasarlo por innumerables rondas de edición. Gracias a mis primeros críticos y lectores beta: Alexa, Lee, Cale y Ashley.

Gracias a Jacob y Anna, quienes leyeron por separado el manuscrito (una versión distinta) hace varios años y le dieron una acogida tan cálida que reavivó mi emoción por la historia y me motivó a revisarla. Hay vulnerabilidad en compartir trabajos viejos, rechazados y ustedes lo trataron con cuidado. Dudo que este libro existiera fuera de mi disco rígido si no lo hubieran tratado así. Gracias también a Tess Sharpe por revisar un fragmento con tan poca antelación cuando lo presenté a agentes otra vez una década después de mi primer intento.

Quiero agradecer enormemente a mi agente, Jess Mileo, por creer en la nueva versión de esta historia y por todo su apoyo y por las llamadas telefónicas (¡en especial por todas las consideraciones por las diferencias horarias!).

Gracias a Eileen Rothschild, por el fantástico ojo editorial y por el apoyo y tiempo que continúa dándome. Gracias también a Char Dreyer, por ser asombrosamente organizada y servicial, ¡cuando yo soy todo lo contrario la mayor parte del tiempo!

Gracias al equipo de *Wednesday Books,* por darle vida a este libro. En especial a Rivka Holler, Brant Janeway, Kelly South, Kerri Resnick, Sara Goodman, Melanie Sanders, Merilee Croft, Gail Friedman, Jen Edwards, Katy Robitzski y NaNá Stoelzle.

Gracias a Jenifer Prince, por crear la portada de mis sueños. ¡No podría haber esperado que fuera más hermosa!

Gracias a mis lectores más recientes, en especial a mi maravillosa prima, Amaya, por brindarme una perspectiva adolescente muy importante, ahora que estoy mucho más lejos de mi adolescencia que cuando escribí el primer borrador.

A mis amigos de todos los santos días y a mi familia, Becky, Claire, Cale, Jacob, Diana, Stella, Jono, Paige, Ryan, Steph, Chelsea, Danielle, Sarah, mamá, papá y Cameron: gracias por ser las mejores personas. Los amo a todos.

Índice

Nota de la autora
Uno. Danni
Dos. Rose
Tres. Danni
Cuatro. Danni
Cinco. Rose
Seis. Rose
Siete. Danni
Ocho. Rose
Nueve. Danni
Diez. Rose
Once. Rose
Doce. Rose
Trece. Rose
Catorce. Danni
Quince. Danni
Dieciséis. Rose
Diecisiete. Danni

Dieciocho. Rose
Diecinueve. Rose
Veinte. Danni
Veintiuno. Danni
Veintidós. Danni
Veintitrés. Rose
Veinticuatro. Rose
Veinticinco. Danni
Veintiséis. Rose
Veintisiete. Danni
Veintiocho. Rose
Veintinueve. Rose
Treinta. Danni
Treinta y uno. Danni
Treinta y dos. Rose
Treinta y tres. Danni
Treinta y cuatro. Rose
Treinta y cinco. Rose
Treinta y seis. Danni
Treinta y siete. Rose
Treinta y ocho. Danni
Treinta y nueve. Rose
Cuarenta. Danni
Cuarenta y uno. Rose
Cuarenta y dos. Danni
Cuarenta y tres. Rose
Cuarenta y cuatro. Danni
Cuarenta y cinco. Rose

Cuarenta y seis. Rose
Cuarenta y siete. Danni
Cuarenta y ocho. Rose
Cuarenta y nueve. Rose
Cincuenta. Rose
Cincuenta y uno. Rose
Cincuenta y dos. Danni
Epílogo. Rose un año después
Agradecimientos



¡QUEREMOS SABER
QUÉ TE PARECIÓ
LA NOVELA!

Encuéntranos en

tiktok.com/vreditorasya

facebook.com/vreditorasya

twitter.com/vreditorasya

instagram.com/vreditorasya

Gonzales, Sophie
Nadie en especial / Sophie Gonzales. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : V&R, 2026.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
Traducción de: Marina Andrea Raimundo.
ISBN 978-631-300-758-5

1. Novelas Románticas. I. Raimundo, Marina Andrea, trad. II. Título.
CDD A820

Título original: *Nobody In Particular*
Dirección editorial: María Florencia Cambariere
Edición: Melisa Corbetto
Corrección: Ailén García
Coordinación gráfica: Leticia Lepera
Diseño de interior: Florencia Amenedo
Diseño e ilustración de portada: Jenifer Prince
Conversión a formato digital: Estudio eBook

© 2025 Sophie Gonzales
© 2026 V&R Editoras
www.vreditoras.com

Publicado según acuerdo con St. Martin's Publishing Group en asociación con International Editors & Yáñez' Co. Barcelona.

ARGENTINA
Florida 833, piso 2, of. 203
(C1005AAQ) Buenos Aires
Tel.: (54-11) 5352-9444
e-mail: **editorial@vreditoras.com**

MÉXICO
Dakota 274, colonia Nápoles - C. P. 03810
Alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México
Tel.: 55 5220-6620 • 800-543-4995
e-mail: **editoras@vreditoras.com.mx**

Primera edición: junio de 2026

ISBN 978-631-300-758-5

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión, sin previa autorización escrita de las editoras.

EDITORAS

Seguinos en tu red favorita

VR.editoras

Índice de contenido

Cubierta
Sobre este libro
Sobre Sophie Gonzales
Portada
Dedicatoria
Nota de la autora
Uno. Danni
Dos. Rose
Tres. Danni
Cuatro. Danni
Cinco. Rose
Seis. Rose
Siete. Danni
Ocho. Rose
Nueve. Danni
Diez. Rose
Once. Rose
Doce. Rose
Trece. Rose
Catorce. Danni
Quince. Danni
Dieciséis. Rose
Diecisiete. Danni
Dieciocho. Rose
Diecinueve. Rose
Veinte. Danni

Veintiuno. Danni
Veintidós. Danni
Veintitrés. Rose
Veinticuatro. Rose
Veinticinco. Danni
Veintiséis. Rose
Veintisiete. Danni
Veintiocho. Rose
Veintinueve. Rose
Treinta. Danni
Treinta y uno. Danni
Treinta y dos. Rose
Treinta y tres. Danni
Treinta y cuatro. Rose
Treinta y cinco. Rose
Treinta y seis. Danni
Treinta y siete. Rose
Treinta y ocho. Danni
Treinta y nueve. Rose
Cuarenta. Danni
Cuarenta y uno. Rose
Cuarenta y dos. Danni
Cuarenta y tres. Rose
Cuarenta y cuatro. Danni
Cuarenta y cinco. Rose
Cuarenta y seis. Rose
Cuarenta y siete. Danni
Cuarenta y ocho. Rose
Cuarenta y nueve. Rose
Cincuenta. Rose
Cincuenta y uno. Rose
Cincuenta y dos. Danni
Epílogo. Rose un año después
Agradecimientos

Índice
Créditos